Diario de Ana Frank

ANA FRANK

ZIG-ZAG NOVELA

Diario de Ana Frank

ANA FRANK

VERSIÓN ÍNTEGRA DE
JAIME VALDIVIESO

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES
Diario de Ana Frank
EPÍLOGO

PALABRAS PRELIMINARES

Ana Frank nació el 12 de junio de 1929 en Frankfurt an Main. Sus padres –Otto Frank y Edith Höllander– eran judíos alemanes y se habían casado y establecido en esa ciudad de Alemania. Cuando en 1933 el partido nacionalsocialista llegó al poder, Otto Frank, que conocía el pensamiento antijudío de Hitler, tomó la decisión de trasladarse a Ámsterdam, Holanda. Allí se instaló con su esposa y sus dos hijas –Ana y Margot– y montó su empresa Opekta-Works, pensando que en aquel país estaría a salvo.

En 1934 Ana ingresó al colegio Montessori. Tras la ocupación de los Países Bajos por Alemania, en 1940, no pasó mucho tiempo antes de que empezaran en Holanda las persecuciones a los judíos. Otto Frank trasladó entonces su empresa al número 263 de la Prinsengracht Canal –lugar donde se ocultarían más adelante– y al año siguiente le cambió por segunda vez la razón social por la de Trading Company Gies & Co. Intentaba pasar desapercibido ante la creciente hostilidad que los nazis demostraban a los judíos.

En 1941 las autoridades de los ocupantes ordenaron que todos los niños se separaran en judíos y no judíos. Ello obligó a Ana y a Margot a cambiarse del colegio Montessori al Liceo Judío de Amsterdam.

El día en que Ana cumplió 13 años recibió de regalo el diario en el que registraría los principales hechos de su corta vida. Un mes más tarde le llegó a Margot una citación en la que se le comunicaba que iba a ser deportada al campo de concentración Westerbork. Esto precipitó el traslado de la familia Frank al lugar que habían estado preparando para ocultarse cuando llegara el momento de pasar a la clandestinidad. A este lugar Ana iba a llamarlo en su diario el Anexo o la Casa de atrás.

Ana en 1941, en su último año en el colegio Montessori.

El anexo: la vida y la muerte

Aunque en su diario Ana describe detalladamente el Anexo, cuesta imaginarlo si no se ha estado en él. Éste se halla en uno de los antiguos edificios típicos de Ámsterdam, al borde de uno de sus canales, cerca de la plaza Dam, el corazón de la ciudad. Como todas las viejas casas que orillan los canales, ésta es muy angosta –no más de cinco o seis metros de fachada a la calle–, pero muy profunda. En el momento en que los Frank se escondieron en ella eran prácticamente dos casas unidas sólo en el primer y en el tercer piso. La segunda casa –o casa de atrás– daba hacia un gran patio-jardín interior, donde crecía un frondoso castaño que existe hasta hoy.

En el edificio que da a la calle que bordea el canal, Otto tenía las oficinas administrativas de su empresa, bodegas y almacenes o lugares donde se procesaban y empacaban los productos que elaboraba. El personal que trabajaba en el almacén que ocupaba el primer piso no sabía que en el Anexo se ocultaban los Frank y la familia de Peter, que había llegado apenas una semana después que aquellos. Pero los empleados administrativos que ocupaban los pisos superiores no solamente lo sabían, sino que gracias a su ayuda los refugiados podían comunicarse con el exterior y recibir lo necesario para su subsistencia.

Cuando se lee el diario de Ana se tiene la impresión de que el Anexo era más lóbrego y más pequeño de lo que es en realidad. Éste consta de tres pisos, incluido el desván y la buhardilla; y desde sus ventanas, aunque permanecen tal como entonces, veladas por una tela semitransparente, pueden verse, además del cielo, de la torre de una iglesia cercana y el gran castaño ya señalado, las fachadas posteriores de los edificios que rodean el gran patio-jardín. Las habitaciones no son tan pequeñas como podría creerse, pero se hicieron muy estrechas cuando tuvieron que albergar, además de a los Frank, a los tres miembros de la familia de Peter, y posteriormente a Albert Dussel, el último en refugiarse en ellas. El cuarto de baño es ciego y consta sólo de un pequeño lavatorio y un W.C., evidentemente muy incómodo incluso para esos años. Por ello, tal como lo cuenta Ana, usaron, mientras pudieron hacerlo secretamente, el cuarto de baño del primer piso, que estaba fuera del Anexo y era el que utilizaban los ejecutivos de la Empresa.

El anexo o casa de atrás, entre los dos edificios colidantes.

1. Desván. Lugar donde se guardaban los víveres y en el que le gustaba a Ana estar a solas.
2. Dormitorio, living-comedor y cocina de los padres de Peter.
3. Dormitorio compartido por Ana y Albert Dusse.
4. Dormitorio y living compartido por Margot y sus padres.
5. Cocina y W.C. de los ejecutivos de la Empresa. Estas habitaciones no formaron parte del Anexo.
6. Oficina privada de Otto antes de que se escondiera en el Anexo. Ésta no formó parte del Anexo.

Hasta hoy no se sabe con certeza quien denunció a los ocultos en el Anexo. El 4 de agosto de 1944 un miembro del Servicio de Seguridad (SD) alemán, ayudado por tres colaboradores holandeses, irrumpió en él y detuvo a todos los albergados, tras lo cual estos fueron internados en el campo de concentración de Westerbork. Un mes después los prisioneros fueron trasladados

al campo de concentración de Auschwitz, en Polonia. A partir de ese momento, las enfermedades, la desnutrición y los malos tratos empezaron a diezmar a los ex ocupantes del Anexo. El primero en morir, muy poco después de su llegada a Auchwitz, fue el padre de Peter. Al mes siguiente, a Ana y a Margot las trasladaron al campo de concentración de Bergen-Belsen. Dos meses después murió Albert Dussel en el campo de Neuengamme, y a comienzos de 1945, la madre de Ana, en Auschwitz. El 27 de enero de ese mismo año, Otto, que había sido internado en este último campo, fue liberado por las tropas rusas. No tuvieron la misma suerte Ana y Margot, que fallecieron de tifus y de desnutrición ese marzo en Bergen-Belsen. Peter murió en mayo, en Mauthausen, y su madre, esa primavera en Theresienstadt.

Tras su liberación, Otto Frank, el único sobreviviente de los ocho que se ocultaron en el Anexo, regresó a Amsterdam. No sabía qué le había sucedido a su familia. En julio de 1945 aún mantenía la esperanza de encontrar con vida a sus hijas. Ya tenía en su poder los cuadernos y las muchas hojas sueltas del diario de Ana, que sus protectoras holandeses habían hallado en el suelo del Anexo.

La primera edición del Diario se publicó en holandés en el verano de 1947.

Los nombres –salvo el de Peter– y apellidos de quienes acompañaron a Ana en el Anexo están cambiados en su Diario, como medida de seguridad. Los Van Daan corresponden a Hermann y a Auguste van Pels, y Albert Dussel a Fritz Pfeffer.

José Manuel Zañartu

DIARIO DE ANA FRANK

Espero confiártelo todo, cosa que hasta hoy no he podido hacer con nadie; confío, además, en que tú serás para mí un gran apoyo.

Ana Frank
12 de junio de 1942

Domingo, 14 de junio de 1942

El viernes 12 de junio me levanté poco antes de las seis. Cosa nada rara, ya que era el día de mi cumpleaños. Pero, debo decir, que no me permiten levantarme tan temprano. Me vi obligada, por lo tanto, a soportar mi curiosidad todavía durante una hora. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, ya no aguanté más. Me trasladé al comedor, donde estaba Maure, mi gato, que me recibió frotándose la cabeza contra una de mis piernas y haciéndome mil gracias.

A las siete, me fui a ver a papá y mamá, y logré por fin abrir mis regalos en la sala. Mi gran sorpresa fuiste tú, mi diario, uno de mis más hermosos regalos. Luego había un ramo de rosas, una plantita, dos ramas de peonías, todo eso vi aquella mañana sobre la mesa, adornada de flores, seguida de otras tantas durante el día.

Papá y mamá han sido muy generosos, así como nuestros numerosos amigos y relaciones, que también han sido muy cariñosos. Recibí, entre otras cosas, un juego de ludo, muchos bombones, chocolates, un rompecabezas, un cepillo, y libros como *Mitos y leyendas neerlandesas*, de Joseph Cohen, *Cámara oscura*, de *Hildebrand, Day's Bergvacantie*[1], libro magnífico, y un poco de dinero que me permitirá comprar *Los mitos griegos y romanos*. ¡Qué maravilla!...

Más tarde, Lies pasó a buscarme para ir a la escuela. Durante el recreo ofrecí galletitas a los profesores y alumnos. Después hubo que volver al estudio. Termino por hoy, ¡querido Diario! ¡Te encuentro maravilloso!...

Lunes 15 de junio de 1942

Ayer por la tarde tuve mi primera reunión de aniversario. La proyección de la película, *El guardián del Faro*, con Rin-tin-tin, les gustó mucho a mis compañeros de colegio. Resultó muy bien, y nos divertimos mucho. Eramos bastantes. Mamá quiere saber siempre con quién me gustaría casarme. Ya no pensaré más en Peter Wessel. Porque ahora me he esforzado por quitarle esa idea fija, tratando de hablar de él sin pestañear ni ruborizarme. Durante años fuimos muy amigos con Lies Goosens y Sanne Haoutman. Entretanto, hice amistad con Jopie de Waal en el liceo judío. Siempre estamos juntas y se ha vuelto mi mejor amiga. Lies, aunque todavía la veo con frecuencia, se ha hecho amiga de otra muchacha, mientras que Sanne, que se trasladó a otra escuela, se ha hecho allí de otras amistades.

Sábado 20 de junio de 1942

Llevo varios días sin escribir. Necesitaba ponerme a pensar, de una vez por todas, qué significa un diario. Me resulta extraño expresar mis pensamientos, no sólo porque nunca había escrito, sino porque me parece que, más tarde, nadie se interesará por los pensamientos de una colegiala de trece años. Pero en fin, no tiene mucha importancia. La cosa es que tengo ganas de escribir, y todavía más, de saber qué pasa en mi corazón en toda clase de circunstancias.

"El papel tiene más paciencia que el hombre". Este dicho me vino a la cabeza un día en que me aburría y me sentía melancólica, con la cabeza apoyada en las manos, demasiado molesta como para salir o quedarme en casa. Sí, efectivamente, el papel es paciente, y como presiento que nadie se preocupará de este cuaderno, al que dignamente he titulado *Diario*, no tengo la menor intención de mostrárselo a nadie, a menos que encuentre en mi vida el *Amigo* o la *Amiga* a quien pueda dejárselo leer. Sin embargo, estoy en el momento de comenzar un diario y descubro que no tengo una amiga.

Trataré de explicarme mejor, para ser más clara. Nadie me creerá que una muchachita de trece años se encuentre sola en el mundo. Desde luego, esto no es totalmente cierto: tengo padres a los que quiero mucho, y una hermana de dieciséis años. Tengo en total como unos treinta compañeros, y, entre ellos, las llamadas amigas. Tengo muchos admiradores que me siguen con la mirada, mientras otros, que están mal situados en clase para verme, tratan de captar mi imagen con la ayuda de un espejito de bolsillo. En verdad, tengo familia, tíos y tías muy amables, un hogar sumamente grato. No. Aparentemente no me falta nada. Salvo la amiga. Con mis compañeros, sólo puedo divertirme. Nada más. Nunca hablo con ellos más que de cosas corrientes. Incluso esto es cierto para el caso de una de mis amigas, ya que no es posible llegar a la intimidad con ella. Ahí está el problema. La falta de confianza es tal vez mi mayor defecto. De cualquier modo esto es un hecho, y es bastante doloroso tener que reconocerlo.

Por eso me he decidido a escribir este Diario. Con el fin de inventarme una imagen de la amiga que tanto deseo, no quiero limitarme a simples hechos, como lo hacen tantos, sino que quiero que este Diario se convierta en mi amiga. Y esta amiga se llamará Kitty.

Kitty aún no sabe nada de mí. Necesito, por lo tanto, contar la historia de mi vida brevemente. Mi padre tenía ya treinta y seis años cuando se casó con mi madre. Ella tenía veinte y cinco. Mi hermana Margot nació en 1926, en Franfort del Main. Y yo nací el 12 de junio de 1929. Como éramos ciento por ciento judíos, emigramos a Holanda en 1933, donde mi padre fue nombrado director de la Travies N.V., firma asociada con Kolen & Cía., de Amsterdam. El mismo edificio albergaba a las dos sociedades, de las que mi padre era accionista.

Nuestra vida estaba llena de emociones, ya que el resto de nuestra familia se encontraba aún defendiéndose de las medidas de Hitler contra los judíos. A raíz de las persecuciones de 1938, mis dos tíos hermanos de mi madre llegaron sanos y salvos a los Estados Unidos. Fue entonces cuando mi abuela, de setenta y dos años, se vino con nosotros. Después de mayo de 1940, se acabaron definitivamente los buenos tiempos:

Primero la guerra, luego la capitulación, la invasión alemana, y así comenzaron las desgracias para nosotros los judíos. Las medidas antijudías se han sucedido rápidamente y se nos ha privado de muchas libertades. Los judíos deben llevar una estrella de David; deben entregar sus bicicletas; no les está permitido viajar en tranvía; los judíos están obligados a comprar exclusivamente en las tiendas marcadas con letreros de "negocio judío", y sólo entre las tres y las cinco de la tarde. Se les prohíbe salir después de las ocho de la noche, ni siquiera salir al jardín o quedarse en casa de algún amigo. Se les prohíbe todo deporte público: ir a las piscinas, a las canchas de tenis, de hockey o a otros sitios de entrenamiento. Se les prohíbe frecuentar a los cristianos. Tienen que ir a colegios judíos, y otras tantas restricciones similares.

Y así tenemos que continuar viviendo, sin hacer esto y lo otro. Jopie me dice siempre: "No me atrevo a hacer nada por miedo a que esté prohibido". Nuestra libertad es, pues, muy pequeña. Sin embargo, la vida es aún soportable.

Mi abuela murió en enero de 1942. Nadie se imagina cuánto pienso en ella y cuánto la quiero todavía.

Desde el jardín infantil, yo estuve en la escuela Montessori, es decir, desde 1934. En sexto tuve como maestra a la directora, la señora K. Cuando terminó el año nos despedimos abrazadas,

llorando. En 1941, mi hermana Margot y yo entramos al Liceo Judío.

Nuestra pequeña familia de cuatro no tiene todavía mucho de qué quejarse. Y así llegó el día de hoy.

Sábado 20 de junio de 1942

Querida Kitty:

Me siento bien: el día está bueno y me siento tranquila. Papá y mamá salieron y Margot se fue a jugar al ping-pong con otros compañeros a la casa de una amiga.

Yo también juego mucho al ping-pong en estos últimos tiempos. Como a todos los jugadores les encantan los helados, y como en el verano este juego hace sudar a cualquiera, luego del partido vamos generalmente a la confitería más cercana permitida a los judíos, la *Delphes* o el *Oasis*. No es necesario pensar en el dinero. En el *Oasis* hay tanta gente que nunca falta un caballero o un admirador para ofrecernos más helados de los que podríamos tomar en una semana.

Debe llamarte la atención oírme hablar, a mi edad, de admiradores. ¡No sé!... Habría que pensar que es un mal inevitable en nuestra escuela. En cuanto un compañero me propone acompañarme a casa en bicicleta, empezamos a conversar, y nueve de cada diez es un muchacho que comienza a decirte cosas llenas de fogoso entusiasmo, sin dejar de mirarte. Al cabo de unos momentos, el entusiasmo disminuye por la sencilla razón de que yo no presto mayor atención a sus ardientes miradas y que continúo pedaleando a toda velocidad. Si, por casualidad, comienza con rodeos y habla de "pedir permiso a su papá", yo me balanceo un poco en la bicicleta y dejo caer mi bolsón. Una vez que el muchacho se siente obligado a bajarse para recogerlo, yo me las ingenio para cambiar de conversación.

Este es un ejemplo de los más inocentes. Hay, por supuesto, los que te envían besos o tratan de apoderarse de tu brazo, pero esos fallan de inmediato, pues yo me bajo diciendo que puedo pasarme sin su compañía, o bien me hago la ofendida, diciéndoles muy claramente que se vayan.

Después de esto, las reglas quedan claras. Hasta mañana.

Tuya, Ana.

Domingo 21 de junio de 1942

Querida Kitty:

Todo el quinto año tiembla esperando el consejo de profesores. La mitad de los alumnos se lo pasan haciendo apuestas sobre aquellos o aquellas que pasarán o no. Nuestros vecinos, Wim y Jaime, que han apostado todo su capital de las vacaciones, nos hacen morir de la risa a Miep de Jong y a mí. Desde la mañana a la noche se les oye: "Tú pasarás". "No". "Sí". Ni las miradas de Miep, rogándoles que se callen, ni mis muestras de enojo, pueden calmar a este par de furibundos.

Según mi opinión, la cuarta parte de nuestra clase debería repetir el curso, debido a la cantidad de burros que hay. Pero los profesores son la gente más caprichosa que existe; quizás por una vez se porten como caprichosos débiles.

Con respecto a mí y a mis amigas, no tengo mucho miedo; creo que saldremos adelante. No me siento muy segura en matemática. En fin, no queda más que esperar. Mientras tanto tenemos la oportunidad de darnos ánimo mutuamente.

Yo me entiendo bastante bien con los profesores, nueve en total, siete hombres y dos mujeres. El viejo señor Kepler, mi profesor de matemática, ha estado muy enojado conmigo durante un buen tiempo, porque yo hablaba demasiado durante su clase; me llamó la atención varias veces, hasta que me castigó. Tendré que escribir una composición sobre el tema: "Una charlatana". ¡Una charlatana! ¿Qué podría escribir sobre eso? Ya veremos luego. Después de haberlo anotado en mi cuaderno, traté de comportarme bien.

Por la tarde, cuando hube terminado todas mis tareas, tropecé con la anotación de la composición. Me puse a meditar mordiendo la punta de mi pluma. Evidentemente, si escribía con letra grande, separando las palabras lo más posible, yo podía estirar algunas ideas dentro del número de páginas que debía llenar –era el abecé del oficio–, pero la dificultad consistía en hallar la última frase que probara la necesidad de hablar. Seguí pensando, y de repente ¡zas! ¡Ah, qué alegría la de llenar tres páginas seguidas, sin mayor esfuerzo! ¡Mi argumento: la charla excesiva es un defecto femenino que yo me esforzaría por corregir un poco, pero sin superarlo totalmente, pues mi propia madre hablaba tanto como yo, o tal vez más. En conclusión, poco podría hacer por remediarlo, ya que se trataba de un defecto heredado.

Mi argumento le dio mucha risa al señor Kepler. Pero cuando en la clase siguiente yo reincidí en mi parloteo, me ordenó una segunda composición. El tema: "Una charlatana incorregible". Volví a salir del paso, después de lo cual el señor Kepler tuvo motivos para quejarse de mí durante dos clases. A la tercera, tal vez exageré el parloteo. Esta vez el tema fue: Cuá, cuá, cuá, dice la señora Decuá.

Carcajada general. Yo me eché a reír con ellos. Tenía que hacerlo. Aunque sabía que había agotado mi imaginación sobre el tema. Necesitaba encontrar otro. Otro original. La casualidad me ayudó. Mi amigo Sanne, buen poeta, me ofreció redactar la composición en verso, del comienzo al fin. Me llené de alegría. ¿Kepler quería reírse de mí? Yo me vengaría riéndome de él.

La composición en verso resultó estupenda. Se trataba de una mamá oca y de un papá cisne, con sus tres patitos. Estos, por haber hecho demasiado cuá, cuá, fueron picoteados a muerte por su padre. Por suerte, la broma agradó al fino Kepler. La leyó en nuestra clase, y en varias otras, con comentarios favorables.

Después de este episodio no se me ha vuelto a castigar por charlatana. Al contrario, Kepler es siempre el primero en hacer una broma sobre el tema.

Tuya, Ana.

Miércoles 24 de junio de 1942

Querida Kitty:

¡Qué calor! Nos asamos. Todo el mundo congestionado, sofocado. Con este calor debo ir a todas partes a pie. Ahora empiezo a comprender qué cosa tan fantástica es un tranvía. Pero a nosotros, los judíos, ese placer ya no nos está permitido. Tenemos que usar nuestras piernas como único medio de locomoción. Ayer por la tarde tuve que ir al dentista, que vive en Jan Luykenstraat, cerca de la escuela. A la vuelta me dormí en clase. Por suerte, en estos días la gente nos da de beber espontáneamente: la ayudante del dentista es una persona muy amable.

Todavía tenemos acceso al cruce del canal. En el muelle Joseph Israëls hay una barquita que lo hace. El barquero aceptó de inmediato hacernos pasar. En verdad, si los judíos soportan tantas penurias, no es por culpa de los holandeses.

Desde la Pascua, cuando me robaron la bicicleta y la de mi mamá fue entregada a los cristianos, no me dan ganas de ir a la escuela. Por suerte las vacaciones se acercan; una semana más de sufrimiento que será olvidada rápidamente.

Ayer por la mañana tuve una sorpresa muy agradable. Al pasar por delante de un depósito de bicicletas oí que me llamaban. Al darme vuelta, vi a un muchacho encantador, quien me había llamado la atención la víspera en casa de mi amiga Eva. Se me acercó con cierta timidez y se presentó: Harry Goldman. Quedé algo sorprendida, sin saber bien qué quería. Muy sencillo: Harry deseaba acompañarme a la escuela.

–Si usted lleva el mismo camino, de acuerdo–, dije yo, y vamos caminando.

Harry ya tiene dieciséis años y habla de toda clase de cosas en forma divertida. Esta mañana lo encontré nuevamente en el mismo lugar. Y no veo por qué eso tendría que dejar de suceder.

Tuya, Ana.

Martes 30 de junio de 1942

Querida Kitty:

La verdad es que no he tenido tiempo de escribir hasta ahora. La tarde del jueves la pasé en casa de unos amigos. El viernes tuvimos visitas, y así, sucesivamente, hasta hoy. Durante la semana, Harry y yo hemos empezado a conocernos mejor. Él me ha contado gran parte de su vida. Llegó a Holanda sin sus padres y vive en casa de sus abuelos. Sus padres están en Bélgica.

Harry salía con una muchacha: Fanny. La conozco: es un modelo de dulzura y de aburrimiento. Desde que se encontró conmigo, Harry ha tomado conciencia de que Fanny le da ganas de dormir. En cambio, yo le sirvo de despertador o de estimulante, como tú quieras. Jamás se sabe cómo podemos ser útiles en la vida.

La noche del sábado, Jopie se quedó a dormir en casa, pero el domingo, después del mediodía, se fue a juntar con Lies, y yo me aburrí de lo lindo. Harry iba a venir a verme al anochecer, pero me telefoneó alrededor de las seis. Atendí el teléfono y oí que me decía:

–Habla Harry Goldman. ¿Puedo hablar con Ana, por favor?

–Sí, Harry, soy yo.

–Buenas tardes, Ana. ¿Cómo está?

–Bien, gracias.

–Siento no poder ir ahora, pero tengo que decirte una cosa. ¿Te molestaría que te fuera a ver dentro de diez minutos?

–Al contrario, de acuerdo. Hasta luego.

–Hasta luego. Hasta pronto.

Corté.

Me cambié rápidamente de vestido y me arreglé un poco el pelo. Luego me asomé a la ventana, nerviosa. Por fin lo divisé. Por milagro, no bajé corriendo. Me aguanté hasta que sonó el timbre. Bajé a abrirle la puerta, y él fue recto al grano.

–Escucha, Ana. Mi abuela considera que eres demasiado joven para ser mi amiga y dice que debo volver con Fanny Leurs. Pero tú sabes que he roto con Fanny.

–No lo sabía. ¿Se han peleado?

–No, por el contrario. Yo le había dicho a Fanny que ya no nos entendíamos muy bien, que era inútil verse a cada momento, que ella podía continuar yendo a nuestra casa cuando quisiera, y que yo podría ir a la de ella como amigos. Yo tenía la impresión de que ella se veía, como se dice, con otro muchacho. Por eso le hablé con toda soltura. Pero eso no era cierto. Mi tío me dijo que debo pedirle disculpas a Fanny, pero a mí, naturalmente, no me parece necesario, y por eso he roto. Desde luego, no es más que una entre varias razones. Mi abuela insiste en que yo salga con Fanny y no contigo, pero yo no pienso hacerle caso. A veces los viejos son tan anticuados que no tienen arreglo. Yo necesito a mis abuelos, pero ellos también me necesitan a mí... Yo tengo siempre libres las tardes del miércoles, ya que mis abuelos creen que asisto a un curso de escultura en madera. Pero la verdad es que voy a un club del movimiento sionista. Ellos no me lo permitirían, porque están en contra del sionismo. No soy una partidaria fanática, pero el movimiento significa algo, y de cualquier modo me interesa. Sin embargo, en el último tiempo ha habido tal revuelo en ese club, que tengo ganas de dejarlo. Iré por última vez el próximo miércoles. Por lo tanto, yo podría verte siempre los miércoles por la tarde, y el sábado por la tarde y en la noche. Y el domingo por la tarde. Y quizás hasta más seguido.

–Pero si tus abuelos se oponen, tratarás de engañarlos.

–El amor no acepta órdenes, ¿No te parece?...

Hicimos un trecho del camino juntos. Mientras pasábamos frente a la librería de la esquina, vi a Peter Wessel que hablaba con dos amigos. Era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, mucho tiempo, que me saludaba nuevamente. Esto me llenó de alegría.

Harry y yo seguimos recorriendo y dando vueltas por las calles, y finalmente nos pusimos de acuerdo para una cita: yo tendría que estar frente a su puerta al día siguiente por la tarde, cinco para las siete.

Tuya, Ana.

Viernes 3 de julio de 1942

Querida Kitty:

Ayer Harry vino a mi casa para conocer a mis padres. Yo había comprado una torta, galletas y chocolates para el té. Había un poco de todo. Pero nunca tuvimos ocasión de quedarnos sentados un rato juntos. Por lo que decidimos salir a pasear. Como a las ocho diez me trajo de vuelta a casa. Papá estaba furioso. Dijo que no debía regresar tan tarde, porque era muy peligroso para los judíos quedarse afuera después de las ocho. Tuve que prometerle que de allí en adelante regresaría diez para las ocho.

Mañana estoy invitada a su casa. Mi amiga Jopie me hace continuas bromas con respecto a Harry. La verdad es que no estoy enamorada. Esa es la verdad. Pero tengo derecho a tener amigos. Nadie se extraña de que yo tenga un compañero, o, como dice mi madre, un "caballero".

Eva me contó una noche que estando en casa de Harry, le preguntó:

–¿A quién prefieres, a Fanny o a Ana?

–Eso no tienes por qué saberlo –le contestó él.

Durante el resto de la tarde no tuvieron ocasión de hablar. Pero cuando se iba, él le dijo:

–Si quieres saberlo, prefiero a Ana. Pero no se lo digas a nadie.

Y partió.

Hay muchas cosas por las que noto que Harry se ha enamorado de mí. Yo lo encuentro entretenido. En verdad ha cambiado mi vida. Margot diría: "Harry es un buen muchacho". Yo opino lo mismo, y un poco más. Mamá no hace más que elogiarlo. Lo encuentra buen muchacho, bien educado, bastante amable... Me encanta que a todo el mundo en casa le guste. Él, a su vez, simpatiza con ellos. Encuentra a mis amigas muy inmaduras, y tiene razón.

Tuya, Ana.

Domingo por la mañana, 5 de julio de 1942

Querida Kitty:

La graduación del viernes último en el Teatro Judío fue todo un éxito. Mis notas no son tan malas: tengo un insuficiente, un 5 en álgebra, un 6 en dos asignaturas, y en otras varios 7 y dos 8. en casa estaban muy contentos, pues tratándose de puntajes mis padres no son como los demás. Pareciera que no les importa mucho si las notas son buenas o malas. Les basta con que yo me encuentre sana y que no sea insolente, aún dándome toda la libertad para divertirme; lo demás, según ellos, se arregla solo. Sin embargo, para mí es todo lo contrario: no deseo ser mala alumna después de haber sido admitida condicionalmente en el liceo, puesto que me he saltado un año al salirme de la escuela Montessori. Porque con el traslado de todos los niños judíos a las escuelas judías, el director del liceo, después de algunas vacilaciones, aceptó recibirme, lo mismo que a Lies, a prueba. Yo no quisiera defraudar al director. Las notas de Margot fueron estupendas, como siempre. Si existiera una "distinción especial" en el liceo, la habría obtenido ella. ¡Qué cabeza tiene!

Durante el último tiempo, papá se queda a menudo en casa. Se ha retirado oficialmente de los negocios. Tiene la ingrata sensación de sentirse inútil. El señor Koophuis se ha vuelto a hacer cargo de la Casa Travies y el señor Kraler de la firma Kolen & Cía. El otro día, cuando nos paseábamos alrededor de nuestra plaza, papá empezó a hablar de un escondite. Decía que iba a ser muy difícil para nosotros vivir completamente separados del mundo externo.

–¿Para qué hablar de eso? –le pregunté.

–Escucha, Ana –contestó–; tú sabes que desde hace más de un año estamos llevando muebles, ropas y otras cosas a casa de unos amigos. No queremos que nuestros bienes caigan en manos de los alemanes, y mucho menos, caer nosotros mismos. No esperaremos que nos vengan a buscar para trasladarnos. Pueden venir en cualquier momento.

–Pero, papá, ¿cuándo podrá ser esto?

Las palabras y la seriedad de mi padre me hicieron sentirme angustiada.

–No te inquietes. Nosotros nos ocuparemos de todo. Diviértete y aprovecha todo el tiempo que aún puedas hacerlo.

Eso fue todo. ¡Oh, con tal de que esas sombrías horas no lleguen todavía... todavía!

Tuya, Ana.

Miércoles 8 de julio de 1942

Querida Kitty:

Siento que han pasado años entre el domingo por la mañana y el día de hoy. ¡Qué de cosas nos han ocurrido! Como si el mundo entero hubiera cambiado bruscamente. Sin embargo, como ves, Kitty, todavía estoy viva, que es lo más importante, como dice papá.

Sí, todavía estoy viva, pero no me preguntes cómo ni dónde. Tú hasta el momento no comprendes nada de nada, ¿verdad? Por eso, antes de nada, debo contarte todo lo ocurrido desde el domingo por la tarde.

A las tres (Harry acababa de irse con la intención de volver más tarde), golpearon a nuestra puerta. Yo no escuché nada, porque estaba leyendo en la terraza, lánguidamente, reclinada al sol en una mecedora. De pronto, Margot apareció en la puerta de la cocina, notoriamente asustada.

-Papá ha recibido una citación de la SS –murmuró–. Mamá acaba de salir en busca del señor Van Daan.

(Van Daan es un colega de papá y amigo de nuestra familia).

Yo me aterré. Todo el mundo sabe lo que significa una citación. Surgieron en mi imaginación los campos de concentración y las celdas solitarias. ¿Ibamos a dejar que a papá se lo llevaran?

–Desde luego que no se presentará –dijo Margot, mientras ambas esperábamos en el cuarto el regreso de mamá.

–Mamá ha ido a casa de los Van Daan para saber si podremos utilizar nuestro escondite desde mañana. Los Van Daan se ocultarán en él con nosotros. Seremos siete.

Silencio. Éramos incapaces de pronunciar una palabra más, pensando en papá, que nada sospechaba. Había ido a visitar a unos viejitos al hospicio judío. La espera, la tensión, el calor, todo nos hacía permanecer en silencio.

De pronto golpearon.

–Es Harry –dije yo.

–No abras –pidió Margot, sujetándome.

Pero no fue necesario. Oímos a mamá y al señor Van Daan que hablaban con Harry antes de entrar y que luego cerraban la puerta tras ellos. Cada vez que tocaban el timbre, tanto Margot como yo bajábamos calladamente para ver si era papá. No podíamos recibir a nadie más.

Van Daan quería hablar con mamá a solas, y Margot y yo nos vimos obligadas a dejar la habitación. En nuestro dormitorio, Margot me confesó que la citación no era para papá sino para ella. Asustada, empecé a llorar. Margot tiene dieciséis años. ¡Quieren citar solas a muchachas de su edad! Por suerte, como ha dicho mamá, ella no irá. Papá, al hablarme del escondite, se refería sin duda a esta posibilidad.

Esconderse... ¿Dónde podríamos escondernos? ¿En la ciudad, en el campo, en una casa, en un rancho? ¿Cuándo, cómo, dónde?... Era incapaz de contestar estas preguntas que me planteaba una a una. Margot y yo empezamos a meter lo estrictamente necesario en nuestras maletas. Empecé por meter este cuaderno, luego mis rizadoras, mis pañuelos, mis libros de texto, mis peinetas, viejas cartas. Me obsesionaba nuestro escondite, y guardé las cosas más inconcebibles. No me arrepiento, porque me interesan más los recuerdos que los vestidos.

Por fin, papá volvió a las cinco. Telefoneamos al señor Koophuis para preguntarle si podía venir a casa aquella misma noche. Van Daan salió en busca de Miep. Miep está empleada en las oficinas de papá desde 1933, y es nuestra gran amiga, lo mismo que Henk, con quien se casó hace poco. Miep vino para llevarse una maleta llena de zapatos, de vestidos, de abrigos, de medias, de ropa interior. Y prometió regresar por la noche. Luego volvió la calma a nuestra casa. Ninguno de los cuatro teníamos ganas de comer; hacía calor y todo parecía extraño. El salón de nuestro primer piso había sido subarrendado a un señor Goudsmit, un hombre divorciado que pasaba de los treinta, que al parecer no tenía nada que hacer esa noche, porque no logramos librarnos de él antes de las diez. Todas las buenas palabras para que partiera antes no habían resultado.

Miep y Henk van Santen llegaron a las once, para volver de nuevo a medianoche con medias, zapatos, libros y ropa interior, todo en una maleta de Miep y en los bolsillos de Henk. Yo estaba agotada, y aunque sabía que era la última noche que iba a pasar en mi cama, me dormí de inmediato. A las cinco y media de la mañana siguiente, mamá me despertó. Por suerte, estaba más fresco que el domingo, gracias a una lluvia tibia que iba a continuar todo el día. Cada uno de

nosotros se había vestido como para una expedición al Polo Norte, con el objeto de llevarse todas las ropas posibles. Ningún judío, en circunstancias parecidas, hubiera podido permitirse salir de su casa con una maleta llena. Yo llevaba puestas dos camisetas, tres calzones, un vestido, y encima una falda, una chaqueta, un abrigo liviano, dos pares de medias, zapatones, una boina, una bufanda y otras cosas mías. Me sentía ahogada antes de partir, pero a nadie le preocupaba.

Margot, con su cartera llena de textos de estudio, había sacado su bicicleta del depósito para seguir a Miep hacia nuestro destino lejano y desconocido. Yo continuaba sin saber dónde quedaba nuestro misterioso refugio. A las siete y media, cerramos la puerta de nuestra casa. Del único ser vivo de quien pude despedirme, fue de Maure, mi gatito. Por suerte, éste encontraría una buena guarida en casa de los vecinos, de acuerdo a las instrucciones que le dejamos escritas al señor Goudsmit. En la cocina quedaron medio kilo de carne para el gato y la vajilla del desayuno. Sacamos de las camas, sábanas y frazadas, todo lo que podía dar la impresión de una partida precipitada. Pero ¿qué nos importaban las impresiones? Teníamos que partir como fuera, y se trataba de llegar a buen puerto. Era lo único que nos importaba. La continuación la dejaré para mañana.

Tuya, Ana.

Jueves 9 de julio de 1942

Querida Kitty:

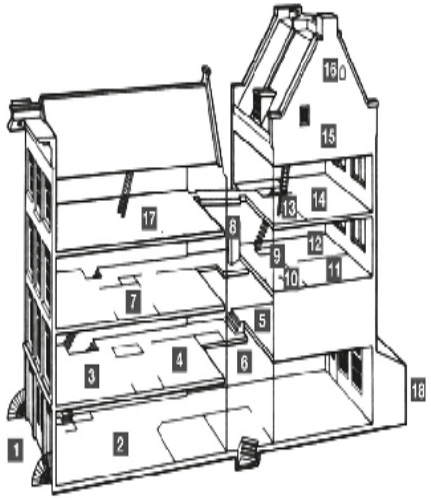
Partimos bajo una tupida lluvia, papá y mamá llevando una bolsa de provisiones llena de Dios sabe qué, y yo con mi cartera que ya se reventaba.

Los obreros nos miraban compasivamente. Sus caras mostraban pena por no podernos ofrecer un medio de transporte. Nuestra estrella amarilla era una señal demasiado elocuente.

Durante el camino, papá y mamá me iban revelando de a poco la historia de nuestro escondite. Desde hacía varios meses hicieron transportar, pieza por pieza, una parte de nuestros muebles, lo mismo que la ropa de casa y muchos de nuestros vestidos. La fecha de nuestra desaparición voluntaria había sido fijada para el 16 de julio. A causa de la citación, hubo que adelantarla diez días, por lo que deberíamos contentarnos con una instalación más bien rudimentaria. El escondite estaba situado en el edificio donde tenía las oficinas papá. Como para las personas ajenas al asunto esto es algo difícil de entender, pasaré a dar una explicación. El personal de papá era poco: los señores Kraler y Koophuis, Miep y por último Elli Vossen, la taquidactilógrafa de veintitrés años, todos los cuales sabían de nuestra llegada. El señor Vossen, padre de Elli, y los dos hombres que le ayudaban en la bodega, no conocían nuestro secreto.

El edificio está distribuido de la siguiente manera: en el primer piso hay un gran almacén que sirve igualmente de bodega. Junto a la puerta del almacén se halla la puerta de entrada de la casa, detrás de la cual una segunda puerta da paso a una escalerita. Al subir esta escalera se llega ante una puerta de vidrios esmerilados, en el que antes se leía *Oficina* en letras negras. Es la oficina que da al canal: muy grande, muy clara, con archivos en las paredes, y donde actualmente trabajan de día sólo tres personas: Elli, Miep y el señor Koophuis. Cruzando una especie de vestuario, en el que hay un cofre y un gran armario con papeles, sobres, etc., se llega a una piecita bastante oscura que da a un patio interior. Antiguamente era la oficina del señor Kraler y del señor Van Daan, pero ahora es el reino del primero. También se puede llegar a la oficina del señor Kraler por una puerta vidriada al final del vestuario, que sólo puede abrirse desde el interior de la oficina.

Por la otra salida de la oficina del señor Kraler hay un pasillo estrecho, que cruzando por delante de la carbonera conduce a cuatro escalones que desembocan en el digno santuario, orgullo del edificio, en cuya puerta se lee: *Privado*. Allí se ven muebles oscuros e imponentes, el linóleo cubierto de algunas hermosas alfombras, una magnífica lámpara, un aparato de radio, todo de gran calidad. Junto a esta habitación, una espaciosa cocina con una cocinilla a gas de dos quemadores y un pequeño califont para el baño. Al lado de la cocina, el W.C. Todo esto en el segundo piso.



Esquema del edificio que contenía el anexo

1 Calle a orillas del canal (263 Prinsengracht Canal).
2 Almacén, empaque y bodega.
3 Oficina de Elli, Miep y Koophuis.
4 Oficina de Kraler.
5 Privado. Ex oficina privada de Otto Frank.
6 Pequeño patio interior.
7 Oficinas, almacén y bodega.
8 Puerta-armario giratorio que da acceso al Anexo.

9 Lavabo y tocador del Anexo.
10 W.C. del Anexo.
11 Habitación de Ana Frank y Albert Dussel en el Anexo.
12 Habitación de Otto, Edith y Margot Frank en el Anexo.
13 Cuatito de Peter Van Daan en el Anexo.
14 Habitación de los Van Daan en el Anexo.
15 Desván del Anexo.
16 Buhardilla del Anexo.
17 Desván de la casa de delante.
18 Patio-jardín de atrás.

Por el pasillo del entrepiso se accede a una escalera de madera blanca, al final de la cual se encuentra un rellano que forma también un pasillo. Allí hay puertas a la derecha y a la izquierda; las de la izquierda llevan al frente de la casa, a grandes habitaciones que sirven de bodega y almacén, con un granero y un desván delante. A estas habitaciones delanteras también se puede llegar por la segunda puerta de entrada, subiendo una escalera estrechísima, típicamente holandesa, y como para quebrarse los brazos y las piernas.

La puerta de la derecha conduce al anexo que da al patio-jardín. A nadie se le ocurriría que esta sencilla puerta pintada de gris disimula tantas habitaciones. A la puerta de entrada se llega subiendo algunos peldaños; se abre, y se está en el Anexo.

Delante de esta puerta de entrada, una inclinadísima escalera; a la izquierda, un pasillito que conduce a una habitación que se ha transformado en el hogar de la familia, así como en el dormitorio del señor y la señora Frank; al lado, un cuarto más chico, convertido en estudio y dormitorio de la señorita Frank. A la derecha de la escalera hay una habitación sin ventana con un lavatorio y una mesa de tocador; hay, además, un cuartucho donde se ha instalado el W.C. y la puerta que da al dormitorio, que yo comparto con Margot.

Cuando se abre la puerta del rellano del segundo piso, sorprende que haya tanto espacio y tanta luz en el anexo de una casa tan vieja. Las casas que orillan los canales de Amsterdam son las más antiguas de la ciudad. Este gran cuarto, equipado con una cocinilla a gas y un fregadero, que fue hasta ahora laboratorio, está destinado a ser el dormitorio de los esposos Van Daan, además de cocina, sala, comedor, estudio y taller.

Un cuartito unido al pasillo servirá de dormitorio a Peter Van Daan. También hay un enorme desván como el de la primera parte de la casa. Es todo. Ahora tengo el gusto de recibirte en nuestro lujoso Anexo.

Tuya, Ana.

Viernes 10 de julio de 1942

Querida Kitty:

Tengo que haberte aburrido con mi larga y latosa descripción de nuestra nueva vivienda, pero creo que es muy importante que tú sepas dónde he venido a dar.

Ya puedo continuar mi relato porque, claro, aún no había terminado. Apenas llegamos a la casa de la calle Prinsengracht, Miep nos condujo al Anexo. Cerró la puerta tras de nosotros. Estábamos solos. Margot, que había llegado antes en bicicleta, nos esperaba. Nuestra gran habitación y todas las demás se encontraban en un desorden inimaginable. Todas las cajas, trasladadas a la oficina durante los meses anteriores, yacían en el suelo, sobre las camas,

por todas partes. En el cuartito se apilaban hasta el techo ropa de cama, frazadas, etc. Había que arremangarse y empezar a trabajar de inmediato si queríamos dormir esa noche en camas decentes. Ni mamá ni Margot estaban en condiciones de levantar el dedo meñique; se dejaron caer sobre los colchones agotadas, entristecidas y todo lo que puedas imaginarte. Mientras que papá y yo, los únicos ordenados de la familia, éramos de la opinión que había que poner en seguida todo en orden.

Durante el día entero estuvimos vaciando cajas, arreglando los armarios, ordenando, para finalmente caer muertos de fatiga en camas bien hechas y limpias. No habíamos comido nada caliente durante todo el día, lo que no nos había molestado en lo más mínimo. Mamá y Margot estaban demasiado cansadas y deprimidas para comer, y tanto papá como yo teníamos demasiado trabajo.

El martes por la mañana reanudamos nuestro quehacer, mientras Elli y Miep, que se ocupaban de nuestro aprovisionamiento, habían ido a buscar nuestras raciones. Papá se puso a mejorar el camuflaje de las luces para la defensa pasiva; fregamos y lavamos el suelo de la cocina. Hasta el miércoles no tuve un minuto para pensar en lo que, de la noche a la mañana, había cambiado de golpe mi vida. Ahora he encontrado un momento de descanso para contarte todo esto, y también para darme cuenta qué me ha ocurrido y qué pueda ocurrirme todavía.

Tuya, Ana.

Sábado 11 de julio de 1942

Querida Kitty:

Ni papá, ni mamá, ni Margot pueden acostumbrarse al carillón de la Westertoren[2], que suena cada cuarto de hora. En cuanto a mí, yo lo he encontrado en seguida maravilloso; sobre todo en la noche, cuando un sonido familiar nos da aliento. ¿Te interesa quizá saber si me gusta mi escondite? Debo confesarte que ni yo misma lo sé aún. Estoy segura de que nunca podré sentirme en mi hogar en esta casa, cosa que no significa que aquí sea desgraciada. Más bien, tengo la impresión de que estoy pasando unas vacaciones en una pensión muy extraña. Esta opinión acerca de un escondite puede parecerte rara, pero yo no lo veo en otra forma. Nuestro Anexo es magnífico como refugio. Aunque húmedo y estrafalario, es un lugar suficientemente cómodo y único en su género. Sería inútil intentar hallar otro igual en el resto de Amsterdam, y tal vez en Holanda entera.

Nuestro dormitorio de paredes lisas parecía desnudo. Pero gracias a papá que, con anticipación, había traído todas mis fotos de artistas de cine y mis postales, pude arreglármelas con cola y pinceles para transformar mi cuarto en un gran mural. Se ve mucho más alegre, y cuando lleguen los Van Daan veremos qué puede hacerse con la madera que hay en el granero. A lo mejor pueden construirse estanterías, repisas y otras lindas cosas.

Mamá y Margot ya están más repuestas. Ayer, por primera vez, a mamá se le ocurrió hacer crema de porotos, pero luego se puso a charlar y a charlar, y se olvidó de ella, a tal punto que fue imposible arrancar de la cacerola los porotos calcinados.

El señor Koophuis me trajo un libro, *Boek voor de Juegd*. Anoche fuimos los cuatro a la oficina privada y oímos la radio de Londres. Yo estaba tan preocupada de que alguien pudiera escucharla, que supliqué a papá que regresáramos al Anexo. Comprendiendo mi angustia, mamá subió conmigo.

Tenemos mucho miedo de que los vecinos puedan vernos u oírnos. Hemos puesto cortinas en cuanto llegamos. No son cortinas propiamente dichas, pues están hechas de saldos de tela, ninguno de los cuales es igual al otro, ni en su forma, ni en su color, ni en su calidad, ni en su diseño. Papá y yo los cosimos con la torpeza de los que no practican el oficio. Estos multicolores ornamentos los hemos sujetado con chinches a las ventanas, y aquí quedarán hasta que finalice nuestra estadía.

El edificio de la derecha está ocupado por una gran empresa mayorista, y el de la izquierda por un fabricante de muebles. ¿Nos podrán oír? Nadie se queda en esos edificios después de las horas de trabajo, pero no hay que fiarse. A Margot le hemos prohibido que tosa de noche, aunque ha cogido un fuerte resfriado y la atiborramos con codeína.

Me alegra mucho la llegada de los Van Daan, fijada para el martes. Seremos más numerosos, habrá más alegría y menos silencio. Es, sobre todo, el silencio lo que me crispa los nervios por la tarde y por la noche. Daría cualquier cosa porque uno de nuestros protectores viniera a dormir aquí.

Me siento oprimida, terriblemente oprimida por el hecho de no poder salir nunca, y tengo muchísimo miedo de que seamos descubiertos y fusilados. Esta es, naturalmente, una perspectiva muy poco alentadora.

De día nos vemos obligados a caminar siempre sin hacer ruido y hablar en voz baja para que no nos oigan en el almacén. Me llaman.

Tuya, Ana.

Viernes 14 de agosto de 1942

Querida Kitty:

Ha pasado un mes desde que te dejé, pero no había suficientes novedades para contarte cada día algo divertido. Los Van Daan llegaron el 13 de julio. Los esperábamos para el 14, pero como los alemanes empezaron a asustar a mucha gente entre el 13 y el 16, con citaciones a diestra y siniestra, los Van Daan prefirieron adelantarse un día para mayor seguridad. El primero en aparecer a las nueve y media de la mañana, cuando estábamos tomando desayuno, fue Peter, el hijo de los Van Daan. Peter acaba de cumplir dieciséis años, es un demonio bastante fastidioso y tímido, que llegó con su gato, Mouschi. No espero gran cosa de él como compañero.

El señor y la señora llegaron media hora más tarde. La señora nos provocó un ataque de risa cuando sacó de su sombrero un gran orinal.

–Sin esto, en ninguna parte siento que estoy en mi propia casa –declaró.

Fue el primer objeto que tuvo su sitio fijo, debajo del diván-cama. El señor no había traído orinal sino una mesa plegable para el té.

Durante los tres primeros días comimos juntos en un ambiente de cordialidad. Después de estos tres días, todos sentíamos que nos habíamos transformado en una gran familia. Era evidente que los Van Daan, que habían tenido contacto con el exterior durante toda la semana, tuvieran más cosas que contarnos. Entre otras, lo que nos interesaba profundamente era saber qué había pasado con nuestra casa y con el señor Goudsmit.

Esto fue lo que nos contó el señor Van Daan:

–El lunes por la mañana, el señor Goudsmit me telefoneó para preguntarme si podía pasar a su casa, lo que hice inmediatamente. Estaba muy preocupado. Me mostró una cartita que habían dejado los Frank y me preguntó si había que llevar el gato donde los vecinos. Yo dije que pensaba que sí. El señor Goudsmit temía una investigación, lo que nos hizo examinar grosso modo todas las habitaciones, poniendo en ellas un poco de orden. También despejamos la mesa.

"De repente vi sobre el escritorio de la señora Frank un block de notas en el cual estaba escrita una dirección de Maestricht. Aunque sabía que la había dejado intencionalmente, simulé sorpresa y susto, rogando al señor Goudsmit que quemara aquel comprometedor papel lo antes posible.

"Fingí ignorar durante todo el tiempo cualquier cosa relacionada con la desaparición de ustedes, y cuando hube visto aquel trozo de papel se me ocurrió una cosa.

"–Señor Goudsmit –le dije–, creo recordar algo que podría tener relación con esta dirección. Ahora me acuerdo de que un alto oficial se presentó un día en la oficina, hace unos seis meses. Aquel oficial estaba adscrito a la región de Maestricht, y parecía ser un amigo de juventud del señor Frank, a quien había prometido ayuda y protección si llegara a necesitarla.

"Expresé que era muy probable que aquel oficial hubiera mantenido su palabra, facilitando de una u otra manera el paso de la familia Frank a Suiza, a través de Bélgica. Le pedí que contara eso a los amigos de los Frank que pidieran noticias de ellos, aunque sin hablar necesariamente de Maestricht.

"Luego me marché. La mayoría de sus amigos han sido puestos al corriente. Lo he sabido por diversos conductos".

A nosotros nos divirtió esta historia y nos reímos de la poderosa imaginación de la gente, según nos demostraban otros relatos del señor Van Daan. Así, hubo quien nos vio al amanecer, a los cuatro en bicicleta. Una señora pretendía estar segura de que habíamos sido introducidos en un auto militar en plena noche.

Tuya, Ana.

Viernes 21 de agosto de 1942

Querida Kitty:

Nuestro escondite sólo ahora se ha convertido en un verdadero escondite. Al señor Kraler le pareció mejor que delante de la puerta que da acceso al Anexo colocáramos un armario (se hacen muchas inspecciones para detectar bicicletas ocultas), pero un tipo de armario giratorio que se abra como una puerta.

El señor Vossen se ha esforzado como un carpintero para fabricar un artefacto de esta clase. Entretanto se le puso al corriente de las siete pobres almas ocultas en el Anexo, y no puede ser más servicial. En este momento para poder llegar a las oficinas hay que agacharse primero y luego saltar, porque han desaparecido los peldaños. Al cabo de tres días cada uno tenía la frente adornada con un bello chichón porque nos pegábamos contra la puerta baja. Por eso, en el reborde, se ha puesto un paragolpes: una bolsita rellena de aserrín. ¡Ya veremos si resulta!

Avanzo poco en mis estudios; he decidido darme vacaciones hasta septiembre. Luego, papá será mi profesor, pues temo haberme olvidado de mucho de lo que aprendí en la escuela.

No hay que contar con cambios en nuestra vida. Me entiendo muy mal con el señor Van Daan. En cambio, él quiere mucho a Margot. Mamá me trata a veces como a una niña chica, lo que me parece insoportable. Fuera de eso, nos entendemos. Peter no gana mucho a medida que se le conoce. Es un latoso, un flojo que se lo pasa tendido en la cama el día entero. A veces juega a que trabaja, se las da de carpintero y luego vuelve a ser el mismo burro. ¡Qué estúpido!

Afuera hace buen tiempo y calor. A pesar de todo, aprovechamos al máximo la cama-jaula del granero, donde el sol entra a raudales a través de una ventanita.

Tuya, Ana.

Miércoles 2 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

El señor y la señora Van Daan han tenido una pelea espantosa. Nunca había escuchado cosas semejantes, porque papá y mamá jamás harían una cosa así al hablarse. El motivo: una insignificancia por la que no valía la pena exaltarse. ¿Qué quieres?, cada cual tiene su modo de ser.

Esto, naturalmente, es poco divertido para Peter, que hace de sandwich en medio de los dos. Pero, como es flojo y regalón, nadie lo toma en serio. Ayer estaba insoportable, porque tenía la lengua azul en lugar de roja. Desde luego, fue algo que desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Hoy sufre de tortícolis y se pasea con una bufanda anudada al cuello. El caballero se queja además de lumbago. Él se diagnostica, porque se trata de dolores entre el corazón, los riñones y los pulmones. Es un verdadero hipocondríaco (ésta es la palabra, ¿no es cierto?)

Hay bastantes desacuerdos entre mamá y la señora Van Daan; existen, desde luego, razones para ello. Te daré un ejemplo: la señora Van Daan ha retirado el armario donde se encuentra nuestra ropa en común y todas las sábanas, que eran tres. A ella le parece natural que la ropa de mamá la use todo el mundo. Pero se va a sentir muy decepcionada cuando compruebe que mamá ha seguido su ejemplo.

Además, y aunque la señora se queje, usaremos su juego de mesa y no el nuestro para la comunidad. Ella trata por todos los medios de saber qué hemos hecho con nuestros platos, que están mucho más cerca de lo que ella supone: se encuentran en el granero, guardados en cajas de cartón, detrás de un montón de cartapacios. Los platos son inencontrables, y, sobra decir, que tomamos precauciones para que nos duren durante nuestra estadía aquí. A mí, por ejemplo, me suceden accidentes a cada momento. Ayer se me cayó un plato sopero de la señora, que se hizo pedazos.

–¡Ay! –exclamó ella furiosa–. ¿Acaso no puedes tener más cuidado? Es todo lo que tengo.

Ultimamente el señor Van Daan está sumamente amable conmigo. Si eso le agrada... Esta mañana mamá ha vuelto a abrumarme con sus sermones, lo que me molesta muchísimo. Tenemos opiniones exactamente opuestas. Papá es más tolerante, aunque a veces llegue a enojarse conmigo durante cinco minutos.

La semana pasada, la monotonía de nuestra vida fue interrumpida por un pequeño accidente; se trataba de Peter y de un libro sobre las mujeres. A título de información, te diré que a Margot y a Peter se les permite leer todos los libros que nos presta el señor Koophuis.

Pero se opinaba que un libro sobre un tema tan especial debía quedar en manos de las personas mayores. Esto bastó para despertar la curiosidad de Peter: ¿Qué podría haber de prohibido en aquel libro? A hurtadillas se lo sustrajo a su madre mientras ella charlaba con nosotros y se escapó al desván con su botín. Pero esto duró sólo unos días. La señora Van Daan observó las maniobras de su hijo sin decirle nada a su marido. Hasta que éste se dio cuenta por sí solo. ¡Qué manera de enojarse! Sin embargo, al recuperar el libro creyó que la cuestión había terminado. Pero no contaba con la curiosidad de su hijo, que no se dejó intimidar en lo más mínimo por la firmeza de su padre.

Peter trataba por todos los medios de leer hasta el final aquel libro tan fascinante. Entretanto la señora Van Daan vino a pedirle la opinión a mi mamá. A mamá le pareció que, en efecto, aquel libro no era adecuado para Margot, a pesar de que la mayoría no pensaba así.

–Hay una gran diferencia, señora Van Daan –le dijo mamá–, una enorme diferencia entre Margot y Peter. En primer lugar Margot es una muchacha, y las muchachas siempre maduran antes que los muchachos. Además, Margot ya ha leído muchos libros para mayores y no abusa de lecturas prohibidas; y por último, Margot es más viva y más inteligente debido a sus cuatro años de liceo.

La señora estaba completamente de acuerdo con mamá, pero pensaba que los jóvenes no debían leer libros de adultos.

El asunto es que Peter buscaba los momentos propicios para apoderarse del libraco cuando nadie lo pensaba. La tarde pasada, a las siete y media, mientras todos escuchaban la radio en la oficina privada, él partió con su tesoro al desván. Tendría que haber bajado de allí a las ocho y media, pero el libro era tan fascinante que no se dio cuenta de la hora y apareció en el momento en que su padre regresaba a su habitación. ¡Te imaginarás la segunda parte! Un pellizco, una

bofetada y un puñetazo. En menos de un minuto, el libro se encontraba sobre la mesa y Peter en el desván. Esas eran las circunstancias en el momento de cenar. Peter se quedó donde estaba y nadie se preocupó de él: había sido castigado. Continuó la comida, todo el mundo estaba de buen humor, se charlaba, se reía. De pronto, un agudo silbido nos hizo palidecer. Todos dejaron cuchillos y tenedores y se miraron con espanto. Luego se escuchó la voz de Peter gritando por el tubo de la estufa:

–Si se imaginan que voy a bajar, están equivocados.

El señor Van Daan tuvo un sobresalto, tiró su servilleta y con el rostro encendido, rugió:

–Basta. ¿Me oyes?

Temiendo un escándalo, papá lo tomó del brazo y lo siguió al desván. Nuevos golpes, nueva violencia. Peter volvió a su cuarto, se sintió un portazo, y los señores regresaron a la mesa. La señora hubiera querido guardar un sandwich para su querido hijo, pero el señor fue inflexible.

–Si no pide inmediatamente disculpa, tendrá que pasar la noche en el desván.

Hubo protestas, argumentando que privarle de cenar ya era suficiente castigo. ¿Y si Peter se resfriaba? ¿Cómo podríamos llamar a un médico?

Peter no pidió disculpa y regresó al desván. El señor Van Daan decidió no ocuparse más del problema. Sin embargo, a la mañana siguiente, pudo comprobar que su hijo había dormido en su cama. Esto no impidió que a las siete volviera a subir al desván. Fueron necesarias las palabras amistosas de papá para hacerle bajar. Durante tres días hubo miradas de reojo, silencios obstinados; luego todo volvió a su cauce.

Tuya, Ana.

Lunes 21 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Hoy consigno sólo las noticias corrientes del Anexo. La señora Van Daan es insoportable; yo me dejo atrapar continuamente debido a mi infinita verborrea. Ella no pierde ocasión de enervarnos. Su última manía es la de evitar el lavado de las cacerolas; las pequeñas sobras las deja dentro en vez de ponerlas en un plato de loza, como lo solemos hacer nosotros, y todo eso se echa a perder. Y cuando a Margot le toca el turno de lavar la vajilla y encuentra siete utensilios para fregar, la señora le dice, despreocupadamente:

–¡Margot, Margot, cuánto trabajo tienes!

Papá me ayuda a establecer nuestro árbol genealógico paterno. Sobre cada antepasado me cuenta una breve historia, lo que me interesa profundamente.

El señor Koophuis me trae libros cada quince días. Me entusiasma la serie *Joop ter Heul*. Todo cuanto escribe Cissy van Marxveldt me gusta muchísimo. He leído *Alegría del estío* al menos cuatro veces; y las situaciones divertidas siguen haciéndome reír.

He vuelto a mis estudios. Me esfuerzo mucho con el francés y cada día me aprendo cinco verbos irregulares. Peter la ha emprendido con el inglés, no sin grandes suspiros. Acaban de llegar algunos libros de clases. Yo había traído una provisión de cuadernos, de lápices, de gomas y de etiquetas. Escucho a veces la audición Holanda de Ultramar. El príncipe Bernardo acaba de hablar. Ha dicho que tendrá otro hijo alrededor de enero. Me he alegrado. Aquí les parece extraño que yo sea tan monárquica.

Algunos días atrás los mayores juzgaban que, al fin y al cabo, yo era bastante tonta. Ese mismo día tomé la firme resolución de ponerme inmediatamente al trabajo. No tengo la menor gana de volver a encontrarme en la misma clase a los catorce o quince años.

Después se habló de libros, pero casi todos los libros de los mayores me están prohibidos. Mamá lee en estos momentos *Heeren, Vrouwen en Knechten*, que Margot tiene el derecho de leer y yo no. Primero tendré que tener mayores conocimientos, como mi ilustre hermana. Se ha hablado también de mi ignorancia; yo no sé nada de filosofía, de fisiología ni de sicología. Quizás sea menos ignorante el año próximo. Acabo de copiar del diccionario estas difíciles palabras.

Compruebo algo desastroso: sólo tengo un vestido de manga larga y tres chaquetones para el invierno. Papá me ha permitido tener un suéter blanco. Es cierto que la lana no es muy bonita, pero será abrigador. Hay más ropas nuestras en casa de otras personas; lástima que no podamos ir a buscarlas antes de que termine la guerra, y, aún así, quizás si las volveremos a encontrar.

Hace unos minutos, cuando terminaba de escribir sobre la señora Van Daan, a ésta se le ocurrió entrar en la habitación. ¡Zas! Tuve que cerrar el Diario.

–¿Qué ocurre, Ana? ¿No me permites ver tu Diario?

–No, señora.

–¡Vaya! ¿Ni siquiera la última página?

–No, señora, ni siquiera la última página.

¡Qué susto me ha dado! En esa página su retrato no era verdaderamente muy positivo.

Tuya, Ana.

Viernes 25 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Ayer estuve "de visita" en la casa de los Van Daan para charlar un poco. Eso lo hago de vez en cuando. A veces se pasa allí un momento agradable. Es cuando se comen galletas antipolillas (la caja de lata se guarda en la despensa que huele a alcanfor) y bebemos limonada.

Hablamos de Peter. Yo dije que Peter me acariciaba a menudo las mejillas y que esto a mí me parecía insoportable, que no me gustaban esas demostraciones.

En forma muy paternal me preguntaron si en realidad yo no podía tomarle afecto a Peter. Según ellos, él me quería mucho. "¡Dios mío!", pensé.

–¡Oh, no! –dije.

También agregué que encontraba a Peter un poco torpe y tímido, como todos los muchachos que no estaban acostumbrados a andar con muchachas.

Aprovecho para contarte que el comité de protectores nuestros, me refiero a los señores, da muestras de bastante ingenio.

Escucha lo que han inventado para darle noticias nuestras al apoderado de la Travies, el señor Van Dijck, que es responsable de las mercancías clandestinas, y que es amigo nuestro. Los protectores envían una carta mecanografiada a un farmacéutico, cliente de la casa, que vive en Zelandia Meridional. Este encuentra en la carta un sobre escrito por papá; el farmacéutico se sirve entonces de este sobre para enviar su respuesta. Tan pronto como llegan los protectores, sustituyen la carta del farmacéutico con una frase preparada por papá dando señales de vida; la carta de papá que ellos muestran entonces al señor Van Dijck parece haber pasado de contrabando por Bélgica y mandada vía Zelandia; éste puede leerla sin sospechar de la treta. Se ha elegido Zelandia porque es limítrofe con Bélgica, donde el contrabando es cosa de todos los días, y, además, porque no se puede ir allí sin una visa especial.

Tuya, Ana.

Domingo 27 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

A mamá le ha dado de nuevo conmigo últimamente; lo siento, pero no logramos entendernos bien. Con Margot tampoco andan muy bien las cosas. Entre nosotros no existen los exabruptos que oímos a veces en la casa de nuestros vecinos de arriba; con todo, no es agradable para mí, ni mucho menos. Los caracteres de Margot y de mamá me resultan totalmente extraños. Para mí era más fácil comprender a mis amigas que a mi propia madre. ¡Qué lástima!

La señora Van Daan está otra vez de un mal humor insoportable. Es muy caprichosa y guarda sus cosas bajo llave cada vez con más empecinamiento. Mamá debería responder a la desaparición de un "objeto Frank" con la de un "objeto Van Daan". Así la educaría.

Hay personas a quienes les gusta educar no sólo a sus propios hijos sino también a los ajenos. Los Van Daan pertenecen a esta categoría. No se ocupan de Margot: ella es la inteligencia, la cordura y la delicadeza personificadas. Los mayores necesitan siempre a alguien a quien considerar descontrolado e insoportable, y, naturalmente, yo me transformo en ese chivo expiatorio. Por eso, lo que no recae sobre Margot recae automáticamente sobre mí. Más de una vez sucede que en la mesa tanto las críticas como las respuestas insolentes saquen chispas. Papá y mamá se defienden con emoción; sin su ayuda, yo no podría sostener esta lucha y conservar un poco de amor propio. Aunque mis padres me reprochen de continuo mi cotorreo, recomendándome que no me entrometa en nada y que sea más modesta, mis fracasos son mayores que mis triunfos. Y si papá no demostrase tanta paciencia conmigo, haría tiempo que habría abandonado toda esperanza de satisfacerlos, ya que sus exigencias, después de todo, no son tan grandes.

Si quiero servirme pocas legumbres y comer más papas, los Van Daan, sobre todo la señora, se enfurece: dice que estoy demasiado consentida.

–A ver, Ana; un poco más de legumbres.

–No, señora, gracias –digo yo–; con las papas es suficiente.

–Las legumbres verdes son buenas para la salud. Tu madre piensa lo mismo. Sírvete un poco más –presiona, hasta que papá interviene en defensa mía.

En ese momento la señora estalla:

–¡Me gustaría ver qué sucedería en nuestra casa! ¡En nuestra casa, por lo menos, sabíamos educar a nuestros hijos! ¡A eso llaman ustedes educación! Ana está terriblemente consentida. Yo jamás lo permitiría si Ana fuera mi hija...

Así comienza y termina sus peroratas: "Si Ana fuera mi hija..." Por suerte no lo soy.

Volviendo al tema de la educación, un silencio siguió a las palabras de la señora. Luego papá replicó:

–Yo pienso que Ana está muy bien educada. Incluso es capaz de no contestar sus sermones. Con respecto a las legumbres, ese reproche, viniendo de usted, está fuera de lugar.

La señora se sintió derrotada y ¡de qué manera! Por el "reproche fuera de lugar", ya que papá aludía a la porción mínima de legumbres que ella se servía. Esta señora se cree con el derecho de cuidarse un poco porque sufre del estómago y se sentiría molesta si comiera demasiadas legumbres antes de acostarse. De cualquier modo, que me deje en paz y cierre la boca. Es divertido verla enrojecer por cualquier cosa. Esto a mí no me ocurre y eso la molesta mucho, aunque no lo diga.

Tuya, Ana.

Lunes 28 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Mi escrito de ayer estaba lejos de haber terminado, pero tuve que ponerle término. No puedo dejar de tenerte al corriente de un nuevo desacuerdo. Pero antes te contaré otra cosa:

Me parece muy extraño que las personas mayores se molesten tan fácilmente por cualquier tontera. Hasta ahora yo pensaba que eso de pelearse era una costumbre de niños de la que se iban librando con la edad. Podría producirse una "verdadera" discusión por un motivo de peso, pero las palabras ofensivas proferidas aquí constantemente no tienen ninguna razón de ser, sin embargo están a la orden del día. A la larga, tendré que habituarme a ello. Ahora bien, en este caso particular no me acostumbraré nunca en tanto estas discusiones (usan esta palabra en lugar de "pelea") se produzcan por mi causa. Ellos no me reconocen ninguna cualidad. Yo no tengo nada bueno, absolutamente nada: mi aspecto, mi carácter, mis maneras se me critican una detrás de otra, y en forma minuciosa, a juzgar por las interminables discusiones. Pero hay algo a lo cual nunca he estado acostumbrada: son esos gritos y esas palabras duras que estoy obligada a aceptar poniendo buena cara. ¡Es superior a mis fuerzas! Esto no puede durar más. Me niego a soportar estas humillaciones. Les demostraré que Ana Frank no viene recién saliendo del cascarón; y cuando les diga, de una vez por todas, que comiencen por preocuparse de su propia educación antes de ocuparse de la mía, no podrán reaccionar y tendrán que morderse la lengua. ¡Qué modales! ¡Son unos bárbaros! Cada vez que ocurre algo así quedo desconcertada ante semejante desfachatez, y, sobre todo... ante semejante estupidez (la de la señora Van Daan). Pero apenas me reponga, y no faltará mucho para ello, les contestaré de la misma manera y punto final. ¡Así tendrán que cambiar de música!

¿Acaso soy tan mal educada? ¿Soy tan vanidosa, tan terca, tan insolente, tan tonta, tan floja, etc., etc., como ellos dicen? ¡Oh! sé que tengo muchos defectos, pero ellos exageran. ¡Si supieras, Kitty, cómo me hacen hervir la sangre esas injurias y esos insultos. Pero no los aceptaré por mucho tiempo más. Mi rabia estallará de un momento a otro.

Basta. Te he aburrido bastante con mis peleas. Sin embargo, hoy hubo una conversación muy interesante en la mesa y tengo ganas de contártela.

No recuerdo cómo empezó, pero se terminó hablando de la modestia legendaria de Pim (Pim es el apodo que dan a papá). Las personas más idiotas no podrían negar este hecho. De pronto, la señora, que no puede aceptar una idea sin aplicársela a sí misma, dijo:

–También yo soy modesta. Y bastante más que mi marido.

¡Qué descaro! Con decirlo demuestra su inmodestia. El señor Van Daan creyó necesario aclarar el "mucho más que mi marido", así es que contestó muy tranquilo:

–A mí no me interesa ser modesto. La experiencia me dice que las personas modestas no llegan muy lejos en la vida.

Y volviéndose hacia mí:

–Jamás seas modesta, Ana. ¡El serlo no te ayudará para nada!

Mamá estuvo de acuerdo. Pero la señora Van Daan tenía, naturalmente, que decir la última palabra sobre un tema tan interesante como la educación. Esta vez no se dirigió directamente a mí, sino a mis padres:

–Ustedes demuestran tener un concepto muy especial de la vida cuando le dicen a Ana una cosa semejante. Cuando yo era joven... Pero ¡uf, qué diferencia! Estoy segura de que en nuestros días esa diferencia todavía existe, excepto en las familias modernas como la de ustedes.

Sus últimas palabras se referían al método moderno de la educación proclamado muchas veces por mamá.

La señora se había puesto roja de emoción; mamá, en cambio, continuaba impasible. La persona que enrojece se ve arrastrada cada vez más por sus emociones y corre el riesgo de perder antes la partida. Mamá, con las mejillas pálidas, quiso zanjar el asunto lo más luego posible y contestó, casi sin pensarlo:

–Señora Van Daan, efectivamente yo opino que es mejor ser un poco menos modesto en la vida. Mi marido, Margot y Peter son demasiado modestos. Su marido, Ana, usted y yo, no somos precisamente lo que se puede llamar modestos y no nos dejamos atropellar.

Señora: –Querida señora, no la comprendo. Yo soy realmente la modestia personificada. ¿Qué

es lo que hace que usted lo dude?

Mamá: –Nada en especial. Pero nadie puede decir que usted brilla por su modestia.

Señora: –Me gustaría que me dijera en qué falto yo a la modestia. Si no me preocupara de mí, aquí nadie lo haría y se me dejaría morir de hambre. Pero esa no es una razón para no admitir que soy tan modesta como su marido.

Tan ridícula autodefensa hizo reír a mamá, a pesar suyo. La señora, cada vez más irritada, continuó su discurso en una linda prosa salpicada de palabras interminables, en un magnífico alemán-neerlandés y neerlandés-alemán, hasta que esta oradora innata, perdida en sus propias palabras, tomó la resolución de abandonar la habitación. Al levantarse, se volvió para dejar caer su mirada sobre mí. ¡Deberías haberla visto! cuando ella estuvo de espaldas, yo tuve la desgracia de mover la cabeza, casi inconscientemente, con una expresión de lástima mezclada sin duda de ironía, a tal punto me sentí fascinada con la oleada de palabras. La señora se crispó, se puso a lanzar injurias en alemán, sirviéndose de una jerga nada bonita y muy vulgar. Era un lindo espectáculo. Si hubiera podido dibujar habría hecho un boceto de su actitud, a tal punto resultaba cómica, demasiado cómica la pobre y estúpida mujer.

Después de esta escena, estoy segura de una cosa: peleándose abiertamente una sola vez es la mejor manera para conocerse a fondo. Es entonces cuando puede juzgarse realmente un carácter.

Tuya, Ana.

Martes 29 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Las personas que están ocultas tienen curiosas experiencias. Figúrate que no tenemos bañera y que nos lavamos en una artesa. Y como hay agua caliente en la oficina (me refiero a todo el piso inferior) los siete aprovechamos por turno esta ventaja.

Pero como todos somos muy distintos unos de otros –algunos de nosotros sacan a relucir el problema del pudor, más intenso en unos que en otros –cada miembro de la familia se ha reservado su rincón personal a manera de cuarto de baño. Peter se da el suyo en la cocina, a pesar de que tiene puerta vidriada. Cuando piensa en bañarse, viene a anunciar que durante media hora no habrá que pasar por delante de la cocina. Esta medida le parece suficiente. El señor Van Daan se toma el suyo en su dormitorio; la seguridad de lavarse en su cuarto le compensa la molestia de subir el agua al segundo piso. Papá ha elegido la oficina privada como cuarto de baño, y mamá la cocina, detrás de la pantalla de la estufa. Margot y yo nos hemos reservado la oficina grande de delante para nuestro chapoteo. Los sábados por la tarde bajamos las cortinas y nos aseamos a oscuras. Mientras una está en la tina, la otra espía por la ventana entre las cortinas cerradas.

Hace ya una semana que mi cuarto de baño dejó de agradarme y me puse, pues, a buscar un lugar más cómodo. Peter me dio una buena idea: que pusiera mi pequeña artesa donde está el W.C. de la oficina. Allí puedo sentarme, encender la luz, cerrar la puerta con llave, deshacerme del agua sucia sin ayuda de terceros, y estoy al abrigo de miradas indiscretas. El domingo usé por primera vez mi cuarto de baño nuevo. Es cómico decirlo: es el más práctico de todos.

Durante la semana anterior, los gasfíteres trabajaron en el piso de abajo en la conexión del agua que debía ser llevada del W.C. de las oficinas al pasillo. Estos arreglos no son más que una precaución contra un invierno riguroso, destinados a impedir que en las cañerías exteriores se forme hielo. La visita de los gasfíteres nos resultó muy desagradable. No sólo no podíamos tocar las llaves del agua durante el día sino que también teníamos orden de no servirnos de los W.C. Quizá no sea muy delicado decirte lo que hicimos en dicho caso, pero no soy tan gazmoña como para callarme.

Desde que empezamos a utilizar nuestro Anexo, papá y yo contábamos cada uno con un orinal improvisado, a falta de uno verdadero, sacrificando para esto dos grandes recipientes de vidrio del laboratorio. Mientras duraron los trabajos pusimos los recipientes en el dormitorio, donde no tuvimos más remedio que guardarlos. Esto me parecía menos terrible que verme forzada, como lo estaba, a permanecer encerrada en una habitación, inmóvil en una silla, sin tener el derecho de hablar en todo el día. Debe serte difícil imaginar el suplicio de la señorita Cuá-Cuá. Ya durante las horas de trabajo sólo podemos cuchichear, pero no hablar ni una palabra y permanecer inmóvil es mil veces peor. Después de tres días de este régimen me sentía acalambrada y ya no sentía mi trasero. Por suerte los ejercicios físicos nocturnos nos alivian.

Tuya, Ana.

Jueves 1 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Ayer pasé un miedo horrible. A las ocho sonó persistentemente el timbre. Sólo pensé en una cosa: que eran ellos. Pero todos afirmaron que sólo se trataba de jóvenes pillos o del cartero, y me tranquilicé.

Día a día el silencio aumenta alrededor nuestro. Lewin, un joven químico-farmacéutico judío, trabaja en la cocina de las oficinas para el señor Kraler. Conoce el edificio como su bolsillo. Tememos que un día se le ocurra subir a ver su antiguo laboratorio. Somos santos como las imágenes de los altares. ¿Quién habría podido sospechar, hace tres meses, que Ana-azote sería capaz de quedarse inmóvil en una silla durante horas enteras?

El 29 fue el cumpleaños de la señora Van Daan. Aunque no hayamos podido festejárselo a lo grande, se la celebró con flores, regalos y deliciosos platos. Los claveles rojos de su marido parecen ser una tradición familiar. Hablando de la señora, te diré que su constante coqueteo con papá me molesta muchísimo. Le acaricia las mejillas y los cabellos, se levanta la falda por sobre la rodilla, se hace la graciosa... todo para llamar la atención de Pim. Por suerte, a Pim no le parece ni bonita ni imaginativa y no se presta a su juego. Por si no lo sabes, soy celosa por naturaleza y aquello me resulta insoportable. Mamá no coquetea con el señor Van Daan y yo no he dudado en decírselo a la señora.

Peter, ¿quién lo hubiera creído?, es capaz de hacer reír de vez en cuando. A ambos nos encantan los disfraces, y esto el otro día fue motivo de gran regocijo. Peter apareció con un vestido largo de su mamá y yo con unos de sus trajes; él con un sombrero de mujer y yo con una gorra. Los mayores rieron hasta que se les saltaron las lágrimas. Nosotros también. Nos divertimos mucho.

Elli compró en la tienda De Bijenkorf faldas para Margot y para mí. Son de una tela de la peor clase, verdaderos sacos harineros, y costaron 24 y 7,50 florines respectivamente. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Te cuento nuestra última diversión. Elli se las ha arreglado para hacernos llegar, a Margot, a Peter y a mí, lecciones de taquigrafía por correspondencia. Ya verás cómo el próximo año seremos taquígrafos perfectos. De cualquier manera, yo me siento muy importante pensando en que llegaré a conocer esa especie de código secreto.

Tuya, Ana.

Sábado 3 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Nueva trifulca ayer. Mamá provocó una escena terrible cuando le contó a papá todas mis faltas. Ella se echó a llorar, yo también, lo cual me provocó un dolor de cabeza terrible. Terminé por decirle a papá que yo le quería mucho más que a mamá; él me contestó que era algo pasajero, pero será difícil que yo se lo crea. Era necesario que me esforzara por portarme bien con mamá. Papá desearía que fuese afectuosa con ella cuando está con dolor de cabeza o no se siente bien. Por ejemplo, que le obedezca sin hacerme de rogar. Cosa que yo no hago nunca.

Estudio mucho francés y estoy leyendo *La belle Nivernaise*.

Tuya, Ana.

Viernes 9 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Hoy sólo puedo contarte cosas deprimentes. Muchos de nuestros amigos judíos están siendo llevados poco a poco por la Gestapo, que no se anda con contemplaciones. Son transportados en vagones de carga a Westerbork, al campo para judíos en Drente. Westerbork debe ser una pesadilla; cientos y cientos se ven obligados a bañarse en un solo cuarto y no hay W.C. Duermen unos encima de los otros, amontonados, en cualquier rincón. Hombres, mujeres y niños duermen revueltos. De la moral, mejor no hablar, muchas mujeres y muchachas quedan encinta.

Es imposible huir. A la mayoría se les reconoce por el cráneo rapado y a otros por su tipo judío, además.

Si ya está ocurriendo esto en Holanda, ¿qué pasará en las regiones lejanas y bárbaras de las que Westerbork no es más que la antesala? Nosotros sabemos que esas pobres gentes serán masacradas. La radio inglesa habla de cámaras de gases. Después de todo, quizá sea la mejor manera de morir rápidamente. Eso me tiene enferma. Miep cuenta todos esos horrores de manera tan impresionante, que ella misma se siente espantada.

Un ejemplo reciente: Miep ha encontrado ante su puerta a una vieja judía paralítica, esperando a la Gestapo, que había ido a buscar un auto para trasladarla. La pobre vieja se moría de miedo durante los bombardeos de los aviones ingleses y temblaba viendo los haces luminosos cruzándose en el cielo como flechas. Miep no ha tenido el valor de hacerla entrar en su propia casa; nadie se hubiera atrevido a hacerlo. Los alemanes no vacilan en propinar castigos ejemplares.

A Elli también le ha llegado su turno: su novio tiene que partir para Alemania. Ella teme que los aviadores que vuelan sobre nuestras casas dejen caer su cargamento de bombas de millares de kilos sobre la cabeza de Dirk. Bromas tales como "nunca recibirá mil" y "una sola bomba basta", me parecen fuera de lugar. Es cierto que Dirk no es el único que se ve obligado a partir. Todos los días hay trenes atestados de jóvenes de ambos sexos destinados al trabajo obligatorio en Alemania. Cuando se detienen en el trayecto, en tal o cual cruce, algunos tratan de escapar; a veces resulta, pero sólo en muy pocos casos.

Todavía no he terminado con mi oración fúnebre. ¿Has oído hablar alguna vez de rehenes? Es su último invento para castigar a los saboteadores. Lo peor que uno pueda imaginarse. Ciudadanos inocentes y absolutamente respetables son arrestados y esperan en la cárcel su condena. Si el saboteador no aparece, la Gestapo fusila a cinco rehenes sin darle más vueltas. Los diarios publican a menudo las defunciones de esos hombres bajo el título de "Accidente fatal". ¡Hermoso pueblo, los alemanes! Y pensar que yo pertenecía a él. Pero no, hace mucho tiempo que Hitler nos transformó en apátridas. Por lo demás, no hay mayor enemigo para los judíos que los alemanes.

Tuya, Ana.

Viernes 16 de octubre de 1942

Estoy muy atareada. Acabo de traducir un capítulo de *La belle Nivernaise*, anotando las palabras que no conocía. He resuelto también un difícil problema de matemática y he escrito tres páginas de gramática francesa. Todos los días tengo problemas de matemática y me niego a resolverlos. Papá también los detesta; yo me las arreglo mejor que él, pero a decir verdad ni el uno ni el otro nos sentimos muy fuertes, de manera que a menudo necesitamos recurrir a Margot. Yo soy la más adelantada de los tres en taquigrafía.

Ayer terminé de leer *Los asaltantes*. Es muy bueno pero está a millas de *Joop ter Heul*. En general, considero a Cissy van Marxveldt un autor fascinante. Tengo la firme intención de leerles todos sus libros a mis hijos.

Mamá, Margot y yo somos nuevamente las mejores amigas del mundo. Así es mucho más agradable. Anoche Margot vino a recostarse a mi lado. Ambas en mi cama tan minúscula, no tienes idea de lo divertido que fue. Ella me preguntó si algún día podría leer mi Diario. Le dije que sí, pero ciertos pasajes. Le pedí lo mismo con el suyo, y está de acuerdo. De una cosa a otra, terminamos hablando del porvenir. Le pregunté qué quería ser, pero ella no quiere hablar de eso y lo mantiene en gran secreto. Se habló vagamente de la enseñanza, no sé si ella hará algo en este sentido. Creo que sí. En el fondo, yo no debería ser tan curiosa...

Esta mañana me tendí en la cama de Peter después de sacarlo de ella. Estaba furioso. Lo que me importa muy poco. Ya es hora de que sea un poco más amable conmigo. Pero apenas llegó la noche le regalé una manzana.

He preguntado a Margot si me encuentra muy fea. Me contestó que tengo aire atractivo y bonitos ojos. Demasiado vago, ¿no crees?

Hasta la próxima.

Tuya, Ana.

Martes 20 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Aún me tiemblan las manos aunque ya debería de olvidarme del terror de hace un par de horas. En el edificio hay cinco aparatos Minimax contra incendio. El carpintero, o algún otro obrero que no sé cómo se llama, tenía que venir a reemplazar esos aparatos; todos lo sabíamos, pero nadie nos había advertido que sería hoy.

Ninguno de nosotros ha seguido estrictamente las reglas del silencio impuestas en semejante circunstancia. En un momento dado oí desde el descanso fuertes martillazos del otro lado de nuestra puerta-armario. Pensé inmediatamente en el carpintero y fui a decirle a Elli, que estaba comiendo con nosotros, que no bajara. Papá y yo hicimos guardia ante la puerta para oír cuando el obrero se fuera. Este, después de haber trabajado un cuarto de hora, dejó su martillo y sus otras herramientas sobre nuestro armario (fue lo que pensamos) y golpeó a nuestra puerta. Cada uno de nosotros palideció. ¿Había escuchado algo y quería examinar esa armazón misteriosa? Hubiéramos jurado que era eso: golpeaba, tiraba, empujaba. Aterrorizada, casi me desmayé pensando que aquel hombre, que nos era totalmente extraño, iba a descubrir nuestro estupendo escondite. Pero fue en ese instante, cuando yo creí que iba a entregar el alma, que oí la voz del señor Koophuis:

–Abran, ¿quieren? Soy yo.

Le abrimos de inmediato la puerta. Se le había trabado el pestillo que sujeta la puerta del armario y del que los iniciados se sirven desde afuera. Eso había impedido que nos previnieran de la hora de los trabajos. El obrero se había ido y el señor Koophuis, al venir a buscar a Elli, no lograba abrir la puerta-armario.

¡Qué alivio! Y no de los menores. En mi imaginación, aquel tipo dispuesto a entrar en nuestro refugio asumía proporciones cada vez más formidables. A la larga, se había transformado en un verdadero gigante y en el peor de los fascistas fanáticos.

Afortunadamente por esta vez ha concluido el miedo.

El lunes, en cambio, nos divertimos mucho. Miep y Henk Van Santen pasaron la noche con nosotros. Margot y yo dormimos con papá y mamá para ceder nuestro lugar a los jóvenes esposos. Comimos deliciosamente bien. El festín fue interrumpido por un cortocircuito causado por una de las lámparas. ¿Qué hacer? Había otros tapones en la casa, pero el tablero eléctrico se encuentra en el fondo del almacén, por lo que dar con él en la oscuridad es toda una empresa. Los hombres decidieron, sin embargo, arriesgarse, y después de diez minutos pudimos apagar la graciosa luz de las velas.

Hoy me levanté muy temprano. Henk debía salir a las ocho y media. Miep bajó a la oficina después de un buen desayuno en familia, feliz de librarse del trayecto en bicicleta porque llovía a chuzos.

La próxima semana será Elli quien venga a pasar una semana con nosotros.

Tuya, Ana.

Jueves 29 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Papá está enfermo y su salud me tiene muy nerviosa. Tiene granitos rojizos y fiebre alta; se diría que es sarampión. ¡Como te imaginarás no podemos llamar al médico! Mamá se esfuerza por hacerlo transpirar. Tal vez baje su fiebre.

Esta mañana Miep contó que el departamento de los Van Daan fue saqueado. Todavía no se lo hemos dicho a la señora. Está tan nerviosa en estos últimos tiempos que no tenemos ganas de oír sus lamentaciones por su hermoso servicio de mesa y las hermosas sillitas que allí dejó. Nosotros también tuvimos que abandonar casi todo lo bonito que teníamos. Pero no se logra nada con lamentaciones.

Desde hace poco me han dado permiso para leer algunos libros para mayores. Me he enfrascado en *La juventud de Eva*, de Nico van Suchtelen. No veo gran diferencia entre los libros para jovencitas y éste. En él se habla de mujeres que exigen un montón de dinero para vender su cuerpo a hombres desconocidos, en dudosas callejuelas. Yo me moriría de vergüenza. He leído, además, que Eva estaba indispuesta. ¡Oh!, ¡qué ganas tengo yo de estarlo también! Una debe sentirse muy importante.

Papá ha sacado de la biblioteca las tragedias de Goethe y de Schiller; va a leerme una cada noche. Ya hemos comenzado con *Don Carlos*.

Siguiendo el buen ejemplo de mamá, me ha puesto en las manos su libro de oraciones. He leído algunas oraciones en alemán para descargarme la conciencia; son hermosas, pero me dicen muy poco. ¿Por qué ella me obliga a exteriorizar mis sentimientos religiosos?

Mañana encenderemos el fuego por primera vez. ¡Cómo nos llenaremos de humo! ¡Hace tanto tiempo que no se deshollina! ¡Ojalá que la chimenea tenga tiraje!

Tuya, Ana.

Sábado 7 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Mamá está espantosamente nerviosa, lo que significa un peligro constante para mí. ¿Puede considerarse un azar que sea yo siempre la que sufre las consecuencias y nunca Margot? Anoche, por ejemplo, Margot estaba leyendo un libro, un libro ilustrado con magníficos dibujos; como había salido de la habitación, dejó el libro para retomarlo a su vuelta. Yo no tenía nada de especial que hacer en ese momento y lo cogí para mirar las imágenes. A su regreso, Margot, al ver que su libro estaba en mis manos frunció el ceño y me rogó que se lo devolviera. Yo hubiera querido retenerlo un instante más. Pero Margot se enojó de veras y mamá intervino:

–Margot está leyendo ese libro. Debes entregárselo.

Al entrar en la habitación y no sabiendo de qué se trataba, papá notó, sin embargo, el gesto de víctima de Margot, y exclamó:

–¡Ya querría verte a ti si Margot se pusiera a hojear uno de tus libros!

Acepté el reproche y después de haber entregado el libro salí de la habitación... humillada, según la expresión de papá. No se trataba de sentirse humillada ni de estar enojada. Estaba apenada.

En justicia, papá no debió reprenderme sin antes preguntar la causa de nuestra discusión. Yo misma hubiera devuelto el libro a Margot, y mucho antes si papá y mamá no hubiesen intervenido; en cambio se pusieron en seguida de parte de mi hermana, como si yo la hubiera ofendido profundamente.

Mamá protege a Margot, sobra decirlo; ambas se protegen siempre mutuamente. Estoy acostumbrada a ello, de manera que me he vuelto totalmente indiferente a los reproches de mamá y al mal humor de Margot.

Sólo las quiero porque son mi madre y mi hermana. En cuanto a papá, es otra cosa. Me enrabio cada vez que él manifiesta su preferencia por Margot, que aprueba sus actos, que la llena de elogios y de caricias. Porque yo estoy loca por Pim. Es mi ideal. A nadie quiero tanto en el mundo como a papá.

Papá no se da cuenta de que trata a Margot distinto que a mí. ¡Margot es sin dudas la más inteligente, la más afectuosa, la más bonita y la mejor! Pero de todos modos, yo tengo un poco de derecho de ser tomada en serio. Siempre he sido el payaso de la familia, siempre tratada de insoportable, siempre el chivo expiatorio; siempre soy yo quien expía y quien paga, sea recibiendo retos, sea guardándome para mí sola mi desesperación. Las amabilidades pasajeras ya no pueden agradarme, ni tampoco las conversaciones llamadas serias. Yo espero de papá algo que no es capaz de darme.

No es que esté celosa de Margot. Nunca lo he estado. No envidio su belleza ni su inteligencia. Lo único que pido es el cariño de papá, su verdadero afecto no tanto a su hija, sino a Ana, tal como es.

Me aferro a papá porque es el único que mantiene en mí los últimos restos del sentimiento familiar. Papá no quiere entender que a veces siento una necesidad irresistible de desahogarme, de hablarle de mamá. Se niega a escucharme y evita todo cuanto se refiere a sus defectos.

Por sobre todas las demás cosas, es mamá, con su carácter y sus defectos, quien pesa enormemente sobre mi corazón. No sé qué actitud adoptar; no puedo decirle duramente que es desordenada, sarcástica y severa. Pero tampoco puedo soportar el que se me acuse constantemente.

En todo somos distintas y chocamos fatalmente. Yo no juzgo el carácter de mamá, porque no me corresponde a mí juzgar; pero la comparo con aquella cuya imagen me he formado. Para mí, mi madre no es LA MADRE. Por lo que necesito cumplir yo misma con esa misión. Me he alejado de mis padres, remo un poco a la deriva y no sé cuál será mi puerto de llegada. Y ello porque me he formado una imagen ideal: el ideal de cómo es la mujer que es madre, y del que no encuentro nada en aquella a quien estoy obligada a llamar mamá.

Me he propuesto no detenerme en los defectos de ella, no ver más que sus cualidades y tratar de encontrar en mí lo que vanamente busco en ella. Pero no lo he conseguido y lo desesperante es que ni papá ni mamá sospechan que me hacen falta, y que yo los rechazo por esta razón. ¿Existen padres capaces de satisfacer enteramente a sus hijos?

A veces pienso en que Dios quiere ponerme a prueba, no sólo ahora sino también más tarde. Lo principal es volverse razonable, sin ideales y sin palabras inútiles, con el fin de ser más tarde la

más fuerte.

¿Quién va a leer estas cartas, si no soy yo misma?

¿Qué otra persona me consolará? Porque yo necesito de consuelo a menudo; muy a menudo me faltan las fuerzas. Lo que hago no es suficiente y no realizo nada. No lo ignoro; trato de corregirme y cada día hay que empezar de nuevo.

Me tratan en forma imprevisible. Un día Ana es la inteligencia misma y se puede hablar de todo con ella; al otro día Ana es una pequeña ignorante que no comprende nada de nada pero que se imagina haber aprendido en los libros cosas formidables. Pues bien, ya no soy la niñita a quien se estimula con risas benévolas por cualquier motivo. Tengo mi ideal; es decir, tengo varios; tengo mis ideas y mis proyectos aunque todavía no puedo expresarlos. ¡Ah!, tantas l cosas que se presentan a mi espíritu de noche, cuando estoy sola e incluso de día, cuando me veo obligada a soportar a quienes me molestan, y que se engañan sobre todo lo que yo quiero decir. Al final, me vuelvo siempre automáticamente a mi Diario, que es para mí el principio y el fin, porque a Kitty no le falta nunca la paciencia. Yo le prometo que, pase lo que pase, me mantendré firme, recorreré mi camino y me tragaré las lágrimas. Pero ¡cuánto me gustaría percibir un resultado, ser alentada, aunque fuera sólo una vez, por alguien que me quiera!

No me juzgues: piensa en mí simplemente como en un ser que a veces siente que la copa se desborda.

Tuya, Ana.

Lunes 9 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Ayer festejamos los dieciséis años de Peter. Recibió regalos preciosos, entre otros, un juego de ruleta, un neceser para afeitarse y un encendedor. Peter fuma poco; es decir, raramente, pero fumar es elegante.

El señor Van Daan nos dio la mayor sorpresa al informarnos, a las trece horas, que los ingleses habían desembarcado en Túnez, en Argel, en Casablanca y en Orán. La opinión de todo el mundo es: "Este es el comienzo del fin". Pero Churchill, el primer ministro inglés, que indudablemente había oído las mismas exclamaciones, dijo: "Este desembarco es un acontecimiento, pero no hay que pensar que es el comienzo del fin. Yo diría más bien que es el fin del comienzo". ¿Notas la diferencia? En todo caso se puede ser optimista. Stalingrado, que los rusos defienden hace tres meses, aún no cae en manos de los alemanes.

Para usar el lenguaje del Anexo, voy a contarte cómo nos aprovisionamos. El pan nos llega a través de un amable panadero que el señor Koophuis conoce bien. No disponemos de la misma cantidad que antes en casa, pero nos basta. Compramos clandestinamente tarjetas de racionamiento, cuyos precios no cesan de subir: de 27 a 33 florines, en este momento, por un trozo de papel impreso.

Nuestros invitados del piso superior son muy glotones. Además de nuestras 150 latas de legumbres, hemos comprado 270 libras de legumbres secas, que no son sólo para nosotros sino que también para el personal de las oficinas. Estas legumbres estaban en bolsas que colgaban en nuestro pequeño pasillo, detrás de la puerta-armario; el peso hizo que algunas reventaran. Entonces decidimos guardar nuestras provisiones de invierno en el desván y confiar a Peter la lata de subirlas. De las seis bolsas, cinco llegaron a su destino sin romperse. Pero cuando Peter estaba subiendo la sexta, la costura posterior de una se abrió dejando caer desde lo alto de la escalera una lluvia, mejor dicho, una granizada de porotos colorados. Como pesaba alrededor de 50 libras, la bolsa derramó su contenido con un estrépito semejante al Juicio Final. En la oficina se imaginaron que la casa iba a hundirse (por suerte sólo estaban allí los iniciados). Asustado primero, Peter no tardó en echarse a reír al verme al pie de la escalera como una isla sumergida por las olas de porotos que me subían hasta los tobillos. Nos pusimos a recogerlos, pero son tan chicos y tan lisos que siempre quedan algunos en todos los rincones posibles e imposibles. Este accidente nos impide pasar por la escalera sin que hagamos genuflexiones para recuperar los restantes porotos, los que entregamos a la señora Van Daan.

Había olvidado contarte lo más importante: papá se ha mejorado totalmente.

Tuya, Ana.

P.S.: La radio acaba de anunciar que Argel ha caído. Marruecos, Casablanca y Orán están, desde hace varios días, en manos de los ingleses. Esperamos que le toque a Túnez.

Martes 10 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

¡Una gran noticia! Vamos a recibir a una nueva persona en nuestro escondite. Sí, la verdad es que siempre habíamos pensado en poder albergar y alimentar a una octava persona. Pero temíamos abusar de la responsabilidad de Koophuis y Kraler. A medida que el terror aumenta, papá se decidió a tantear el terreno. Nuestros dos protectores se mostraron inmediatamente de acuerdo:

–Tan peligroso son ocho como siete –dijeron ellos con mucha lógica.

Comenzamos a deliberar, pasamos revista al círculo de nuestros amigos. ¿Quién de entre ellos estaba aislado y podía acordarse de nosotros? No fue difícil descubrir uno. En el transcurso de un consejo de guerra, durante el cual papá rechazó ciertas proposiciones de los Van Daan a favor de los miembros de su familia, se pusieron de acuerdo sobre el elegido: un dentista llamado Albert Dussel, cuya esposa estaba segura en el extranjero. Nosotros no habíamos tenido con él más que un trato superficial, pero su reputación de idealista nos hacía que nos pareciera simpático, lo mismo que a los Van Daan. Como Miep lo conoce, ella ha sido la encargada de comunicar a Albert Dussel nuestra invitación y de organizar lo demás. Si él acepta, Margot dormirá en la cama-jaula y él compartirá mi dormitorio.

Tuya, Ana.

Jueves 12 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Miep nos contó que Dussel ha aceptado encantado. Ella ha insistido para que se prepare lo más rápido posible, ojalá para el sábado. A él esto le pareció difícil. Tenía que poner sus fichas en orden y las cuentas al día; y atender a dos clientes. Miep vino esta mañana para ponernos al corriente de este posible retraso. No nos agrada alargar el plazo. Todos estos preparativos le exigen a Dussel dar explicaciones a personas que preferimos que nada sepan. Miep va a tratar de que Dussel se venga el sábado.

¡Pero no! Dussel se ha negado diciendo que se vendrá el lunes. Encuentro tonto que no se someta de inmediato a una proposición sensata. Si lo apresan en la calle, no podrá poner sus fichas en orden ni al día sus cuentas, ni tratar a sus pacientes. ¿Para qué postergarlo? Opino que papá ha cometido una imprudencia al aceptar. No tengo otra novedad.

Tuya, Ana.

Martes 17 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Ha llegado Dussel. Todo ha sucedido sin problemas. Miep le había dicho que tenía que encontrarse a las once de la mañana frente a la oficina de correos, donde, en un lugar convenido, un señor debía esperarlo para traerlo. Llegó puntualmente a la cita. Dussel vio que se le acercaba el señor Koophuis, a quien conocía y que le rogó que pasara por la oficina a ver a Miep, pues ésta había tenido un inconveniente. Koophuis tomó el tranvía para volver a la oficina, en tanto que Dussel seguía el mismo camino, a pie, para llegar allí a las once y veinte. Llamó a la puerta. Miep lo ayudó a quitarse el sobretodo, de manera que no se notara la estrella, y lo introdujo en la oficina privada, donde Koophuis lo retuvo hasta que se hubo ido la sirvienta. Anticipando como pretexto que se necesitaba la oficina privada, Miep hizo subir a Dussel, abrió el armario giratorio y cruzó el umbral del Anexo. Su acompañante pareció desconcertado.

Nosotros estábamos con los Van Daan, alrededor de una mesa, esperando a nuestro invitado con café y coñac. Miep lo había hecho entrar primero en nuestras habitaciones. Él reconoció de inmediato nuestros muebles, pero de ahí a pensar que nos separaba del resto nada más que un techo... Cuando Miep se lo dijo, estuvo a punto de desmayarse, pero ella no le dio tiempo y le mostró el camino.

Dussel se dejó caer en una silla, nos miró uno a uno sin poder decir una palabra, como si tratara de leer la verdad en nuestros rostros. Luego tartamudeó:

-Pero... aber... ¿ustedes no sind en Bélgica? ¿Acaso Der Militär no vino en un auto, la escapada, nicht lograda?

Nosotros le explicamos que la historia del oficial y del auto era un rumor que habíamos echado a correr para despistar a los curiosos, especialmente a los alemanes, quienes habrían vuelto a buscarnos tarde o temprano. A Dussel lo dejó estupefacto nuestro ingenio, y nuevamente su mirada se paseó de uno a otro, hasta que nos rogó que lo dejáramos ver más de cerca nuestro lujoso pequeño Anexo, extraordinariamente práctico.

Cuando hubo terminado de comer con nosotros, se fue a dormir un poco y, luego de tomar una taza de té, se ocupó de poner en orden sus cosas –las que Miep había traído antes de su llegada–, comenzando a sentirse un poco en su casa, sobre todo cuando le entregaron los reglamentos del Anexo (escritos por los Van Daan).

Prospecto y guía del Anexo
Instalación para la estada provisoria de judíos y de simpatizantes
Abierto todo el año.

Lugar aislado, rodeado de vegetación, en el corazón de Amsterdam. Se excluye a los vecinos. Se llega en los tranvías 13 y 17, o en automóvil o en bicicleta. En caso de prohibición por los alemanes de estos medios de transporte, se puede llegar a pie.

Arriendo: Gratuito.

Régimen: Sin materias grasas.

Cuarto de baño: Agua corriente (¡ay!, sin bañera).

Amplio espacio reservado a las mercaderías de cualquier clase.

Receptor de radio con transmisiones directas de Londres, Nueva York, Tel Aviv, y otros muchos lugares. Desde las 18 horas, el receptor está exclusivamente a disposición de los habitantes de la casa. Estos pueden transgredir las prohibiciones y escuchar excepcionalmente alguna transmisión alemana, por ejemplo, una de música selecta.

Hora de descanso: de veintidós a ocho horas de la mañana. El domingo, hasta diez y cuarto. Dadas las circunstancias, obsérvese también las horas de descanso diurno indicadas por la dirección. En beneficio común, cada cual debe respetar estrictamente las horas de descanso prescritas.

Idiomas extranjeros: Sea el que fuere, se ruega hablar en voz baja y en una legua civilizada; es decir, no en alemán.

Cultura física: Diariamente.

Vacaciones: Se prohíbe abandonar el lugar hasta nueva orden.

Estudios: Una lección de taquigrafía por semana. El inglés, el francés, las matemáticas y la historia a toda hora.

Departamento especial para animalitos: Cuidados asegurados (salvo para los piojos, con respecto a los cuales se debe pedir autorización).

Horas de comida:

Desayuno: Todos los días, excepto los festivos, a las nueve de la mañana. Domingos y feriados: hasta las once y media.

Almuerzo: Parcial o completo, de trece y cuarto a trece cuarenta y cinco.

Comida: Caliente o fría, sin hora fija, a causa de las transmisiones radiales.

Obligaciones con el comité de aprovisionamiento: Estar siempre dispuesto a ayudar a nuestros protectores.

Baños: La artesa está a disposición de cada uno los domingos, desde las nueve. Se puede tomar un baño en el W.C., en la cocina, en la oficina privada o en la oficina de adelante.

Bebidas alcohólicas: Sólo bajo prescripción médica.

Fin.

Tuya, Ana.

Jueves 19 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

No nos hemos equivocado con Dussel. Es una persona muy correcta. No le importa compartir conmigo el pequeño dormitorio; la verdad es que esto no me entusiasma mucho; un extraño compartiendo mi intimidad no me resulta agradable. Pero cada cual tiene que hacer lo suyo y yo soporto de buena gana este sacrificio. "Todas esas cosas no tienen importancia cuando podemos salvar a alguien", dice papá, con razón.

Desde el primer día, Dussel me ha pedido toda clase de informaciones: a qué hora venía la sirvienta del edificio, cómo nos arreglábamos para el baño, las horas de acceso al W.C. No es para reírse, todo esto no es tan simple en un escondite. Durante el día, se trata de no llamar la atención para evitar que nos oigan desde las oficinas; sobre todo, si hay alguien de afuera, como la sirvienta. En ese caso, todas las precauciones son pocas. Yo le he explicado todo lo más claramente posible, pero me ha sorprendido su lentitud de comprensión. Repite las preguntas dos veces y no se acuerda de las respuestas. Espero que esto sea algo sin importancia. Probablemente todavía no se acostumbra a este cambio tan brusco.

En lo demás, parece que todo funciona. Dussel tenía muchas cosas que contarnos del mundo de afuera, del que nosotros no formamos parte desde hace mucho tiempo. Lo que nos cuenta es triste. Muchos amigos han desaparecido y nos estremecen sus destinos. No hay noche en que los autos militares, verdes o grises, no recorran la ciudad: los alemanes golpean a todas las puertas persiguiendo judíos. Si los encuentran, sacan inmediatamente a toda la familia; si no, golpean a la puerta del lado. Los que no han logrado ocultarse son apresados. A veces, los alemanes se dedican a eso sistemáticamente, lista en mano, golpeando en las puertas, tras las cuales encuentran un rico botín. A veces aceptan un rescate, a tanto por cabeza, como en los antiguos mercados de esclavos. Es demasiado trágico para que lo tomes a broma. Por las noches veo a menudo desfilar a esas caravanas de inocentes, con sus hijos llorando, arrastrándose bajo la orden de algunos brutos que los golpean y torturan hasta hacerlos caer. No respetan a nadie, ni a los viejos, ni a los niños, ni a las mujeres embarazadas, ni a los enfermos, todos sirven como alimento para la muerte.

¡Nosotros, en cambio, qué bien estamos aquí, al abrigo y en calma! Podríamos cerrar los ojos ante toda esa miseria, pero pensamos en los seres queridos, a los cuales les puede pasar lo peor sin que podamos ayudarlos.

Bien abrigada, en mi cama, me siento menos que nada cuando pienso en las amigas que más quería, sacadas de sus casas para caer en ese infierno. Temo pensar en que aquellos que estaban tan cerca de mí ahora se hallen en manos de los verdugos más crueles del universo.

Y por la única razón de ser judíos.

Tuya, Ana.

Viernes 20 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Nadie de entre nosotros sabe cómo tomar ya las cosas. Hasta ahora, las noticias sobre el terror nos llegaban de a gotas y tratábamos de mantener nuestra moral, conservando en lo posible nuestro buen humor. Cuando a Miep se le escapaba una mala noticia sobre alguno de nuestros amigos, mamá y la señora Van Daan se echaban a llorar cada vez, de manera que Miep prefirió no seguir contando. Pero Dussel, acosado a preguntas, nos ha relatado tantas barbaridades espantosas, que no es posible olvidarlas. Sin embargo, esto también pasará y necesariamente tendremos que volver a los chistes y a las bromas. De nada sirve permanecer tristes como estamos ahora: ni a nosotros ni a los que están en peligro. Contribuir a que todo el Anexo se vuelva melancólico no tiene sentido alguno.

A todo esto debo añadir otra miseria, pero de naturaleza completamente personal y de la que no debería de ocuparme comparada con las que acabo de contarte. Sin embargo, no puedo dejar de decirte que cada vez me siento más abandonada, que siento que el vacío crece a mi alrededor. Tiempo atrás las diversiones y los amigos no me dejaban tiempo para reflexionar a fondo. En cambio, en estos días tengo la
cabeza llena de cosas tristes, tanto debido a los acontecimientos como a mí misma. Cuando más ahondo, más me doy cuenta de que, por muy querido que me sea papá, nunca podrá reemplazar a mis amigos de antes: todo mi pequeño mundo. Pero ¿para qué molestarte con cosas tan banales? Soy terriblemente ingrata, Kitty, lo sé, pero con los retos me hacen pasar continuos malos ratos y, además, por añadidura, me aflige tanto el problema de mi abandono.

Tuya, Ana.

Sábado 28 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Hemos gastado mucha electricidad, incluso hemos sobrepasado los límites. Resultado: tendremos que hacer grandes economías y correr el riesgo de que nos corten la luz durante quince días. Qué agradable, ¿verdad? Pero ¿quién sabe? Con un poco de suerte... A partir de las cuatro o cuatro y media se vuelve muy oscuro. Tratamos de matar el tiempo con toda clase de tonterías, como adivinanzas, cultura física, hablar inglés o francés, hacer críticas de libros... pero a la larga nos cansa. Desde anoche tengo algo nuevo: tomo los anteojos de larga vista y miro hacia las habitaciones iluminadas de nuestros vecinos. Durante el día tenemos prohibido descorrer las cortinas aún un centímetro, pero por la noche no veo ningún peligro.

No me había dado cuenta de que los vecinos pudieran ser gente tan interesante..., al menos los nuestros. He sorprendido a unos en el momento de comer, más allá a toda una familia que estaba filmando, y al dentista de enfrente que atendía a una anciana miedosa.

El señor Dussel, que tenía fama de querer a los niños y de entenderse muy bien con ellos, se revela como un educador del más viejo estilo y predica durante el día entero.

Como yo tengo la mala suerte de compartir mi dormitorio demasiado estrecho, ¡ay!, con el honorable pedagogo, y como me consideran la más mal educada de los tres jóvenes, no sé cómo evitar sus retos y sus sermones, y termino haciéndome la que no oigo bien.

Si las cosas llegaran hasta allí serían tolerables. Pero el señor se manifiesta como un espía de primer orden y transforma a mamá en otra espía, ¿me entiendes?

Primero me dejo sorprender por él, luego viene el turno de mamá. Y por mucha suerte que tenga, la señora Van Daan me llama cinco minutos después para hacerme responder sobre tal o cual cosa. De una parte o de la otra, siempre estalla la tormenta sobre mi cabeza.

La verdad es que no resulta fácil servir de ejemplo de todos los defectos de una familia autoritaria. Por la noche, en la cama, pasando revista a los numerosos pecados y faltas que me atribuyen, me pierdo de tal manera en este montón de acusaciones, que, o me hecho a reír o me pongo a llorar, según el ánimo en que estoy.

Luego me duermo con esa sensación extraña de querer ser distinta a como soy, o también de no ser como yo quiero, o de comportarme quizá de manera distinta a como yo querría o a como yo soy. ¡Caramba! No lo veo claro, y tú tampoco, estoy segura. Discúlpame por esta confusión, pero no me gusta hacer correcciones y actualmente no puedo romper la hoja por falta de papel. Sólo me queda pedirte que no releas la frase anterior y, sobre todo, que no trates de profundizar en ella porque jamás sacarías una conclusión.

Tuya, Ana.

Lunes 7 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

Con un día de diferencia, nuestra Hanuka[3] y San Nicolás han caído casi en la misma fecha este año. Para festejar la Hanuka, no hemos preparado muchas cosas: sólo algunas golosinas y, sobre todo, las velitas. Debido a la escasez de velas, las encendimos únicamente durante diez minutos, pero no olvidamos el canto ritual, que es lo más importante. El señor Van Daan hizo una lámpara de madera, por lo que la ceremonia se realizó con la debida seriedad.

La celebración de la noche de San Nicolás, el sábado, fue mucho más bonita. Elli y Miep habían excitado nuestra curiosidad al cuchichear todo el tiempo con papá; sospechábamos que se preparaba algo.

A las ocho de la noche, descenso general por la escalera de madera, y luego las tinieblas del largo comedor que lleva al vestuario. (Se me había puesto la piel de gallina y sentía nostalgia del Anexo). Como esta habitación no tiene ventana, se podía encender la luz, tras lo cual papá abrió el gran armario. Todos exclamaron: "¡Oh, qué lindo!" Había una gran canasta adornada con papeles multicolores alusivos a San Nicolás y, sobre ellos, una máscara de Pedro el Negro.

Transportamos rápidamente la canasta a nuestra casa. Cada uno encontró en ella su regalito, acompañado de finos agregados, de acuerdo con la costumbre holandesa. Yo recibí un bizcocho en forma de muñeca, papá un sujeta-libros, etc., etc. Los regalos eran todos muy ingeniosos, y resultó muy divertido, especialmente para nosotros, que hasta entonces jamás habíamos celebrado la fiesta de San Nicolás. Para ser la primera vez, fue todo un éxito.

Tuya, Ana.

Jueves 10 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

El señor Van Daan fue durante un tiempo comerciante de cecinas en general, salchichones y otras especialidades. Se le contrató en las oficinas de papá precisamente por su experiencia comercial.

Hemos encargado mucha carne (en el mercado negro, como imaginarás) para hacer conservas, pues se aproximan tiempos difíciles. Es un curioso espectáculo el ver a las tripas transformadas en salchichas después de haber sido llenadas con carne picada y repicada, y aliñada con todos los ingredientes. En el almuerzo comimos algunas con chucrut. Pero los salchichones van a ser puestos a secar en el techo, colgando de hilos. Cuando entramos en la habitación y vimos la exposición de salchichones frescos, nos echamos todos a reír. No era para menos.

La habitación parecía otra. Cubierto con un delantal de mujer, que lo hacía verse todavía más gordo, el señor Van Daan se afanaba con la carne; sus manos llenas de sangre, su cabeza de un rojo sangre y su delantal manchado con rojo le daban el aspecto de un verdadero carnicero. La señora hacía de todo a la vez: aprender su lección de neerlandés, cuidar la sopa y mirar a su marido, gimiendo de dolor al acordarse de su costilla rota. Así aprenderá a su edad a no hacer ejercicios idiotas de cultura física. Y nada más que para disminuir su enorme trasero.

Junto a la estufa, Dussel se ponía compresas de manzanilla en su ojo inflamado. Pim había colocado su silla bajo el delgado rayo de sol que se filtraba por la ventana. Se tropezaba uno con él de vez en cuando. Sin duda, el reumatismo lo hacía sufrir, porque parecía un viejo diácono encorvado mirando irritado los dedos del señor Van Daan. Peter jugaba a la pelota con su gato; mamá, Margot y yo estábamos pelando papas. En suma, nadie tenía la cabeza en lo que hacía; el punto de atracción era Van Daan.

Dussel ha estrenado su nuevo consultorio odontológico. Para que te diviertas voy a contarte cómo ha sido. Mamá estaba planchando cuando la señora Van Daan se ofreció como primera paciente. Se sentó en el centro de la habitación. Dándose importancia, Dussel abrió su estuche y extrajo sus instrumentos, pidió agua de colonia como desinfectante y vaselina en reemplazo de cera.

Hizo que la señora abriera la boca, tocó un diente o una muela, lo cual la hizo temblar como si se fuera a morir de dolor, mientras lanzaba toda clase de extraños sonidos. Tras un largo examen (según la señora, aunque no duró más de dos minutos), Dussel empezó a hacer un agujerito. Pero le fue imposible continuar. La señora, tomada de improviso, sacudió brazos y piernas hasta que Dussel soltó bruscamente un pequeño gancho... que quedó en el diente de la señora.

Comenzó entonces un lindo espectáculo. La señora movía los brazos en todas direcciones, llorando y tratando de arrancar el pequeño gancho, que se había hundido todavía más. Sin inmutarse, el señor Dussel miró la escena con los brazos cruzados. Los demás espectadores se desternillaban de risa. Esto resulta estúpido, porque estoy segura de que yo hubiera chillado más fuerte que ella.

Luego de muchas contorsiones, golpes, gritos y lamentos, la señora terminó por arrancarse el gancho y el señor Dussel continuó su trabajo como si nada hubiera pasado. Actuó tan rápido que la señora no tuvo tiempo de recomenzar, y esto gracias a los dos improvisados ayudantes, personificados en el señor Van Daan y yo misma. Los resultados fueron excelentes. Todo ello me recordó un grabado medieval que lleva esta leyenda: "Sacamuelas trabajando".

Finalmente, la señora mostró impaciencia, tenía que cuidar su sopa y su comida.

De algo estoy segura. Pasará un tiempo antes de que ella se ofrezca como voluntaria en el consultorio de nuestro dentista.

Tuya, Ana.

Domingo 13 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

Cómodamente instalada en la oficina del frente puedo ver hacia fuera por la rendija de la gruesa cortina. Aunque en penumbra, tengo todavía bastante luz para escribirte.

Qué curioso es ver pasar a la gente. Parece que todos están apurados y que en cualquier momento van a chocar contra sus propios pies. En cuanto a los ciclistas, por la velocidad a que van, ni siquiera puedo distinguir sus caras.

La gente de este barrio no es muy atractiva, especialmente los niños, que andan muy sucios; sólo se les podría tocar con pinzas. Verdaderos hijos de arrabal, moquillentos, hablan una jerga que apenas se les entiende.

Ayer por la tarde, cuando Margot y yo tomamos nuestro baño, le dije:

–Si pudiéramos agarrar a esos niños que pasan por aquí, darles un baño, cepillarlos, surcirles la ropa y luego dejarlos libres...

Margot me interrumpió:

–Mañana estarían igual de sucios, con los mismos harapos de antes.

Pero yo me dejo llevar por la curiosidad. Hay otras cosas que ver. Existen autos, barcos y la lluvia. Oigo el tranvía y su chirrido, y eso me distrae.

Nuestros pensamientos cambian tan poco como nosotros. Forman un círculo continuo, que va de los judíos a los alimentos, y de los alimentos a la política. Entre paréntesis, hablando de judíos: ayer, por entre las cortinas, vi pasar a dos. Yo estaba muy triste; tenía la sensación de estar traicionando a esa gente y de espiar su desgracia. Exactamente ante nosotros hay una barca donde vive un barquero y su familia, con su perrito[4]. Nosotros no conocíamos del perro más que sus ladridos y su colita, que divisábamos cuando se paseaba por la embarcación.

Como la lluvia continúa, la mayoría de la gente se oculta bajo sus paraguas. ¡Nada que hacer! Sólo veo impermeables y a veces una nuca debajo de una gorra. Ya casi no vale la pena mirar a nadie. Ya he visto bastante a esas mujeres abotargadas por las capas, vestidas con un abrigo verde o rojo, los tacones gastados, la bolsa al brazo. Algunas tienen caras bondadosas, otras un aspecto terrible; todo depende del humor de sus maridos.

Tuya, Ana.

Martes 22 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

En el Anexo todos estamos felices con la novedad: para Navidad tendremos 125 gramos de mantequilla. El diario anuncia media libra, pero es la ración reservada a los privilegiados que obtienen sus tarjetas del Estado y no para los judíos ocultos que, por economía, compran cuatro tarjetas para ocho personas.

Cada uno de nosotros quiso amasar con mantequilla. Esta mañana he preparado bizcochos y dos tortas. Hay mucho que hacer; tanto, que para obedecer a mamá tuve que dejar mis lecciones y mi lectura para cuando se haya terminado el trabajo de casa.

La señora Van Daan permanece en cama por culpa de su costilla lastimada. Se queja el día entero, hace renovar sus compresas y está descontenta con todo. Me gustaría volver a verla en pie y en sus cosas. Hay que ser justos: es muy activa y ordenada. Cuando está en buenas condiciones físicas y morales hasta es buena compañera.

Debido a que continuamente me dicen "chist, chist" cuando hago demasiado ruido, mi compañero de dormitorio cree que también puede lanzarme un "chist-chist" durante la noche. ¿Acaso no tengo derecho a darme vueltas en la cama? Me niego a aceptarlo y pienso devolver cada "chist, chist" en adelante.

Me hace rabiar, especialmente el domingo, cuando enciende la luz por la mañana temprano para hacer gimnasia. Aquello dura –así me lo parece a mí– ¡pobre víctima! horas y horas, porque mueve las sillas que hacen de larguero bajo mi cabeza cuando todavía estoy dormida. Luego que ha terminado sus ejercicios de precalentamiento, agitando violentamente los brazos, el señor empieza a vestirse, dirigiéndose a la percha para buscar sus calzoncillos. Va y viene. Igual hace con su corbata, olvidada sobre la mesa, chocando cada vez, como es natural, contra mis sillas.

Pero ¿para qué latearte con viejos señores insoportables? Mis quejas no cambiarían las cosas. En cuanto a mis sistemas de venganza, tales como desatornillar la lámpara, cerrar la puerta con llave, esconder las ropas, renuncio a ello en beneficio de la paz.

Me he vuelto muy razonable. Aquí se necesita sentido común para todo: para aprender a escuchar y para callarse, para ayudar y ser amable, y quién sabe para qué más. Temo que abusen de mi mente, ya de por sí demasiado lúcida, y que no quede nada de ella después de la guerra.

Tuya, Ana.

Miércoles 13 de enero de 1943

Querida Kitty:

La mañana entera me han molestado y no he podido terminar de hacer nada bien hecho.

El terror reina en la ciudad. Noche y día transportan incesantemente a esa pobre gente, provistas tan sólo de una bolsa al hombro y de un poco de dinero. Estos bienes se los quitan en el trayecto, según dicen. Se separa a las familias formando grupos de hombres, de mujeres y de niños.

Cuando los niños regresan de la escuela ya no encuentran a sus padres. Las mujeres, al volver del mercado, hallan sus puertas cerradas y se dan cuenta de que sus familias han desaparecido.

Tampoco se libran los cristianos holandeses: sus hijos son enviados obligatoriamente a Alemania. Todo el mundo está aterrado.

Centenares de aviones vuelan sobre Holanda para bombardear y dejar en ruinas las ciudades alemanas; y a cada hora, centenares de hombres mueren en Rusia y en Africa del Norte. Nadie está a salvo, el mundo entero se halla en guerra, y aunque los aliados la están ganando, su final todavía no se ve.

Nosotros estamos bien, sí, mucho mejor, sobra decirlo, que millones de otras personas. Nosotros aún estamos a resguardo y nos comemos el dinero que creemos que es nuestro. Somos hasta tal punto egoístas que nos permitimos hablar de la posguerra, alegrándonos con la perspectiva de ropas y zapatos nuevos, cuando deberíamos economizar cada centavo para salvar a los afligidos después de la guerra, o al menos, todo lo que aún quede por salvar.

Los niños de aquí andan con camisitas de verano, zuecos en los pies, sin abrigo, ni gorra, ni calcetines, y nadie acude en su ayuda. No tienen nada en el estómago y, royendo una zanahoria, salen del departamento frío para salir al frío y llegar a una clase aún más fría. Muchos niños paran a los transeúntes para pedirles un pedazo de pan. Holanda ha llegado a eso.

Podría pasar horas hablando de la miseria que ha producido la guerra, pero ello me amarga cada vez más. Sólo nos queda aguantar y esperar que terminen estas barbaridades.

Judíos y cristianos esperan, todo el mundo espera... y muchos esperan la muerte.

Tuya, Ana.

Sábado 30 de enero de 1943

Querida Kitty:

Me indigno y rabio sin que pueda exteriorizarlo. Me gustaría gritar, golpear con los pies, llorar, remecer a mamá, remecerla bien; desearía no sé qué... ¿Cómo seguir soportando diariamente palabras hirientes, miradas burlonas, acusaciones como flechas lanzadas por un arco demasiado tenso, que me penetran y que son tan difíciles de extraer de mi cuerpo?

A Margot, a Van Daan, a Dussel y también a papá yo desearía gritarles: "Déjenme en paz, déjenme dormir una sola noche sin empapar de lágrimas mi almohada, sin esos latidos en mi cabeza y sin que los ojos me ardan. ¡Déjenme abandonarlo todo, y, sobre todo, este mundo!"

Pero no soy capaz de ello, no puedo expresar mi desesperación, no puedo mostrarles las heridas que me causan, ni aguantar su lástima o su burlona bondad, lo que me haría gritar mucho más. Ya no puedo hablar sin que me digan que soy afectada, ni callarme sin ser ridícula. Me tratan de insolente si respondo, de astuta si tengo una buena idea, de floja si estoy cansada, de egoísta si como un bocado de más, de tonta, de apocada, de calculadora, etc, etc. Casi todo el tiempo sólo oigo eso, que soy una chiquilla insoportable; aunque me ría y me haga la desentendida, confieso que aquello me altera. Tomaría a Dios por testigo y le pediría que me diera otra naturaleza, una naturaleza que no provocara el ataque de los otros.

Pero no es posible, no puedo hacerme de nuevo y sé bien que no soy tan mala como pretenden. Hago lo que puedo por contener a todos los que me rodean. Te aseguro que mis esfuerzos los dejarían pensativos. Cuando estoy en casa de nuestros vecinos, me río de la menor cosa para no demostrarles que soy desgraciada.

En más de una ocasión, luego de interminables reproches injustos, le he gritado a mamá:

–¡No me importa lo que digas! ¡No te preocupes más de mí! ¡Yo soy un caso perdido y lo sé!

Enseguida he tenido que escuchar de que soy una insolente. Durante dos días se pretende que no existo, o poco menos, y luego todo se olvida y vuelve a la normalidad... para los otros.

Es imposible que un día sea la niñita encantadora cuando la víspera estuve a punto de enrostrarles mi despecho. Prefiero mantenerme en un justo término medio, que desde luego no tiene nada de justo, y guardarme para mí mis pensamientos. Si de nuevo me tratan con desprecio, adoptaré, como prueba, la misma actitud hacia ellos.

¡Ah, si me atreviera a hacerlo!

Tuya, Ana.

Viernes 5 de febrero de 1943

Querida Kitty:

Tal vez creas que no ha habido más peleas porque ya no te las cuento; esto no ha cambiado. Al poco de llegar el señor Dussel tomó nuestra incompatibilidad de carácter en forma más o menos trágica, pero ahora ha empezado a acostumbrarse y ya no se esfuerza por tratar de arreglar las cosas.

Margot y Peter son tan latosos y apocados que no se les debería incluir entre los llamados "jóvenes". Yo hago de contraste y escucho a cada rato:

–Margot o Peter no harían eso.

Los dos eternos ejemplos. Me destrozan los nervios.

Te confieso que no siento ninguna gana de ser como Margot; para mi gusto, ella es demasiado indiferente y caprichosa; es la primera que cede en una conversación y siempre está de acuerdo con quien dice la última palabra. Yo, en cambio, quiero ser más firme de espíritu. Pero estas ideas me las guardo para mí. ¿Acaso no se burlarían si se las diera a conocer?

En la mesa, la mayoría de las veces la atmósfera es muy tensa. Por suerte, los estallidos son interrumpidos a menudo por los tomadores de sopa; es decir, por los pocos iniciados de la oficina que vienen a buscar un plato de sopa.

Esta noche, el señor Van Daan ha hecho notar nuevamente que Margot come muy poco.

–Es sin duda para mantener la línea –añadió, burlón.

Tomando la defensa de Margot, como de costumbre, mamá dijo en voz alta:

–No soporto más sus observaciones estúpidas.

La señora Van Daan se puso roja como un tomate. Él miró fijamente por un segundo y no dijo nada. Tanto el uno como el otro nos hacen reír tarde o temprano. Pocos días antes, la señora Van Daan había demostrado una exagerada emoción a propósito de sus recuerdos de joven. Según ella, se entendía con su padre a las mil maravillas, había tenido muchos pretendientes, etc.

–Y ¿saben ustedes? –continuó–, mi padre me aconsejó que le dijera a un caballero que se estaba poniendo demasiado demostrativo: ¡Señor, no olvide usted que soy una dama!

Todos reímos a carcajadas.

Tuya, Ana.

Sábado 27 de febrero de 1943

Querida Kitty:

Pim cree que el desembarco aliado va a producirse en cualquier momento. Churchill tuvo pulmonía, de la que mejoró lentamente. Gandhi, el libertador de la India, está nuevamente en huelga de hambre.

La señora Van Daan pretende demostrarse fatalista. Pero ¿quién es la que más chilla durante los bombardeos? Nadie más que Petronella.

Henk nos ha traído la pastoral editada por los obispos y distribuida entre los fieles de la Iglesia. Es magnífica y está muy bien escrita: "Holandeses, no os quedéis inmóviles: combatid todos y cada día con vuestras propias armas por la libertad de la patria, del pueblo y de la religión. Dad, socorred sin vacilaciones". Y eso viene del púlpito. ¿Irán a socorrer en seguida? Nuestros correligionarios seguramente que no.

¡Imagínate lo que nos ha pasado! El propietario ha vendido este edificio sin avisar a Kraler y a Koophuis. La otra mañana vino de visita su nuevo dueño, acompañado de un arquitecto, para examinar la construcción. Por suerte el señor Koophuis se encontraba aquí para atenderle, le mostró la casa entera, salvo nuestro Anexo, diciéndole que la llave de esta puerta la tenía en su casa. El nuevo propietario no ha insistido. ¡Con tal que no vuelva para echarle una mirada al Anexo! Nos veríamos en un serio apuro.

Papá ha vaciado uno de los ficheros, el que nos servirá a Margot y a mí para los libros que ya hemos leído; cada una anotará el título de los libros, su autor, etc. Yo tengo un cuaderno especial para las palabras extranjeras.

Las cosas están mejor entre mamá y yo desde hace algunos días, pero nunca llegaremos a hacernos confidencias. Margot está cada día más proclive a sacar las uñas, y papá anda molesto por algo, pero continúa siendo muy bueno.

Nuevas raciones de mantequilla y de margarina en la mesa. En cada plato, una determinada cantidad de materias grasas. Opino que los Van Daan no tienen la menor idea de repartir equitativamente, pero mis padres temen las discusiones para permitirse una observación. Por mi parte, yo no perdería ocasión de responderle de la misma manera a esa gente.

Tuya, Ana.

Miércoles 10 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Anoche tuvimos un cortocircuito, justamente durante un bombardeo. No puedo librarme del miedo a los aviones y a la bombas, y casi todas las noches las paso en la cama de papá, buscando protección. Es una niñería, lo acepto, pero si tú tuvieras que aguantar esto... Los cañones hacen un ruido de los mil demonios, que nos vuelve sordos. La señora fatalista estaba lista para soltar las lágrimas cuando dijo, con una vocecita lastimera:

–¡Qué desagradable es eso que arrojan!

En realidad quería decir: "Estoy muerta de miedo".

Bajo la luz de las velas fue menos terrible que en la oscuridad. Yo temblaba como si tuviera fiebre y suplicaba a papá que volviera a encender la vela. Pero fue inflexible: había que estar a oscuras; de pronto empezaron a disparar con ametralladoras, lo que es cien veces más aterrador que los cañones. Mamá saltó de la cama y encendió una vela a pesar de las protestas de papá. Mamá se mantuvo firme:

–¿Acaso crees que Ana es un soldado aguerrido? –preguntó.

Asunto concluido.

¿Te he contado ya acerca de los otros miedos de la señora Van Daan? Pienso que no. Sin este dato, no estarías completamente al tanto de las aventuras del Anexo. Cierta noche la señora creyó escuchar ruidos en el desván; percibía pasos, no cabe duda, y estaba tan asustada que despertó a su marido. Pero en ese momento los ladrones habían desaparecido: el marido sólo escuchó el latir del corazón de la mujer fatalista.

–¡Ay, Putti! (apodo del señor). Seguramente se han robado los salchichones y todas las bolsas de porotos. ¿Y Peter? ¿Estará todavía Peter en su cama?

–No te asustes, no se han robado a Peter. No tengas miedo y déjame dormir.

Pero fue inútil. La señora tenía tal pavor que no podía volver a dormirse. Unas noches más tarde despertó a su marido y a su hijo ante el ruido que hacían unos fantasmas. Peter subió al desván con la linterna de bolsillo. Y ¿qué fue lo que vio? Brrr. Un montón de ratas que huían. Los ladrones habían sido descubiertos. Hemos dejado a Mouschi en el desván para que cace a los indeseables, que no han vuelto, al menos durante la noche.

Noches atrás Peter subió al desván a buscar diarios viejos. Mientras bajaba la escalera apoyó la mano, sin darse cuenta, en... una enorme rata. Casi se cayó de terror y de dolor, porque la rata le mordió el brazo, y de ¡qué manera! Cuando entró a nuestra habitación estaba pálido y con el pijama manchado de sangre; apenas se mantenía en pie. ¡Que horrible sorpresa! Muy poco divertido acariciar a una rata, que además te muerde. Terrible.

Tuya, Ana.

Viernes 12 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Déjame presentarte a mamá Frank, hincha de los niños. Ella aboga por mayores raciones de mantequilla para los jóvenes. Se trata de asuntos que tienen que ver con la adolescencia. Mamá defiende todos sus problemas y entabla una lucha a favor de la juventud. Y aunque los mayores se encabriten, siempre logra triunfar.

Una conserva de lengua se ha echado a perder. Banquete para Mouschi y Bochi.

Aún tú no conoces a Bochi. Sin embargo, formaba parte del edificio antes de nuestra llegada al Anexo. Es el gato de la oficina o, mejor dicho, del almacén, donde mantiene a raya a las ratas. Su nombre político se explica de la siguiente manera: la empresa tenía dos gatos, uno para el almacén y otro para el desván. Cada vez que estos dos gatos se encontraban peleaban furiosamente. El del almacén era el primero en atacar, pero a la larga el del desván ganaba siempre la pelea. Tal como en la política. Agresivo, o alemán, al gato del almacén se le había dado el nombre de Bochi, y al gato del desván, por su carácter inglés, el de Tommy. Tommy ha desaparecido y Bochi nos entretiene cuando bajamos a la oficina.

Hemos comido tantos porotos blancos y rojos que ya no los soporto. Se me paraliza el corazón con sólo pensar en ellos. Se han suprimido las frugales cenas de antes de irnos a dormir.

Papá acaba de confesar que no está de buen humor. Tiene los ojitos tristes. ¡Pobre viejo!

Estoy esclavizada con el libro *De Klop op de Deur*[5], de Ina Boudier-Bakker. Sus descripciones son muy buenas y está muy bien escrito, aunque los capítulos relacionados con la guerra y el de la emancipación de las mujeres me gusta menos; en realidad, estos temas me interesan menos.

Grandes bombardeos sobre Alemania. El señor Van Daan está enojado y con razón: se le acabaron los cigarrillos. Discusión sobre comer o no comer legumbres en lata. Ganamos nosotros.

Los zapatos ya no me sirven, salvo los botines, que son poco prácticos para la casa. Un par de sandalias de paja, de 6,50 florines, me ha durado una semana. Tal vez Miep encuentre algo en el mercado negro. Tengo que cortarle el pelo a Pim. Él me asegura que no necesitará otro peluquero después de la guerra, hasta tal punto lo hago bien. Yo le creería si no le hiciera tantos cortes en las orejas.

Tuya, Ana.

Jueves 18 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Turquía entrará en la guerra. Qué emoción. Esperamos las transmisiones conteniendo el aliento.

Tuya, Ana.

Viernes, 19 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Apenas una hora después de la alegría, decepción. Turquía aún no entra en la guerra. El discurso del ministro era sólo un llamado a suspender la neutralidad. Un suplementero del centro de la ciudad ha voceado: "¡Turquía partidaria de los ingleses!". Agotados en un abrir y cerrar de ojos, nos llegaron sus diarios con la falsa noticia.

Los billetes de 500 y 1.000 florines van a ser declarados nulos. Quienes trafican en el mercado negro, etc., se van a ver en apuros. Pero la cosa es mucho más grave para los que acaparan su dinero y para quienes se encuentran obligados a estar ocultos. Para cambiar un billete de a mil hay que declarar y probar su origen. Se podrán utilizar para pagar los impuestos sólo hasta la semana próxima.

Dussel hizo que le trajeran una antigua máquina dentística. Pronto la someterá a un minucioso examen.

El Führer ha hablado con sus soldados. ¡Qué penosas entrevistas! Las preguntas y respuestas fueron más o menos las siguientes:

–Me llamo Heinrich Scheppel.

–¿Dónde fue usted herido?

–En el frente de Stalingrado.

–¿Cuáles son sus heridas?

–Fractura del brazo izquierdo y dos pies helados.

Parecía un teatro de títeres. Los heridos se mostraban muy orgullosos de sus heridas, y mientras más heridas más orgullosos se sentían. Uno de ellos estaba muy nervioso al hablar, pues le habían permitido darle la mano al Führer (si es que le quedaba alguna).

Tuya, Ana.

Jueves 25 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Ayer, mientras estábamos gratamente reunidos con papá, mamá y Margot, Peter entró de golpe y murmuró algo en el oído de papá. Yo pude escuchar vagamente: "Hay un tonel caído en el almacén", y "alguien está golpeando a la puerta". Salieron enseguida. Margot había entendido lo mismo y trataba de calmarme, ya que yo, desde luego, me puse blanca.

A los tres sólo nos quedaba esperar. Apenas dos minutos después, la señora Van Daan, advertida por Pim, vino a reunirse calladamente con nosotros. Luego de otros cinco minutos, Peter y Pim aparecieron, muy pálidos, y nos contaron lo sucedido. Al principio habían espiado sin resultado al pie de la escalera. De pronto–no fue ilusión– oyeron dos golpes violentos, como si golpeasen en dos puertas. Pim subió de un salto hasta nuestra casa y Peter avisó a Dussel que, como siempre, era el último en acudir. Todos nos pusimos en marcha para subir a casa de los Van Daan, sacándonos antes los zapatos. El señor Van Daan estaba resfriado en cama. Nos juntamos alrededor de su cabecera hablando en voz baja acerca de lo que sospechábamos.

Llenas de miedo, la señora Van Daan y yo hacíamos girar los ojos cada vez que tosía. Por fin, alguien tuvo la idea luminosa de darle codeína. Los accesos se calmaron.

Después de una espera interminable, y como ya no se sentía ruido alguno, supusimos que los ladrones habían escuchado nuestros pasos desde aquellas oficinas cerradas y habían salido arrancando. Pensamos con temor en la radio a cuyo alrededor las sillas formaban círculo, sintonizada en Inglaterra. Si forzaran la puerta y nos denunciaran a la policía, las consecuencias serían gravísimas. El señor Van Daan se levantó, se puso el abrigo y el sombrero, siguió a papá, y ambos bajaron la escalera. Peter, que para mayor seguridad se había armado de un martillo enorme, se les unió. La señora, Margot y yo nos mantuvimos en una espera angustiosa durante cinco minutos. Por fin aparecieron para decirnos que todo estaba tranquilo.

Concluyeron que no debíamos usar más el agua de las llaves ni la descarga del W.C. Pero el temor nos afectó por igual a cada uno de nosotros. Hacíamos cola frente al retrete. Ya te puedes imaginar el olor.

Cuando ocurre un accidente de este tipo, siempre hay un montón de cosas que se mezclan. En este caso: 1º El carillón de la Westertoren dejó de sonar y por lo tanto me vi privada de ese amigo que a toda hora me infundía confianza; 2º Nos preguntábamos si la puerta de la casa habría sido bien cerrada la víspera, porque el señor Vossen se había ido antes de la hora y no sabíamos si Elli pensó en pedirle la llave antes de su partida.

Recién hacia las once y media de la noche cada uno de nosotros se había tranquilizado. La alarma de los ladrones se produjo cerca de las ocho. A pesar de su rápida desaparición, nos hicieron pasar una velada insoportable, llena de zozobra. Pensándolo bien, nos pareció extremadamente improbable que un ladrón se arriesgara a forzar una puerta de entrada a una hora en que la gente anda todavía por las calles. Además, uno de nosotros insinuó que el capataz de nuestros vecinos podría haber trabajado hasta más tarde, y que el ruido podría provenir de allí, puesto que las paredes eran delgadas. La emoción general habría jugado una mala pasada a nuestros oídos y lo demás lo habría hecho nuestra imaginación.

Por fin nos acostamos, aunque nadie tenía sueño. Papá, mamá y Dussel pasaron la noche casi en blanco. En cuanto a mí, puedo decir, sin exagerar, que apenas pegué los ojos. Al amanecer los señores bajaron hasta la puerta de entrada para estudiar la cerradura: todo estaba en orden y, por lo tanto, nos tranquilizamos.

Cuando les explicamos detalladamente a nuestros protectores nuestra aventura y nuestras inquietudes, se burlaron de nosotros. Pasado el susto, es muy fácil reírse de estas cosas. La única que nos ha tomado en serio es Elli.

Tuya, Ana.

Sábado 27 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Ya terminamos el curso de taquigrafía por correspondencia y ahora vamos a practicar para obtener mayor rapidez.

¡Cómo nos hemos ido hundiendo! Todavía me quedan cosas que contarte sobre mis estudios durante los días pasados en esta tumba (así llamo yo a este período que nos obliga a vivir ocultos sólo con la esperanza de que no será por mucho tiempo): me fascina la mitología y, sobre todo, los dioses griegos y romanos. "No es más que una chifladura pasajera", dicen quienes me rodean; nunca han sabido de un escolar que guste de los dioses hasta ese punto. Tal vez sea yo quien haga el primer disparo.

El señor Van Daan sigue resfriado; mejor dicho, tiene la garganta algo congestionada. Sus aspavientos son increíbles. Hace gárgaras con una infusión de manzanilla y tocaciones con azul de metileno, se desinfecta los dientes, la lengua, hace inhalaciones y, además, el caballero se pone de mal humor.

Rauter, uno de los jerarcas nazis, ha pronunciado un discurso: "Todos los judíos deberán abandonar los países germánicos antes del primero de julio. La provincia de Utrecht será depurada entre el primero de abril y el primero de mayo (como si se tratara de una tropa de ladrones); enseguida, las provincias de Holanda del norte y del sur, del primero de mayo al primero de junio". A esas pobres gentes las conducen al matadero como un tropel de animales enfermos y sucios. Pero prefiero no hablar de ello, porque es una pesadilla.

Una pequeña noticia buena: la Oficina del Empleo alemán ha sido saboteado, la han incendiado. Algunos días después, algo semejante ha ocurrido con la Oficina del Registro Civil, donde hombres disfrazados de policías alemanes maniataron a los centinelas y se apoderaron de importantes documentos.

Tuya, Ana.

Jueves 1º de abril de 1943

Querida Kitty:

Hoy, nada de bromas; por el contrario, ocurre algo grave, que justifica que diga: "Una desgracia nunca viene sola".

Ante todo, el señor Koophuis, ese protector que nunca deja de alentarnos, tuvo ayer una seria hemorragia en el estómago y debe quedarse en cama al menos durante tres semanas. Además Elli está con gripe. Y el señor Vossen posiblemente tiene una úlcera gástrica y será hospitalizado la semana próxima para que lo operen. Por último, importantes conversaciones sobre negocios iban a llevarse a cabo, y ya se habían fijado los detalles entre papá y Koophuis. Faltó tiempo para poner al tanto a Kraler, el único portavoz que nos iba quedando.

Los resultados de la reunión de hombres de negocios en la oficina privada preocupaban muchísimo a papá.

–Si yo pudiera estar allí. ¡Ah, si yo pudiera estar presente! –clamaba.

–Espíales pegando el oído al suelo –le sugirieron–. Como están en la oficina privada, podrás oír todo.

A papá se le iluminó la cara. Ayer, a las once y media de la mañana, Margot y Pim (dos oídos valen más que uno) se tendieron a todo lo largo para poder escuchar. La conversación, que quedó inconclusa por la mañana, se postergó hasta la tarde. Papá estaba acalambrado por aquella postura tan poco cómoda. Incapaz de proseguir la campaña de espionaje, a las dos y media, cuando nuevamente se oyeron las voces, me rogó que lo reemplazara junto a Margot. Pero las conversaciones se eternizaban y eran tan latosas que me dormí sobre el linóleo duro y frío. Margot no se atrevió a tocarme, y mucho menos a hablarme, por miedo a que algún ruido delatara nuestra presencia. Desperté tras una buena media hora, pero me había olvidado de la importante conversación. Por suerte la atención de Margot no había decaído.

Tuya, Ana.

Viernes 2 de abril de 1943

Querida Kitty:

¡Ay! Otro pecado se agrega a mi ya larga lista. Anoche, cuando ya estaba acostada, esperando a que papá rezara conmigo antes de darme las buenas noches, mamá entró, se sentó en mi cama y me preguntó discretamente:

–Ana, como todavía papá no está aquí, ¿te parece que recemos juntas esta vez?

–No, mamá –respondí.

Mamá se levantó, estuvo quieta un rato, se dirigió lentamente hacia la puerta, y de pronto se volvió con el rostro demudado por la aflicción:

–No quiero enojarme –dijo–. Al cariño no se le da órdenes.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando cerró la puerta.

Yo me quedé inmóvil, juzgándome indigna por haberla rechazado tan duramente, aunque sabía que no podía responder de otra manera. Yo soy incapaz de hipocresías e incapaz de rezar con ella a la fuerza. Lo que me pedía era sencillamente imposible.

Mamá me dio lástima, la compadecí de todo corazón; era la primera vez en mi vida que me daba cuenta de que mi frialdad no le era indiferente. La pena se leía en su cara cuando dijo que al cariño no se le ordenaba. La verdad es dura. Sin embargo, la mamá me ha rechazado –eso también es cierto–, me ha abrumado siempre con sus críticas intempestivas y sin tacto, y se ha burlado de cosas que yo me niego a tomar por bromas. Ella ha temblado al comprobar que entre nosotras todo amor ha desaparecido verdaderamente, tal como yo temblaba cuando diariamente recibía sus duras palabras.

Ella ha llorado largo rato y ha pasado la noche en blanco. Papá apenas me mira y, cuando nuestros ojos se cruzan, puedo leer en ellos: "¿Cómo es posible que hayas sido tan mala, cómo es posible que te hayas atrevido a causar esa pena a tu madre?". Ambos esperan que me disculpe, pero no puedo hacerlo porque he dicho una verdad que, tarde o temprano, mamá se vería obligada a reconocer. Ya no necesito aparentar pues me he vuelto insensible a las lágrimas de mamá y a las miradas de papá; por primera vez ambos se dan cuenta de lo que siento continuamente. Sólo me queda apiadarme de mamá, que está obligada a guardar su compostura ante mí. Por mi parte, he resuelto callarme y mantenerme distante; no retrocederé ante ninguna verdad, sea la que fuere, pues cuanto más tarde la diga, más difícil les será oírla.

Tuya, Ana.

Martes 27 de abril de 1943

Querida Kitty:

Las discusiones remecen la casa. Mamá contra mí, los Van Daan contra papá, la señora contra mamá. Todo el mundo está rabioso. Qué entretenido, ¿no te parece? Los innumerables pecados de Ana han sido puestos nuevamente sobre la mesa en toda su amplitud.

El señor Vossen está hospitalizado. El señor Koophuis se ha mejorado antes de lo que pensábamos; esta vez su hemorragia estomacal ha curado fácilmente. Nos ha contado que en la Oficina del Registro Civil los bomberos trabajaron tan bien que no sólo combatieron las llamas sino que dejaron el interior completo bajo agua. Esto me alegra.

El Carlton Hotel está en ruinas; dos aviones ingleses, con una pesada carga de bombas incendiarias, hizo blanco en el Club de Oficiales alemanes, quemando íntegro el edificio de la esquina. Los ataques de la R.A.F. a las ciudades alemanas son cada vez más numerosos. Ya no hay descanso por las noches; tengo unas enormes ojeras por falta de sueño. Nuestra alimentación es espantosa. Desayuno: pan duro y un sustituto del café. Comida: espinacas o ensalada, desde quince días acá. Las papas, de veinte centímetros de largo, tienen gusto a podrido. ¡Quienes quieran adelgazar sólo tienen que hacerse pensionistas del Anexo! Nuestros vecinos viven quejándose pero nosotros tomamos la situación menos a lo trágico. Todos los hombres que fueron movilizados o que combatieron en 1940 son llamados para el trabajo forzado en Alemania. ¡Otra medida más, sin duda, contra el desembarco!

Tuya, Ana.

Sábado, 1 de mayo de 1943

Querida Kitty:

Cuando pienso, de vez en cuando, acerca de cómo vivimos aquí, casi siempre llego a la misma conclusión: en comparación con los judíos que no se han ocultado, nosotros deberíamos considerarnos en el paraíso. Sin embargo, cuando llegue el momento en que todo vuelva a la normalidad y habitemos, como antes, nuestra casa decentemente arreglada, no podré dejar de asombrarme al recordar hasta qué punto nos hemos reducido en todo.

Reducido en el verdadero sentido que esta palabra tiene, en todo lo concerniente a nuestra manera de vivir. Desde que estamos aquí, por ejemplo, usamos el mismo hule, que ya no puede decirse que está limpio después de tanto uso. Trato de fregarlo con un estropajo, pero éste tiene más agujeros que el hule. Por mucho que jabone y lave la mesa, jamás queda realmente limpia. Durante todo el invierno los Van Daan han dormido sobre un trozo de franela que no se puede lavar por su mala calidad y la escasez de detergente. Papá usa un pantalón roto y una corbata deshilachada. El corsé de mamá exhaló hoy su último aliento, mientras Margot anda con un sostén demasiado chico, de dos presillas.

Mamá y Margot se han intercambiado durante el invierno las mismas tres camisas; las mías me quedan tan chicas que no me llegan ni siquiera al ombligo.

Es cierto que todo esto es pasajero y, por lo tanto, intrascendente, pero a veces me deprimo pensando: "Los que nos hemos acostumbrado a cosas tan usadas, desde mis calzones hasta la brocha de afeitar de papá ¿podremos ver algún día cómo será la vida de la posguerra?"

Durante la noche los aviones han hecho cuatro incursiones de bombardeo, así es que yo he embalado todas mis cosas. Hoy, hasta dejé lista una maletita con lo estrictamente necesario por si tenemos que huir. Mamá me ha preguntado:

–¿A dónde piensas ir?

Holanda entera es castigada por sus muchas huelgas. La han declarado en estado de sitio y la ración de pan fue reducida a 100 gramos por persona. ¡Buen castigo para los niños que han hecho maldades!

Tuya, Ana.

Martes 18 de mayo de 1943

Querida Kitty:

Presencié una espantosa batalla entre aviones ingleses y alemanes. Desgraciadamente algunos aliados se vieron obligados a abandonar sus aparatos incendiados y a saltar en paracaídas. Nuestro lechero, que no vive lejos de la ciudad, encontró a cuatro canadienses sentados a la orilla del camino. Uno de ellos hablaba muy bien el holandés, le pidió fuego para su cigarrillo, y le contó que ellos eran parte de una tripulación de seis hombres. El piloto había muerto carbonizado y el quinto hombre se había ocultado en algún lugar. Más tarde, la policía alemana apresó a los cuatro sobrevivientes.

¿Cómo es posible tener tanta presencia de ánimo después de haber sido derribado en esa forma?

Pese al calor primaveral, nos vemos obligados a encender la estufa diariamente para quemar los restos de verduras y otros residuos. Como debemos preocuparnos del hombre del almacén, no podemos utilizar el W.C. Cualquier imprudencia podría delatarnos.

Todos los estudiantes que este año hayan terminado o piensan continuar sus estudios, están invitados a firmar una lista que se encuentra en la Dirección, y que les compromete a simpatizar con los alemanes y con el nuevo orden. El ochenta por ciento no ha aceptado renegar de su conciencia y de sus convicciones, y ha debido sufrir las consecuencias. Los estudiantes que no firmaron serán enviados a un campo de trabajo alemán. Si condenan a todos los jóvenes a trabajos forzados en territorio nazi ¿qué va a quedar de la juventud holandesa?

Ayer por la noche yo estaba en cama con papá mientras mamá había cerrado la ventana a causa del bombardeo. De pronto oí que uno de nuestros vecinos saltaba de la cama (no muy rápido; era la señora), e inmediatamente después se oyó la espantosa detonación de una bomba. Grité: "Luz, luz". Pim encendió una vela. Yo esperaba que de un momento a otro la habitación quedara envuelta en llamas. Pero no sucedió nada. Subimos rápidamente a ver qué los había asustado. El señor y la señora Van Daan habían visto una luz rojiza en el cielo. El señor creyó que había fuego cercano, y la señora, que las llamas abrazaban nuestra casa. La detonación de la bomba la hizo saltar sobre sus temblorosas piernas. Pero como aquí no había ocurrido nada, volvimos todos a nuestras camas.

Apenas un cuarto de hora más tarde, los disparos se reanudaron. La señora Van Daan se levantó de inmediato y bajó al cuarto del señor Dussel en busca de la calma que inútilmente intentaba hallar junto a su marido. Dussel la recibió diciéndole:

–¡Métete en mi cama, hijita!

Esto provocó en todo el mundo una risa histérica, que sirvió para que se nos quitara el miedo y olvidáramos el estruendo de los cañones.

Tuya, Ana.

Domingo 13 de junio de 1943

Querida Kitty:

Para mi cumpleaños papá me entregó un halagador poema que es demasiado lindo para no mencionarlo. Pim sólo puede componer poemas en alemán. Y Margot se encargó de traducirlo. Por el trozo que cito, podrás juzgar si Margot lo ha hecho bien. Me salto el comienzo, que no es más que una síntesis de los acontecimientos de este año:

Aunque ya no eres una niña, aún eres la más joven,
y tu vida no ha sido fácil;
cada uno quiere adueñarse un poco de ti
y en esta pretensión muestra pretendidos derechos
en contra de tu voluntad:
"Soy yo quien te lo digo".
"Yo sé por experiencia
lo que haz de hacer o no ..."
Un día y otro día
durante el año entero
tienes que estar oyendo
tan sagradas verdades.
¿Fallas de los jueces?
Ningún reto suyo jamás les duele a ellos
y solamente tú tienes que soportar el peso.
Hasta tus pobres padres tienen la obligación
de actuar como jueces
aunque no sepan ser justos.
Parecería extraño que tú pensaras
en criticar a los mayores,
aunque es algo muy natural
pues tú estás rodeada
de esos viejos gruñones que lanzan sermones
que tú has de tragar como píldora amarga
por conservar la paz.
El tiempo pasa, pero no ha sido malgastado
pues están los estudios
y cuentas con los libros
y a leer te dedicas.
Un punto negativo es la frivolidad:
"¿Qué me pondré esta tarde?"
"¿Qué me pondré mañana?"
"Ya no me quedan calzones".
"¡Qué harapo de camisa!"
"¡Ay, mis pobres zapatos!"
"¡Esto sí que es una plaga! ¡Esto sí que es un tormento!"

Suprimí también un pasaje que Margot no pudo versificar. ¿No encuentras que es un lindo poema? Además, me han hecho muchos regalos, entre ellos un grueso libro sobre mi tema preferido: Mitología griega y romana. Con respecto a golosinas, tampoco puedo quejarme; siendo yo la menor, pienso que cada uno ha sacrificado un poco de sus úiltimas reservas. En realidad me han festejado demasiado, dadas las circunstancias, y recibí más de lo que merecía.

Tuya, Ana.

Martes 15 de junio de 1943

Querida Kitty:

Nunca dejo de tener cosas que contarte, pero a menudo las paso por alto porque no me parecen lo suficientemente interesantes, y también por miedo de aburrirte con tantas cartas. He aquí las últimas novedades.

Seré breve. Al señor Vossen no le operaron la úlcera. En la mesa de operaciones el médico ha comprobado que había un cáncer demasiado avanzado para extirparlo. Ha vuelto a coserlo y lo ha mantenido en el hospital durante tres semanas, alimentándolo bien, antes de mandarlo a casa. Le compadezco terriblemente y, si pudiera salir, habría ido a verle muy a menudo para distraerle. ¡Qué falta nos hace el bueno de Vossen! Nos mantenía al corriente de todo cuanto sucede y se dice en el almacén, ayudándonos y alentándonos. ¡Pobre amigo, qué espanto!

Desde el próximo mes tendremos que prescindir del aparato de radio. El señor Koophuis está obligado a entregarlo a las autoridades. Pero nuestro protector ha comprado en el mercado negro un aparato pequeño que reemplazará al enorme receptor Philips. Qué lástima tener que desprenderse de un receptor tan bueno, pero una casa que sirve de escondite no puede permitirse llamar la atención de las autoridades. Vamos a colocar aquí el receptor pequeño; un aparato clandestino, en casa de judíos clandestinos que compran en el mercado negro con dinero clandestino, estará absolutamente como en su propia casa. Todo el mundo se esfuerza por hacerse de un viejo receptor para sustituir el que las autoridades piden. Cuanto peores son las noticias, tanto mejor es la voz maravillosa de las transmisiones de ultramar con su "¡Animo, arriba los corazones, ya vendrán tiempos mejores!", aliento del que no podemos prescindir.

Tuya, Ana.

Domingo 11 de julio de 1943

Querida Kitty:

Hablando nuevamente del problema de la educación, te aseguro que me esfuerzo por ser útil, por ser amable y cariñosa; en suma, por cambiar el clima y suavizar la lluvia de reproches ¡Qué estupidez pretender ser un ejemplo con quienes no congeniamos! La verdad es que sé que con un poco de hipocresía puedo ganar mucho más que dando opiniones sinceras, que jamás nadie ha pedido ni estimado.

Muchas veces me olvido de interpretar la comedia y no puedo contener la rabia cuando veo una injusticia, de manera que necesito soportar durante cuatro semanas o más las alusiones a la "chiquilla más insolente del mundo". ¿No deberías compadecerme? Por suerte no soy rezongona, pues me envenenaría cada vez más y perdería para siempre mi buen humor.

Tengo ganas de dejar un poco la taquigrafía, aunque le haya dedicado tanto tiempo... Primero, para poder dedicarme más a las otras asignaturas, y luego por mi vista ¡Nueva calamidad! Cada día estoy más miope y hace tiempo que debería usar lentes (¡Bah! parecería un búho), pero imaginarás que para poder salir de aquí... Ayer, en la casa sólo se ha hablado de los ojos de Ana, porque mamá ha sugerido que vaya al consultorio del oculista con la señora Koophuis. Ante esta perspectiva, creí desmayarme. Salir... no sería un disparate.

¿Puedes imaginarlo? Salir a la calle. Estar en la calle. Imposible de imaginar. En un comienzo sólo el pensarlo me dio un buen susto; luego me pareció magnífico. Pero no es tan sencillo como parece. Es una decisión que compromete a todos, y como todos tienen algo que decir no han podido ponerse de acuerdo. Todas las dificultades, todos los riesgos han sido pesados y sopesados, aun cuando Miep se haya ofrecido inmediatamente para acompañarme. Poco me demoré en sacar mi abrigo gris, pero me queda tan chico que parece de mi hermana menor. Siento verdadera curiosidad por ver qué resulta de todo esto, aunque pienso que ellos no se seguirán preocupando del asunto, porque, entretanto, los ingleses han desembarcado en Sicilia, y papá está nuevamente convencido del "final próximo e inminente".

Elli confía a Margot y a mí una gran parte de su trabajo de oficina. Esto la ayuda mucho y nosotros nos sentimos importantes. Hay que clasificar la correspondencia y registrar las ventas; cualquiera puede hacerlo, pero nosotras somos muy responsables.

Miep anda siempre cargada como un burro. No hace más que transportar paquetes. Casi todos los días recorre kilómetros para descubrir legumbres, que trae en grandes bolsos en su bicicleta. Todos los sábados aparece con cinco libros de la biblioteca; durante la semana entera los esperamos con impaciencia. Tal como a niñitos a quienes se les ha prometido un juguete.

Las personas libres no podrían concebir nunca cuánto significan los libros para las personas que deben vivir ocultas. Libros, más libros y la radio... Son nuestras únicas distracciones.

Tuya, Ana.

Martes 13 de julio de 1943

Querida Kitty:

Con el permiso de papá, ayer después de almuerzo pregunté a Dussel si, por favor, podría concederme (más cortesía, imposible) el uso de la mesa en el cuarto que compartimos, dos tardes a la semana, de cuatro a cinco y media. Una breve explicación: yo la utilizo diariamente, de dos a cuatro, mientras Dussel duerme siesta. A partir de las cuatro, la habitación y la mesa me están prohibidas. Durante la tarde hay demasiada gente en la habitación de mis padres para estudiar en ella; además, papá también quiere utilizar la mesa cuando tiene trabajo.

Creo que pedí algo razonable y lo hice sólo por educación. ¿Pero qué imaginas que contestó el señor Dussel? "No". Lisa y llanamente, "no". Yo estaba indignada. Le pregunté a qué se debía ese "no", decidida a no dejarme aplastar. Su respuesta me dejó helada. Esto fue lo que me dijo:

–Yo también tengo que trabajar. Si no trabajo durante la tarde, simplemente no trabajo. Debo terminar mi tesis de grado, ni siquiera la he comenzado. Y tú, tú no tienes nada importante que hacer. La mitología no es trabajo; tejer y leer, tampoco. Yo tengo reservada esta mesita y me quedo con ella.

Esta fue mi respuesta:

–Pero, señor Dussel, yo trabajo seriamente, todo lo seriamente que se puede; en la habitación de mis padres no puedo hacerlo por las tardes. Le ruego que tenga la amabilidad de pensar en lo que le pedí.

En seguida, Ana le volvió la espalda e hizo como si el gran doctor no existiera. Yo veía todo rojo ante un Dussel atrozmente mal educado (¿verdad?), cuando yo me había portado tan correctamente. En la noche, me las arreglé para hablar a solas con Pim; le conté cómo había sucedido todo y discutí con él cómo tenía que portarme, pues yo no quería ceder y deseaba, en lo posible, arreglar el asunto completamente sola. Pim me dio algunos vagos consejos; el que esperara, por ejemplo, hasta el día siguiente, porque me veía muy exaltada.

Aquello no me gustó. Después de lavar la vajilla, me reuní con Dussel en mi cuarto. Sabiendo que Pim estaba en la habitación del lado, con la puerta abierta, me sentí segura. Empecé:

–Señor Dussel, quizás usted crea que no vale la pena considerar mi petición más detenidamente. Sin embargo, yo le ruego que medite.

Con una sonrisa muy amable, observó:

–Estoy dispuesto a hablar en cualquier momento de ese asunto, aunque lo considere terminado.

Pese a la interrupción de Dussel, continué:

–Cuando usted llegó a esta casa, se planteó claramente que al compartir la habitación conmigo, también compartiríamos su uso. Usted aceptó ocuparla por la mañana y yo por la tarde, ¡la tarde entera! Pero no le he pedido tanto: dos tardes por semana creo que es algo razonable.

Dussel saltó como si lo hubiese mordido una fiera:

–Tú no tienes ningún derecho... Y, además, ¿dónde quieres que esté? Pediré al señor Van Daan que me haga un compartimiento en el desván para trabajar en paz; aquí uno no está en paz en ninguna parte. Es imposible vivir contigo sin pelear. Si tu hermana Margot hubiera venido a pedirme lo mismo, cosa que habría tenido mayor justificación, jamás habría pensado en negárselo. Pero tú...

Empezaron entonces las monsergas de siempre: la mitología, el tejido, etc. Es decir, humillaciones para Ana. Pero ella no se dio por vencida y dejó que Dussel terminara.

–¿Qué quieres? Es inútil discutir contigo. Eres el egoísmo personificado, sólo quieres hacer lo que se te antoja, no retrocedes ante nada ni nadie con tal de salirte con la tuya. Nunca he conocido una niña igual. Pero, al fin de cuentas, no me quedará otra que aceptarlo; si no lo hago, más tarde dirán que Ana Frank fracasó en sus exámenes porque el señor Dussel se negó a cederle su mesa a la señorita.

Y habla que te habla, sin terminar nunca; yo ya no estaba en condiciones de seguirle. Pensaba: "Voy a darle una bofetada tal que lo lanzaré contra el techo con todas sus mentiras". Y me decía a mí misma: "No pierdas el control, que este tipo no vale la pena".

Finalmente el señor Dussel se quedó sin resuello, pero, una mezcla de enojo y de triunfo aparecían en su cara cuando dejó la habitación con los bolsillos del abrigo llenos de papelotes. Yo corrí hacia papá para explicarle detalladamente mi pequeña discusión por si no la hubiera oído.

Pim prometió hablar con Dussel aquella misma noche. El diálogo duró casi media hora. Ambos resumieron así el asunto: se trataba de saber si Ana tenía o no derecho a su mesita. Papá le recordó que ya habían hablado antes de ello. Entonces él tuvo la debilidad de darle la razón para mantener el prestigio de los mayores ante los niños. Pensándolo mejor, expresó papá, debía aceptar que se había equivocado. Dussel protestó y dijo que Ana no tenía derecho alguno a tratarle como a un majadero que se apoderaba de todo. Papá protestó, a su vez, argumentando que acababa de ser testigo de la conversación entre Dussel y yo, y que no había dicho nada parecido. Algunos argumentos más, de una y otra parte, y papá terminó defendiendo mis estudios, que Dussel consideraba egoístas e inútiles. El otro se limitó a refunfuñar.

Por último, no le quedó más remedio que aceptar que yo estudiara dos tardes hasta las cinco sin interrupción. Desde entonces ha adoptado un aire de suficiencia y no me ha dirigido la palabra durante dos tardes. A las cinco en punto toma posesión de su mesita hasta las cinco y media, nada más que por niñería, por supuesto.

No se le puede pedir a un mono viejo de cincuenta y cuatro años que cambie su modo de ser.

Tuya, Ana.

Viernes 16 de julio de 1943

Querida Kitty:

¡Otro robo, pero esta vez de veras!

Esta mañana, a las siete, cuando Peter bajó al almacén como siempre, notó de inmediato que tanto la puerta del almacén como la de la entrada estaban abiertas de par en par. Avisó a Pim, quien se apresuró a sintonizar el aparato de radio en la onda de Alemania, y luego cerró cuidadosamente la puerta de la oficina privada, antes de volver a subir con Peter.

Para estos casos las instrucciones eran la de no abrir ninguna llave. No deberíamos lavarnos, pero sí mantenernos quietos y al acecho hasta las ocho, no utilizar el W.C..., instrucciones estrictamente cumplidas. Los ocho habíamos dormido bien esa noche y nos alegrábamos de no haber oído nada. Recién, hacia las once y media, el señor Koophuis vino a contarnos lo sucedido: los ladrones debían haber abierto la puerta de entrada con una ganzúa y forzado la puerta del almacén. Como no encontraron gran cosa que robar, habían buscado en el primer piso.

Se robaron dos cajitas con cuarenta florines, recibos de compra venta y, lo realmente importante, todas las tarjetas de racionamiento de azúcar, que significan 150 kilos.

El señor Koophuis cree que estos ladrones y los misteriosos visitantes de seis semanas atrás, ocasión en que no lograron abrir las tres puertas, deben ser los mismos.

La atmósfera ha vuelto a ponerse tormentosa con el incidente, pero el Anexo no parece sentirlo. Debemos estar satisfechos de haber conservado las máquinas de escribir y la gran caja fuerte con dinero que cada noche subimos a casa para guardarlas en nuestro armario.

Tuya, Ana.

Lunes 19 de julio de 1943

Querida Kitty:

Este domingo, el norte de Amsterdam fue bombardeado horriblemente. Una espantosa devastación. Calles enteras en ruina; se necesitará cierto tiempo para retirar todos los cadáveres. Hay, hasta ahora, 200 muertos y numerosos heridos; los hospitales están repletos. Se oye hablar de niños que buscan a sus padres desaparecidos bajo los escombros aún ardientes.

Tiemblo cuando recuerdo el rumor sordo y lejano que antecedió a esta terrible destrucción.

Tuya, Ana.

Viernes 23 de julio de 1943

Querida Kitty:

Deseo contarte lo que cada uno de nosotros quiere hacer cuando salgamos de aquí. El mayor deseo del señor Van Daan y de Margot es meterse hasta la barbilla en un baño muy caliente y quedarse allí al menos media hora. La señora Van Daan, antes de nada, ansía comer golosinas. Dussel sólo puede pensar en Lotte, su mujer. Mamá, en su taza de café. Papá, en visitar al señor Vossen. Peter, en ir al cine. Por mi parte, yo me sentiría tan feliz y alegre que no sabría por dónde empezar.

Lo que más quiero es estar en mi casa, poder circular libremente y, finalmente, ser dirigida en mis estudios; es decir, regresar al colegio.

Elli nos regaló frutas, ¡al precio que tienen!... Uvas a 5 florines el kilo. Frambuesas, 0,70 la libra. Un durazno, medio florín. Un melón, florín y medio el kilo. Y en todos los diarios puede leerse: "El alza de los precios es sólo especulación".

Tuya, Ana.

Lunes 26 de julio de 1943

Querida Kitty:

Ayer fue un día complicado y lleno de emociones. Sin duda, te preguntarás cuándo tenemos un día sin emociones.

Alarma por la mañana, durante el desayuno, pero no nos preocupamos, porque eso significa que los aviones se acercan por la costa. Luego, me tendí durante una hora, porque tenía un fuerte dolor de cabeza, y me reuní con los demás alrededor de las dos de la tarde. A las dos y media, cuando Margot había terminado de ordenar su trabajo de oficina, se pusieron a aullar las sirenas. Margot volvió a subir en seguida conmigo. Muy a tiempo: cinco minutos después se produjeron tales sacudidas, que los cuatro nos refugiamos en el comedor. No había cómo engañarse: la casa se remecía y las bombas no caían lejos.

Me aferré a mi maletita, más para agarrarme a algo que para huir, pues en ningún caso nosotros podíamos salir. Saldríamos sólo en caso de extrema necesidad, ya que en la calle corremos tanto peligro como durante los bombardeos. Al cabo de media hora los aviones disminuyeron, pero se produjo, en cambio, una enorme batalla en la casa. Peter había vuelto a bajar de su puesto de observación del desván. Dussel se hallaba en el despacho. La señora se creía a salvo en la oficina privada. El señor Van Daan había presenciado el espectáculo desde el desván. Y nosotros habíamos permanecido en el pequeño comedor. Subí al desván para ver las columnas de humo que se alzaban sobre el puerto y de las que ellos hablaban. Pronto nos invadió un olor a quemado y el aire de afuera era una densa bruma.

Aunque el espectáculo de un gran incendio no es para bromas, cada uno de nosotros regresó poco después a sus ocupaciones. ¡Felices de poder hacerlo! En la noche, a la hora de la comida, nueva alarma. Por una vez comíamos a gusto, pero el aullido de las sirenas nos quitó el apetito. Sin embargo, todo permaneció tranquilo hasta que la señal de alarma terminó, tres cuartos de hora más tarde. Apenas fregados los platos, alarma, explosiones y una increíble cantidad de aviones. "¡Cielos, dos ataques en un mismo día es demasiado!", pero nadie nos ha pedido nuestra opinión. Nuevamente lluvia de bombas, ahora por el lado contrario, por Schipol, según el comunicado inglés. Ascendiendo, bajando, los aviones hacían temblar el aire y me ponían la piel de gallina. A cada instante me decía: "Adiós, vida, esta bomba es para ti".

Te aseguro que cuando a las nueve me acosté, mis piernas aún temblaban. Exactamente a medianoche, nuevamente los aviones. Dussel estaba desvistiéndose. Despierta por los primeros cañonazos, no me preocuparon, pero salté de la cama para ir a refugiarme a la de papá. Dos horas de bombardeos incesantes; luego silencio. Regresé a mi cama y me dormí a las dos y media de la madrugada.

Las siete. Desperté sobresaltada. Van Daan estaba con papá. Lo primero que pensé es que se trataba de ladrones. Oí a Van Daan decir "todo", y pensé que se habían robado todo. Pero no. Esta vez la noticia era fantástica, la más agradable desde hacía varios meses, ¿qué digo? desde el comienzo de la guerra. "Mussolini ha presentado su renuncia al rey de Italia". Todos y cada uno nos pusimos eufóricos. Tras la espantosa jornada de ayer, al fin una buena noticia... una esperanza. La esperanza del final, la esperanza de la paz.

Kraler vino a comunicarnos que Fokker había sido arrasado. Esta noche, dos nuevas alarmas. Estoy agotada por las alarmas y por la falta de sueño y no tengo ninguna gana de estudiar. Es el remezón de Italia el que nos tiene despiertos, y la esperanza de ver el fin de todo esto a lo mejor este mismo año...

Tuya, Ana.

Jueves 29 de julio de 1943

Querida Kitty:

La señora Van Daan, Dussel y yo estábamos lavando los platos. Y, lo que es muy raro y seguramente iba a llamarles la atención: yo no había dicho palabra.

Para evitar problemas y poder distraernos, yo intenté un tema que me parecía neutro: el libro *Henri van der Overkant*. ¡Cómo me equivoqué! Cuando no es la señora Van Daan la que me hiere, es Dussel quien lo hace y yo creí contar con él. Era él quien nos había recomendado el libro como algo extraordinario. Igual que yo, tampoco Margot lo encontró extraordinario. Mientras secaba los platos, acepté que el autor había hecho un buen retrato del joven, pero que en cuanto a los demás... habría sido preferible no hablar. Me atraje la indignación del señor.

–¿Acaso puedes comprender la sicología de un hombre? Pase si se trata de un niño. Tú eres demasiado joven para este tipo de libro; ni siquiera lo comprendería un hombre de veinte años.

(¿Entonces para qué nos recomendó tan calurosamente el libro a las dos?)

Dussel y la señora Van Daan continuaron alternativamente haciendo sus comentarios.

–Tú sabes demasiado para tu edad. Tu educación deja mucho que desear. En un tiempo más, cuando seas mayor, no encontrarás atractivo nada y dirás: "Todo esto ya lo leí en los libros hace veinte años". Apúrate en enamorarte y en encontrar marido, de lo contrario corres el riesgo de sufrir una decepción tras otra. Tú has aprendido todas las teorías. Pero te falta la práctica.

¡Qué extraño concepto tienen de la educación si me incitan siempre contra mis padres, que es lo que en realidad hacen. Y callar delante de una muchacha de mi edad si los sorprendo hablando de "cosas para mayores". En su opinión, sin embargo, es también un excelente método.

En un primer momento los hubiera abofeteado a ambos por no hallar nada mejor que ponerme en ridículo. Estaba fuera de mí. ¡Ah! si pudiera saber cuándo me veré libre de esta gente. La señora Van Daan... ¡qué ejemplar! Y es ella la gran persona que debería servirme de ejemplo..., sí, de mal ejemplo.

Todos concuerdan en que es muy indiscreta, egoísta, hipócrita, calculadora, y que está siempre en contra de todo. A ello hay que añadir la vanidad y la coquetería. En fin, no cabe duda de que es una figurona. Podría escribir sobre ella volúmenes enteros, y ¿quién sabe? acaso algún día lo haga. Cualquiera es capaz de crearse una aureola. Con los desconocidos, especialmente con los hombres, la señora es amable y así engaña a primera vista.

Según mamá, es bastante tonta y no vale la pena hacerse mala sangre por ella. Margot la considera insignificante. Pim la encuentra demasiado fea, física y moralmente. Y yo, que en un comienzo no tenía ningún prejuicio, debo admitir, tras darle varias vueltas, que tienen razón los tres, y no creo ser demasiado severa. Tiene tantos defectos que no hay por dónde agarrarla.

Tuya, Ana.

P.S. Te advierto que al escribir lo de arriba estoy todavía bajo los efectos de la rabia.

Martes 3 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Hay noticia políticas excelentes. En Italia, el partido fascista ha sido proscrito. El pueblo combate a los fascistas en varios lugares; hasta las fuerzas armadas han intervenido en la batalla. ¿Puede un país en tal situación sostener la guerra contra Gran Bretaña?

Acabamos de sufrir el tercer ataque aéreo del día; tuve que apretar con fuerza los dientes para darme valor. La señora Van Daan, que siempre dice: "Un final terrible es mejor que desesperarse por cuál va a ser el final", se ha vuelto la más cobarde de todos nosotros. Temblaba como una hoja esta mañana y hasta estalló en sollozos. Cuando su marido, con el que acababa de hacer las paces después de una semana de discusiones, la consoló, una podría emocionarse ante tal escena.

Mouschi ha demostrado que poseer un gato tiene sus desventajas así como sus ventajas. La casa entera está llena de pulgas y la plaga aumenta día a día. El señor Koophuis ha desparramado un polvo amarillo en todos los rincones del edificio, pero eso no parece haber afectado a los bichitos. Nos hemos vuelto muy nerviosos: constantemente imaginamos escozores en piernas, brazos y distintas partes del cuerpo.

Esto nos ha hecho emprender nuevamente los ejercicios corporales, para poder mirarnos la espalda o la parte trasera de las piernas mientras estamos de pie. Ahora pagamos las consecuencias de nuestra falta de agilidad: estamos tan poco flexibles que ni siquiera podemos girar la cabeza apropiadamente porque hemos abandonado nuestra gimnasia diaria.

Tuya, Ana.

Miércoles 4 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Ha pasado más de un año desde que te cuento cosas sobre la vida del Anexo y, sin embargo, jamás podré darte una idea completa de él. Existen tantos detalles, que una se pierde, y hay una gran diferencia entre la vida que hacemos y la de las personas comunes en tiempos normales. Hoy te daré un panorama de nuestra vida diaria. Comenzaré por el final del día.

Hacia las nueve de la noche, todo el mundo se ocupa de sus preparativos para acostarse, provocando un movimiento de objetos que es difícil imaginarse.

Se trasladan las sillas, se traen las frazadas y se las despliega; el mobiliario completo del día se transforma. Yo duermo en el divancito, que tiene alrededor de un metro cincuenta de largo, por lo que requiere de dos sillas como larguero. La colcha, las sábanas, la almohada y las frazadas debo sacarlas de la cama de Dussel, donde se guardan durante el día.

Más allá, en medio de crujidos, se encuentra la cama-jaula de Margot, cuyos travesaños de madera hay que tapizar de almohadones y de mantas para que el colchón le resulte algo más blando.

Donde nuestros vecinos se escucha un estruendo terrible: es la cama de la señora que empujan hacia la ventana, para que las naricitas de Su Gracia, vestida con una "mañanita" rosa, puedan tener un poco de aire tonificante.

A las 9: En cuanto Peter lo desocupa, yo tomo posesión del tocador y me entrego a una minuciosa higiene; a veces (en época de calor) hago nadar a una pulga. Luego, a lavarme los dientes, a ponerme los rizadores, revisarme las uñas, usar algodoncitos empapados en agua oxigenada (para desteñir la pelusilla negra de mi labio superior) y todo ello en un poco más de media hora.

A las 9.30: Rápido, con la bata sobre los hombros, el jabón en la mano, y el orinal, las horquillas, rizadores y algodones en la otra, salgo perseguida casi siempre por un toque de atención de mi sucesor, algo asqueado por la presencia de algunos cabellos que ondulan graciosamente sobre la mesa del tocador.

A las 10: Se apaga la calefacción. Buenas noches. Durante un buen cuartito de hora, crujidos en las camas y en los resortes rotos, suspiros, y luego silencio, siempre y cuando los vecinos de arriba no empiecen a pelear.

A las 11.30: Rechina la puerta del tocador. Un delgado haz de luz penetra en el dormitorio. Crujido de suelas y luego la sombra de un amplio abrigo que agiganta al hombre que lo lleva. Dussel ha terminado su trabajo en el escritorio de Kraler. Durante diez minutos, ruido de pasos, sonido de papeles y ordenamiento de provisiones, y en seguida, se hace la cama. La silueta vuelve a desaparecer; de vez en cuando, un ruido sospechoso en el W.C.

A las 3: Me levanto para hacer una necesidad menor en la olla de fierro enlozado que uso como orinal y que guardo bajo mi cama sobre una alfombrita de goma para proteger el suelo. Cada vez que lo hago retengo la respiración porque temo escuchar una especie de catarata precipitándose desde lo alto de una montaña. Vuelvo a su sitio el orinal y la pequeña forma blanca, en camisón (que obsesiona a Margot, quien al verlo exclama: "¡Oh, qué camisón tan impúdico!") regresa a su cama.

Sigue más o menos un cuarto de hora de insomnio, en que se oyen los ruidos nocturnos. ¿Entrarán ladrones en la casa? Además, están los crujidos de las camas, arriba, al lado y en la propia habitación, que me informan quiénes duermen y quiénes se mueven.

Si quien no puede dormir es Dussel, resulta muy molesto. Primero, percibo un ruidito como de un pez que traga aire, repetido unas diez veces, se humedece sucesivamente los labios –creo– y hace chasquear la lengua, o bien se da vueltas y más vueltas, interminablemente, hundiendo las almohadas. Cinco minutos de inmovilidad completa. Pero –no debo hacerme ilusiones– estas maniobras se repiten hasta tres veces, antes de que finalmente el doctor Dussel se duerma.

No es raro que los aviones y las detonaciones ininterrumpidas nos despierten entre la una y las cuatro de la madrugada. Casi siempre, yo ya he saltado de la cama antes de saber qué pasa. Otras veces continúo pensando, repasando mis verbos irregulares franceses, o peleando interiormente con nuestros vecinos; en esos casos me sorprendo de mí misma si todavía estoy en mi cuarto cuando termina la alarma. Normalmente agarro rápido una almohada y un pañuelo, me pongo una bata y corro en zapatillas donde papá, como lo escribió Margot, para un cumpleaños:

En la noche, al primer disparo,
la puerta chirria y es más que seguro
que aparecen el pañuelo, la almohada y la jovencita...

Ya en la cama paterna, tengo menos miedo, excepto cuando los remezones son demasiado violentos:

A las 6.45: Rrrrrrring... Es el pequeño despertador que hace oír su voz a pedido (a veces también por sorpresa). Ring..., ring... La señora lo ha puesto. ¡Crac!... El señor se ha levantado. Calienta agua y hace sus abluciones.

A las 7.15: Cruje la puerta. Le toca a Dussel prepararse. Al fin sola, descorro las cortinas... y un nuevo día se inicia en el Anexo.

Tuya, Ana.

Jueves 5 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Te cuento cómo transcurre una hora neutra.

A las 12.30: Todo el mundo respira. Los del almacén se han ido a almorzar. La señora pasa la única aspiradora a su única alfombra. Margot reúne sus libros; estudia enseñanza diferencial para poder hacer clases en holandés a niños retardados, categoría a la cual podría pertenecer perfectamente Dussel. Mamá se dispone a dar una mano a la buena cocinera Van Daan y yo voy al tocador para ordenarlo un poco y para refrescarme.

A las 12.45: Llega uno tras otro: primero el señor Van Santen, luego Koophuis o Kraler, Elli y, a veces, Miep.

A la 1: Reunidos junto al pequeño receptor, todos oímos la B.B.C. Son los únicos momentos en que los habitantes del Anexo no se interrumpen y escuchan hablar a alguien que no puede ser contradicho ni por el propio señor Van Daan.

A la 1.15: Reparto de víveres. Cada invitado del escritorio recibe un plato de sopa y, cuando toca postre, se reparte junto con ella.

Satisfecho el señor Van Santen, se sienta en el sofá o ante la mesa, con su plato, su diario y su gato; si no tiene una de estas tres cosas, refunfuña. Koophuis –fuente excelente de información—nos proporciona las últimas noticias de la ciudad. La llegada de Kraler se siente por sus pesados pasos en la escalera y por el golpe violento que da a la puerta; luego entra frotándose las manos, apresurado o lento, retraído o locuaz, según el humor con que esté.

A la 1.45: El almuerzo de los oficinistas ha terminado. Se levantan y cada uno vuelve a sus ocupaciones. Mamá y Margot lavan la vajilla. Los esposos Van Daan se retiran a dormir siesta a su cuarto. Peter sube al desván. Papá se tiende en el sofá. Dussel en el suyo. Y Ana se pone a estudiar. Es la hora tranquila. Como todos duermen, nadie me molestará. Dussel tiene sueños de glotón, eso se adivina, pero lo miro poco tiempo: los minutos están contados, pues a las cuatro en punto el doctor se pone en pie, reloj en mano, para que despeje la mesita, sin un minuto de atraso.

Tuya, Ana.

Lunes 9 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Continuación del horario. Hora de comida.

En la cabecera, *el señor Van Daan*, quien es el primero en servirse, y muy generosamente, de todo lo que le gusta. Esto no le impide dirigir resueltamente la conversación y dar su opinión, que es ley. ¡Pobre del que se atreva a contradecirle! Sabe bufar como un gato rabioso... ¿Qué puedo hacer? Con lo que me gusta callarme...

Está absolutamente seguro de sus opiniones y convencido de que es infalible. Tiene muchas cosas en su cabeza, de acuerdo, pero ello no le autoriza a ser tan suficiente y presumido. Su petulancia es insaciable.

La señora: Sería mejor que me callara. En ocasiones, cuando está de mal humor, desearía muchísimo no verla. Bien pensado, ella es la causa y no el motivo de todas las discusiones. ¡Oh, sin duda! Todos evitan cuidadosamente su enojo. Pero podríamos llamarla la provocadora. Cuando puede provocar, está en su elemento: hacer que Ana pelee con la señora Frank, que Margot pelee con papá... aunque esto no es fácil.

En la mesa nadie pretende que la señora se prive de algo, pese a que ella, más de una vez, se imagina lo contrario. Las papas más bonitas, los mejores trozos, lo mejor de todo. "Escoger" es la divisa de la señora; los demás tendrán que esperar su turno hasta que ella haya escogido lo que le gusta.

Y habla: que la oigamos o no, que nos interese o no lo que dice, aparentemente ello no tiene importancia alguna. Seguramente piensa: "Lo que la señora Van Daan dice interesa a todos..."

Su coqueta sonrisa y su pretensión de que puede hablar de todo, ayudando a uno y a otro, dándoles buenos consejos... todo ello puede causar buena impresión. Pero cuando se la conoce bien, todo eso desaparece.

Característica Nº 1: Su hiperactividad. Nº 2: Su jovialidad, cuando está de buen humor. Nº 3: Su coquetería. A veces un gesto encantador y tenemos a Petronella Van Daan.

El tercer invitado: Se destaca muy poco. El señor Van Daan Junior es callado y mortecino la mayor parte del tiempo. En cuanto a su apetito, devora a lo Van Daan y nunca está satisfecho. Después de una comida abundante, pretende, con la mayor naturalidad, poder comer de nuevo.

Margot, cuarta invitada: Come como un pajarito y no dice nada. Sólo le apetecen las legumbres y las frutas. Van Daan la trata como a una "niña mimada". En nuestra opinión, su falta de apetito se debe a la falta de aire fresco y de actividad.

Mamá, quinta invitada: Gran conversadora, estupendo apetito. Nadie la tomaría por la dueña de casa tipo señora Van Daan. ¿Por qué? Pues porque la señora se dedica a la cocina mientras mamá friega las ollas, lava, plancha, etc.

Números 6 y 7: No me alargaré con respecto a papá y a mí misma. Pim es el más discreto de todos. Se preocupa de que cada uno se haya servido. El no necesita nada. Todo lo bueno lo destina a los niños. Es la bondad personificada...y, al lado suyo, el incurable atado de nervios que soy yo.

Dr. Dussel: Se sirve sin mirar a su alrededor, come, calla... Traga cantidades enormes y, se trate de algo rico o malo, jamás dice que no. El pantalón le llega hasta el pecho; lleva una chaqueta roja, zapatillas rojas y anteojos de carey. Con esta vestimenta se le ve trabajar en la mesita, trabajar siempre, con la sola interrupción de su corta siesta al mediodía, sus comidas, etc. Su lugar preferido: el W.C. Tres, cuatro, cinco veces al día, alguien debe impacientarse ante la puerta del retrete, apretando los puños y haciendo ruido con los pies. ¿Crees que le importa? ¡Le importa un comino! Entre las 7.15 y las 7.30, entre las 12.30 y la 1, entre las 2 y las 2.15, entre las 6 y las 6.15 y entre las 11.30 y medianoche. No se necesita reloj: son sus "sesiones" a la hora exacta. Él las observa estrictamente y no le preocupan las súplicas del otro lado de la puerta que anuncian un desastre inminente.

Nº 9: No pertenece a los miembros de la gran familia, pero forma parte de los invitados. Elli tiene muy buen apetito. No deja nada, no es mañosa, le gusta cualquier cosa, con gran satisfacción de nuestra parte. Está siempre de buen humor, es servicial, bondadosa: ésas son sus virtudes.

Tuya, Ana.

Tuya, Ana.

Martes 10 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Mi último descubrimiento: en la mesa converso conmigo misma en vez de hacerlo con los demás. Es un éxito, desde dos puntos de vista. Primero, todos se alegran de no tener que darme la palabra por mucho rato; además, ya no tengo que irritarme por las opiniones ajenas. En cuanto a mi propia opinión, no la juzgo peor que la de los demás y por eso me la guardo para mí. Igual cosa hago en lo que se refiere a la comida; si tengo que tragarme algo que detesto, tomo mi plato, trato de imaginar que tiene algo delicioso, y mirándolo lo menos posible me lo he tragado antes de darme cuenta. Para levantarme por la mañana (tanto como me cuesta), nueva fórmula: salto de la cama diciéndome: "volverás a acostarte en seguida, cómodamente". Pero corro a la ventana, quito su camuflaje y aspiro el aire fresco por la rendija hasta que he despertado bien. Luego, a sacar las sábanas rápido para evitar tentaciones. Mamá llama a eso el "arte de vivir". ¿No te parece gracioso?

Hace una semana que ya nadie sabe la hora exacta. Han desmontado el reloj de nuestra querida y fiel Westertoren seguramente para fundirlo como material de guerra. Es imposible averiguar la hora de día o de noche. Tengo la esperanza de que el reloj sea reemplazado por algún invento, por un artefacto de hierro o de cobre, por ejemplo, que le recuerde al barrio su campanario.

Esté donde esté, mis pies llaman la atención. A pesar de las circunstancias estoy admirable, muy bien calzada, gracias a que Miep descubrió un par de zapatos usados a 27 florines y medio; son de gamuza, con refuerzos de cuero, de un rojo concho de vino y con tacos muy altos. Me hacen parecer mucho más alta. Es como andar con zancos.

Dussel casi puso en peligro nuestra vida. Cometió la imprudencia de encargarle a Miep un libro prohibido: una sátira sobre Hitler y Mussolini. Cuando Miep volvía en bicicleta con el famoso librito chocó con unos de la S.S. que iban en motocicleta. Perdió la cabeza y les gritó: "¡Canallas!", y huyó a toda velocidad. Prefiero no pensar en lo que habría sucedido si la hubieran detenido.

Miércoles 18 de agosto de 1943

Querida Kitty:

El título de lo que sigue podría ser: "Tarea diaria de la comunidad: pelar papas".

Uno de nosotros va a buscar los diarios; otro, los cuchillos, reservándose el mejor para sí; un tercero, las papas; un cuarto, la olla con agua.

El señor Dussel comienza. Aunque no pela bien, al menos lo hace sin parar, mirando a derecha y a izquierda por si los demás lo hacen como él. Lo que nunca ocurre:

–Ana, fíjate como sostengo el cuchillo y pelo de arriba hacia abajo. No, así no... Así.

Yo contesto tímidamente:

–Pero yo estoy acostumbrada a hacerlo de esta manera, señor Dussel, y lo hago muy rápido.

–Te estoy enseñando la manera más cómoda. Debes fiarte de mí. En todo caso, me da igual. Haz lo que quieras.

Continuamos pelando. Miro de reojo a mi vecino. Con la cabeza baja, está perdido en sus pensamientos (¿pensará en mí?), pero calla.

Todavía no hemos terminado de pelar. Miro a papá, al lado contrario al mío: para él pelar no es algo molesto sino un trabajo de precisión. Cuando lee, en su frente se graba una arruga profunda; pero cuando ayuda a preparar papas u otras legumbres, parece impermeable a todo pensamiento y adopta una expresión de "pelar papas", asegurándose de no entregar una que no esté perfectamente pelada. Con semejante precisión, la imperfección es imposible.

Mientras trabajo me basta alzar la vista para estar informada. La señora Van Daan trata de llamar la atención de Dussel. Primero, le lanza una mirada furtiva; él finge no haber notado nada. En seguida, ella guiña un ojo, pero él continúa su trabajo concentradamente. Luego, ella se ríe; Dussel mantiene los ojos bajos. Entonces, mamá también se ríe. Dussel permanece inmutable. La señora no ha logrado ningún efecto; procede entonces en otra forma. Se produce un corto silencio. En seguida:

–Putti, ¿por qué no te pones un delantal? Mañana tendré que desmanchar nuevamente el pantalón.

–Yo no me ensucio.

Nuevo silencio corto.

–Putti, ¿por qué no te sientas?

–Estoy bien de pie. Prefiero estar así.

Intervalo.

–Putti, ten cuidado. Te estás manchando.

–Sí, mami, tendré cuidado.

La señora busca un nuevo tema de conversación.

–¿Viste, Putti? Los ingleses no han vuelto a bombardear. ¿A qué se deberá?

–Hace demasiado mal tiempo, Kerli.

–Pero ayer hacía buen tiempo y no se oyeron aviones.

–Sí. ¿Cambiamos de tema?

–¿Y por qué, si me gusta saber qué piensas acerca de ello?

–No pienso nada.

–Y ¿por qué nada?

–Cállate, querida.

–El señor Frank contesta siempre a su esposa cuando ella le pregunta algo, ¿no es cierto?

Ha tocado el punto sensible del señor Van Daan. Pero se calla; es su defensa.

–No habrá desembarco –continúa ella.

El señor empalidece. Al ver el efecto que ha producido, la señora se ruboriza y luego insiste:

–Jamás los ingleses terminan algo.

Estalla la bomba:

–¡Bueno, cállate! ¡Cállate de una vez!

Mamá se muerde los labios para no estallar en carcajadas. En cuanto a mí, me mantengo muy seria.

Esta es una muestra de lo que se repite casi todos los días, a menos de que hayan peleado antes; en tal caso, ambos se callan, obstinadamente.

Faltan papas. Subo a buscarlas al desván. Veo a Peter sacándole las pulgas al gato. Alza la vista, el gato aprovecha y, ¡zaz!, huye por la ventana abierta al alero.

Tuya, Ana.

Viernes 20 de agosto de 1943

Querida Kitty:

A las cinco y media en punto los hombres dejan el almacén y regresan a sus casas. Esto significa que quedamos libres.

Cinco y media: llega Elli, como mensajera de la libertad. Comenzamos a movernos. Subo con Elli donde los Van Daan para darles su ración del postre de la noche. Aún no ha tenido tiempo de sentarse y ya tiene que preocuparse de los deseos de la señora.

–Querida Elli, me gustaría...

Elli me mira rápidamente sabiendo que la señora no pierde la oportunidad de expresar sus deseos a todo el que tiene delante, sea quien sea. Seguramente por eso todos evitan, en lo posible, ir hasta su dormitorio.

Cinco cuarenta y cinco: se va Elli. Bajo dos pisos, paso por la cocina para trasladarme a la oficina privada y luego a la bodega de carbón; abro la puertecilla por la cual Mouschi acecha a los ratones. Mi gira de inspección me lleva al escritorio de Kraler. Van Daan abre cajones y clasificadores para encontrar la correspondencia del día. Peter se encarga de la llave del almacén y de Mouschi. Pim sube a nuestra casa las máquinas de escribir, Margot busca un lugar tranquilo para dar término a su trabajo de oficina, la señora pone agua a hervir y mamá trae las papas. Cada uno tiene su tarea.

Peter vuelve pronto del almacén y pregunta dónde está el pan. Casi siempre está en la alacena de la cocina. Hoy no. ¿Habrán olvidado el pan? Peter va a buscarlo al escritorio de adelante. Antes de entrar, se pone en cuatro patas para no ser visto desde afuera y gatea hasta el armario de acero. Allí está, efectivamente, el pan, lo coge y da media vuelta; pero antes de que pueda salir, Mouschi ha saltado por sobre su espalda y se ha instalado bajo el escritorio. Peter juega al escondite con el gato, al que no puede dejar allí, hasta que logra atraparlo por la cola. Mouschi maúlla. Peter resopla. Al fin lo tiene... No. Mouschi escapa y se instala junto a la ventana para lamerse muy complacido, feliz de haber burlado a su amo. Como último recurso, éste le tiende un pedazo de pan, Mouschi se deja tentar y la puerta se cierra tras ambos.

He asistido a esta escena desde la puerta de entrada. El trabajo continúa. Tac, tac, tac... Golpean tres veces. Llegó la hora de ir a la mesa.

Tuya, Ana.

Lunes 23 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Te sigo contando cómo empleamos el tiempo en el Anexo. A las ocho y media en punto de la mañana:

–¡Chist!... Silencio, papá.

–Pim; ¡chist!... Son las ocho y media. Ven; no dejes que corra el agua, camina despacio.

Y otras llamadas de atención semejantes para papá, que está en el cuarto de baño. Debe volver a su habitación a las ocho y media en punto. Todas las llaves se cierran, se prohíbe tirar el W.C. La consigna es: Ni un solo ruido. Antes de que llegue el personal de la oficina, los hombres del almacén podrían oírnos en el silencio de los locales vacíos.

A las ocho y veinte, tres golpecitos en nuestro techo anuncian que Ana puede ir a buscar su sopa de cuáquer a la cocina. Ya está preparada mi sopa para perros. Subo a buscarla. De regreso a mi cuarto, tengo que apurarme, peinarme, no hablar más, poner la cama en su lugar. Silencio, es la hora. La señora se pone sus zapatillas, el señor también, se suprimen todos los ruidos.

Es la hora cúspide del cuadro de una familia ideal. Yo me dedico a mis estudios o aparento hacerlo; Margot, otro tanto; papá se instala con su Dickens y su diccionario sobre el borde de la cama desfondada y ruidosa, de colchones que ya no merecen ese nombre. Enfrascado en su lectura, no mira a nadie, se ríe de vez en cuando, y de pronto quiere obligar a mamá a escuchar un pasaje. Respuesta:

–No tengo tiempo.

Papá queda cariacontecido durante un segundo; luego continúa su lectura; un rato después, impresionado por algún párrafo que le gusta, hace otra tentativa:

–Lee esto, madre. Es corto.

Instalada en el sofá, mamá está siempre leyendo, cosiendo, tejiendo, estudiando... De repente se acuerda de algo y da instrucciones rápidas:

–Ana, no olvides... Margot, ¿quieres anotar?

Silencio, Margot cierra de pronto el libro, papá frunce el ceño, reaparece su típica arruga y vuelve a sumirse en su libro. Mamá inicia una charla con Margot; yo, por mi parte, oigo, porque soy curiosa. Y Pim ¿qué pensará de todo esto?... Son las nueve. Hora de tomar desayuno.

Tuya, Ana.

Viernes 10 de septiembre de 1943

Querida Kitty:

Cada vez que anuncio un nuevo acontecimiento, casi siempre se trata de algo desagradable. Pero ahora ha ocurrido algo maravilloso. El miércoles 8 de septiembre, por la noche, la transmisión de las siete informó: *¡Here follow the best of the vhole war. Italy has capituled!* ¡Italia se ha rendido sin condiciones! A las ocho y media oímos la transmisión de la Holanda de Ultramar: "Holandeses, hace una hora, cuando yo acababa de terminar mi crónica diaria, hemos recibido la espléndida noticia de la rendición de Italia. Les aseguro que jamás he roto mis papeles con tanto agrado". Tocaron *God Save the King* y *La Internacional*. Siempre, la Holanda de Ultramar ha sido muy esperanzadora sin demostrarse demasiado optimista.

Sin embargo, entre nosotros, no todo es color de rosa. El señor Koophuis está enfermo. Ya sabes cuánto le queremos todos; nunca se siente bien, sufre mucho, puede comer y caminar un poco, pero, a pesar de todo, siempre está de buen humor y demuestra un valor inmejorable. Mamá tiene razón cuando dice: "El sol brilla cuando el señor Koophuis entra en nuestra casa".

Ahora acaban de hospitalizarle; debe operarse de una grave afección intestinal. Tendrá que quedarse allí por lo menos cuatro semanas. Si hubieras visto cómo se despidió de nosotros..., como si saliera a dar un paseo. Es la sencillez personificada.

Tuya, Ana.

Tuya, Ana.

Jueves 16 de septiembre de 1943

Querida Kitty:

Las cosas van de mal en peor en el Anexo. En la mesa, nadie se atreve ya a abrir la boca (salvo para comer), porque cualquier palabra puede ser mal interpretada o molestar a uno u a otro. Tomo diariamente valeriana para calmarme los nervios, lo que no impide que al día siguiente me sienta todavía más inquieta. Conozco un remedio mejor: reír, reír de buena gana; pero nos hemos ya casi olvidado de la risa. Si esto dura más tiempo, temo verme con una cara permanentemente seria, de labios caídos.

En el fondo, las cosas no mejoran porque todos estamos aprensivos con respecto a las insuperables dificultades del invierno.

Otra cosa, y no de las más tranquilizadoras: uno de los hombres del almacén, un tal V.M., sospecha algo acerca del Anexo. Se podría prescindir de la opinión de V.M., pero aparentemente el hombre no oculta su enorme curiosidad, no se deja engañar fácilmente y, además, no nos inspira confianza alguna.

En cierta ocasión Kraler, por prudencia, dio un rodeo para reunirse con nosotros. A las doce cuarenta se puso el abrigo y fue a la farmacia de la esquina; cinco minutos después ha usado la otra puerta de entrada para subir a nuestra casa, como un ladrón, por la escalera que de acceso directo. Pensaba irse a la una y cuarto, pero Elli alcanzó a prevenirlo de que V.M. estaba en la oficina. Entonces dio media vuelta y se ha quedado con nosotros hasta la una y media. Luego se descalzó, y con los zapatos en la mano ha vuelto a bajar por la misma escalera con tal prudencia, que, a fuerza de evitar los crujidos de los peldaños, se demoró un cuarto de hora en volver a su escritorio, regresando por la calle.

Entretanto, liberada de V.M., Elli ha vuelto a buscar al señor Kraler, que ya había partido haciendo acrobacias por la otra escalera. Un director que baja descalzo y se pone los zapatos en la calle, tiene que despertar sospechas.

Miércoles 29 de septiembre de 1943

Querida Kitty:

Hoy es el cumpleaños de la señora Van Daan. Le hemos regalado un frasquito de mermelada, tarjetas de racionamiento para queso, carne y pan. Su marido, Dussel y nuestros protectores también le han obsequiado cosas comestibles, además de flores. En estos tiempos se hace lo que se puede.

En la semana Elli estuvo a punto de sufrir una crisis nerviosa. Le habían hecho tantos encargos, insistido tanto en qué era urgente y qué nos faltaba para luego darle contraórdenes, que estuvo a punto de perder la cabeza. No es raro si se piensa en todo el trabajo acumulado en la oficina. Ella estaba reemplazando a Miep y a Koophuis, ambos enfermos, además de tener un tobillo lastimado y sentirse muy triste por su pena de amor y por los continuos retos de su padre. Nosotros la hemos consolado, insistiéndole en que nuestra lista de encargos se acortaría por sí sola si ella tuviera la confianza suficiente para decirnos que el tiempo no le alcanza.

He notado cierta tirantez entre papá y Van Daan. Por alguna razón papá está furioso. ¡Es lo único que nos faltaba! ¡Si al menos no me involucraran tan directamente en esas escaramuzas! ¡Si pudiera salir de aquí! Nos volveremos todos locos.

Tuya, Ana.

Domingo 17 de octubre de 1943

Querida Kitty:

Gracias a Dios Koophuis regresó. Está todavía bastante paliducho, pero ya se ha puesto a trabajar lleno de ánimo en la venta de ropa por cuenta de Van Daan. Los Van Daan están cortos de dinero; no es agradable, pero es así. La señora tiene abrigos, vestidos, zapatos para revender, pero no quiere deshacerse de nada, mientras que el señor no logra vender un solo traje porque pide muy caro. No sabemos en qué terminará todo esto. La señora se verá obligada a desprenderse de su abrigo de pieles. La pelea entre marido y mujer sobre el asunto ha sido violentísima; ahora asistimos a la etapa de la reconciliación: "Oh, querido Putti" y "Kerly querida".

Aún me da vueltas la cabeza al pensar en los insultos lanzados en nuestra honorable morada hace un mes. Papá no abre la boca. Cuando alguien le dirige la palabra, se muestra huraño, como si temiera que lo involucraran en un nuevo conflicto. Los pómulos de mamá están rojos de emoción. Margot se queja de dolores de cabeza, Dussel de insomnio. La señora reclama el día entero, y yo... yo me pongo completamente idiota. A la postre termino por olvidarme con quienes hemos peleado y con quienes hemos hecho las paces.

El estudio es lo único que me hace olvidar, y estudio mucho.

Tuya, Ana.

Viernes 29 de octubre de 1943

Querida Kitty:

Otra fenomenal pelea entre el señor y la señora Van Daan. Por asuntos económicos. Los Van Daan se han comido su dinero, ya te lo he escrito. Hace algún tiempo el señor Koophuis se refirió a un amigo que trabaja en el negocio de pieles. El señor Van Daan, atando cabos, opinó que debía venderse el abrigo de piel de conejo de su mujer, que tenía ya diecisiete años. Obtuvieron por él 325 florines, lo que es un precio estupendo. La señora hubiera querido guardar el dinero para comprar más ropas después de la guerra. Su marido tuvo que poner el grito en el cielo para hacerle comprender que necesitaban urgentemente esa suma para la casa.

Te sería difícil imaginar los gritos, insultos y accesos de cólera. Algo horrible. Nosotros nos colocamos al pie de la escalera conteniendo la respiración, listos para subir a separar a las fieras. Todo esto nos daña el sistema nervioso y nos produce tal tensión que, en la noche, cuando me acuesto, lloro y doy gracias al cielo por disponer de media hora para mí sola.

El señor Koophuis falta nuevamente; sus males al estómago no le dan tregua. Ni siquiera sabe si la hemorragia ha sido contenida. Es la primera vez que lo hemos visto deprimido cuando nos comunicó que se iba a su casa porque no se sentía bien.

En cuanto a mí, la única novedad es que cada día tengo menos apetito. Me repiten: "¡Qué mala cara tienes!". Te confieso que hacen lo posible para mantenerme en buena salud, me dan azúcar de uva, aceite de hígado de bacalao y tabletas de levadura y de calcio.

Los nervios me juegan malas pasadas: estoy de un humor atroz. La atmósfera de la casa me deprime, me da sueño, me aplasta, sobre todo los domingos. Afuera, ningún canto de pájaros; dentro, un silencio mortal y sofocante planea sobre todos y sobre todas las cosas, y pesa sobre mí como si quisiera arrastrarme a abismos insondables.

Son los momentos en que olvido a papá, a mamá y a Margot. Vago de una habitación a otra, indiferente, subiendo y bajando las escaleras. Me siento como el pájaro cantor al que le han arrancado las alas y que, en la oscuridad, se hiere al golpearse contra los barrotes de su estrecha jaula. Una voz interior me grita: "¡Quiero salir, quiero aire, quiero reír!". Ya ni siquiera contesto: me tiendo en mi diván y me duermo para acortar el tiempo, el silencio y la insoportable angustia, que no puedo quitarme de encima.

Tuya, Ana.

Miércoles 3 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Papá ha conseguido un programa del Instituto de Enseñanza de Leyde con el fin de que nos distraigamos estudiando. Margot ha revisado un mínimo de tres veces el voluminoso tomo sin hallar un curso que nos agrade verdaderamente. Papá tomó una decisión drástica: eligió un curso por correspondencia de "latín elemental". Este no demoró en llegar y Margot se ha entregado a él con entusiasmo. Para mí, es demasiado difícil, aunque me habría gustado aprender latín.

Como piensa que yo también necesitaba algo nuevo, papá pidió a Koophuis que consiga una Biblia para niños, a fin de que conozca el Nuevo Testamento.

–¿Acaso quieres regalarle a Ana una Biblia para la Hanuka? –preguntó Margot, consternada.

–Sí..., pero creo que para la fiesta de San Nicolás es mejor ocasión[6].

–Me cuesta ver a Jesús entre los macabeos –dijo Margot.

Tuya, Ana.

Lunes por la noche 8 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Si leyeras correlativamente mis cartas, no podrías dejar de notar que varían según mi estado de ánimo. No me gusta depender de mi humor, me molesta. Pero en el Anexo no soy la excepción, pues todos andan mal humorados. Cuando leo un libro que me conmueve tengo que hacer un gran esfuerzo de readaptación para tratar de nuevo con los humanos de la casa. Si no lo hiciera, me juzgarían como a un fenómeno. Vas a demorarte poco en darte cuenta de que paso por un período de depresión. No sabría decirte por qué he caído en tal estado de pesimismo, pero creo que es mi cobardía, contra la cual ando siempre combatiendo.

Al atardecer, cuando Elli estaba todavía en nuestra casa, llamaron a la puerta largamente y con insistencia. De inmediato me puse lívida, tuve cólicos y palpitaciones, todo ello debido únicamente a la angustia.

De noche, una vez en cama, me veo en una prisión, sola, sin mis padres. Voy al azar por una carretera o me imagino el Anexo incendiado, o que vienen a buscarnos a todos durante la noche.

Miep nos dice, en cambio, que nos envidia, porque gozamos de reposo. Quizás tenga algo de razón, pero Miep olvida nuestras angustias diarias. Ya ni siquiera concibo que el mundo pueda llegar a ser normal para nosotros. Cuando llego a hablar de la posguerra, es como si quisiera tener un pequeño castillo en España, algo que nunca se realizará. Nuestra casa de antes, los amigos, las bromas en la escuela... ¡Oh!, pienso en todo eso como si hubiera sido vivido por otra persona que no fuera yo misma.

Veo a los ocho del Anexo como si fuéramos un pedazo de cielo azul, rodeado poco a poco por nubes sombrías, grávidas y amenazantes. El circulito, ese islote que aún nos mantiene a salvo, se achica constantemente por la presión de las nubes, que nos separan todavía del peligro cada vez más cercano. Las tinieblas y el peligro se estrechan a nuestro alrededor, buscamos un escape, pero desesperados chocamos unos contra otros. Todos miramos hacia abajo, allá donde los hombres combaten entre sí; todos miramos hacia lo alto, allí donde sólo reina la calma y la belleza, de las que, sin embargo, sólo estamos separados por la masa de las tinieblas que nos cierran el paso, como un muro impenetrable que está a punto de aplastarnos pero que todavía no es bastante fuerte para hacerlo. Con todas mis energías suplico e imploro: "¡Círculo, círculo, amplíate y ábrete ante nosotros!".

Tuya, Ana.

Jueves 11 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Encontré exactamente el título que debe llevar este capítulo:

ODA A MI LAPICERA FUENTE

In memoriam

Mi lapicera fuente ha sido siempre para mí algo precioso; me gustaba mucho, sobre todo por su gruesa pluma, porque yo sólo puedo escribir cómodamente con una lapicera de pluma gruesa. La vida de mi lapicera fue larga y muy interesante. Te la contaré en forma breve.

Me la regalaron cuando tenía nueve años. Venía envuelta en algodón, en un paquetito postal que decía: "Muestra sin valor". Había recorrido bastante camino, desde Aix-la-Chapelle, desde donde me la mandaba mi abuelita, mi buena hada. El viento de febrero calaba hasta los huesos y yo estaba en cama con gripe. La gloriosa lapicera, reclinada en su estuche de cuero rojo, era la admiración de todas mis amigas. Yo, Ana Frank, podía estar orgullosa porque al fin tenía una lapicera fuente.

Cuando tuve diez años me permitieron llevarla a la escuela y la maestra me dio permiso para usarla.

A los once años, mi tesoro se quedó en casa porque la maestra de sexto se atenía rigurosamente al reglamento de los portaplumas y tinteros escolares.

A los doce años, en el Liceo Judío, mi lapicera entraba nuevamente en funciones con tanto más honor y autenticidad cuanto que se guardaba en un nuevo estuche con cierre éclair, acompañada, además, de un portaminas.

A los trece años, la lapicera me siguió al Anexo, donde desde entonces ha galopado como un pur sang sobre mi Diario y mis cuadernos.

Ahora termina su existencia, en mi año decimocuarto...

La tarde del viernes, después de las cinco, salí de mi cuartito para seguir trabajando en la habitación de mis padres. Instalada en la mesa, fui empujada sin mayores miramientos por Margot y por papá, pues iban a dedicarse a su latín. Abandoné mi lapicera sobre la mesa y me trasladé al rinconcito donde podía elegir y limpiar los porotos, es decir, eliminar los podridos y frotar los buenos.

A las cinco cuarenta y cinco recogí los deshechos y los boté. La estufa, que últimamente casi no llameaba, escupió una llama enorme; ahora funcionaba bien y eso me alegraba. Cuando los "latinistas" terminaron, me propuse continuar mi tarea epistolar, pero me fue imposible encontrar mi lapicera. Busqué yo, buscó Margot, mamá, papá y Dussel. Todo fue inútil; mi tesoro había desaparecido sin dejar huellas.

–A lo mejor la echaste en la estufa, con los porotos malos –sugirió Margot.

–¡No, no puede ser! –repuse yo.

Anocheció y seguíamos sin encontrar la lapicera. Empecé a creer, como todo el mundo, que se había quemado en la estufa. La prueba: aquella llama enorme que sólo podía deberse a la baquelita.

La triste suposición se confirmó a la mañana siguiente, cuando papá sacó de entre las cenizas el sujetador de la lapicera. La pluma de oro se había fundido misteriosamente.

–Debe de haberse fundido en alguna de las piedras refractarias –explicó papá.

Me queda un consuelo, por mínimo que sea: mi lapicera ha sido incinerada y no enterrada. Espero que igual cosa me suceda más tarde a mí.

Tuya, Ana.

Der Mann hat einen grossen Geist

Und ist so klein von Taten![7]

Tuya, Ana.

Miércoles 17 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Algunas dificultades en el engranaje. Hay epidemia en la casa de Elli; ella está en cuarentena y por lo tanto no podrá venir a nuestra casa durante seis semanas. Es muy mala suerte, pues ella se ocupa de nuestro abastecimiento y de nuestros encargos; además, nos levanta la moral y extrañamos terriblemente su ausencia. Koophuis sigue en cama, haciendo desde hace tres semanas un severo régimen: leche y cuáquer cocido. Kraler se siente agotado.

Las lecciones de latín por correspondencia de Margot las corrige un profesor que parece muy amable y, además, muy espiritual. Seguramente se siente feliz de tener una alumna tan capaz. Margot le envía sus lecciones con el nombre de Elli.

Dussel ha cambiado mucho. Nos preguntamos por qué. Cada vez que nos reunimos en casa de los Van Daan no despega los labios. Todos lo hemos notado, y al cabo de varios días de esta comedia mamá lo ha prevenido acerca del carácter de la señora Van Daan, quien podría hacerle la vida imposible si persistiera en su silencio.

Dussel repuso que el señor Van Daan fue el primero en no dirigirle la palabra; y que a él, Dussel, no le corresponde dar el primer paso.

Tal vez ya no te acuerdes pero ayer, 16 de noviembre, se cumplió exactamente un año de la llegada de Dussel al Anexo. Con tal motivo obsequió a mamá una pequeña maceta con flores, pero no le hizo ningún regalo a la señora Van Daan. Esta, mucho antes de que llegara esa fecha, hizo todo tipo de alusiones, dando claramente a entender a Dussel que esperaba algún regalito de su parte.

En lugar de mostrarse agradecido por la acogida desinteresada que le hemos hecho, guardó absoluto silencio. En la mañana del 16, le pregunté si debía felicitarle o presentarle mis condolencias; me respondió que aceptaba ambas cosas. Mamá quiso hacer el hermoso papel de pacificadora, pero sin resultado. Estamos en un statu quo.

Sábado 27 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Anoche, antes de dormirme, tuve una visión: Vi a Lies. La vi ante mí, cubierta de harapos, el rostro enflaquecido y hundido. Sus ojos me miraban fijamente, enormes, tristísimos y llenos de reproches. En ellos se podía leer: "¡Oh, Ana, ¿por qué me has abandonado? ¡Socórreme! Ven en mi ayuda, hazme salir de este infierno, sálvame!"

Era incapaz de ayudarla. Sólo puedo ser espectadora del sufrimiento y de la muerte de los otros y pedirle a Dios que traiga a mi amiga donde nosotros. Nunca más he visto a Lies ni a nadie más y comprendí. La había juzgado mal, yo era demasiado niña aún para comprender. Ella se había encariñado con su nueva amiga y yo había actuado como si quisiera quitársela. ¡Por qué de cosas ha debido pasar! Sé lo que es esto, porque yo misma lo he sufrido.

Antes podía, como en un chispazo, comprender algo de su vida, pero luego recaía, como una perfecta egoísta, en mis propios placeres y malas costumbres. Fui mala. Ella me miraba con ojos suplicantes en su rostro lívido. ¡Ah, qué desamparada la veía! ¡Si al menos pudiera ayudarla!

¡Ay, Dios mío! Pensar que yo aquí lo tengo todo, todo cuanto pueda desear, y que ella es víctima de un destino fatal. Ella era tan piadosa como yo, también quería siempre el bien. ¿Por qué la vida me ha elegido a mí y a ella quizás le espera la muerte? ¿Qué diferencia había entre ella y yo? ¿Por qué estamos tan lejos una de otra?

La verdad es que yo la había olvidado hacía meses. Sí, desde hace casi un año. Tal vez no completamente, pero nunca la había visto así, en toda su miseria.

Lies, si vives hasta después de la guerra y vuelves a nosotros espero recibirte y compensarte, algo al menos, del mal que te he hecho.

Pero es ahora cuando ella necesita mi ayuda y no cuando yo me encuentre en la posibilidad de ayudarla. ¿Piensa ella todavía en mí? En caso que así fuese, ¿de qué manera?

¡Dios mío, apóyala, para que no se sienta sola! ¡Oh!, si tú pudieras comunicarle mi compasión y mi afecto, a lo mejor encontraría la fuerza para soportar sus sufrimientos.

Que así sea. No vislumbro otra solución. Sus grandes ojos no me abandonan. ¿Habrá encontrado Lies la fuerza en sí misma o le habrán enseñado a buscarla en Dios?

Ni siquiera lo sé. Jamás me molesté en preguntárselo. Lies, Lies, si pudiera rescatarte de allí, si al menos pudiera compartir contigo todo de lo que yo disfruto. Pero es demasiado tarde, ya no puedo ayudarte, reparar los errores que cometí contigo. Pero jamás te olvidaré y siempre rezaré por tu suerte.

Tuya, Ana.

Lunes 6 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Al acercarse la fiesta de San Nicolás todos pensamos sin quererlo en la hermosa canasta del año pasado; por eso me apena dejar pasar sin más la fiesta este año. Durante largo tiempo me devané los sesos para inventar algo con que poder divertirnos.

Luego de consultarlo con Pim, nos dedicamos de inmediato a una serie de actividades.

El domingo por la noche, a las ocho y cuarto, subimos a casa de los Van Daan cargados con la canasta de la ropa, decorada con figuras y cintas azules y rosas recortadas en papel de seda. Habíamos cubierto la canasta con un gran papel de envolver, sobre el cual pegamos una carta. Tan grata sorpresa causó evidentemente una gran impresión.

Desprendí la cartita y la leí en voz alta:

PRÓLOGO

Al regresar este año San Nicolás
no ha olvidado el Anexo.
¡Ay! Ahora no es tan agradable
ni tan divertido como el año pasado.
Entonces sí que estábamos optimistas
y creíamos firmemente en la victoria.
Pensábamos celebrar este año
una alegre fiesta en plena libertad.
Pero como aún recordamos aquel día
y aunque los regalos brillan por su ausencia
el pueblo entero
puede mirar
en su zapato
y allí encontrar...

Cuando papá levantó el papel que cubría la canasta, hubo grandes estallidos de risa. Cada uno pudo recuperar el zapato que le pertenecía,
en cuyo interior habíamos escrito cuidadosamente el nombre y la dirección de su propietario.

Tuya, Ana.

Miércoles 22 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Una molesta gripe me ha impedido volver a escribirte antes. Es horrible estar enferma en circunstancias como éstas. Cada vez que tenía que toser me acurrucaba bajo las frazadas tratando de que no se escuchara, con la consecuencia de que la irritación aumentaba. Tenían que calmarme con leche, miel, azúcar y píldoras. Cuando pienso en todos los tratamientos que tuve que soportar todavía siento vértigos. Sudoríferos, compresas húmedas, cataplasmas en el pecho, tisanas calientes, gargarismos, pomadas, cocciones, limones exprimidos, el termómetro cada dos horas y completa inmovilidad.

No sé cómo he podido mejorarme teniendo que pasar por todo eso. Lo más desagradable era tener sobre mi pecho desnudo la cabeza llena de brillantina de Dussel, dándoselas de médico y queriendo obtener un diagnóstico de los ruidos de mi pobre tórax. No sólo sus cabellos me cosquilleaban horriblemente, sino que me sentía terriblemente incómoda, además de que hace ya unos treinta años que él dejó de ser estudiante y que obtuvo su diploma de médico. ¿Qué tenía que ver este tipo con mi corazón? No está enamorado de mí, al menos hasta donde yo sé. Por lo demás, me pregunto todavía si es capaz de distinguir entre los ruidos normales y los sospechosos porque sus oídos necesitarían urgentemente una buena intervención. Creo que cada día está más sordo.

He hablado ya bastante de enfermedades. Basta. Me siento mejor que nunca, he crecido un centímetro, aumenté un kilo, estoy pálida y me siento impaciente por recomenzar mis estudios.

No tengo ninguna novedad sensacional que anunciarte. Por raro que parezca, todo el mundo se entiende bien en casa, nadie se pelea; no habíamos tenido una paz semejante desde hace por lo menos seis meses. Elli todavía no vuelve.

Para Navidad tendremos una ración extra de aceite, bombones y mermeladas. No puedes imaginarte lo magnífico que es mi regalo: un cepillo hecho con monedas de cobre, que brilla como el oro; ¡estupendo!

El señor Dussel ha regalado a mamá y a la señora Van Daan una hermosa torta, cuya preparación se la pidió a Miep. Pobre Miep; le tengo una pequeña sorpresa, así como también a Elli.

Pedí al señor Koophuis que hiciera preparar pastelitos de mazapán con el azúcar de mi cuáquer matinal, que he estado economizando desde hace dos meses.

No hace frío. Hay un tiempo que produce modorra. Lo que comemos nos cae pesado, provocando detonaciones por todas partes. Las noticias de la radio no cambian la atmósfera soporífera.

Tuya, Ana.

Viernes 24 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Ya te he contado cuánto depende la atmósfera del Anexo de nuestro estado de ánimo personal. Cada cual pelea con los suyos, y esto en mi casa se convierte en una enfermedad crónica de proporciones inquietantes.

Himmelhoch Jauchzen und zum Tode betrübt[8].Esto se me podría aplicar. Estoy consciente del "gozo celestial" que disfruto al pensar en todo lo que tenemos aquí y a que hemos escapado al destino desdichado de los demás niños judíos; pero la "tristeza mortal" me invade a menudo, como hoy, por ejemplo, con ocasión de la visita de la señora Koophuis, quien nos habló de su hija Corry. Esta va a remar con sus amigos, forma parte de un teatro de aficionados, ensayan comedias, se reúnen en el club de hockey. No creo estar celosa de Corry, pero cuando oigo hablar de su vida mi deseo de reír y de divertirme locamente se hace tan fuerte que hasta me duele el estómago. Especialmente ahora, durante las vacaciones de Navidad, encerrados como estamos entre cuatro paredes como parias... Quizás no debo hablar de estas cosas; doy la impresión de una mala agradecida y tal vez exagero. Pienses lo que pienses, soy incapaz de guardarme estos sentimientos y retomo lo que ya te dije al comienzo: "El papel lo aguanta todo".

Cuando una persona de afuera viene a casa, con sus ropas llenas de la frescura del viento y el frío en su rostro, quisiera ocultar mi cabeza debajo de las frazadas para acallar este pensamiento: "¿Cuándo podremos respirar el aire fresco?" Y como no puedo esconder la cabeza debajo de las frazadas, sino que, por el contrario, estoy obligada a mantenerla muy alta y derecha, aquellos pensamientos me asaltan una y otra vez. Créeme, después de un año y medio de vida enclaustrada, hay momentos en que la copa se desborda. Sea cual sea mi sentido de la justicia y de la gratitud, no puedo deshacerme de mis pensamientos. Salir en bicicleta, ir a bailar, poder silbar, ver gente, sentirme joven y libre: tengo sed y hambre de todo eso y debo que hacer un esfuerzo para disimularlo. Imagínate que a los ocho nos diera por quejarnos y poner cara larga. ¿Adónde iríamos a parar? A veces me pregunto: "¿Existe en el mundo alguien capaz de comprenderme, capaz de olvidar que soy judía y que sólo me viera como una muchacha que pide únicamente una cosa: divertirse, divertirse, divertirse?". Lo ignoro, y no podría hablar de ello con nadie porque me echaría a llorar. Sin embargo, a veces llorar alivia.

A pesar de mis teorías y de mis lamentaciones, la verdadera madre que yo me imagino y que me comprendería me falta a cada instante. Todo lo que pienso, todo lo que escribo, se lo dedico a ella, con la esperanza de llegar a ser más tarde para mis hijos la "Mamadre" cuya imagen me he forjado. Una "Mamadre" seria, desde luego, pero que no tomaría siempre en serio todo lo que le dijeran sus hijitos. La palabra "Mamadre" es mía. Aunque no pueda explicar por qué, siento que lo expresa todo. Para aproximarse a mi ideal, he pensado en llamar a mamá "Mami", para no decir "Mamadre". Mamá es, por decir así, una "Mamadre" incompleta. ¡Cuánto me gustaría llamarla así! Pero ella no sabe nada de todo esto. Afortunadamente, porque le daría mucha pena.

Tuya, Ana.

Sábado 25 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Este día de Navidad me recuerda especialmente la historia de un amor de juventud que Pim me contó el año pasado, en estos mismos días. Entonces yo era incapaz de comprender a fondo el sentido de sus palabras. ¡Cuánto me gustaría que volviera a hablarme de ello! Al menos podría probarle mi simpatía.

Creo que Pim me lo contó por necesidad de confiarse a alguien, aunque sólo fuera una vez, él, el receptor de tantos "secretos del corazón", porque Pim jamás habla de sí mismo. Pienso en que Margot no tiene la menor idea de cuánto ha sufrido Pim. ¡Pobre Pim! No podrá hacerme creer que lo ha olvidado todo. No olvidará jamás. Se ha vuelto tolerante. Confío en que con los años seré un poco como él, sin tener que pasar por su experiencia.

Tuya, Ana.

Lunes 27 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

La noche del viernes nosotros, los judíos, festejamos la Navidad por primera vez. Miep, Elli, Koophuis y Kraler nos prepararon una exquisita sorpresa. Miep nos hizo una torta de Navidad adornada con esta frase: "Paz 1944". Elli nos regaló medio kilo de una mantequilla tan buena como la de la preguerra. Para Peter, Margot y yo, un tarro de leche condensada, y para los mayores, a cada uno un botellón de cerveza. Todo estaba preciosamente empaquetado, con un dibujo en cada paquetito. Salvo esto, los días de Navidad no han tenido nada especial.

Tuya, Ana.

Miércoles 29 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Anoche estuve triste nuevamente. Volví a acordarme de mi abuelita y de Lies. ¡Abuelita! ¡Oh, mi querida abuelita! ¡Qué buena y dulce era! Nosotros no sabíamos que padecía de una enfermedad muy grave, que mantuvo en secreto hasta sus últimos momentos.

¡Qué responsable era la abuelita con nosotros! Nunca hubiera dejado que nos derrumbáramos. Yo podía hacer cualquier cosa, portarme pésimo, pero la abuelita siempre me disculpaba.

Abuelita, ¿también tú me quisiste sin comprenderme? No lo sé. Nadie le confiaba sus cosas a la abuelita. ¡Qué sola debía sentirse!, a pesar de que todos la queríamos. Hay quien puede sentir la soledad aunque esté rodeado de afecto, si para nadie es el Amado con A mayúscula. ¿Y Lies? ¿Vive aún? ¿Qué hace? ¡Oh, Dios, protégela y devuélvenosla! Lies, tú me dejas entrever la suerte que yo podía haber corrido; constantemente me pongo en tu lugar. ¿Por qué, entonces, tomar tan seriamente lo que sucede en casa? ¿No debería sentirme contenta, feliz y satisfecha, salvo cuando pienso en ella y en sus semejantes?

Qué egoísta y cobarde soy. ¿Por qué siempre me aflijo y pienso en las peores desgracias, hasta gritar de miedo? Porque mi fe, a pesar de todo, no es lo bastante sólida. Dios me ha dado más de lo que merezco y, sin embargo, cada día acumulo más culpas.

Cuando uno piensa en el prójimo dan ganas de llorar el día entero. Sólo queda implorar a Dios que haga un milagro y salve todavía algunas vidas. ¡Ojalá Él oiga mis plegarias!

Tuya, Ana.

Domingo 2 de enero de 1944

Querida Kitty:

Hoy por la mañana, al hojear mi Diario, me he detenido en algunas cartas que se referían a mamá y me he aterrado por las palabras duras que utilicé. Me he preguntado: "Ana, ¿llevas verdaderamente en ti ese odio? ¡Oh, Ana, deberías sentirte avergonzada!"

Ante una página, he tratado asombrada de descubrir las razones de esta rabia y de esta especie de odio que se habían apoderado de mí hasta el punto de confiártelo todo. Mi conciencia no se tranquilizará hasta que haya aclarado contigo estas acusaciones. Olvidemos un momento cómo pude llegar a eso.

Sufro y he sufrido siempre de una especie de enfermedad moral. Es como si habiendo mantenido mi cabeza bajo el agua viera yo las cosas no tal como son sino deformadas por un cristal subjetivo. Cuando estoy en ese estado, soy incapaz de reflexionar sobre todo lo que me ha dicho mi adversario, cosa que me permitiría actuar bien con aquél a quien he ofendido o apenado por mi carácter demasiado impulsivo. Me repliego entonces dentro de mí misma, sólo veo mi yo, y derramo sobre el papel mis alegrías, mis burlas y mis penas, pensando únicamente en mi propia persona. Este Diario es muy valioso para mí porque es parte de mis memorias. Pero en muchas de sus páginas yo podría añadir: "Pasado".

Yo estaba furiosa con mamá y todavía lo estoy a veces. Es cierto que ella no me ha comprendido; pero yo, por mi parte, tampoco la he comprendido a ella. Como me quería de veras, me demostraba su ternura; pero como yo a menudo la colocaba en una situación desagradable y, además, las tristes circunstancias la habían puesto rabiosa e irritable, ella me retaba... cosa comprensible al fin y al cabo.

Al sentirme ofendida, me lo tomé demasiado en serio, me puse insolente y demostré tenerle mala voluntad, lo cual no podía menos que apenarla. En el fondo son sólo malos entendidos y desacuerdos de ambas partes. Las dos nos hemos envenenado. Pero es algo que no durará.

Yo no he sido capaz de admitirlo y he sentido tristeza por mí, lo que es igualmente comprensible. Cuando se tiene un temperamento tan impulsivo como el mío, aparece la rabia después del enojo. En otro tiempo, cuando no vivía enclaustrada, mi rabia se traducía en algunas palabras duras, en algunos golpecitos en el suelo a espaldas de mamá, y esto me calmaba.

La época en que fríamente yo podía en medio de una crisis de lágrimas juzgar a mamá ya la he superado. Me he vuelto más razonable y mamá menos nerviosa. Cuando ella me molesta, casi siempre me callo y ella hace otro tanto. Por eso, aparentemente, nos entendemos mejor. Pero me es imposible sentir por mi madre el afectuoso amor de una hija. Es un sentimiento que no tengo.

Tranquilizo mi conciencia, sin embargo, con la idea de que este papel es menos sensible que mamá; en cambio ella, fatalmente, guardaría esas injurias en su corazón.

Tuya, Ana.

Miércoles 5 de enero de 1944

Querida Kitty:

Hoy te contaré dos cosas. Será largo. Pero es absolutamente necesario que yo se lo cuente a alguien, y nadie más que tú, que yo conozca, puede mantener silencio pase lo que pase.

Primero, se trata de mamá. Aunque me he quejado mucho de ella, hago cuanto puedo por ser amable. De repente acabo de descubrir lo que ocurre. Mamá nos ha dicho que nos considera más como amigas suyas que como hijas. Es muy bonito, no digo que no, pero una amiga no puede reemplazar a una madre. Yo necesito sentir por mi madre el respeto que inspira mi ideal de madre.

Algo me dice que Margot piensa muy distinto a mí y que nunca comprendería lo que acabo de decirte. Con respecto a papá, él evita toda conversación relacionada con mamá.

Según mi opinión, una madre debe ser una mujer cuya primera cualidad es tener buen tino, sobre todo ante hijas de nuestra edad, y que no se comporte como una madre que se burla de mí cuando lloro, no por un dolor físico sino que por otras razones.

Hay otra cosa, quizás insignificante, pero que nunca le he perdonado. Hace mucho tiempo, antes de venirnos al Anexo, tuve un día que ir al dentista. Mamá y Margot me acompañaron y me dieron permiso para llevar la bicicleta. Cuando salimos del dentista, mamá y Margot me dijeron que iban al centro para ver o comprar algo, no lo recuerdo exactamente. Yo quise seguirlas pero me despidieron porque iba en bicicleta. Me puse tan furiosa que no pude contener las lágrimas, lo que las hizo soltar una carcajada. Entonces yo lo vi todo rojo y les saqué la lengua en plena calle. Una viejecita que pasaba por allí parecía horrorizada. Volví a casa y debí llorar un buen rato. Es extraño, pero la herida que mamá me causó en aquel momento me sigue doliendo cada vez que lo pienso.

Me va a ser difícil hablarte del segundo asunto, porque se trata de mí misma.

Ayer leí un artículo de la doctora Sis Heyster acerca de la tendencia a ruborizarse. Este artículo parece destinado a mí. Aunque yo no enrojezco tan fácilmente, me parece que las otras cosas que dice también son aplicables a mí. Esto es más o menos lo que afirma: una muchacha, durante los años de la pubertad, se repliega sobre sí misma y empieza a pensar acerca de los milagros que se producen en su cuerpo.

Yo también tengo esa sensación; por eso, en estos últimos tiempos, me parece estar cohibida ante Margot y mi madre y mi padre. Margot, en cambio, a pesar de ser más tímida que yo no parece sentir ninguna inhibición.

Lo que me sucede me parece maravilloso; no sólo las transformaciones visibles de mi cuerpo sino lo que pasa en mi interior. Aun cuando yo no hable nunca a nadie de mí misma, ni de todas estas cosas, pienso en ellas y te las cuento aquí.

Cada vez que estoy indispuesta –sólo lo he estado tres veces– tengo la sensación de llevar conmigo un secreto muy tierno, a pesar del dolor, de la laxitud y de la suciedad; es porque a pesar de las pequeñas molestias de esos días me alegro de saber que voy a sentir nuevamente ese secreto.

Sis Heyster escribe también en su artículo que las muchachas de esta edad no están muy seguras de sí mismas; pero que no se demorarán mucho en reconocerse como mujeres, con sus ideales, sus pensamientos y su hábitos personales. En lo que a mí respecta, como me encuentro aquí desde casi mis trece años, he comenzado a reflexionar sobre mí misma mucho antes que las otras muchachas, y me he dado cuenta antes que ellas de la "individualidad" de cada persona. Durante la noche, en la cama, siento a veces una necesidad inexplicable de tocarme los senos y de sentir la calma de los latidos regulares y seguros de mi corazón.

Sin darme cuenta, tuve sensaciones parecidas mucho antes de venirnos aquí, porque recuerdo que una noche que pasé en casa de una amiga tuve la irresistible necesidad de besarla, lo que desde luego hice. Cada vez que veo la imagen de una mujer desnuda, como por ejemplo la de Venus, me quedo extasiada. Me pasa que al encontrar aquello tan maravillosamente hermoso, me cuesta retener las lágrimas.

¡Si tuviera al menos una amiga!

Tuya, Ana.

Jueves 6 de enero de 1944

Querida Kitty:

Como mi necesidad de hablar de veras con alguien se ha vuelto demasiado fuerte, he pensado en elegir como víctima a Peter.

En varias ocasiones he entrado en su cuartito. Lo encuentro muy simpático, sobre todo a la luz de la lámpara eléctrica. Por huraño que sea, Peter nunca echaría a nadie por considerar que lo molestan. No estuve, sin embargo, mucho rato por miedo a molestarlo. Buscaba un pretexto para quedarme a su lado, como casualmente para conversar, y ayer aproveché una buena ocasión. Se ha apoderado de Peter una verdadera pasión por los crucigramas y se lo pasa todo el día en eso. Me puse a ayudarle y, al poco rato, nos encontramos uno frente al otro en su mesita, él en la silla, yo en el diván.

Era extraño. Me bastaba mirar sus ojos negros-azulados y su sonrisa misteriosa... Eso me dejaba pensativa. Pude leer su intranquilidad en su rostro, su falta de seguridad y al mismo tiempo una sombra de certidumbre de saberse hombre. Al ver sus torpes movimientos algo se remeció en mí. No pude impedirme mirar sus ojos oscuros, de cruzar nuestras miradas una y otra vez, tratando de que las mías expresaran todo lo que llevo en mi corazón. ¡Oh! ¿no quieres dejar esa palabrería y decirme qué te pasa?

Pero la velada transcurrió sin nada especial, excepto que yo le hablé de mi manía de sonrojarme, no con las palabras que empleo aquí, desde luego, sino diciéndole que con el tiempo adquiriría seguridad rápidamente.

Por la noche, en la cama, la situación me pareció muy poco halagadora y francamente detestable la idea de intentar conquistarlo. ¿Qué no es capaz una de hacer para satisfacer sus deseos? Prueba: mi intención de ir a ver a Peter más seguido y de hacerle conversar.

Esto no quiere decir que yo esté enamorada de Peter. Nada más lejos de eso. Si los Van Daan hubieran tenido una hija en lugar de un hijo, igualmente hubiera tratado de buscar su amistad.

Esta mañana al despertarme, alrededor de las seis cincuenta y cinco, supe enseguida qué había soñado. Estaba sentada en una silla, delante de Peter... Wessel. Hojeábamos un libro ilustrado por Mary Bos. Mi sueño fue tan nítido que todavía me acuerdo en parte de los dibujos. Pero el sueño no había terminado. De repente, la mirada de Peter se cruzó con la mía y yo me hundí largamente en sus lindos ojos de un castaño aterciopelado. Luego, Peter dijo muy dulcemente: "Si yo lo hubiera sabido, hace mucho tiempo que me habría acercado a ti". Me volví, bruscamente, porque no podía dominar mi turbación. En seguida sentí que una mejilla se apoyaba en la mía; una mejilla muy suave, fresca y protectora... Era delicioso, infinitamente delicioso...

Entonces desperté. Su mejilla se apoyaba aún contra la mía y seguía sintiendo sus ojos morenos que miraban hasta el fondo de mi corazón, tan hondamente que podía leer en él cuánto le había amado y cuánto le amo todavía. Mis ojos se llenaron de lágrimas ante la idea de haberlo perdido nuevamente, pero al mismo tiempo me alegró la certeza de que aquel Peter continúa siendo mi preferido y lo será siempre.

Es curioso notar cuántas imágenes concretas me acuden durante el sueño. Una vez vi a Memé (mi otra abuela) tan claramente frente a mí que alcancé a distinguir las viejas arrugas aterciopeladas de su piel. Luego se me apareció mi abuelita como un ángel de la guarda; tras ella, Lies, que simboliza para mí la atrocidad cometida con todas mis amigas y todos los judíos. Cuando rezo por ella, rezo por todos los judíos y por todos los desamparados. ¡Y ahora Peter, mi querido Peter! Jamás se me había aparecido antes con tanta claridad. Le vi ante mí. No necesito su fotografía. Lo veo. No puedo verlo mejor.

Tuya, Ana.

Viernes 7 de enero de 1944

Querida Kitty:

¡Qué tonta soy! He olvidado contarte la historia de mis otros admiradores.

Cuando yo era muy chica –hablo de los tiempos del jardín infantil– le tomé simpatía a Karel Samson. Ya no tenía padre y vivía con su madre en casa de una tía. Pero Robby, el primo de Karel, un hermoso muchachito de pelo negro y muy delgado, era mucho más atrayente que el extraño Karel, gordo y macizo. Sin embargo, a mí no me atraía su belleza y durante años quise mucho a Karel.

Jugábamos siempre juntos, pero aparte de eso, mi amor no fue correspondido. Después apareció en mi camino Peter Wessel y surgió en mí el verdadero entusiasmo, un entusiasmo de niña. También él me encontraba simpática y durante un verano entero fuimos inseparables. Cuando pienso en ello todavía me veo atravesando las calles de la mano, él con su traje de algodón blanco, yo con vestido veraniego muy corto. Al término de las vacaciones de verano, de regreso a clases, él estaba ya en cuarto y yo aún con los chicos. Venía a buscarme a la escuela, o bien yo iba a buscarle a la suya. Peter Wessel era la imagen misma de la belleza, alto, delgado, con un rostro serio, sereno e inteligente. Su pelo era negro y tenía ojos castaños magníficos, tez mate, mejillas suaves y nariz puntiaguda. Me enloquecía su risa, que le daba un aspecto audaz de muchacho travieso. Luego yo partí al campo para las vacaciones. Entretanto Peter se había ido a vivir con un compañero mucho mayor que él. Seguramente éste le hizo notar que yo sólo era una mocosa. Resultado: Peter me dejó. Yo le amaba a tal punto que no podía resignarme y me apegaba a él; hasta el día en que comprendí que si me empecinaba en continuar haciéndolo, me tomaría por una mujer fácil. Pasó el tiempo. Peter tenía amigas de su edad y ya no se daba ni el trabajo de saludarme; pero yo era incapaz de olvidarlo. En el Liceo Judío varios muchachos de mi clase se enamoraron de mí; yo me sentía encantada, halagada, pero no me causaba la menor impresión. Más tarde, Harry se enamoró de mí, más seriamente, pero como ya te lo dije, nunca más volví a enamorarme.

Un proverbio dice que el tiempo cura las heridas y fue lo que me sucedió. Creí haber olvidado a Peter Wessel, pensando que ya no me impresionaba. Pero su recuerdo permanecía tan vívidamente en mí, en mi subconciente, que a veces me confesaba celosa de sus otras amigas, y esto hacía que no lo encontrara tan atractivo. Hoy he comprendido que nada ha cambiado entre nosotros; al contrario, mi amor por él ha crecido y madurado. Ahora me doy cuenta de que Peter debió juzgarme demasiado niña para él; pero eso no me impedía sufrir porque me había olvidado totalmente. Desde que he visto en sueños tan claramente su cara, estoy segura de que nadie podrá llegar jamás tan profundamente a mi corazón.

Estoy completamente turbada por aquel sueño. Cuando papá me besó esta mañana, hubiera querido gritarle: "¡Qué ganas de que tú fueras Peter!". No puedo hacer nada sin pensar en él; durante todo el día no paro de decirme: "Peter, querido Peter..."

¿A quién puedo pedirle ayuda? No me queda otra que continuar la vida de todos los días y rogar a Dios, por si alguna vez salgo de aquí, que ponga de nuevo a Peter en mi camino, de modo que cuando lea en mis ojos mis sentimientos, diga: "¡Oh, Ana, si yo lo hubiera sabido, me habría acercado a ti hace mucho tiempo!".

Al mirarme al espejo, me he visto completamente cambiada. Veo mis ojos claros y profundos, mis mejillas sonrosadas, cosa que no me sucedía desde hace muchas semanas; mi boca también parece más amigable. Parezco dichosa, y sin embargo hay cierta tristeza en mi expresión que ha hecho desaparecer súbitamente la sonrisa de mis labios. No puedo ser feliz porque estoy lejos de las preocupaciones de Peter Wessel. Pese a todo, continúo viendo sus hermosos ojos que me miran y todavía siento su mejilla fresca contra la mía.

¡Peter, Peter! ¿Cómo olvidarme nuevamente de tu imagen? A tu lado nadie puede ser más que un vil remedo. Te amo. Con un amor que ya no puede soportar más mi corazón. Es tan poderoso que necesita expandirse de un solo golpe en toda su magnitud.

Hace sólo una semana, ayer mismo, si me hubiera preguntado a cuál de mis amigos consideraría como el mejor marido para mí, habría contestado: "No lo sé". Ahora, en cambio, lo gritaría hacia todos los vientos. "Peter Wessel". Porque lo amo con todo el corazón, con toda mi alma. ¡Y me abandono completamente a él! Con una salvedad: que sólo toque mi cara.

Un día, hablando de la sexualidad, papá me dijo que yo no podía comprender aún aquel deseo, sin embargo yo creía haberlo comprendido siempre bien. Ahora lo comprendo perfectamente. Nada me haría más feliz que tenerlo a él, a mi Peter.

Tuya, Ana.

Miércoles 12 de enero de 1944

Querida Kitty:

Elli regresó hace quince días. Miep y Henk comieron quién sabe qué y han tenido fuertes dolores de estómago durante dos días. En este momento yo estoy con la chifladura de la danza clásica y ensayo seriamente mis pasos cada noche. Con una combinación azul cielo con puntillas, que le pertenece a mamá, me he fabricado una túnica de danza ultra moderna. Una cinta delgada, alforzada arriba, la cierra por sobre el pecho, y en la cintura, otra cinta más ancha y rosa completa el efecto. No he logrado transformar mis zapatillas de gimnasia en escarpines de bailarina. Mis miembros adormecidos empiezan a estar en forma, tal como antes. Uno de los ejercicios es formidable: sentada en el suelo, cojo un talón con cada mano y debo estirar y levantar ambas piernas sin doblar las rodillas. Hago un poco de trampa utilizando un almohadón como apoyo para no maltratar demasiado mi pobre traserito.

El último libro que han leído los mayores es *Ochtend zonder Wolken*[9]. Mamá lo ha encontrado extraordinario; en él se habla mucho de los problemas de la juventud. Yo he pensado para mis adentros bastante irónicamente: "Trata primero de comprender un poco a la juventud que te rodea".

Creo que mamá se hace ilusiones sobre la relación que tenemos con nuestros padres; se imagina que se ocupa constantemente de la vida de sus hijas y se cree única en su género. En todo caso, eso sólo puede ser válido con respecto a Margot, pues creo que mamá nunca ha pensado en los problemas ni en los pensamientos que me preocupan a mí. No tengo ganas de hacer notar a mamá que una de sus hijas es muy diferente a la imagen que de ella se ha hecho, porque se sentiría apenada y, desde luego, no sabría actuar de otra manera. Prefiero por lo tanto evitarle la pena que ello le causaría, tanto más cuanto que para mí la situación en nada cambiaría.

Mamá se da perfecta cuenta de que yo la quiero menos de lo que la quiere Margot, pero imagina que eso es sólo por temporadas. Margot está tan amable que no la reconozco; ya no muestra las uñas tan a menudo y nos hemos hecho muy amigas. Ha dejado de tratarme como si yo fuera una chiquilla insignificante.

Parecerá raro pero a veces me miro y es como si mirara a través de otros ojos. Entonces, cómodamente, examino las cuestiones de una cierta "Ana" y recorro las páginas de mi vida en mi Diario como si se tratara de una extraña. Antes, en mi casa, cuando no reflexionaba tanto, a veces tenía la sensación de no formar parte de nosotros cuatro e imaginaba que crecía como el patito feo.

Durante cierto tiempo interpreté también el papel de huérfana; además, me castigaba a mí misma con mis propios reproches, diciéndome que nadie era culpable de que yo tratara de hacerme la víctima cuando todo el mundo era tan bueno conmigo. Yo proyectaba este mismo capricho en otro, obligándome de este modo a ser amable; en las mañanas, al oír pasos en la escalera, esperaba ver entrar a mamá para darme los buenos días. Yo era afectuosa con ella porque me sentía feliz de verla tan amable conmigo. Luego, bastaba una de sus observaciones un poco ásperas para que yo me fuera a la escuela toda desalentada. Al regreso la disculpaba diciéndome que podía tener preocupaciones; llegaba, pues, a casa muy alegre, hablaba por diez, hasta que la misma cosa se repetía y volvía a irme, pensativa, con mi bolsón de útiles.

A veces regresaba con la firme decisión de enojarme, cosa que olvidaba en seguida, tantas eran las novedades que tenía que contar. Estas, evidentemente, estaban destinadas a mamá, que en mi opinión debía estar siempre dispuesta a escucharme en cualquier circunstancia. En el colmo de los caprichos, yo no escuchaba ya los pasos por la mañana, me sentía sola y regaba una vez más con lágrimas mi sábana.

Aquí las cosas se han agravado más. En fin, tú lo sabes. En estas dificultades, Dios me ha socorrido enviándome a Peter...

Juego un momento con mi medalloncito, lo beso y pienso: "Me río de todo. Peter me pertenece y nadie lo sabe". En esta forma puedo vencer cualquier crítica o burla. ¿Quién es capaz de descubrir lo que hay en el interior de una jovencita?

Tuya, Ana.

Sábado 15 de enero de 1944

Querida Kitty:

No tiene sentido que te cuente nuestras peleas con todo detalle. Para terminar con el tema, te cuento que hemos compartido con los demás nuestros productos grasos, nuestra mantequilla y nuestra carne, y hacemos freír nuestras papas fuera de la cocina común. Desde hace bastante tiempo nos concedemos una pequeña ración extra de pan negro, porque desde las cuatro de la tarde empezamos a sentirnos obsesionados por la hora de la comida, sin poder silenciar el sonido de tripas de nuestro estómago vacío.

Se acerca a grandes pasos el cumpleaños de mamá. Kraler le ha traído azúcar, lo cual despertó los celos de los Van Daan, pues la señora sólo la vio pasar por debajo de su nariz el día de su propio cumpleaños. Nuevas burlas, crisis de lágrimas y ásperos diálogos. ¡Bah! Nada saca con enojarse por todo esto. Lo único que puedo decirte, Kitty, es que cada día se nos hacen más molestos. Mamá se hizo la promesa imposible de no ver a los Van Daan durante quince días.

No termino de preguntarme si el convivir con otras personas, sean quienes sean, lleva forzosamente a discusiones. ¿O será que en nuestro caso hemos tenido mala suerte? ¿Es mezquina y egoísta la mayoría de la gente? Quizás yo esté situada en un lugar privilegiado para conocer el alma de la gente, pero comienzo a sentirme cansada. Ni nuestras peleas, ni nuestra necesidad de aire y de libertad harán detener la guerra; eso nos obliga a sacar de nuestra permanencia aquí el mejor partido y hacerla tolerable. Me pregunto por qué me pongo a pontificar; si continúo aquí mucho tiempo más corro también el peligro de transformarme en una solterona seca. Y tengo todavía tantas ganas de aprovechar mis años escolares.

Tuya, Ana.

Sábado 22 de enero de 1944

Querida Kitty:

¿Serías capaz de decirme por qué la gente esconde tan celosamente todo lo que le sucede? ¿Cómo es posible que al estar con los demás yo me comporte tan diferente a como debería comportarme?

¿Por qué desconfían unos de otros? Tiene que haber una razón, sin duda, pero cuando noto que nadie, ni siquiera los míos, responden a mi necesidad de confianza, me siento infeliz.

Creo haber envejecido desde que tuve aquel sueño inolvidable; me siento más que nunca "una persona independiente". Te sorprenderá muchísimo el que te diga que hasta los Van Daan los miro con otros ojos. Ya no comparto el prejuicio de los míos en lo que se refiere a nuestras discusiones.

¿Cómo es posible que haya cambiado tanto? Ya ves, hasta he pensado en que si mamá no hubiera sido como es, si hubiese sido una verdadera Mamadre nuestras relaciones hubieran resultado completamente distintas. Desde luego, la señora Van Daan no es fina ni inteligente, pero me parece que si mi mamá fuera más dúctil, si demostrase más tacto en las conversaciones espinudas, pudo haberse evitado más de una discusión.

La señora Van Daan tiene una gran cualidad: es sensible al razonamiento. Pese a su egoísmo, a su avaricia y a su detallismo, se la puede convencer fácilmente si se la sabe llevar, evitando ponerla nerviosa o provocando su reacción. Tal vez no se consiga siempre al primer intento, pero se trata de tener paciencia o de recomenzar varias veces, si llega a ser necesario, para lograr cierto progreso.

Todos nuestros problemas sobre la educación, las historias de "niños demasiado mimados", la alimentación, todo eso hubiera tomado un cariz muy distinto si lo hubiéramos tratado amistosamente y con franqueza en vez de habernos limitado sólo a ver el lado malo de los demás.

Sé exactamente qué vas a contestarme, Kitty. "Pero, Ana, ¿eres tú quién razona?, ¿tú quién se ha visto obligada a soportar tantas cosas de esa gente, palabras duras, injusticias, etc.?". Pues bien, sí, soy yo quien habla así.

Quiero aprenderlo todo y a ello me dedico a fondo; y no como un papagayo. Voy a estudiar a los Van Daan a mi manera, para ver qué hay de justo y de exagerado en nuestra opinión. Si personalmente me siento defraudada me pondré del lado de papá y de mamá; si pasa lo contrario, trataré de hacerles ver dónde está su error, y en caso de fracasar, tendré el valor de haber seguido mi propia opinión y mi propio juicio. Aprovecharé toda ocasión para discutir nuestras divergencias francamente con la señora y hacer ver mi objetividad, a riesgo incluso de que me traten de impertinente.

Tal vez sea injusto que yo me adjudique el papel de juez de mi propia familia. Pero con respecto a mí, los chismorreos pertenecen a las nieves de antaño, desde este momento.

Hasta hoy había creído firmemente que sólo los Van Daan eran los culpables de todas nuestras discusiones. Pero también nosotros tenemos algo que ver en esto. En un comienzo somos nosotros los que siempre tenemos la razón, pero las personas inteligentes (entre las cuales nos contamos) están obligadas a dar muestras de perspicacia y de tacto frente a los demás. Confío en tener una brizna de perspicacia y encontrar la ocasión de aplicarla.

Tuya, Ana.

Lunes 24 de enero de 1944

Querida Kitty:

Me ha ocurrido (no es la palabra apropiada) algo muy extraño, según pienso.

Antes, tanto en la casa como en la escuela, se hablaba del sexo con misterio o con vergüenza. Las alusiones sobre el asunto se hacían únicamente cuchicheando, y el que se demostraba ignorante era ridiculizado. A mí eso me parecía estúpido y pensaba: "¿Por qué hablan de esas cosas con tanto misterio? Es ridículo". Pero como aquello no tenía remedio, me quedaba callada o trataba de aprender a través de mis amigas.

Cuando estuve al corriente de muchas cosas, hablé también con mis padres. Mamá me dijo un día: "Ana, te doy un buen consejo. No discutas nunca sobre estos temas con muchachos. Si son ellos quienes empiezan a hablarte sobre el asunto, no les respondas". Aún recuerdo mi respuesta: "Claro que no, no te preocupes".

Las cosas llegaron hasta ahí.

Al principio de nuestra permanencia en el Anexo, papá, cada cierto tiempo, dejaba escapar detalles que yo hubiera preferido conocer a través de mamá, y amplié mis conocimientos gracias a los libros y a las conversaciones que escuchaba a mi alrededor. Sobre este asunto, y como excepción, Peter Van Daan nunca me ha molestado como mis compañeros de clase.

Una vez su madre nos contó que ni ella ni su marido han hablado nunca de esas cosas delante de Peter. Al parecer, ella no sabía hasta qué punto su hijo estaba informado.

Ayer, mientras Margot, Peter y yo pelábamos papas, conversamos como de costumbre. Al hablar de Bochi, yo pregunté:

–Todavía no sabemos si Bochi es una gata o un gato, ¿verdad?

–Sabemos –repuso él–: es un gato.

Yo me eché a reír.

–Un hermoso gato que espera gatitos.

Peter y Margot también se echaron a reír. La equivocación era demasiado extraña. Peter había hecho notar, hacía dos meses, que Bochi tendría gatitos en un plazo breve; su vientre aumentaba. Sin embargo, Bochi regresaba luego de continuas peleas y rapiñas, y los gatitos no parecían crecer y mucho menos nacer.

Peter quiso defenderse:

–Nada de eso –dijo–. Si quieres ven a comprobarlo tú misma. Mientras jugaba con él hace unos días comprobé que es sin duda un gato.

Aguijoneada por mi gran curiosidad, le acompañé al almacén, pero Bochi no estaba dispuesto a recibir a nadie. Esperamos un rato, pero luego, como teníamos frío, volvimos a subir. Esa tarde oí que Peter bajaba nuevamente. Armándome de valor para atravesar sola la sala silenciosa, llegué al almacén. Sobre la mesa del empaque, Bochi jugaba con Peter, quien acababa de ponerlo sobre la balanza para controlar su peso.

–¡Hola! ¿Quieres comprobarlo?

Sin más miramientos, tendió al animal hocico arriba, sujetándolo hábilmente por las patas, y comenzó la lección:

–Este es el sexo masculino. Eso, algunos pelos, y eso otro, su trasero.

El gato hizo una torsión y volvió a ponerse sobre sus lindos zapatos blancos.

Si otro muchacho me hubiera mostrado el "sexo masculino", jamás hubiera vuelto a mirarle. Pero Peter continuó hablando sin segundas intenciones, con gran naturalidad, de este tema penoso, haciéndomelo parecer todo como algo muy natural. Jugamos con Bochi, conversamos y regresamos despreocupadamente del enorme local.

--Cuando quiero saber algo, siempre acabo encontrándolo por casualidad en un libro. ¿Tú no? –me dijo Peter.

–¿Para qué? Yo se lo pregunto a papá. Él sabe de todo, mucho más que yo, y, además, tiene experiencia.

Habíamos llegado al pie de la escalera y yo no había dicho nada más.

¡Cómo cambian las cosas! Jamás hubiera creído poder hablar tan sencillamente de ese tema, ni siquiera con una muchacha. Estoy segura de que mamá nunca ha hecho alusión a eso al advertirme que no hablara con los muchachos. Sea como sea, me siento distinta de los demás días, y a pesar

mío pienso en la pequeña escena y la juzgo bastante curiosa. Al menos he aprendido algo: que con los muchachos se puede hablar de eso sin bromear y sin falsa vergüenza.

¿Hablará Peter de todo con sus padres? ¿Será siempre tal como lo fue ayer conmigo?

Después de todo ¡qué me importa!

Tuya, Ana.

Jueves 27 de enero de 1944

Querida Kitty:

Últimamente me ha dado por estudiar los árboles genealógicos de las familias reinantes; en la medida en que uno investiga, se hace posible remontarse hasta la antigüedad, logrando descubrimientos cada vez más interesantes.

Aunque me dedico especialmente a mis tareas escolares (empiezo a seguir bastante bien las audiciones de la B.B.C.), me paso una gran parte de los domingos recortando y clasificando mi colección de artistas de cine, que va adquiriendo un volumen respetable.

El señor Kraler me da una gran alegría cuando todos los lunes me trae Cine y Teatro. Aunque mi círculo menos frívolo piense que gasto dinero en tonteras, de todas maneras siento cierta sorpresa al oírme citar los nombres exactos de los actores de los films estrenados hace un año o más. Elli va mucho al cine con un amigo durante sus horas libres; ella me dice los títulos de las películas que verá el sábado y en seguida yo me informo leyendo las críticas a toda carrera. No hace mucho tiempo, mamá decía que yo no tendría ya necesidad de ir más tarde al cine para desquitarme, pues estaría al día de los films, de sus intérpretes y de las críticas.

Si me hago un peinado nuevo, cada uno está al acecho y la pregunta no se demora en llegar:

–¿A cuál *star* estás imitando?

Y sólo me creen a medias cuando les digo que es una de mis creaciones.

En cuanto al peinado, no dura más de media hora; tras la cual me siento tan molesta por las observaciones que corro al cuarto de baño para peinarme como todos los días.

Tuya, Ana.

Viernes 28 de enero de 1944

Querida Kitty:

A lo mejor crees que te trato como a una vaca al obligarte a rumiar constantemente las mismas cosas y las mismas noticias. La monotonía debe hacerte bostezar constantemente y pensarás en que ya es hora de que Ana salga con alguna novedad.

¡Ay, ay, yo no sé! Lo único que hago es desenterrar viejas historias. Eso aburre y a mí también, desde luego. Cuando en la mesa no se habla de política y de suculentos menús, la señora Van Daan rivaliza con mi padre contando episodios de sus respectivas juventudes –que ya nos sabemos de memoria–, Dussel comienza a hablar sobre el vasto guardarropa de su mujer, o sobre caballos de carrera, o sobre canoas, o sobre muchachos que nadan a la edad de cuatro años, o sobre sus calambres que requieren de cuidados. Si alguno de nosotros toma la palabra cualquier otro puede terminar la historia empezada. Cada anécdota la conocemos con anticipación; sólo al narrador le divierte y ríe completamente solo, creyéndose un individuo muy especial. Los lecheros, almaceneros y carniceros de antes, me los imagino con barbas, hasta tal punto son venerados en la mesa. Nada de cuanto se ha dicho en el Anexo puede mantenerse joven y fresco. Es imposible.

Tal vez podría acostumbrarme a ello si los mayores no insistieran en repetir las historias que saben por Koophuis o por Miep o Henk, agregándoles siempre nuevos detalles de su cosecha, lo que me obliga a pellizcarme por debajo de la mesa para no interrumpirlos y para que no vuelvan al camino recto de la historia. Pero una niña como Ana no tiene bajo ningún pretexto el derecho de rectificar a los mayores, sean cuales fueren sus errores, sus mentiras o sus invenciones.

Uno de los temas predilectos de Koophuis y de Henk es el que trata de aquellos que se ocultan. Saben que todo lo que concierne a nuestros compañeros judíos y sus escondites nos interesa muchísimo, pues nos afligimos sinceramente cuando algunos son atrapados y saltamos de alegría cuando algún prisionero logra huir.

Sin embargo hasta este tema, cuando se trata cada día, se vuelve vulgar y se degrada con la costumbre, tal como antes sucedía con las pantuflas de papá, que había que calentar debajo de la estufa. Las organizaciones como la Holanda Libre, que dan falsos documentos de identidad, suministran dinero a las personas ocultas, preparan refugios y proporcionan trabajo a jóvenes, son numerosas. Asombran por su acción desinteresada, ayudando y haciendo vivir a otros a costa de su propia vida. El mejor ejemplo lo tenemos a la vista: el de nuestros protectores, que nos están sacando adelante ahora y que espero que logren su objetivo hasta el final, porque tendrán que resignarse a sufrir las mismas consecuencias que nosotros en caso de denuncia. Jamás hacen alusión o se han quejado de la carga que indudablemente significamos para ellos.

Todos los días suben a la casa, hablan de negocios y de política con los señores, de aprovisionamiento y de las molestias de la guerra con las señoras, de libros y revistas con los niños. Es todo lo que pueden hacer; sin embargo, se muestran joviales, traen flores y regalos para los cumpleaños y días de fiesta, y están siempre dispuestos a sernos útiles. Jamás olvidaremos el heroísmo de los que luchan contra los alemanes; pero existe también el heroísmo de nuestros protectores, que nos demuestran tanto cariño y bondad.

Corren los rumores más absurdos, pero algunos son verídicos. Esta semana, por ejemplo, el señor Koophuis nos ha contado que en la Gueldre se jugó un partido de fútbol, en el que uno de los equipos se componía exclusivamente de hombres que pertenecían a la resistencia y el otro de miembros de la policía. En Hilversum han hecho también una broma. A raíz de una nueva distribución de tarjetas de racionamiento acudieron los "fuera de la ley" a cierta hora para recoger sus tarjetas, que se encontraban sobre una mesita, discretamente apartadas. Hay que tener agallas para hacer eso en la nariz y en las barbas de los nazis.

Tuya, Ana.

Jueves 3 de febrero de 1944

Querida Kitty:

La fiebre del desembarco se ha apoderado del país y el entusiasmo aumenta día a día. Si tú estuvieras aquí, te comportarías como yo: a veces te dejarías impresionar por los extraordinarios preparativos, otras veces te burlarías de las personas que se excitan tanto, tal vez para nada.

Todos los diarios tratan de lo mismo: el desembarco tiene completamente enloquecida a la gente. Se leen artículos tales como éste: "En caso de un desembarco de los ingleses en Holanda, las autoridades alemanas tomarán toda clase de medidas para la defensa del país; si fuera necesario, se recurrirá a la inundación".

Distribuyen pequeños mapas geográficos de Holanda donde se señalan las regiones que se inundarían. Como Amsterdam se encuentra en esta zona, nos preguntamos qué sucedería si hubiera un metro de agua en las calles.

El problema ha provocado las más variadas respuestas:

–El andar a pie o en bicicleta quedan descartados: serían muy riesgosos.

–El riesgo no es grave: sería posible salvarse nadando. Todo el mundo se pondrá su traje de baño, sin olvidar la gorra, y nadaremos todo lo posible bajo el agua; así nadie sabrá que somos judíos.

–¡Ah, qué chistosos! Ya veo a las señoras nadando mientras las ratas les muerden sus lindas piernas.

(Un hombre, naturalmente, que quiere ver quién gritará más fuerte: si él o nosotras.)

–No lograremos salir de la casa: el edificio es tan viejo que se desplomará en cuanto comience la inundación.

–Escuchen todos y déjense de bromas: nos prepararemos para construir una pequeña lancha.

–No vale la pena. Basta con coger del desván un gran cajón, el embalaje de las latas de leche, y remar con los bastones.

–Por mi parte, yo caminaré con zancos. Era campeona en mi primera juventud.

–Henk Van Santen no necesitará hacerlo, cargará a su mujer sobre los hombros y será Miep quien use los zancos.

Con estos ejemplos podrás forjarte una idea, al menos una idea aproximada de nuestras conversaciones. Estas podrán ser divertidas en el momento, pero en la realidad no sucederá así, ya te darás cuenta.

Un segundo problema en caso de desembarco no se ha hecho esperar. ¿Qué hacer si los alemanes quieren evacuar Amsterdam?

–Partir como todo el mundo, disfrazándonos lo mejor posible, transformándonos. ¡Eso!

–No partiremos bajo ningún pretexto. Lo único que debemos hacer es quedarnos aquí. Los alemanes son capaces de trasladar a la población entera hasta Alemania y allí matar a todo el mundo.

–Sí, naturalmente, nos quedaremos aquí. Es el lugar más seguro. Vamos a tratar de convencer a Koophuis de que se venga a vivir aquí con su familia. Tendrán una bolsa de aserrín y dormirán en el suelo. Miep y Koophuis podrán desde ya traer frazadas.

–Nos quedan treinta kilos de trigo, habrá que pedir más. Henk se ocupará de las legumbres secas; tendremos todavía alrededor de treinta kilos de porotos y diez de arvejas, sin olvidarnos de las cincuenta latas de legumbres.

–¿Quieres, mamá, hacer el inventario de las otras reservas?

–Diez latas de pescado, 49 latas de leche, 10 kilos de leche en polvo, 3 botellas de aceite, 4 tarros de mantequilla salada, 4 *ídem* de carne, 2 frascos de frutillas, 2 frascos de frambuesas con grosellas, 20 frascos de tomates, 5 kilos de copos de avena, 40 kilos de arroz, y nada más.

No está tan mal. Pero debemos pensar en alimentar a nuestros invitados, y si pasan varias semanas sin que podamos reaprovisionarnos nuestras reservas ya no serán las necesarias. Tenemos suficiente carbón y leña, así como velas. Cada uno va a coserse una bolsita para colgársela al cuello; en ella se guardará el dinero en caso de que debamos partir.

Habrá que hacer una lista de las cosas que llevaríamos con nosotros si nos viéramos obligados a huir y cada uno podría comenzar a preparar una bolsa para el hombro. Cuando llegue ese momento, dos de nosotros permanecerá en su puesto de observación; uno en el desván trasero, el

otro en el de la fachada.

–Dime, ¿de qué nos servirán nuestras reservas si cortan el agua, el gas y la electricidad?

–En ese caso se cocinará en la estufa con agua de lluvia hervida. Haremos una reserva de agua, comenzando por llenar todos los recipientes.

Esta clase de conversación la oigo diariamente. El desembarco por aquí, el desembarco por allá, y las discusiones sobre el hambre, la muerte, las bombas, los extinguidores, los jergones, los certificados para judíos. Los gases asfixiantes, etc. no son cosas para animar a nadie. Una muestra más, si me permites, de las conversaciones entre los hombres del Anexo y Henk:

Anexo: Nosotros tememos que los alemanes, al retirarse, arrastren a la población entera con ellos.

Henk: Imposible. No tienen suficientes trenes.

A: ¡Trenes! ¿Usted piensa que van a instalar a nuestros ciudadanos en pequeños vagones? Nada de eso. Les dirán que usen sus piernas como medio de transporte.

(Per pedes apostolorum, como dice siempre Dussel.)

H: No lo creo; ustedes lo ven todo demasiado tétrico... ¿Para qué puede interesarles acarrear a toda la población?

A: ¿Ha olvidado usted lo que dijo Goebbels?: "Si se nos obliga a retirarnos cerraremos las puertas de todos los territorios ocupados".

H: Han dicho también muchas otras cosas.

A: ¿Cree usted a los alemanes tan nobles o tan caritativos como para una acción como ésa? Su pensamiento es éste: "Si nosotros debemos perecer, todos los que están bajo nuestro dominio tendrán que desaparecer con nosotros".

H: Digan ustedes lo que quieran, yo no lo creo.

A: Siempre ocurre lo mismo. No nos damos cuenta del peligro hasta que lo tenemos encima.

H: Después de todo, ustedes no saben nada concreto. Son todas suposiciones.

A: Nosotros ya hemos pasado por eso; en Alemania primero, luego aquí. ¿Y qué sucede en Rusia?

H: Olviden ustedes por un instante el asunto de los judíos. Yo creo que nadie sabe lo que pasa en Rusia. Los ingleses y los rusos hacen como los alemanes: exageran para que su propaganda dé resultado.

A: No lo creemos. La radio inglesa ha dicho siempre la verdad. Admitiendo incluso que sus transmisiones sean exageradas, eso no le impediría a usted reconocer la verdad. Porque usted no puede negar el hecho de que millones de personas inocentes son asesinadas o asfixiadas con gases, sin ninguna contemplación, tanto en Rusia como en Polonia.

Te ahorraré el resto de nuestras conversaciones. Yo me siento muy tranquila y no presto atención alguna a todo ese revuelo que hay a mi alrededor. Que yo viva o muera, me da más o menos lo mismo. Con esto te demuestro a lo que he llegado. El mundo no va a dejar de moverse por mi causa, y de cualquier modo no seré yo quien cambie los acontecimientos.

Sólo queda esperar que las cosas lleguen. Ahora no me ocupo más que de mis estudios y confío en que el final será bueno.

Tuya, Ana.

Sábado 12 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Brilla el sol, el cielo es de un azul intenso, el viento es agradable y yo tengo una ganas locas – unas ganas locas– de todo... De conversar, de ser libre, de tener amigos, de estar sola. Tengo unas ganas locas de... llorar. Me gustaría estallar. Las lágrimas me tranquilizarían, lo sé, pero soy incapaz de llorar. No puedo estar quieta, voy de una habitación a otra, me detengo para respirar a través de la rendija de una ventana cerrada y mi corazón late como si dijera: "Pero vamos, satisface de una vez por todas mi deseo..."

Me parece sentir en mí la primavera, el despertar de la primavera; lo siento en mi cuerpo y en mi alma. Me cuesta lo indecible portarme como de costumbre, tengo la cabeza revuelta, no sé qué leer, qué escribir, qué hacer. Desaliento... Desaliento... ¿Cómo silenciarte?

Tuya, Ana.

Domingo 13 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Desde ayer algo ha cambiado dentro de mí. Escucha. Yo sentía una terrible nostalgia –la tengo aún–, pero me siento un poco, muy poco, vagamente tranquila.

Esta mañana noté –seré honesta– con gran alegría de mi parte, que Peter no ha dejado de mirarme de cierta manera. De una manera muy distinta a la habitual; no podría explicártelo de otro modo.

Siempre pensé que Peter se había enamorado de Margot y ahora, de repente, tengo la sensación de que me equivocaba. De adrede yo no lo miro durante el día; al menos, no mucho, pero cada vez que lo he hecho he visto su mirada clavada en mí; además, un sentimiento maravilloso me ha impedido mirarlo a menudo.

Querría estar sola, absolutamente sola. Papá ha notado que algo me pasa, pero me sería imposible contárselo todo. Desearía gritar: "Déjenme en paz, déjenme sola". ¡Quién sabe! A lo mejor algún día esté más sola de lo que desee...

Tuya, Ana.

Lunes 14 de febrero de 1944

Querida Kitty:

La noche del domingo, con excepción de Pim y yo, todos escuchaban el programa musical *Unsterblije Musik Deutsscher Meiste*[10]. Dussel movía constantemente el sintonizador del receptor, lo que molestaba a Peter, y, desde luego, también a los demás. Tras una media hora de nerviosismo contenido, Peter le rogó, con tono más o menos irritado, que dejara el sintonizador. Dussel contestó con su tonillo desdeñoso: *Ich mach das shön*[11]. Peter se enojó, repuso con insolencia y fue apoyado por Van Daan. Dussel se vio obligado a ceder. Eso fue todo.

El incidente no tiene nada de extraordinario en sí, pero parece que afectó mucho a Peter. En todo caso, esta mañana vino a juntarse conmigo en el desván, donde yo estaba revolviendo un cajón de libros, para hablarme de eso. Como yo no sabía nada, le oí con atención, lo que hizo que Peter se destapara hablando.

–Ya ves –me dijo–, generalmente yo me callo porque sé por anticipado que no puedo dar con las palabras en semejantes casos. Empiezo a tartamudear, enrojezco y lo digo todo al revés; a la larga, no tengo más remedio que callarme porque no logro decir lo que quiero. También ayer me sucedió lo mismo. Yo quería decir otra cosa. Pero una vez lanzado, perdí el hilo de las ideas y eso es terrible. Antes yo tenía una mala costumbre que te aseguro que me gustaría recuperar: cuando alguien me hacía rabiar, utilizaba mis puños más que mis palabras. Sé que esa manera de actuar no me llevará a nada. Por eso te admiro. Tú dices las cosas sin rodeos. Tú le dices a la gente lo que tienes que decirle. Tú no tienes nada de tímida.

–Te equivocas –repuse–. La mayoría de las veces digo las cosas de modo muy distinto a como quisiera decirlas. Y una vez lanzada, hablo demasiado. Es un virus que tú no conoces.

Yo me reí para mis adentros cuando pronuncié estas últimas palabras. Pero quise tranquilizarlo sin que se diera cuenta de mi alegría; coloqué un almohadón para sentarme en el suelo con las rodillas en el mentón: parecía completamente concentrada.

Estoy realmente feliz: en el Anexo hay alguien que sufre las mismas crisis de rabia que yo. Peter parecía visiblemente aliviado de poder dar rienda suelta a las peores palabras para criticar a Dussel. Sabía que podía contar con mi silencio. Por mi parte, pasé un rato delicioso sintiendo con él una comunicación que sólo había conocido con algunas de mis amigas en otro tiempo.

Tuya, Ana.

Miércoles 16 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Hoy es el cumpleaños de Margot.

A las doce y media Peter ha venido a admirar los regalitos. Se ha quedado conversando más tiempo que de costumbre, lo que no habría hecho si se tratara de una simple visita de cortesía. Por la tarde he ido a buscar el café y también las papas, pues puedo perfectamente darle un gusto a Margot una vez al año. Peter ha quitado en seguida los papeles de la escalera para dejarme pasar, y le he preguntado si había que cerrar la escotilla del desván.

–Sí –me contestó–, es preferible. Cuando vuelvas no tienes más que golpear: yo te abriré.

Le di las gracias y subí al desván, donde estuve diez minutos eligiendo las papas más pequeñas guardadas en el gran barril. Me dolía la cintura y empezaba a tener frío. Naturalmente no he golpeado y he abierto yo misma la escotilla; sin embargo, él ha acudido a mi encuentro y muy cordialmente se ha encargado de la cacerola.

–Busqué con empeño –dije–, pero no pude encontrar más pequeñas.

–¿Miraste en el barril grande?

–Sí, he metido bien las manos y he revuelto todo.

Yo había llegado al pie de la escalera cuando Peter, cacerola en mano, se detuvo para examinarla bien.

–¡Ah!, hiciste un buen trabajo –dijo.

Y en el momento en el que yo le tomaba el recipiente, añadió:

–¡Te felicito, muchacha!

Al decir esto, su mirada era tan tierna, tan cálida, que yo también me enternecí entera. Me di cuenta de que quería serme agradable, y como no sabe cómo ser elocuente y cordial, puso en su mirada toda su intención. ¡Cuán bien lo comprendí y cuánto se lo agradezco! En este mismo instante sigo sintiéndome feliz al evocar sus palabras y la dulzura de su mirada.

Mamá hizo notar que faltarían papas para la cena. Me ofrecí dócilmente para hacer una segunda expedición.

Al llegar nuevamente donde estaba Peter me disculpé por molestarle dos veces seguidas. Él se levantó, se situó entre la escalera y el muro, me tomó por el brazo y me cerró el camino.

–Para mí no es una molestia; yo lo haré.

Le dije que no valía la pena, que esta vez no necesitaba elegir papas chicas. Convencido, me soltó el brazo. Pero al regreso se acercó a abrirme la escotilla y nuevamente me tomó la cacerola de las manos. En la puerta, le pregunté:

–¿Qué haces en este momento?

–Estudio francés –fue la respuesta.

Le pregunté, además, si no quería mostrarme sus lecciones, y después de haberme lavado las manos me senté en el diván.

Luego de haberle dado algunas indicaciones de francés para su lección, nos pusimos a conversar. Me contó que en unos años más le gustaría ir a las Indias Holandesas y vivir en una plantación. Me habló de su familia, del mercado negro, y terminó por afirmar que se sentía completamente inútil. Le dije que parecía sufrir un fuerte complejo de inferioridad. Me habló entonces de los judíos, sosteniendo que le habría resultado mucho más cómodo ser cristiano, y me preguntó si no podría pasar por tal después de la guerra. Le pregunté si quería hacerse bautizar, pero no se trataba de eso. En su opinión, después de la guerra nadie sabría si era judío o cristiano.

Durante un segundo sentí el corazón oprimido. ¡Qué lástima que no logre desprenderse de un resto de oportunismo! Luego la
conversación se hizo más agradable. Hablamos de papá, de la humanidad y de otras muchas cosas que apenas recuerdo con exactitud.

Estuve con él hasta las cuatro y media.

Por la noche ha vuelto a decir algo muy bonito. Se relacionaba con la foto de una artista que yo le había regalado y que cuelga de la pared de su cuarto desde hace más de un año y medio. Puesto que le gusta tanto, yo le ofrecí que escogiera otras fotos de artistas de mi colección.

–No –repuso–. Prefiero tenerla a ella sola; la veo todos los días y se ha transformado en mi amiga.

Ahora comprendo por qué abraza a Mouschi con tanta frecuencia. Se ve que él también siente necesidad de ternura.

Después dijo (iba a olvidarlo):

–No conozco el miedo. Sólo temo las enfermedades, aunque no sean graves. Pero pienso cada vez menos en eso.

El complejo de inferioridad de Peter es verdaderamente terrible. Le parece ser estúpido, mientras Margot y yo seríamos extraordinariamente inteligentes. No sabe cómo agradecerme cuando le ayudo en su francés. Tengo la firme intención de decirle un día: "Vas muy bien; estás mucho mejor que nosotras en inglés y en geografía".

Tuya, Ana.

Viernes 18 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Cada vez que por una razón u otra subo al desván mi verdadero "objetivo" es verlo a él. En suma, mi vida aquí se ha hecho más atractiva; ahora tiene un centro y esto me alegra.

Al menos el objeto de mi amistad se encuentra siempre en casa, es accesible y no tengo ninguna rival, excepto a Margot. No creo estar enamorada, no; pero algo me dice que el sentimiento entre Peter y yo puede llegar a ser muy bello; una amistad que aumentará con la confianza. Todos los momentos de ocio los paso en su cuarto; cuando llego ya no ocurre lo de antes, que él no sabía exactamente qué actitud adoptar. Ahora pasa todo lo contrario, y cuando me voy y me encuentro ya al otro lado de la puerta, él continúa hablando.

Mamá no ve con buenos ojos mis idas y venidas; dice que lo único que hago es molestar a Peter y que debo dejarlo en paz. ¿Acaso no comprenderá nunca que también yo tengo sentimientos?

Cuando subo a su cuarto, me mira siempre con especial curiosidad. Cuando bajo, me pregunta dónde he estado. Todo esto me parece insoportable, inadmisible.

Tuya, Ana.

Sábado 19 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Un sábado más. Ya sabes lo que esto significa.

Silencio relativo por la mañana. He ayudado un poco en la cocina, en casa de nuestros vecinos; en cuanto a "él", sólo ha cambiado conmigo unas pocas palabras furtivas. A las dos y media, cuando cada uno se mete en su habitación para la siesta, me instalo en la oficina privada con frazadas para leer o escribir tranquilamente. Pero esta vez eso no duró mucho debido a mi estado de ánimo; puse la cabeza sobre un brazo y empecé a sollozar. Me era imposible controlar mis lágrimas y me sentía profundamente desdichada. "Él". ¡Ah! si viniera siquiera a consolarme. Subí a mi casa a las cuatro, lista para ir a buscar papas. Me saltó el corazón ante la idea de verlo y entré al cuarto de baño para arreglarme el pelo. En ese momento lo escuché bajar al almacén para jugar con Bochi.

De pronto sentí que las lágrimas me acudían a los ojos y entré rápidamente en el W.C., llevándome conmigo el espejo. No me parecía agradable estar instalada allí, en correcta actitud, con mis lágrimas cayendo sobre mi delantal rojo. Me sentía terriblemente desgraciada.

Me decía más o menos lo siguiente: "¡Oh, Peter, creo que nunca te conquistaré! ¡Quién sabe! Probablemente no me encuentre ningún atractivo y no sienta necesidad alguna de confiarse. Tal vez piense en mí, pero superficialmente. Sólo me queda seguir sola mi camino, sin confidente, sin Peter. Nuevos días sin esperanzas, sin consuelo ni alegría: eso es lo que me espera. ¡Oh! si sólo pudiera apoyar mi cabeza en su hombro para sentirme menos desesperadamente sola y menos abandonada. Quizás no sienta ningún afecto por mí y mire a los demás con ojos igualmente tiernos. ¿Por qué imaginé que todo eso era para mí sola? ¡Oh, Peter, si pudieras verme y oírme! Es posible que la verdad sea desoladora; en tal caso, no podría soportarla".

Pero poco más tarde he sentido renacer mi esperanza, mi alegría, mientras mis lágrimas todavía resbalaban dentro de mí.

Miércoles 23 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Desde ayer hace buen tiempo y me siento muy distinta. Todas las mañanas voy al desván, donde trabaja Peter y donde el aire de afuera refresca mis pulmones impregnados de moho. Desde mi lugar preferido, en el suelo, miro el cielo azul, el castaño sin hojas en cuyas ramas brillan gotitas, las gaviotas y los otros pájaros plateados que cortan el aire con su vuelo fugaz.

En un momento él apoyó la cabeza contra una gruesa viga. Yo estaba sentada. Respirábamos juntos el aire fresco, mirábamos hacia fuera, y entre nosotros había algo que no había que interrumpir con palabras. Durante largo rato estuvimos mirando el cielo, los dos, y cuando se paró para ir a cortar leña, yo sabía que él era magnífico. Subió la escalera seguido por mí y durante el cuarto de hora que cortó leña no cambiamos una palabra. Yo permanecía de pie para mirarle: él se dedicaba a cortar la leña con precisión, mostrándome sus fuerzas. Yo también miré por la ventana abierta, tras la cual se divisaba una gran parte de Amsterdam; por sobre los techos se ve hasta la línea del horizonte, de un azul tan límpida que no se distingue del cielo. Me dije: "Mientras esto exista y yo sea capaz de sentirlo –el sol radiante, este cielo sin nubes– no tengo derecho a estar triste".

Para quien tiene miedo, se siente solo o desdichado, el mejor remedio es salir al aire libre y buscar un lugar aislado donde estar en comunión con el cielo, con la naturaleza y con Dios. Únicamente entonces uno siente que todo está bien y que Dios quiere ver a los hombres felices en medio de la naturaleza simple pero bella. Mientras esto exista, e indudablemente existirá siempre, estoy segura de que toda pena hallará su consuelo, sean cuales sean las circunstancias.

Quizá yo no tenga que esperar mucho para compartir este instante de dicha suprema con alguien que lo haya vivido como yo.

Tuya, Ana.

Pensamiento:

Aquí nos faltan muchas cosas, muchas, y desde hace bastante tiempo me veo privada de ellas tanto como tú. No hablo de cosas materiales, pues tenemos lo que necesitamos. No. Hablo de las cosas que suceden dentro de nosotros, tales como los pensamientos y los sentimientos. Igual que tú, siento nostalgia del aire y de la libertad. Pero he empezado a creer que poseemos el privilegio de tener una compensación enorme por todas estas privaciones. De ello me he dado cuenta repentinamente, esta mañana, frente a la ventana abierta. Quiero decir: una compensación del alma.

Mirando hacia fuera, es decir, a Dios, y abrazando con una mirada directa y profunda a la naturaleza, yo me sentí dichosa, sencillamente dichosa. Peter, mientras esa dicha esté en ti –gozar de buena salud, de la naturaleza y de otras muchas cosas–, mientras seas capaz de sentirla, siempre volveré a ti.

Uno puede perder todo, la riqueza, el prestigio; pero la dicha del corazón sólo puede, a lo más, ensombrecerse y volverá a ti siempre, mientras vivas. Mientras levantes los ojos sin temor hacia el cielo estarás seguro de ser puro y volverás a ser feliz suceda lo que suceda.

Domingo 27 de febrero de 1944

Mi querida Kitty:

En el fondo, de la mañana a la noche yo no hago más que pensar en Peter. Me duermo evocando su imagen, sueño con él durante la noche y me despierto sintiendo su mirada.

Tengo la clara impresión de que al revés de las apariencias, Peter y yo no somos muy distintos uno del otro. Te diré por qué: A Peter, igual que a mí, le falta una madre. La suya es demasiado superficial, piensa sólo en flirtear y se interesa muy poco por las inquietudes de su hijo. La mía se interesa mucho por mí, pero carece de instinto materno, eso tan hermoso y tan sutil.

Tanto Peter como yo luchamos, ambos, con los laberintos de nuestro ser: ni el uno ni el otro estamos seguros de nosotros mismos, y, en el fondo, somos demasiado jóvenes para soportar el trato brusco de nuestros superiores. Cuando me veo en la obligación de soportarlos mi reacción es directa: quiero "irme". Como es imposible que me vaya, empiezo a simular: hago tal número de tonterías que todos querrían que estuviera al otro extremo de la tierra.

Él, por el contrario, se repliega sobre sí mismo, casi no habla, permanece más bien taciturno, medita y se esconde tras su timidez.

Entonces ¿dónde y cómo vamos a poder encontrarnos? ¿Será capaz mi mente de dominar mi deseo? ¿Y por cuánto tiempo, además?

Tuya, Ana.

Lunes 28 de febrero de 1944

Muy querida Kitty:

La noche, igual que el día, es una pesadilla. Le veo casi a todas horas, pero no puedo acercarme a él, necesito vigilarme para no traicionarme, aparentar jovialidad, mientras todo en mí no es más que desesperación.

Peter Wessel y Peter Van Daan se han fundido en un solo Peter, que yo amo y que es bueno, y que quiero únicamente para mí sola.

Mamá me molesta; papá es amable y me molesta, lo que es aún peor; en cuanto a Margot, me molesta más que mis padres, pues tiene pretensiones de creerse bella. Yo sólo quisiera estar tranquila.

Peter no se ha juntado conmigo en el desván; ha ido al desván para hacer un pequeño trabajo de carpintería. Con cada sonido, con cada martillazo, cedía una nueva partícula de mi valor y me entristecía cada vez más. A lo lejos un carillón tocaba: *Rechtop van lijf, rechtop van ziel*[12]. Soy sentimental, ya lo sé. Estoy desesperada y no soy razonable; eso también lo sé.

¡Oh, ayúdame!

Tuya, Ana.

Miércoles 1 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Las cosas que me interesan pasan a un segundo plano debido... a un robo. No es divertido que se repitan los robos; pero yo no puedo remediarlo: los ladrones sienten cierto placer en honrar a Kraler & Co. con sus visitas. Este robo es mucho más complicado que el de julio de 1943.

Anoche, cuando como siempre el señor Van Daan se trasladó al despacho de Kraler, a las siete y media, vio que las puertas vidrieras y las puertas del escritorio estaban abiertas. Intrigado, decidió inspeccionar los lugares y tuvo nuevas sorpresas: las puertas del vestuario estaban igualmente abiertas y había allí un desorden espantoso, sobre todo en la oficina delantera. Su primer pensamiento fue: "un ladrón". Para saber a qué atenerse, bajó hasta la puerta de entrada y la examinó: estaba cerrada y la cerradura de seguridad intacta. "¡Bah! –se dijo–, Peter y Elli no ordenaron el dormitorio después de su trabajo de la tarde". Se quedó un buen rato en el despacho de Kraler y luego apagó la luz antes de subir sin pensar demasiado en el misterio de las puertas abiertas y del desorden.

Esta mañana Peter, tras haber golpeado a nuestra puerta, nos dio la noticia más bien inquietante de que había encontrado abierta de par en par la puerta de la calle. Nos dijo, además, que el aparato de proyección y el nuevo portadocumentos de Kraler habían desaparecido del armario. A Peter se le encargó cerrar la puerta y Van Daan contó sus descubrimientos de la víspera por la noche, dejándonos a todos bastante intranquilos.

El asunto puede resumirse en que el ladrón debía tener un duplicado de la llave de seguridad, pues la puerta había sido abierta sin forzarla. Debe de haber entrado al anochecer, más bien temprano, y haberla cerrado. Luego, al oír a Van Daan, sin duda se ocultó hasta que éste se fue, tras lo cual huyó rápidamente con su botín, olvidándose de volver a cerrar la puerta. ¿Quién puede tener un duplicado de nuestra llave? ¿Por qué el ladrón no ha ido al almacén? ¿Será culpable alguno de los hombres del almacén? ¿Y no irá a denunciarnos, puesto que ha oído y tal vez visto a Van Daan?

Que terrible es no saber hasta dónde llegará el ladrón y si se le ocurrirá la idea de abrir nuevamente nuestra puerta. ¿O se habrá asustado al ver a un hombre pasearse libremente por las oficinas?

Tuya, Ana.

Jueves 2 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Hoy pasé un agradable rato con Margot en el desván. Aunque no me esperaba tan grata sorpresa, noto con cierta frecuencia que tenemos sensibilidades comunes.

Mientras fregábamos los platos, Elli habló de la gran desilusión que le ha provocado mamá y la señora Van Daan. ¿Qué consuelo se puede esperar de ellas?

Jamás adivinarías el consejo que le dio mamá: de que ella, Elli, sólo tenía que pensar en todas las personas que morían diariamente en la tierra. ¿Cómo consolar a alguien con su propio sentido de la desgracia? Yo lo dije y me respondieron:

–Tú no puedes hablar de estas cosas.

¡Qué tontos y estúpidos son a veces los mayores! ¡Como si Peter, Margot, Elli y yo no tuviéramos los mismos sentimientos y no necesitáramos el apoyo del amor de una madre o del amor de los amigos más íntimos! Pero ninguna de nuestras dos madres tiene una pizca de comprensión hacia nosotros. Quizás la señora Van Daan sea un poco más capaz que mamá. ¡Oh, cuánto me habría gustado decir a Elli algo que la consolara, sabiendo por experiencia qué es lo que desea oír! Pero papá intervino, dejándome de lado.

¡Qué tontos son todos! Nunca nos preguntan nuestro parecer. Naturalmente se vanaglorian de ser ultramodernos. Según ellos, nosotros no tenemos opinión. "Cállate". Se puede hacernos callar pero creer que no tenemos opinión es algo absurdo. Se puede tener una opinión, por joven que uno sea; es algo que nadie puede negarnos.

Una verdadera ayuda, tanto para nosotros como para Elli, sería un cariño abnegado, cariño que ninguno de nosotros tiene. Nadie, y mucho menos los filósofos idiotas de aquí, son capaces de comprendernos; porque nosotros somos infinitamente más sensibles y estamos más avanzados en nuestras ideas que cualquiera de ellos; mucho más de lo que sospechan y desde hace mucho tiempo.

Por la tarde agarré al vuelo a Peter y conversamos al menos unos tres cuartos de hora. A Peter le cuesta terriblemente hablar de sí mismo. Lo ha hecho muy de a poco. Se ha mostrado muy tímido, pero me ha contado las continuas peleas de sus padres sobre política, sobre cigarrillos y sobre un montón de otras cosas.

Por mi parte, yo le he hablado de mis padres. Él ha defendido a papá diciendo que es un hombre encantador al que no se le podía dejar de querer. En seguida pusimos sobre el tapete a su familia y a la mía. No le sorprendió para nada el saber que sus padres no nos eran personas simpáticas.

–Peter –le dije–, tú sabes que yo soy franca. Entonces, por qué no decirlo, ya que conocemos sus defectos.

Agregué, además, entre otras cosas:

–Peter, me encantaría ayudarte si tú lo deseas. Tú te quedas como paralizado ante tus padres. Nunca dices nada. Pero yo sé que eso te atormenta.

–Cierto, tú podrías ayudarme mucho.

–Quizás lo mejor sería que hablaras con mi padre. Puedes decírselo todo. Él es muy discreto.

–Sí, tu padre es un verdadero compañero.

–Tú lo quieres mucho, ¿verdad?

Peter asintió con la cabeza y yo añadí:

–También él te quiere mucho a ti.

Peter levantó rápidamente la cabeza y se sonrojó; el efecto de mis palabras fue verdaderamente conmovedor.

–¿De veras? –quiso saber.

–Claro que sí –dije–. Una alusión hoy, otra mañana, y yo captaré qué quiere decir.

Peter es un hombre cautivador, como papá; es imposible dejar de quererlo.

Tuya, Ana.

Viernes 3 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Esta tarde, mirando la llama de las velas[13] me sentí completamente tranquila y feliz. En ellas veo realmente a abuelita. Es abuelita quien me cuida y me protege y quien me devuelve mi alegría.

Pero hay otro que domina todo mi ser. Ese otro es... Peter. Hace un momento, cuando fui a buscar papas, me detuvo en la escalera mientras volvía con mi cacerola llena de papas, para preguntarme:

–¿Qué harás esta tarde?

Yo bajé y me senté en los peldaños después de dejar la cacerola en el suelo; nos pusimos a conversar. Las papas llegaron a su destino una hora después.

Peter no ha dicho una palabra acerca de sus padres; hemos hablado únicamente de libros y de otros tiempos. Qué mirada tan ardiente tiene ese muchacho. Creo que voy a enamorarme de él. Si es que ya no lo estoy. Por lo demás, esta noche dejó escapar una palabra al respecto, cuando entré en su habitación después de haber pelado las papas.

–Tengo calor. Basta mirarnos a mí y a Margot para saber que temperatura hay. Cuando hace frío nos ponemos pálidas; cuando hace calor nos ponemos coloradas.

–¿Enamorada? –preguntó él.

–¿Por qué he de estar enamorada?

Una respuesta más bien estúpida, la mía.

–¿Por qué no? –dijo él.

En ese momento nos llamaron a comer.

¿Qué habrá querido decir? Esta noche me las he arreglado para preguntarle por fin si mis conversaciones no le molestaban, a lo que contestó simplemente:

–En absoluto...

¿Habrá dicho esto por timidez? No lo sé.

Kitty, yo estoy exactamente igual a una enamorada que sólo sabe hablar de su amor. Desde luego, Peter es un verdadero amado. ¿Cuándo podré decírselo así? No antes de que él me llame su amada, naturalmente. Pero tendrá que ponerse guantes para empezar a conocerme, lo sé muy bien. Y él es celoso de su soledad; por eso no puedo darme cuenta bien hasta qué punto le agrado. En todo caso, comenzamos a conocernos un poco. Pero atrevernos a decirnos las cosas que deseamos con ardor... ¡Cómo podemos hacerlo! Eso llegue tal vez antes de lo que pienso. ¡Quién sabe! Varias veces al día me echa una mirada de inteligencia, a la que yo respondo con un guiño, y ambos quedamos encantados.

Parece absurdo emplear la palabra "encantado" al hablar de él; pero él piensa exactamente como yo, de eso estoy absolutamente segura.

Tuya, Ana.

Sábado 4 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Al fin he pasado un sábado menos aburrido, menos triste y monótono que de costumbre, cosa que no me sucedía desde hacía meses. Se lo debo a Peter y a nadie más.

En la mañana, cuando fui a colgar mi delantal en el desván, papá me preguntó si no quería quedarme a practicar conversación en francés. Me alegró mucho el poder explicar algo en francés a Peter; después pasamos al inglés. Papá leyó a Dickens en alta voz. Sentada en la misma silla que papá y muy junto a Peter, el cielo parecía abrirse para mí.

A las once regresé a mi cuarto. A las once y media, cuando volví a subir, él ya estaba en la escalera esperándome. Conversamos hasta la una menos cuarto. Cada vez que yo me ausento, después de la comida, por ejemplo, él me dice tratando de que no lo oigan:

–Hasta luego, Ana.

¡Oh, qué feliz soy! ¿Empieza a quererme al fin? En todo caso, es un muchacho simpático, y a lo mejor ¿quién sabe? podremos tener conversaciones magníficas.

Parece que la señora Van Daan acepta nuestras conversaciones, pero hoy me ha lanzado una indirecta:

–¿Puedo dejar a los dos solos en el desván? –me ha dicho.

–Desde luego –contesté, molesta–. ¿Acaso usted desea ofenderme?

De la mañana a la noche, soy feliz viendo a Peter.

Tuya, Ana.

Lunes 6 de marzo de 1944

Querida Kitty:

En la cara de Peter puedo leer que tiene la cabeza tan trastornada como yo. Y anoche la señora me molestó con sus burlas al tratarlo de "el pensador". Peter enrojeció y yo... yo me transformé en una pila eléctrica.

¡Que no puedan callarse esas gentes!

No puedes imaginarte hasta qué punto enerva el verle tan solo y el que sea imposible hacer nada por él. Comprendo, como si me hubiera sucedido a mí, cómo deben exasperarlo las continuas peleas y la falta de comprensión de sus padres. ¡Pobre Peter!, también está necesitado de amor.

Me ha confesado que podía estar perfectamente sin amigos; en mis oídos todavía resuena la dureza de esas palabras. ¡Ah, cómo se engaña! Pienso que en el fondo no cree para nada en eso.

Se aferra a su soledad, simula indiferencia y juega a parecer una persona mayor porque se ha impuesto ese papel y no quiere librarse ya de él. Pobre Peter, ¿cuánto tiempo más aguantarás? Un esfuerzo tan sobrehumano ¿no producirá tarde o temprano una reacción terrible?

–¡Oh Peter! ¡Si me dejaras ayudarte!... Juntos los dos podríamos vencer nuestra común soledad.

Nada digo de mis sentimientos. Me siento feliz cuando lo veo y, además, cuando brilla el sol. Ayer, cuando me lavaba el pelo hice un estruendo de todos los diablos; sabía que él estaba en la habitación del lado. Es un sentimiento más fuerte que yo, como siempre. Mientras más preocupada estoy más deschavetada me comporto.

¿Quién será el primero en descubrir esa armadura y en quererla? Es una suerte que los Van Daan no hayan tenido una hija; de haberla tenido, me hubiera sido aún más difícil, más hermosa y espléndida la conquista de este muchacho.

Tuya, Ana.

P.S. Sabes que te escribo con toda franqueza. Por eso quiero agregar que en el fondo sólo vivo de encuentros. Estoy siempre esperando comprobar que él también me espera, y me siento transportada de alegría cuando advierto alguna de sus íntimas y tímidas iniciativas. Apostaría a que él siente tantos deseos como yo de encontrar las palabras adecuadas. No sabe que son sus esfuerzos desesperados, precisamente, los que más me conmueven.

Tuya, Ana.

Martes 7 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Cuando me pongo a pensar en mi pequeña vida de 1942 todo me parece irreal. Aquella bendita vida era vivida por una Ana muy distinta a la de ahora, que ha conquistado cierta madurez. Era exactamente una vida dichosa. Admiradores en cada esquina, una veintena de amigas –no todas íntimas, desde luego–, la predilecta de la mayoría de los profesores y festejada a más no poder por sus padres con dulces, con dinero... ¿Qué más podía pedir?

Tú me preguntarás cómo pude engañar a la gente hasta ese punto. Lo que Peter llama mi "capacidad de seducción" no me parece realmente acertado. Los profesores encontraban buenas mis salidas y mis observaciones; mi rostro era sonriente, mi sentido crítico original y encantador. Yo era una coqueta incorregible, coqueta y divertida, pero nada más. Algunas de mis cualidades me hacían popular; es decir, la aplicación, la honestidad, la franqueza y la generosidad. Jamás le hubiera negado a un compañero que copiara una de mis tareas; repartía generosamente mis chocolates y jamás fui vanidosa.

Toda esta admiración ¿no me habría transformado en una engreída? Tuve suerte: la de ser arrojada bruscamente a la realidad, y he necesitado más de un año para acostumbrarme a una vida desprovista de toda admiración.

¿Mi fama en la escuela? Se creó así: siempre la primera en chacotear y en hacer bromas, la eterna juguetona, jamás llorona ni caprichosa. Para que me acompañaran en bicicleta o me hicieran una atención cualquiera, me bastaba con levantar el dedo meñique.

A Ana, la escolar de entonces, con el pasar del tiempo yo la veo como una chiquilla encantadora pero muy superficial, que no tiene nada en común conmigo. Con toda justicia, Peter ha dicho de mí:

–Siempre que te veía tenías a tu lado a dos muchachos o más, y a una fila de muchachas. Estabas continuamente riendo y siendo el centro del grupo.

¿Queda algo de aquella muchacha? No he olvidado su risa ni sus ocurrencia y no me canso de criticar a la gente como antes, quizás mejor que antes; soy todavía capaz de coquetear, sí, y me gustaría hacerlo. Esa es la cuestión: me gustaría hacerlo durante una velada, durante algunos días o unas semanas, volver a ser la de antes, alegre, aparentemente despreocupada. Pero después de una semana me sentiría saturada y vería con gratitud al primero que llegara y fuese capaz de hablar de algo que valiera la pena. Ya no necesito adoradores
o admiradores seducidos por una sonrisa lisonjera sino amigos cautivados por mi carácter y mi manera de actuar. Comprendo que estas exigencias reducirían mucho mi círculo de íntimos, pero ¿qué importa? Lo importante es que fuera capaz de conservar algunas personas a mi alrededor.

Pese a todo, mi felicidad de 1942 tampoco era perfecta. Con frecuencia me sentía abandonada. Pero el moverme de la mañana a la noche me impedía pensar demasiado en ello y yo me divertía cuanto podía. Consciente o inconscientemente trataba de ignorar el vacío que sentía divirtiéndome en esa forma. Ahora, en cambio, miro las cosas de frente y estudio. Aquel período de mi vida terminó definitivamente. Los años de escuela, su tranquilidad y su despreocupación no volverán jamás.

Los he superado y ya no me interesan; sería incapaz de seguir pensando únicamente en la diversión; una pequeña parte de mi exigiría siempre ser seria.

Veo mi vida, hasta el nuevo año de 1944, a través de una lupa despiadada. Primero nuestra casa, bañada en sol, luego aquí, desde 1942; el cambio brusco, las peleas, las reprimendas, etc. Yo fui tomada desprevenida, como si hubiera recibido un mazazo, y para darme ánimo me puse insolente.

La primera parte de 1943: crisis de lágrimas, infinita soledad, lenta comprensión de todos mis defectos, que graves ya, parecían agravarse doblemente aún. Durante el día entero hablaba a diestra y a siniestra, intentando poner a Pim de mi parte. No lo conseguí. Estaba sola ante el difícil objetivo de cambiarme a mí misma, a fin de evitar los continuos reproches; porque los reproches me deprimían y me desesperaban.

El segundo semestre del año fue un poco mejor; me transformé en jovencita y los mayores empezaron a considerarme en cierto modo como uno de ellos. Comencé a reflexionar, a escribir cuentos. Comprendí, al fin, que los demás no tenían ya el derecho de utilizarme como una pelota de tenis, lanzándome de un lado para el otro. Decidí cambiar y formarme según mi propia

voluntad. Pero lo que más me costó fue el tener que confesarme que ni siquiera papá sería jamás mi confidente. Nunca más podría confiar en nadie salvo en mí misma.

Después del Año Nuevo, otro cambio: mi anhelo... mi deseo de tener a un muchacho y no a una muchacha como amigo. Existía también el descubrimiento de la dicha bajo mi caparazón hecho de superficialidad y de alegría. A veces, cuando me ponía seria, me sentía consciente de un deseo ilimitado por todo lo que es belleza y bondad.

Y por la noche, en cama, cuando termino mis rezos con las palabras: "Gracias, Dios mío, por todo lo que es bueno, amable y hermoso", mi corazón se alegra. "Lo bueno" de la seguridad de nuestro escondite, de mi salud perfecta, de todo mi ser. Lo "amable" es Peter, es el despertar de una ternura que sentimos pero que ninguno de los dos nos atrevemos a nombrarla, ni siquiera a rozarla, aunque se revelará; el amor, el futuro, la felicidad. Lo "hermoso" es el mundo, la naturaleza, la belleza y todo cuanto conforma lo admirable.

Ya no pienso en la miseria sino en que sobrevivirá la belleza. Esta es la gran diferencia entre mamá y yo. Cuando estamos desalentados y tristes, mamá aconseja:

–Pensemos en las desgracias que hay en todas partes y alegrémonos de estar a salvo.

Yo, por mi parte, aconsejo:

–Sal, sal a los campos, mira la naturaleza y el sol, ve hacia el aire libre y trata de encontrar la dicha en ti misma y en Dios. Piensa en la belleza que aún hay en ti y alrededor de ti. ¡Sé dichosa!

Opino que el consejo de mamá no conduce a nada, porque ¿qué debemos hacer cuando uno se encuentra con la desgracia? ¿Quedarse con ella? En este caso, uno está perdido. En cambio, pienso que volviéndose hacia lo que es bello –la naturaleza, el sol, la libertad, lo hermoso que hay en nosotros– nos sentimos enriquecidos . Si no perdemos esto de vista volveremos a encontrarnos en Dios y recuperaremos el equilibrio.

Quien es feliz puede hacer felices a los demás. Quien no pierde el valor ni la confianza, jamás perecerá en la miseria.

Tuya, Ana.

Domingo 12 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Durante estos últimos días he abandonado mi silla; ya no me siento: paso en un vaivén perpetuo entre mi cuarto y el desván.

Cuanto me alegra hablar con Peter, pero tengo un miedo horroroso a molestarlo. Él ha vuelto a hablarme de cosas de antes, de sus padres y de sí mismo. Pero eso no me basta y me pregunto por qué deseo más. En un principio él me encontró insoportable y la impresión fue recíproca. Yo he cambiado ahora de parecer,¿le habrá sucedido a él lo mismo?

Creo que sí, pero ello no significa que ya seamos verdaderos compañeros, lo que para mí haría infinitamente más soportable nuestra permanencia aquí. Yo no debería atormentarme; me ocupo de él con bastante frecuencia, de manera que no necesito entristecerte con mi pena, pero te confieso que me siento sobre ascuas.

La tarde del sábado, luego de haber recibido una serie de malas noticias, me sentí tan angustiada que me tendí en mi diván para dormir un poco. Sólo quería dormir para no pensar en eso. Duermo profundamente hasta las cuatro, tras lo cual había que reunirse con los demás. Me costó mucho contestar a todas las preguntas de mamá; en cuanto a papá, tuve que hablarle de mis dolores de cabeza con el objeto de justificar mi siesta. En suma, no mentí: yo tenía un dolor mortal de cabeza.

Las personas normales, las muchachas de mi edad, deben creer que yo me finjo chiflada para compadecerme de mí misma. Pero precisamente para evitarlo he adquirido la costumbre de decirte todo cuanto me pasa en el corazón; el resto del día estoy enteramente alegre, completamente segura de mí misma, y soy lo más insolente que puedo a fin de evitar cualquier interrogatorio y no tener que deprimirme.

Margot es muy amable, sólo desea ser mi confidente, pero me es imposible contárselo todo. Es cariñosa, bella y buena, pero le falta preocupación por las cosas profundas. Me toma en serio, demasiado en serio y, sin duda, se devana los sesos pensando en su hermanita, examinándome con la mirada cada vez que digo algo, como si pensara: "¿Eso es verdad o está interpretando una comedia?" Estamos siempre juntas. Eso es lo malo, porque a mí no me gusta tener a mi confidente siempre a mi alrededor.

¿Saldré alguna vez de este laberinto de pensamientos y algún día veré claro en ellos para lograr la paz?

Tuya, Ana.

Martes 14 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Quizás te divierta –a mí no– saber lo que vamos a comer hoy. Como la empleada está en la oficina, me he instalado en este momento en la mesa de los Van Daan. Me tapo la nariz con un pañuelo empapado en perfume de preguerra. Tú no comprendes todavía, pero ten paciencia.

"Comience por el principio, por favor".

Nuestros proveedores de falsas tarjetas de racionamiento han sido detenidos. Aparte de algunas raciones, ya no tenemos porotos ni materias grasas. Como Miep y Koophuis están enfermos, Elli no puede hacer los encargos; la tristeza reina en la casa y forzosamente la comida se está resintiendo. A partir de mañana no tendremos ni un gramo de grasa ni de mantequilla ni de margarina. El desayuno ya no consiste en papas fritas (para economizar el pan) sino en avena con leche; como la señora se quejaba de hambre, hubo que comprar leche en el mercado negro. Y hoy están preparando para la comida papas y coliflores en escabeche sacadas del barril de conserva, cuyo olor exige la protección de mi pañuelo. El olor de estas coliflores conservadas en el barril desde hace un año es absolutamente increíble. La habitación entera está saturada. Es como una mezcla de ciruelas añejas, de un desinfectante fuerte y de huevos podridos. ¡Buah!, sólo la idea de tener que comer esas porquerías me hace saltar el corazón.

Agrega a esto las extrañas enfermedades que las papas han contraído aquí: de dos barriles de *pommes de terre*[14] hay uno que irá derechito a la estufa. Nos hemos entretenido haciendo el diagnóstico de estas enfermedades y hemos encontrado el cáncer, la viruela y el sarampión, correlativamente. Además, es muy poco agradable vivir en un escondrijo durante el cuarto año de guerra. ¿Es que no terminará jamás toda esta porquería?

La verdad es que me importa muy poco el problema de la alimentación si al menos las otras cosas pudieran hacer la vida más agradable. La monotonía comienza a trastornarnos. Estamos todos al borde de la histeria.

Te anoto qué opinan los cinco adultos presentes sobre la situación actual:

La señora Van Daan:

"El papel de Cenicienta ya no me entusiasma. Quedarme sentada buscándome las pulgas me molesta: por eso me pongo a cocinar. Claro que me quejo, porque es imposible cocinar sin materias grasas y todos esos pequeños olores sospechosos me dañan el corazón. Como recompensa a mi pena, tengo que acostumbrarme a los gritos y a la ingratitud: siempre soy la culpable, soy yo el chivo expiatorio. Además, creo que la guerra progresa muy poco; los alemanes terminarán por obtener la victoria. Siento pánico al pensar que pueda morir de hambre y maltrato a todo el mundo cuando estoy de mal humor".

El señor Van Daan:

"Ante todo, fumar, fumar y fumar. Al lado de eso, la bazofia, la política, y los malos humores de Kerli no son tan graves como parecen. Kerli es verdaderamente muy amable".

Pero cuando no tiene nada que fumar, todo va mal. Sólo se oye: "Voy a caer enfermo, nos alimentamos demasiado mal. Yo necesito carne. Kerli no lo comprende porque es tonta".

Tras lo cual, los esposos inician una pelea.

La señora Frank:

"Tal vez la alimentación no sea tan importante, sin embargo me agradaría tener una pequeña tajada de pan de centeno pues tengo un hambre terrible. Si yo fuera la señora Van Daan, hace mucho que hubiera acabado con esa manía de fumar constantemente que tiene su marido. Pero necesito un cigarrillo enseguida porque los nervios me están dominando. Los ingleses se engañan a menudo, pero la guerra progresa, a pesar de todo; aún tengo el derecho de hablar y me alegro de no estar en Polonia".

El señor Frank:

"Todo marcha bien y no necesito nada. Un poco de paciencia todavía. Podemos aguantar. Mientras haya papas, no digo nada. Tendré que pensar en dar una parte de mi ración a Elli. La política marcha a pedir de boca. Estoy muy optimista".

El señor Dussel:

"Lo importante es terminar mi tesis a tiempo. La política se muestra excelente. Nunca nos

atraparán. Es imposible. En cuanto a mí, yo..."

"Yo, yo, yo"...

Tuya, Ana.

Miércoles 15 de marzo de 1944

Querida Kitty:

¡Uf! He logrado liberarme un instante de la serial negra.

Todo el santo día se repite más o menos lo mismo: "En caso de que esto o aquello suceda, tendremos dificultades; o si alguno cayera enfermo, estaríamos solos en el mundo, y si...". En fin, ya puedes empezar a comprender y a adivinar el final de las conversaciones del Anexo.

Los "si, si..." *because*: el señor Koophuis ha sido obligado a trabajar la tierra. Elli tiene un serio resfrío y probablemente tendrá que quedarse en su casa mañana; Miep todavía no ha sanado de la gripe y Koophuis ha perdido el conocimiento a causa de otra hemorragia estomacal. Una verdadera seguidilla de calamidades.

Mañana los hombres del almacén tendrán el día entero libre. Si Elli no viene, la puerta de entrada quedará absolutamente cerrada; tendremos que cuidarnos de no hacer ruidos para que los vecinos no nos escuchen. Henk vendrá a ver a las fieras a la una e interpretará, pues, el papel de cuidador del Jardín Zoológico. Por primera vez, desde hace mucho tiempo, no ha hablado de lo que pasa en el mundo exterior. Había que vernos sentados a su alrededor, exactamente como una imagen que ilustrara el epígrafe: "Cuando abuelita cuenta un cuento". Ha hablado, hablado ante un selecto público, naturalmente sobre el racionamiento y, a pedido nuestro, del médico de Miep.

–¡Ese médico! ¡No me hablen de ese médico! Le telefoneé esta mañana y tuve que contentarme con pedirle un remedio contra la gripe a una insignificante enfermera. Ella me respondió que debía ir a buscar las recetas por la mañana, entre las ocho y las nueve. En cuanto al médico, no atiende por teléfono sino los casos de gripe muy seria y le dice a uno: "Saque la lengua y diga a-ah. Sí, lo oigo: usted tiene la garganta inflamada. Le daré una receta y usted podrá llevársela al farmacéutico. Buenos días, señor". Es así. Los médicos no se molestan; servicio exclusivo por teléfono.

No quiero reprochar nada a los médicos. Al fin y al cabo sólo tienen dos manos, como nosotros, y con los tiempos que corren su número ha disminuido y se sienten agobiados. Pero Henk nos ha hecho reír con su conversación telefónica.

Me imagino cómo será la sala de espera de un médico en tiempo de guerra. No son ya a los enfermos indigentes a quienes se desprecia sino a los que los visitan por una simple espinilla; éstos son mirados de arriba abajo, pensando: "¿Qué viene a buscar aquí?" Haga cola, como los demás. Los enfermos verdaderos tienen prioridad".

Tuya, Ana.

Jueves 16 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Hace un tiempo hermoso, indescriptiblemente hermoso; no hallo la hora de ir al desván. Será dentro de un momento.

No es raro que Peter esté mucho más tranquilo que yo. Tiene su propia habitación, en la que estudia, piensa, sueña y duerme; mientras que yo, yo soy empujada de un lado al otro. Es difícil que me encuentre sola en este cuarto obligadamente compartido pese a que tengo tanta necesidad de estar sola. De ahí mis escapadas al desván, donde me encuentro a mí misma por un instante, aparte de los momentos pasados contigo. Basta de aburrirte con mis quejas. Por el contrario, estoy decidida a ser valiente. Gracias a Dios los demás no pueden adivinar qué me sucede, salvo que cada día me alejo más de mamá, soy menos cariñosa con papá y ya no siento ganas de hacerle a Margot la menor confidencia. Me he vuelto hermética. Ante todo, intento mantener mi aplomo exterior para que no se den cuenta del conflicto interior que no cesa. Conflicto entre mi corazón y mi cerebro. Hasta ahora, es este último el vencedor. Pero ¿no va a mostrarse aquel más fuerte? Lo temo, a veces, y lo deseo a menudo.

¡Oh, qué difícil es que no se me escape algo delante de Peter! Pero es él quien debe tomar la iniciativa. Resulta penoso, al cabo de cada día, no haber visto nunca realizadas las conversaciones materializadas en mis sueños. Sí, Kitty, Ana es extraña, pero la época en que vivo también es extraña y las circunstancias aún más extrañas.

Lo más maravilloso, y ya es algo, es poder escribir todo lo que siento; si no pudiera hacerlo me ahogaría. Quisiera saber lo que Peter piensa sobre todas estas cosas. No pierdo la esperanza de que un día podamos comentarlas juntos. Sin embargo él tiene que haber adivinado como soy, por poco que sea, pues a Ana, tal como ella se muestra –y hasta ahora él no conoce más que a ésa—él no podría amarla jamás.

¿Cómo podría él, tan amante de la tranquilidad y del reposo, simpatizar conmigo, que no soy más que un torbellino y un trueno? ¿Sería el primero y el único en el mundo que habría visto a través de mi máscara de yeso? ¿Y la arrancará pronto? ¿No dice un viejo proverbio que casi siempre el amor nace de la compasión y que ambos andan juntos de la mano? Es exactamente mi caso ¿verdad? Porque yo me compadezco de él tanto como a menudo me compadezco a mí misma.

La verdad es que no sé cómo arreglármelas para encontrar las palabras de entendimiento. Pero ¿cómo esperarlas de él, a quien le cuesta expresarse mucho más que a mí? Si pudiera escribirle, al menos sabría a qué atenerme acerca de lo que tanto deseo decirle. Pero hablar es demasiado difícil. ¡Es atroz!

Tuya, Ana.

Viernes 17 de marzo de 1944

Querida Kitty:

¡Uf! Una ráfaga de alivio barre el Anexo. Kraler fue eximido de los trabajos forzados por la Municipalidad. Elli ha enfrentado a su resfrío dándole un pequeño papirotazo a su nariz y prohibiéndole que hoy la moleste. Todo ha vuelto a estar all right, salvo que Margot y yo nos encontramos un poco cansadas de nuestros padres. No te he ocultado que en estos momentos las cosas no van muy bien con mamá; en cuanto a papá, sigo queriéndolo como siempre, y Margot los quiere a ambos. Pero a nuestra edad a veces querríamos sentirnos más libres y no depender continuamente de la decisión paterna.

Cuando subo al desván me pregunta qué voy a hacer; no puedo servirme sal en la mesa; cada noche, a las ocho y cuarto, mamá me pregunta si no es hora que me desvista; cada libro que leo pasa por la censura; en verdad, no es una censura demasiado severa; se me permite leer casi cualquier libro. Eso no impide que a ambas nos crispen los nervios con tantas preguntas y objeciones de la mañana a la noche.

Con respecto a mí, tienen la siguiente preocupación: ya no tengo ganas de besitos y de cariñitos y los diminutivos los juzgo afectados. Me gustaría, en suma, poder dejar a mis padres queridos aunque sólo fuera por poco tiempo. Anoche Margot volvió a decir:

–Si tengo la mala suerte de suspirar dos veces sosteniéndome la cabeza, me preguntan de inmediato si tengo jaqueca o qué me pasa.

Cuando nos damos cuenta de lo poco que queda de nuestro ambiente familiar, antes tan armonioso e íntimo, concordamos en que ha sido un duro golpe. No es raro que la mayoría de las veces nos sintamos incómodas. Quiero decir que se nos trata como si fuéramos niños. Y eso no sólo cuenta para las cosas físicas sino que olvidan que moralmente hemos madurado muchísimo más de lo que generalmente maduran otras muchachas de nuestra edad.

A pesar de mis catorce años, sé claramente lo que quiero, puedo decir quién tiene o no tiene razón, formarme una opinión, concebir las cosas tal como las veo y –lo que puede parecer raro en una escolar– me siento más cerca de los adultos que de los niños. Tengo la sensación de ser completamente independiente de todos cuantos conozco.

Si quisiera, le ganaría a mamá en las discusiones y en las controversias, porque soy más objetiva que ella y exagero menos. Soy también más ordenada y más eficaz, lo que me da –sí, aunque te rías– una superioridad sobre ella en muchas cosas. Para amar a una persona necesito que ésta me inspire primero admiración y respeto; sobre todo, admiración. Todo andará bien cuando pueda conquistar a Peter, pues lo admiro desde muchos puntos de vista. Es un muchacho intachable y bien parecido.

Tuya, Ana.

Domingo 19 de marzo de 1944

Querida Kitty:

El día de ayer fue muy importante para mí. Me habría gustado saber a qué atenerme. En el momento de sentarme a la mesa pude susurrarle a Peter:

–¿Practicarás taquigrafía esta tarde?

–No –contestó.

–Quisiera hablarte en seguida. ¿De acuerdo?

–Sí.

Después de secar los platos, para salvar las apariencias me quedé primero con sus padres sentada junto a la ventana. Poco después fui a reunirme con Peter en su habitación; estaba de pie, a la izquierda de la ventana abierta; yo me puse a la derecha y hablamos. La oscuridad relativa de afuera se prestaba más a la conversación que cualquier luz, facilitándome las cosas, y también a Peter, si no me equivoco. Nos dijimos tantas cosas que me sería imposible recordarlas tal como fueron. Pero eran maravillosas. La más hermosa velada que haya pasado en el Anexo. Te resumiré los diferentes temas de nuestra conversación. En primer lugar, las discusiones: yo dije que éstas ya no me afectaban tanto como el abismo que se había abierto entre nosotros y nuestros padres.

Peter escuchó mis relatos acerca de mi familia.

En cierto momento, preguntó:

–Ustedes se besan cada noche antes de acostarse, ¿verdad? Un beso en cada mejilla, ¿no?

–¿Uno solo? No, muchos, muchos. Apuesto que no es tu caso.

–No. Yo casi nunca he besado a nadie.

–¿Ni siquiera a tus padres en tu cumpleaños?

–No, ni siquiera.

Discutimos sobre la confianza, la confianza que nosotros no hemos dado a nuestros padres; a él sus padres se la habían dado, pero él no a ellos. Se escondía en su desván para vaciar su cólera solo. En cuanto a mí, le conté cómo en las noches, en cama, daba rienda suelta a mis lágrimas. Le hablé también de la amistad entre Margot y yo, muy reciente, después de todo. Hablamos de una gran variedad de cosas. ¡Oh, ya lo sabía yo! Lo encontré tal como me lo imaginaba.

Luego, refiriéndose al año 1942 ¡qué distintos éramos entonces! Tales como somos ahora, apenas nos reconocemos. Al principio ninguno de los dos nos podíamos ver. Me encontraba fastidiosa; y en cuanto a mí, yo lo juzgué rápidamente una nulidad, negándome a interesarme por un muchacho que no era mi tipo. Ahora me alegro de ello. Cuando él me habló de su voluntario aislamiento, le dije que no veía gran diferencia entre su vida bulliciosa y su calma, que a mí también me gustaba la tranquilidad, pero que la única intimidad que me quedaba era mi Diario. Él dijo que agradecía a mis padres el tener dos hijas como nosotras; yo, por mi parte, también me alegraba de que él estuviera aquí. Nos dijimos todo eso, y además yo le manifesté mi comprensión por querer mantenerse alejado debido a sus relaciones con sus padres.

–Me gustaría mucho ayudarte.

–Pero si tú me ayudas continuamente –dijo él.

–¿Cómo así? –pregunté sorprendida.

–Con tu alegría.

Es lo más hermoso que él me haya dicho. Fue encantador. Debe haber empezado a quererme como amiga y esto me basta por ahora. Por más que busque las palabras no las encuentro, tan dichosa estoy. Perdóname, querida Kitty. Hoy mi estilo se ha venido al suelo.

Te he contado sólo algunas impresiones importantes. Tengo la sensación de compartir un secreto con Peter. Cada vez que él me mira con esos ojos, con esa sonrisa y ese gesto, siento que se enciende en mí una llamita. ¡Ojalá que eso siga así! ¡Ojalá que podamos continuar pasando horas juntos, horas y horas de felicidad!

Tuya, Ana.

Lunes 20 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana Peter me ha preguntado por qué no iba más a menudo por la noche, diciéndome que yo no le molestaba en absoluto y que su cuarto era suficientemente grande para los dos. Yo le hice notar que jamás me permitirían ausentarme todas las noches, pero a él le pareció que no había que darle tanta importancia a eso. Entonces yo le propuse la noche del sábado, siempre que hubiera luna.

–En ese caso –repuso– la admiraremos desde allí abajo más que desde aquí arriba.

Entretanto una sombra ha caído sobre nuestra dicha. Había pensado más de una vez en que a Margot también le gusta Peter. No sé si ella lo ama, pero eso me inquieta. Tengo la impresión de que la hago sufrir cada vez que me encuentro con Peter, y lo más curioso del caso es que ella sabe ocultar muy bien sus sentimientos.

En su lugar yo viviría enferma de celos; Margot me asegura que yo no necesito compadecerme de ella.

–Debe ser desagradable el sentirse una tercera rueda de la carreta –añadí.

–¡Oh, estoy acostumbrada! –me contestó, no sin cierta amargura.

La verdad es que esto no se lo he contado a Peter; más tarde, quizás; primero tenemos aún muchas cosas que decirnos.

Anoche recibí un pequeño reto de mamá; desde luego, me lo merezco. Yo no debería exagerar mi indiferencia hacia ella. Tengo pues que volver a empezar. Trataremos de ser amables, a pesar de todo, y no tomemos en cuenta sus observaciones.

Pim está también menos cariñoso. Sus esfuerzos por no continuar tratándome como a una niña lo han enfriado demasiado. Ya veremos.

Basta por hoy. Sólo me dedico a mirar a Peter y ello es más que suficiente.

Tuya, Ana.

He aquí una prueba de la bondad de Margot: la carta que recibí hoy, 20 de marzo de 1944.

Ana: Al decirte anoche que no estaba celosa de ti sólo fui franca en un 50%. Debo más bien decir: no estoy celosa ni de ti ni de Peter. Pero me apena un poco el que yo no haya encontrado hasta ahora a alguien con quien poder hablar de mis sentimientos y de mis pensamientos; y nada de esto puedo esperarlo por el momento. No se trata de despecho. No tengo por qué tenerles rencor ni a ti ni a él.

Al contrario, si ambos se tienen confianza y llegan a ser grandes amigos, tanto mejor. Aquí estás demasiado privada de lo que debería corresponderte.

Además, estoy segura de que la persona con quien a mí me gustaría confiarme y con quien me gustaría intimidar, no es Peter: confieso que nunca llegaría a eso con él. Ese alguien tendría que adivinarme, aun antes de que yo necesitara hablarle mucho de mí misma. Por eso lo veo espiritualmente superior a mí. Peter jamás me ha causado esa impresión. Sin embargo, me imagino muy bien esa clase de intimidad entre Peter y tú.

Nada tienes que reprocharte. Pero por sobre todo no pienses en que me quitas algo. Nada sería menos verdadero. Si se entienden bien, van a salir ganando tanto Peter como tú.

Mi respuesta:

Querida Margot:

Tu carta es realmente demasiado amable, pero no me tranquiliza por entero.

La intimidad entre Peter y yo, tal como tú la ves, aún no se ha producido, pero evidentemente que la oscuridad y una ventana abierta se prestan mejor que la luz del día. Permiten murmurarse sentimientos que no lanzaríamos a gritos sobre los techos. Sospecho que Peter te inspira una especie de cariño de hermana mayor y que, al menos, te gustaría ayudarle tanto como yo. Tal vez puedas hacerlo un día sin que haya esa intimidad con que nosotros soñamos. En tal caso, la confianza tendría que ser recíproca; he ahí por qué la brecha entre papá y yo ha aumentado: por falta de mutua confianza.

No hablemos más de ello, ni tú ni yo. Si deseas saber algo escríbemelo, por favor; podré responderte mucho mejor que verbalmente.

No puedes imaginar lo que te admiro y mientras cuente con tu bondad y la de papá –ya que en este sentido no veo ahora gran diferencia entre ustedes dos– mantendré la esperanza de vivir.

Tuya, Ana.

Miércoles 22 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Anoche recibí una nueva carta de Margot:

Querida Ana: Tu cartita me ha dado la desagradable impresión de que para ti ir a estudiar o a conversar en el cuarto de Peter te hace sentir culpable ante mí. Te aseguro que te equivocas. Quien adquiera ese derecho responderá un día de la confianza que yo deposité en él; por ahora, yo no pondría en ese lugar a Peter. Está claro.

Sin embargo, Peter se ha convertido en una especie de hermano para mí, exactamente como tú lo has dicho en tu carta, pero... un hermano más joven que yo. Quizás despleguemos nuestras antenas el uno hacia el otro y encontremos en un futuro un terreno común, de hermano y hermana. Pero no hemos llegado a eso y quizá no lleguemos nunca.

Realmente, te insisto, no me compadezcas. Disfruta todo lo que puedas de la buena compañía de tu nuevo amigo.

Sea como sea, yo encuentro la vida más bella. Creo, Kitty, que por el Anexo va a cruzar un soplo de amor verdadero. No pienso en absoluto casarme con él. Ni sueño con ello. Es demasiado joven todavía y no sé qué clase de hombre será más tarde. Tampoco sé si llegaremos a amarnos como para que ambos deseemos casarnos. En todo caso, estoy convencida de una cosa: él también me quiere, aunque no sabría decir de qué manera.

Es posible que necesite de una buena amiga o que haya sucumbido a mis encantos de muchacha, o que me considere como una hermana. No tengo una idea muy clara al respecto.

Cuando, a propósito de las discusiones entre sus padres, él dijo que yo siempre le ayudaba, me conmovió por completo; fue el primer paso de su amistad, en la que quiero creer. Ayer le pregunté qué haría si la casa se llenara de pronto de una docena de Anas que fueran a cada momento a molestarle. Y él me contestó:

–Si todas fueran como tú, no sería tan terrible.

Es para mí el refugio personificado; debe, pues, sentirse muy contento cuando me ve. Entretanto se ha dedicado a su francés con ejemplar dedicación; estudia incluso en la cama, hasta las diez y cuarto. ¡Oh! Cada vez que pienso en el sábado por la noche, en nuestras palabras, en las delicias de aquel rato, me siento contenta conmigo misma por primera vez. Al pensar nuevamente en aquello, en este instante, no cambiaría ni una sola palabra de cuanto dije, cosa que me pasa muy rara vez después de reflexionar.

Esté riendo o esté serio, es hermoso. Es todo afecto y bondad. Creo que lo que más me ha impresionado es el haber descubierto en mí, no a la pequeña Ana superficial que los otros conocen, sino a una persona totalmente distinta, un especímen tan soñador como él mismo y en lucha con las mismas dificultades.

Tuya, Ana.

Mi respuesta a Margot:

Me parece que lo que debemos hacer es dejar que las cosas se produzcan. El acuerdo entre Peter y yo no puede demorarse; o nos quedamos como estamos o se produce el cambio. No sé qué resultará de ello; en cuestiones como éstas, no veo más allá de mi nariz. Sin embargo, he tomado una decisión; es ésta: si Peter y yo anudáramos una amistad, le diría que también tú le quieres mucho y que puede preguntártelo a ti, si lo cree necesario. A ti no te gustaría que lo hiciera, yo lo sé, pero a mí no me importa. Ignoro completamente qué piensa Peter de ti, pero no dejaré de preguntárselo.

No hay nada de malo en ello, estoy segura. Todo lo contrario. Ven a reunirte con nosotros en el desván o en otra parte. Nunca nos estorbarás. No te sorprendas si estamos a oscuras. Ambos acordamos que es en esos momentos cuando conversamos mejor.

¡Valor! También yo lo necesito y no siempre resulta fácil. Ya llegará tu turno, quizás más pronto de lo que piensas.

Tuya, Ana.

Jueves 23 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Nuestros asuntos andan algo mejor. Gracias al cielo dejaron libres a nuestros proveedores de falsas tarjetas de racionamiento.

Miep está viniendo desde ayer. Elli sigue mejor a pesar de su persistente tos. Pero Koophuis tendrá que estar en cama aún por largo tiempo.

Ayer cayó un avión cerca de aquí; los hombres de la tripulación lograron saltar a tiempo y aterrizar con sus paracaídas. El aparato se estrelló contra una escuela vacía y causó algunos muertos y un pequeño incendio. Los alemanes ametrallaron a los aviadores. Fue espantoso. Ante semejante cobardía, los espectadores holandeses estuvieron a punto de explotar de ira. Pero no podían hacer nada. Nosotras, es decir, las mujeres de la casa, tuvimos un miedo terrible. ¡Que espantosas son esas metralletas!

Me he acostumbrado a subir por la noche al cuarto de Peter, donde respiro aire fresco. Pongo una silla a su lado y me siento contenta mirando hacia fuera.

¡Que tontos me parecen Van Daan y Dussel cuando ven que aparezco en su cuarto! Una de sus observaciones:

–Ana y su nuevo hogar.

O esta otra:

–Los muchachos, a esta hora, reciben a las muchachas en la oscuridad. ¿Acaso es correcto?

A estas palabras, que intentan ser espirituales, Peter responde con una presencia de ánimo que asombra.

También a mamá le cuesta disimular su curiosidad y se muere de ganas de saber de qué hablamos; pero no se atreve a hacer pregunta alguna sabiendo que arriesga dar un paso en falso. Peter, refiriéndose a los mayores, dice que todo eso no son más que signos de celos porque nosotros somos jóvenes y porque no hacemos el menor caso de sus estúpidas advertencias. A veces, él viene a buscarme y, a pesar de todas sus buenas intenciones, enrojece como una amapola y se pone tartamudo. Yo no me ruborizo nunca, por suerte, porque debe ser una sensación muy desagradable.

Papá sigue diciendo que soy una presumida. No es cierto. Pero sí soy coqueta. Todavía no he oído hablar mucho de mi belleza. Con excepción de un condiscípulo que me decía que yo era preciosa cuando me reía. Ayer Peter me dijo un sincero piropo. Para entretenerme un poco voy a contarte más o menos la conversación:

Peter suele decir:

–Vamos, ríete un poquito.

Una vez le pregunté:

–¿Por qué estás pidiéndome siempre que me ría?

–Porque te ves encantadora. Se te forman unos hoyuelos... ¿Cómo se formarán?

–Nací con estos hoyuelos en las mejillas y en la barbilla. Es lo único bonito que tengo.

–No, eso no es cierto.

–Sí. Sé muy bien que no soy bonita. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

–No comparto en absoluto tu opinión. Yo te encuentro muy bonita.

–No es cierto.

–Si lo digo es porque es cierto. ¡Puedes confiar en mí!

Naturalmente yo le devolví el cumplido.

Todos tienen algo que decir sobre nuestra repentina amistad. Sus pequeños chismes nos interesan poco y sus observaciones no tienen nada de original. ¿Acaso los padres olvidaron su propia juventud? Yo diría que sí. Siempre nos toman en serio cuando decimos algo en broma y se ríen cuando estamos serios.

Tuya, Ana.

Lunes 27 de marzo de 1944

Querida Kitty:

La política tiene un papel protagónico en nuestra historia de seres clandestinos y, como ese tema sólo me interesa vagamente, lo he descuidado mucho en estos últimos tiempos. Ya es hora de que dedique una carta a ella.

Naturalmente todas las opiniones acerca de tal asunto difieren y, como es lógico, únicamente se habla de ello en época de guerra. Pero... para los mayores es tema de interminables discusiones, lo que resulta estúpido.

Que rían, que conversen, que se violenten, que porfíen, que hagan lo que les dé la gana, mientras se cuezan en su propia salsa eso no le hace mal a nadie; pero que dejen de pelearse, porque pelearse ya no tiene gracia.

La gente trae de afuera muchas noticias falsas; nuestra radio, en cambio, todavía no ha mentido. Henk, Miep, Koophuis y Kraler cambian de humor según la política del día; ya son optimistas, ya pesimistas. Henk es el más estable de todos.

Con respecto al Anexo, el clima político general sufre pocos cambios. Las innumerables discusiones sobre el desembarco, los bombardeos, los discursos, etc., etc., hacen exclamar cosas como:

–¡Imposible!

–*Um Gottes Willen!*[15], si aún están en los preparativos ¿qué va a ser de nosotros?

–Todo va cada vez mejor.

–Me parece muy bien. Excelente.

Optimistas y pesimistas, sin olvidar a los realistas, todos se acaloran con la misma energía para expresar sus opiniones y cada cual se cree dueño único de la verdad, cosa poco original. Cierta señora pasa constantemente enojada por la enorme confianza que su marido tiene en los ingleses; y cierto señor ataca a su esposa por sus desdeñosas reticencias respecto de su amada Inglaterra.

Jamás se cansan de discutir. Yo los utilizo como un juego mecánico infalible, pues responden a los estímulos en forma perfecta, como si hubieran sido picados por una avispa: dejo caer una sola palabra, hago una sola pregunta, basta una frase para hacer perder la cabeza a toda una familia.

Como si ya no estuviésemos saturados con las trasmisiones alemanas de la Wehrmacht y la B.B.C. de Inglaterra, desde hace cierto tiempo se nos angustia con las transmisiones de la Luftlagemeldung. Resulta muy bonito, pero existe el reverso de la medalla. Los ingleses usan su radio como un arma de propaganda constante sólo para desvirtuar las mentiras alemanas, sirviéndose de los mismos medios.

La radio se conecta apenas despertamos, luego a cada hora adecuada de la mañana, de la noche, hasta las nueve, y a menudo hasta las diez o las once.

Esto prueba que por pacientes que sean los mayores parecen perder la cabeza de vez en cuando..., salvo algunas excepciones, y no quiero ofender a nadie. Estaríamos suficientemente informados durante el día con una sola transmisión, con dos como máximo. Pero esos viejos porfiados... ¡Bueno, tú bien sabes qué pienso de ellos!

El programa de los trabajadores, la Holanda de Ultramar, Frank Phillips o Su Majestad Guillermina, cada uno a su turno, no olvidan a nadie. Y si no están a la mesa o acostados, se apelotonan junto a la radio para hablar de comestibles, insomnios y política.

¡Oh, no terminan nunca! Hay que evitar volverse como ellos. ¡Ojo con la vejez! En todo caso los viejos de aquí no tienen mucho que temer.

Como ejemplo, te describo una escena durante el discurso de Winston Churchill, a quien todos queremos.

Domingo por la noche, a las nueve. La tetera está sobre la mesa y los invitados hacen su entrada. Dussel se instala a la izquierda de la radio, el señor Van Daan delante y Peter detrás del receptor. Mamá junto al señor, y la señora detrás. En la mesa, Pim, entre Margot y yo. Los caballeros contienen el aliento. Peter cierra los ojos, esforzándose por comprenderlo todo. Mamá viste un largo batón negro. Sin preocuparse del discurso, los rugidos de los aviones que vuelan hacia Essen hacen estremecer a la señora; Margot y yo estamos tiernamente unidas por Mouschi, que duerme sobre una rodilla de cada una de nosotras. Papá sorbe su té. Margot tiene puestos los rizadores;

yo estoy en camisón, que me queda demasiado corto y demasiado estrecho.

Si alguien nos viera, diría: "¡Qué familia tan unida, qué intimidad, qué paz!". Por una vez es cierto. Pero noto con horror que ya va a terminar el discurso. Y ellos apenas se aguantan, temblando de impaciencia, por la impaciencia de poder discutir tal o cual detalle. Pss, pss, pss… Una corriente de provocación, todavía imperceptible; luego vendrá una discusión, una pelea y el total desacuerdo.

Tuya, Ana.

Martes 28 de marzo de 1944

Mi muy querida Kitty:

Podría escribir sobre política páginas y páginas pero tengo un montón de otras cosas que contarte. Hoy mamá me ha hecho notar que las visitas a los pisos superiores están haciéndose demasiado frecuentes; según ella, yo estaría poniendo celosa a la señora Van Daan. Otra cosa: Peter ha invitado a Margot a unirse a nosotros. ¿Por educación? ¿O le interesa realmente? No lo sé. He ido, pues, a preguntarle a papá si los posibles celos de la señora debían preocuparme; según él, no. Entonces ¿qué? Mamá está enojada y tal vez celosa. Papá nos permite de todo corazón, a Peter y a mí, que continuemos nuestras reuniones amistosas; le alegra ver que nos entendamos tan bien. Margot quiere igualmente a Peter, pero se siente que sobra pues sabe que entre tres no se dicen las mismas cosas que entre dos.

Mamá cree que Peter se ha enamorado de mí. Yo no deseo nada mejor, francamente; si es así, estaríamos correspondidos y todo sería mucho más fácil. Admito que delante de los demás nos lanzamos más de una mirada furtiva y que a veces él observa mis oyuelos, pero yo no puedo impedirlo, ¿verdad?

Me tienes, pues, en una situación difícil. Mamá está en contra mía y papá cierra los ojos frente a la guerra tácita que se ha suscitado entre mamá y yo. Ella está triste porque me quiere mucho; yo no estoy triste en absoluto, porque sé que ella lo está por falta de comprensión. Y Peter... Yo no quiero renunciar a Peter, que es todo amabilidad y a quien admiro mucho. Lo que hay entre nosotros podría transformarse en algo muy hermoso. ¿Por qué esos viejos pretenden meter la nariz? Por suerte estoy acostumbrada a ocultar mis sentimientos y logro ocultarles admirablemente que estoy loca por él. ¿Y él, hablará de eso alguna vez? ¿Sentiré algún día su mejilla contra la mía, como sentí la del otro Peter en mi sueño? ¡Oh, Peter y Peter! ¡Ustedes no son más que uno, ustedes son el mismo Peter! Ellos no nos comprenden, jamás sospecharán que no basta con estar solos, sentados, uno junto al otro, sin hablar, para estar alegres. No comprenden qué nos impulsa al uno hacia el otro. ¡Ah, qué problemas! ¿Cuándo los superaremos? Como sea, hay que superarlos y el desenlace será bellísimo. Cuando le veo tendido, la cabeza sobre los brazos y los ojos cerrados, parece un niño; cuando juega con Mouschi es encantador; cuando se hace cargo de las papas o de otras cosas pesadas, está lleno de fuerza; cuando va a mirar los bombardeos o a sorprender a los ladrones nocturnos, se muestra valiente; y cuando es desaliñado y torpe, resulta sencillamente delicioso.

Prefiero que él me dé una explicación a tener que enseñarle algo; me gustaría sentirlo superior en todo o en casi todo.

¿Cómo pueden importarme nuestras madres? ¡Ah, si tan solo él quisiera hablar!

Tuya, Ana.

Miércoles 29 de marzo de 1944

Querida Kitty:

En la transmisión de anoche de ultramar, el ministro Bolkestein dijo en su discurso que después de la guerra se coleccionarían cartas y memorias relacionadas con nuestra época. Naturalmente, todos volvieron sus ojos hacia mí; mi Diario parecía ser tomado por asalto. ¡Imagínate una novela titulada El anexo secreto publicada por mí! ¿Verdad que sería interesante? (Su solo título haría pensar en una novela policial).

Pero hablemos seriamente. Diez años después de la guerra probablemente causaría un extraño efecto mi historia de ocho judíos en un escondite, su manera de vivir, de comer, de hablar. Aunque de ello te haya contado mucho, en verdad sabes muy poco, poquísimo.

¡Todas las angustias de las mujeres durante los incesantes bombardeos! El del domingo, por ejemplo, cuando 350 aviones ingleses descargaron medio millón de kilos de bombas sobre Ijmuiden, haciendo vibrar las casas como briznas de yerba sacudidas por el viento. Además, el país está infestado por toda clase de epidemias. Tú nada sabes de estas cosas, porque si quisiera contártelo detalladamente todo no pararía de escribir durante el día entero. La gente forma colas para las más mínimas compras; los médicos están imposibilitados de ir a ver a sus enfermos porque les roban sus vehículos, y esto es lo corriente; el robo y las raterías están a la orden del día, a tal punto que nos preguntamos cómo nuestros holandeses han podido convertirse en ladrones de la noche a la mañana. Los niños de ocho a once años rompen los vidrios de las vitrinas y roban lo que encuentran a mano. Nadie se atreve ya a dejar su casa cinco minutos. Diariamente aparecen avisos ofreciendo recompensas por devolución de máquinas de escribir robadas, alfombras persas, relojes eléctricos, telas, etc., etc. Los relojes eléctricos de las calles y los teléfonos de las cabinas son desmontados hasta el último cable.

Nada tiene de extraño que la población esté perturbada: todos tienen hambre y las raciones semanales no alcanzan ni siquiera para vivir dos días, excepto el sucedáneo del café. Ante la perspectiva del desembarco envían a los hombres a trabajar a Alemania. Los niños están enfermos y desnutridos, todo el mundo está mal calzado y mal vestido.

Un par de medias suelas cuestan 7,50 florines; la mayoría de los zapateros remendones no aceptan clientes salvo que esperen cuatro meses, tras los cuales tus zapatos pueden haberse perdido.

Algo estimulante es el sabotaje contra las autoridades, que aumenta día a día a pesar de las medidas cada vez más duras contra el pueblo, que no se contenta con una alimentación que empeora. Los servicios de racionamiento, la policía, los funcionarios o están de parte de los ciudadanos para ayudarles, o actúan como soplones y provocan arrestos. Por suerte son muy pocos los holandeses que están de este último lado.

Tuya, Ana.

Viernes 31 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Aún hace bastante frío y la mayoría de la gente está sin carbón desde hace un mes. ¿Entiendes? Nos hemos calefaccionado con el optimismo que nos llega del frente ruso, cuyas noticias son sensacionales. No quiero hablar de política, sin embargo voy a decir donde se encuentran: los rusos se hallan exactamente frente al gran cuartel general alemán y se acercan a Rumania por el Pruth; están cerca de Odesa; cada noche esperamos un comunicado especial de Stalin.

Moscú entero resuena de salvas; pienso que la ciudad debe retumbar toda. Esta manera de expresar su alegría debe propagarse por todos los lugares.

Hungría está ocupada por los alemanes; todavía hay allí un millón de judíos que, seguramente, también deben pasar malos momentos.

Se comenta un poco menos acerca de Peter y de mí. Ambos somos grandes amigos, estamos juntos cada vez que podemos y conversamos de todo y de todos. Cuando tratamos temas delicados no necesito ser moderada, como ocurriría si hablara de esas cosas con otros muchachos. Es realmente fantástico.

Decididamente mi vida aquí ha cambiado. Ha mejorado mucho. Dios no me ha abandonado y nunca lo hará.

Tuya, Ana.

Sábado 1 de abril de 1944

Querida Kitty:

Pese a todo continúo encontrándome siempre ante las mismas dificultades. Seguramente ya sabes a qué me refiero, ¿verdad? Me muero de ganas de un beso, del beso que no llega. ¿Todavía él me considera como una amiga? ¿Soy sólo eso para él?

Tú sabes que yo soy fuerte, bastante fuerte para llevar sola la mayoría de mis penas. Nunca tuve la costumbre de compartirlas con alguien; nunca me he confiado a mamá. Pero cuando estoy junto a él ¡cómo me gustaría apoyar mi cabeza en su hombro y reposar allí!

El ensueño de la mejilla de Peter no me abandona; no puedo olvidar ese instante en que todo se hacía infinitamente hermoso. ¿Y él? ¿No lo desea tanto como yo? ¿No será que la timidez le impide confesar su amor? ¿Por qué quiere que esté siempre a su lado? ¡Dios mío!, ¿por qué no me dice nada?

Es mejor que me calle. Me tranquilizaré. Debo encontrar la fuerza necesaria, y con un poco de paciencia quizás aquello se produzca por sí solo. Pero ello no impide que... Y eso me tiene molesta. Doy la lamentable impresión de que corro hacia él. Siempre soy yo quien le busca y no él a mí.

Pero es culpa de nuestras habitaciones. Son para él un obstáculo del que tiene que darse cuenta.

Tuya, Ana.

Tuya, Ana.

Lunes 3 de abril de 1944

Querida Kitty:

Contra lo habitual, te va a llegar una carta dedicada por entero a la alimentación; es un problema que no se plantea sólo en el Anexo sino que en toda Holanda, en toda Europa, en todas partes, y sigue siendo un factor primordial.

Al cabo de estar albergados aquí veintiún meses, hemos hecho el experimento de una "alimentación cíclica", y hemos tenido varios tipos de ellas. Te voy a contar en qué consisten. Durante cierto tiempo nos vemos obligados a comer constantemente el mismo menú. Durante un largo período hemos tenido sucesivamente lechugas con arena y sin arena, un puré de legumbres con papas hervidas o a la sartén; espinacas, nabos, pepinos, tomates, coliflores, etc., etc. No es agradable, por ejemplo, comer coliflores todos los días en el almuerzo y en la comida, aunque uno se resigne cuando tiene hambre. Actualmente atravesamos por el peor momento pues no se encuentran legumbres frescas. Los almuerzos de esta semana constan de porotos rojos, arvejas partidas, papas con bolitas de harina, o sólo papas, nabos (por el amor de Dios) o zanahorias descompuestas, y nuevamente porotos colorados. Comemos papas a destajo, empezando por el desayuno, debido a que no hay pan. Hacemos sopa con porotos blancos y rojos y papas o paquetes de sopa juliana, a la reina, y de nuevo porotos colorados. Todo está mezclado con porotos colorados, igual que el pan, que también los contiene.

Por las noches comemos siempre papas aliñadas con una salsa de fantasía y, por suerte, también una ensalada de betarragas de nuestra reserva. Un par de palabras sobre nuestras bolitas de harina, que fabricamos con la harina del panadero y levadura: ellas atosigan y son tan pesadas que dan la impresión de que uno tuviera piedras en el estómago. Pero dejemos eso.

Nuestras golosinas, una vez por semana, son: una tajada de salchichón (de hígado) y mermelada sobre pan seco. No sólo continuamos vivos, sino que a veces hasta nos regodeamos con nuestra frugal comida.

Martes 4 de abril de 1944

Querida Kitty:

Durante bastante tiempo ya no sabía por qué estudiaba; el final de la guerra está todavía angustiosamente lejano y parece irreal, aéreo. Si no termina en septiembre nunca más iré a la escuela porque ya no podría recuperar los dos años perdidos. Mis días sólo han estado llenos con los pensamientos y los sueños relacionados con Peter; sólo me ocupaba de Peter hasta sentir una angustia que no puedes imaginar. El sábado fue terrible. En el cuarto de Peter pasé largo rato reteniendo las lágrimas; poco después reí con un Van Daan que estaba alegre gracias al ponche de limón, produciéndome yo misma una alegría nerviosa. Pero cuando me hallé sola, después de haberme puesto el camisón, me dejé caer al suelo y recé larga e intensamente, luego me derrumbé y me eché a llorar. Un fuerte sollozo me devolvió la conciencia y puse término a mis lágrimas para que no me oyeran. Después traté de rearmarme de valor, diciéndome: "Es necesario, es necesario, es necesario...". Completamente acalambrada por la posición de mi cuerpo, me acosté; eran casi las once y media. Había terminado.

Y ahora ha terminado realmente. Se estudia para no ser ignorantes, para progresar, para llegar a ser periodista, que es lo que yo deseo. Estoy segura de que puedo escribir, de que soy capaz de escribir; algunas de mis novelitas son pasables, a mis descripciones del Anexo no les falta ingenio, hay párrafos elocuentes en mi Diario, pero... de ahí a saber si tengo verdadero talento...

Mi mejor cuento de hadas es *Eva's Droom*[16]. Es el colmo: no sé en absoluto de dónde lo he sacado. *Cady's Leben*[17] tiene buenos pasajes aquí y allá, pero en conjunto no es gran cosa.

Aquí, yo soy mi único crítico y el más duro. Me doy cuenta de lo que está bien o mal escrito. Quienes no escriben desconocen este acto maravilloso; antes yo deploraba mucho no saber dibujar, pero ahora me entusiasma poder al menos escribir. Y si no tengo el suficiente talento para ser periodista o para escribir libros, ¡bah!, siempre podré hacerlo para mí misma.

Yo quisiera progresar, hacer algo. No puedo imaginarme viviendo como mamá, como la señora Van Daan y todas esas mujeres que cumplen con su deber y luego son olvidadas. Además de un marido y varios hijos, necesitaré tener algo más.

Quiero seguir viviendo aún después de mi muerte. Por eso doy gracias a Dios, quien, desde mi nacimiento, me dio una posibilidad: la de desarrollarme y escribir, es decir, la de expresar todo lo que sucede en mí.

Cuando escribo me libero de todo, mi pena desaparece y mi fuerza renace. Pero –y ésta es la pregunta primordial– ¿seré alguna vez capaz de escribir algo de interés; podré algún día ser periodista o escritora?

Espero que sí. ¡Oh, cuánto lo deseo! Pues al escribir yo puedo concretarlo todo: mis pensamientos, mi idealismo y mis fantasías.

Hace mucho tiempo que no he trabajado en *Cady's Leben*; aunque tengo clara su continuación no me ha resultado al escribirla y no he dado con la manera de continuarla. Quizás nunca logre terminarla; tal vez esta novelita tenga su fin en el canasto de los papeles o en la estufa... Ello me dolerá muchísimo, pero bien pensado, "a los catorce años se tiene muy poca experiencia para lanzarse a filosofar".

¡Bueno, adelante con renovada fuerza! Eso ya llegará pues estoy decidida a escribir.

Tuya, Ana.

Jueves 6 de abril de 1944

Querida Kitty:

Me has preguntado qué me interesa y cuáles son mis hobbies, y me apuro en responderte. No te asustes, porque son muchos.

En primer lugar: escribir. Pero en el fondo, esto no entra en la categoría de los hobbies.

Nº 2: Los árboles genealógicos. Estoy haciendo investigaciones en todos los documentos: diarios y libros sobre la genealogía de la dinastía de Francia, de Alemania, de España, de Inglaterra, de Holanda. En la mayoría de los casos he logrado un lindo resultado a fuerza de leer y de tomar notas de las biografías y de los libros de historia, buena parte de los cuales he copiado.

Desde luego, mi tercera manía es la historia, y por eso papá ya me ha comprado muchos libros. Espero impaciente el día en que podré revolver los estantes de la biblioteca pública.

Nº 4: Mitología de Grecia y de Roma; ya tengo diversos libros sobre el tema.

Otros hobbies: las fotos de familia y de artistas de cine.

Me entusiasman los libros y la lectura. La historia del arte y de la literatura me interesan, especialmente cuando se trata de escritores, poetas y pintores. Tal vez ya vendrá el turno de los músicos.

Tengo abierta antipatía por el álgebra, la geografía y todo lo que sea matemáticas.

Me gustan todas las demás asignaturas escolares, pero, sobre todo, la historia.

Tuya, Ana.

Martes 11 de abril de 1944

Querida Kitty:

Me da vueltas la cabeza. No sé realmente por dónde empezar.

El viernes (Viernes Santo) jugamos al juego de sociedad, igual que el sábado en la noche. Estos días han pasado muy rápidos, sin nada que contar. Tras una invitación mía, Peter vino a mi cuarto a las cuatro de la tarde; a las cinco y cuarto subimos al desván, donde nos quedamos hasta las seis. De seis a siete y cuarto transmitieron un hermoso concierto de Mozart; me gustó, sobre todo *Kleine Nachmusik*[18]. La habitación se me hacía casi demasiado estrecha. La buena música me produce casi siempre el mismo efecto: me sacude en lo más hondo.

La noche del domingo, a las ocho, me instalé con Peter en el desván de adelante; para mayor comodidad acarreamos de nuestra casa algunos almohadones del diván para transformar un cajón en asiento. Sobre los almohadones, tan angostos como el cajón, estuvimos ovillados el uno junto al otro, apoyando la cabeza en un montón de otros cajones. Sólo Mouschi nos espiaba.

De repente, un cuarto para las diez, el señor Van Daan nos silbó y vino a preguntarnos si teníamos el almohadón de Dussel. Ambos dimos un salto y bajamos con el almohadón, el gato y Van Daan.

El almohadón trajo cola porque era el que servía de almohada a Dussel y éste se hallaba furioso. Le temía a las pulgas del desván e hizo una escena delante de todos por causa de este único almohadón. En venganza, Peter y yo escondimos dos cepillos duros en su cama, pequeño intermedio que nos hizo reír un buen rato.

Pero no fue por mucho tiempo. A las nueve y media, Peter golpeó suavemente a nuestra puerta y preguntó a papá si quería ir a ayudarle; no podía resolver una difícil frase en inglés.

–Algo anda mal –dije a Margot–. Es un pretexto demasiado burdo.

Tenía razón: habían entrado ladrones al almacén. Rápidamente papá, Van Daan, Dussel y Peter se encontraron abajo, mientras Margot, mamá, la señora y yo nos quedamos a la espera.

Cuando a cuatro mujeres las une la angustia, se dedican a hablar, y es lo que hicimos hasta que oímos un golpe violento. Luego, silencio absoluto. El reloj señalaba un cuarto para las diez. Cada una de nosotras se puso pálida, pero sin perder la calma a pesar del miedo. ¿Qué les había pasado a nuestros hombres? ¿Qué significaba aquel golpe? ¿Habían tenido que luchar con los ladrones? A las diez, pasos en la escalera: entró papá, pálido y nervioso, seguido del señor Van Daan.

–Apaguen todas las luces. Suban sin hacer ruido. Es probable que aparezca la policía.

No hubo tiempo para sentir miedo. Apagamos las luces; yo apenas tuve tiempo de agarrar una bata antes de subir.

–¿Qué pasó? ¡Vamos, cuenten!

Pero no había nadie para hacerlo pues los cuatro habían bajado nuevamente. Reaparecieron diez minutos más tarde, todos juntos; dos se quedaron montando guardia junto a la ventana abierta en el cuarto de Peter, y la puerta del rellano se cerró con cerrojo, igual que la del armario giratorio. Se puso un trapo de lana alrededor del pequeño velador, y fuimos un solo oído.

Desde el descanso de la escalera se sintieron dos golpes secos. Peter bajó al primer piso y vio que faltaba una plancha en el panel izquierdo de la puerta del almacén. Dio media vuelta para advertir al defensor de la familia y a los hombres, que bajaron para reconocer el terreno. Una vez en el almacén, Van Daan perdió la cabeza:

–¡Policía! –gritó.

Inmediatamente después, carreras hacia la salida; los ladrones huían. Para que la policía no advirtiera el agujero hecho por aquellos en la puerta, nuestros hombres intentaron reponer la tabla en su sitio, pero un puñetazo del otro lado la hizo saltar al suelo. Durante unos segundos, los nuestros se desconcertaron ante tamaño descaro; Van Daan y Peter sintieron nacer en ellos el instinto asesino. Van Daan dio varios golpes en el suelo con un hacha. Silencio mortal. Renovados esfuerzos para tapar la tronera. Nueva interrupción: una pareja que paseaba por el muelle se detuvo y envió la luz enceguecedora de una linterna hacia el interior del almacén. Al oír la interjección de uno de nuestros hombres, le tocó a la pareja huir como los ladrones. Antes de reunirse con los otros detrás de la puerta disimulada, Peter abrió rápidamente las ventanas de la cocina del despacho privado e hizo caer al suelo el teléfono.

Fin de la Primera Parte de la aventura

Nosotros supusimos que la pareja de la linterna iría a alertar a la policía. Era domingo por la noche, primer día de Pascua; al día siguiente, lunes de Pascua, nadie vendría a la oficina. No podríamos, por lo tanto, movernos antes del martes por la mañana. ¿Te imaginas? ¡Tener que pasar dos noches y un día con semejante angustia! Ninguno nos hacíamos ilusiones: la señora Van Daan, la más temerosa, no quería que mantuviéramos encendido ni siquiera el ventilador y permanecimos en la oscuridad cuchicheando y diciendo "chis, chis" al menor ruido.

Diez y media, once. Ni un solo ruido. Papá y el señor Van Daan vienen a vernos por turno. Once y cuarto: oímos un movimiento abajo. En casa, sólo se percibía nuestra respiración, pues todos estábamos como anclados. Se oyeron pasos en los pisos de abajo, en la oficina privada, en la cocina y luego... en la escalera que lleva a la puerta disimulada. Se nos cortó la respiración. Ocho corazones latían a punto de estallar mientras se oían pasos en la escalera y sacudían la puerta-armario. Instante indescriptible.

–Ahora estamos perdidos –dije yo, viéndonos aquella misma noche a todos en manos de la Gestapo.

Tiraron de la puerta-armario dos veces, tres veces. Algo cayó y los pasos se alejaron. Hasta ahí estábamos a salvo. Sentimos un escalofrío; oí rechinar de dientes no sé dónde; nadie dijo una palabra.

El silencio reinaba en la casa pero había luz al otro lado de la puerta disimulada, visible desde el descanso de nuestra escalera. ¿Le habrían encontrado aspecto misterioso al armario?, ¿se había olvidado la policía de apagar la luz? Dejamos que nuestras lenguas se desataran; ya no había nadie en la casa, quizás un guardia ante la puerta...

Me acuerdo de tres cosas: habíamos agotado todas las suposiciones, habíamos tiritado de terror y cada uno tuvo que ir al W.C. Los recipientes estaban en el desván, así es que sólo el papelero de Peter –un cesto de fierro– podía servirnos de recipiente. Van Daan fue el primero en pasar. Le siguió papá. Mamá tenía demasiada vergüenza. Papá llevó el cesto al dormitorio, donde Margot, la señora y yo, contentísimas, lo utilizamos, y también mamá después de todo. Todos pedían papel: por suerte yo tenía en el bolsillo.

Hedor del recipiente, murmullos... Era medianoche y estábamos agotados.

–Tiéndanse en el suelo e intenten dormir.

A Margot y a mí se nos dio un almohadón y una manta; ella se puso delante del armario y yo debajo de la mesa. En el suelo el hedor era menos espantoso; sin embargo, la señora trajo discretamente un poco de cloro en polvo y un paño para tapar el recipiente.

Murmullos, miedo, hedor, pedos y alguien sobre el recipiente a cada minuto: imagínate dormir así. Demasiado impresionada, caí en una especie de sopor hacia las dos y media, y no oí nada hasta las tres y media. Me desperté con la cabeza de la señora sobre mi pie.

–Siento frío. Por favor, ¿usted no tiene algo que echarme sobre los hombros? –pregunté.

No me preguntes qué recibí: un pantalón de lana sobre mi pijama, un sweater rojo, una falda negra y calcetines blancos. Luego, la señora se instaló en la silla y el señor se tendió a mis pies. Desde ese momento me puse a pensar; tiritaba sin cesar, de tal forma que Van Daan no pudo dormir. La policía regresaría. Yo estaba preparada para ello. Tendríamos que confesar que estábamos ocultos. O tal vez nos encontraríamos con buenos holandeses y estaríamos a salvo, o tendríamos que enfrentarnos con la *N.S.B.*[19] cuyo silencio intentaríamos comprar.

–Hay que esconder la radio –suspiró la señora.

–Posiblemente en el horno –sugirió el señor.

–¡Bah! Si nos encuentran también encontrarán la radio.

–Y también el Diario de Ana –agregó papá.

–Deberías quemarlo –propuso la más miedosa de todos.

Estas palabras y los tirones a la puerta-armario me hicieron pasar los instantes más terribles de mi vida.

–¡Mi Diario no! ¡Mi Diario sólo será quemado conmigo!

Papá no contestó nada, afortunadamente.

Se dijeron un montón de cosas. Repetirlo todo no tendría sentido. Consolé a la señora, que estaba aterrada. Hablamos de fuga, de interrogatorios, de la Gestapo, de arriesgarse o no a ir hasta el teléfono y de ser o no valiente.

–Llegó el momento de portarse como soldados, señora. Si nos atrapan, ya está, nos sacrificaremos

por la reina y la patria, por la libertad, por la verdad y el derecho, como dice constantemente la radio Holanda de Ultramar. Pero nosotros arrastramos a los demás en nuestra desgracia. Eso es lo terrible, eso es lo atroz.

Al cabo de una hora, el señor Van Daan cedió nuevamente su sitio a la señora y papá se puso junto a mí. Los hombres fumaban sin cesar. De tanto en tanto se sentía un profundo suspiro, luego un alivio menor del cuerpo, y así sucesivamente.

Las cuatro, las cinco, las cinco y media... me levanté para juntarme con Peter en el puesto de guardia, ante su ventana abierta. Así, tan cerca el uno del otro, podíamos sentir los tiritones que recorrían nuestros cuerpos; cada cierto rato nos decíamos algunas palabras, pero sobre todo, afinábamos el oído. A las siete decidieron telefonear a Koophuis para que enviara a alguien. Anotaron lo que iban a comunicarle. El riesgo de que les oyera el guardia apostado en la puerta era grande, pero era aún mayor el peligro de la venida de la policía.

Se redujeron a lo siguiente:

Robo: visita de la policía, que llegó hasta la puerta-armario, pero sólo hasta ahí.

Los ladrones, aparentemente sorprendidos, forzaron la salida del almacén y huyeron por el jardín.

Como la entrada principal estaba con cerrojo, seguramente Kraler tuvo que salir la víspera por la otra puerta de entrada. Las máquinas de escribir y la calculadora están a salvo en el gran bargueño de la oficina privada.

Intentar dar aviso a Henk para que recoja la llave en casa de Elli y se traslade a la oficina, a la que entrará con el pretexto de dar de comer al gato.

Todo salió perfecto. Telefonearon a Koophuis y trasladaron las máquinas de escribir desde nuestra casa al bargueño. Luego se sentaron alrededor de la mesa a esperar a Henk o a la policía.

Peter se había dormido. El señor Van Daan y yo nos quedamos tendidos en el suelo hasta que oímos el sonido de unos pasos. Me levanté sin hacer ruido:

–Es Henk.

–No, no: es la policía –dijeron los demás.

Golpearon a nuestra puerta. Miep silbó. La señora Van Daan ya no aguantaba más; estaba blanca como un cadáver tirada en su silla, y seguramente se habría desmayado si la tensión hubiera durado un minuto más.

Cuando Miep y Henk entraron, nuestra habitación debe haber tenido un aspecto delicioso; sólo la mesa merecía una foto. Sobre Cine y Teatro, abierto en una página dedicada a las bailarinas, había mermelada y un remedio para la diarrea; además, en gran desorden, dos tarros de dulces, un gran pedazo de pan y otro chico, un espejo, una peineta, fósforos, ceniza, cigarrillos, tabaco, un cenicero, libros, un calzón, una linterna de bolsillo, papel higiénico, etc., etc.

Lógicamente Henk y Miep fueron recibidos con lágrimas de alegría. Henk, una vez que arregló la tronera en la puerta, partió a dar cuenta del robo a la policía. Después hablaría con Slagter, el nochero, quien había dejado unas palabras para Miep informando que había visto la puerta estropeada y que había dado aviso a la policía.

Disponíamos, por lo tanto, de una media hora para refrescarnos. Jamás había visto que se produjera un cambio tan grande en tan poco tiempo. Tras haber rehecho las camas, Margot y yo hicimos una visita al W.C.; luego nos cepillamos los dientes, nos lavamos y nos peinamos. En seguida ordené el dormitorio y poco después subí hasta el alojamiento de los Van Daan. La mesa ya había sido limpiada. Prepararon té y café, pusieron a hervir la leche –iba a ser pronto la hora del desayuno– y nos sentamos a la mesa. Papá y Peter estaban ocupados en vaciar los recipientes de noche y en limpiarlos con cloro en polvo.

Cuando Henk regresó, a las once, estábamos todos confortablemente sentados a la mesa, y, poco a poco, empezamos a humanizarnos. Henk contó:

Slagter aún dormía pero su mujer repitió las palabras de su marido: en su ronda por los muelles había descubierto el agujero en la puerta; había ido a buscar a un agente y ambos inspeccionaron el edificio; vendría a ver a Kraler el martes para contarle más detalles. En la comisaría aún no tenían conocimiento del robo; tomaron nota para venir el martes. De paso, Henk había estado en casa de nuestro proveedor de papas, que vive muy cerca de aquí, y le había hablado del robo.

–Estoy al tanto –dijo éste lacónicamente–. Anoche, cuando volvíamos con mi mujer, vi un agujero en la puerta. Mi mujer iba a continuar sin darle mayor importancia pero yo saqué mi linterna y miré dentro. Los ladrones estaban listos para escapar. Como medida de seguridad preferí no telefonear a la policía. Creí que era mejor para ustedes. Yo no sé nada ni me meto en nada.

Henk le dio las gracias y partió. Sin duda, este hombre sospecha de los clientes a quienes provee de papas porque siempre las entrega a la hora del almuerzo. ¡Un tipo decente!

Cuando terminamos de fregar los platos y Henk partió, era la una. Todos se fueron a dormir. Yo me desperté un cuarto para las tres y vi que Dussel no estaba. Aún media dormida encontré, por casualidad, a Peter en el tocador, y nos citamos en la oficina.

Rápidamente me arreglé un poco antes de bajar.

–¿Te atreves a arriesgarte hasta el desván de adelante? –me preguntó.

Acepté, tomé de paso mi almohadón, y en camino. El tiempo era espléndido, pero de pronto las sirenas comenzaron a aullar; nosotros habíamos permanecido inmóviles. Peter pasó su brazo alrededor de mis hombros, yo hice lo mismo y nos quedamos así, abrazados, muy tranquilos hasta que Margot nos llamó para el café de las cuatro.

Comimos el pan, bebimos la limonada y nos hicimos bromas, como si nada hubiera pasado, y todo volvió a su orden natural. Esa noche felicité a Peter por haber sido el más valiente de todos.

Nunca habíamos visto el peligro tan de cerca como la noche anterior. Dios debe haberse preocupado especialmente de protegernos. Medita un poco: la policía ante la puerta-armario bajo la luz eléctrica y no se dio cuenta de nuestra existencia.

En caso de desembarco todos y cada uno encontrarían la manera de defenderse; pero nosotros, aquí, estábamos paralizados de angustia, no sólo por nosotros mismos sino que también por nuestros inocentes protectores. "Nos hemos salvado. ¡Salvados una vez más!" Es todo cuanto podemos decir.

La aventura nos ha acarreado varios cambios. De ahora en adelante el señor Dussel ya no trabajará en la oficina de Kraler sino en el baño. Peter hará una ronda a las ocho y media y otra a las nueve y media de la noche. Se acabó la ventana abierta en su cuarto durante la noche. El W.C. estará prohibido a partir de las nueve y media. Esta tarde vendrá un carpintero a reforzar las puertas del almacén.

En el Anexo jamás terminan las discusiones. Kraler nos ha reprochado nuestra imprudencia. Henk, por su parte, opina que en tales casos ninguno de nosotros debería bajar a los pisos inferiores. Nos han recordado nuestra condición de "clandestinos", nuestra categoría de judíos enclaustrados entre cuatro paredes, sin derecho alguno y mil obligaciones. Los judíos no tenemos el derecho de hacer valer nuestro sentimiento; sólo nos queda ser fuertes y valientes, aceptar todas las molestias sin pestañear, conformarnos con lo que podemos tener, confiando en Dios. Algún día terminará esta horrible guerra; algún día seremos personas como los demás y no sólo judíos.

¿Quién nos ha marcado así? ¿Quién decidió excluir al pueblo judío de todos los otros pueblos? ¿Quién nos ha hecho sufrir tanto? Es Dios quien nos hizo así, pero también será Dios quien nos levante. Sí. A pesar de esta carga que soportamos muchos de nosotros siguen sobreviviendo; debemos creer que como proscritos, los judíos algún día se transformarán en ejemplo. ¡Quien sabe! Tal vez llegue el día en que nuestro Antiguo Testamento enseñe el bien al mundo; es decir, a todos los pueblos... y que en eso radique la única razón de nuestro sufrimiento. Jamás llegaremos a ser la encarnación de un país, sea el que fuere; jamás seremos holandeses o sencillamente ingleses; siempre seremos judíos, por añadidura. Pero queremos seguir siéndolo.

¡Valor! Tomemos conciencia de nuestra misión sin quejarnos y estemos seguros de nuestra salvación. Nunca Dios ha dejado caer a nuestro pueblo. A través de los siglos, nos hemos visto obligados a sufrir y, a través de los siglos, también nos hemos fortalecido. Los débiles caen pero los fuertes sobreviven y no caerán jamás.

La noche pasada yo sabía, en el fondo de mí misma, que iba a morir. Esperaba a la policía. Estaba preparada. Lista, como el soldado en el campo de batalla. Iba a sacrificarme de buen ánimo por la patria. Ahora que estoy a salvo me doy cuenta de mi primer deseo una vez que pase la guerra: ser holandesa.

Amo a los holandeses. Amo a nuestro país. Amo su idioma. Y desearía trabajar aquí. Estoy dispuesta a escribirle yo misma a la reina; no cederé hasta que logre mi objetivo.

Me siento cada día más ajena a mis padres, cada día más independiente. Aunque sea muy joven, me siento con más ganas de vivir y más justa, más íntegra que mamá. Sé lo que quiero, tengo un norte en la vida, me formo opiniones, tengo mi religión y mi amor. Me siento consciente de ser mujer, una mujer con fuerza moral y mucho valor.

Si Dios me permite vivir llegaré mucho más lejos que mamá. No aceptaré la mediocridad, tendré un lugar en el mundo y trabajaré para mis semejantes.

Ahora comprendo que el valor y la alegría son dos factores esenciales.

Tuya, Ana.

Viernes 14 de abril de 1944

Querida Kitty:

La atmósfera continúa tensa. Pim tiene los nervios a flor de piel. La señora Van Daan está en cama resfriada y su nariz parece una verdadera trompeta. El señor está verde: ni un miserable tabaquillo para fumar. Como Dussel no ha olvidado el sacrificio de su confort de la otra noche, rabia y se agota con sus objeciones, etc. Por otra parte, actualmente no estamos con demasiada suerte. Hay una filtración de agua en el W.C., pues la suela de la llave se ha gastado; pero gracias a nuestras numerosas relaciones esto se arreglará pronto.

A veces soy romántica, ya lo sé; pero... a veces tengo razón para serlo. Cuando en medio de un bullicio absurdo, no importa dónde, estoy junto a Peter, sobre un duro cajón, su brazo alrededor de mí, mi brazo alrededor de él, y él juega con un mechón de mi pelo; cuando el aire de afuera vibra con el canto de los pájaros, cuando se ve brotar los árboles, cuando el sol nos llama, cuando el cielo está demasiado azul, ¡oh, entonces, entonces mis deseos son incontables!

Veo únicamente rostros molestos y sombríos. Sólo oigo suspiros y quejas reprimidas. Se diría que de pronto todo anda mal entre nosotros. En el Anexo no hay nadie que no sirva como director de orquesta, cada uno pelea con sus propios nervios y no es capaz de llegar a una conclusión. Diariamente se oye: "¡Si esto concluyera!".

Mis estudios, mi esperanza, mi amor, mi fortaleza, todo ello me hace mantener la cabeza en alto y ser razonable.

Estoy convencida, convencida, Kitty, de que ahora estoy un poco descentrada, no sé realmente por qué. Todo se me confunde, no logro relacionar las cosas y dudo muy seriamente de que alguien pueda alguna vez interesarse por mis estupideces. *Confidencias del Patito Feo*. Este será el título de mis papelotes. Al señor Bolkestein y a los coleccionistas de documentos de guerra no les interesará mayormente mi Diario.

Tuya, Ana.

Sábado 15 de abril de 1944

Querida Kitty:

Susto tras susto. ¿Acabarán algún día? Nadie mejor que nosotros para hacerse esta pregunta. ¿Adivina cuál fue el último susto que pasamos? A Peter se le olvidó descorrer el cerrojo de la puerta de calle –la que todas las noches cerramos por dentro– y la otra puerta tiene la chapa mala. Por ello Kraler y los demás empleados no pudieron entrar en el edificio y tuvieron que molestar a los vecinos, forzar la ventana de la cocina que da al patio-jardín y entrar por atrás.

A Peter su falta lo tiene muy avergonzado y trastornado. Durante la comida, cuando mamá dijo que lamentaba lo ocurrido, especialmente por Peter, éste casi se puso a llorar. Todos tenemos tanta culpa como él porque diariamente todos los hombres preguntan si se ha descorrido el cerrojo y justamente hoy nadie lo hizo.

Tal vez pueda consolarlo más tarde. ¡Me gustaría tanto ayudarlo!

Domingo por la mañana, antes de las once,
16 de abril de 1944

Muy querida Kitty:

No olvides el día de ayer porque es muy importante en mi vida. ¿No es un acontecimiento importante para cualquier muchacha el recibir un beso? Pues he ahí la razón. El beso de Bram en mi mejilla derecha no cuenta, así como tampoco el del señor Walker en mi mano derecha.

Te voy a contar cómo el beso me cayó repentinamente del cielo.

Anoche, a las ocho, estaba sentada junto a Peter en el diván, y él no tardó en rodearme con su brazo.

–Si te corres un poco –dije yo– no me pegaría en la cabeza con tus libros.

Él se echó hacia atrás y yo pasé mi brazo por su espalda para sentirme abrazada, de modo que quedé literalmente sumergida. No era la primera vez que nos sentábamos así, pero nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro. Él me apretó fuertemente contra sí; mi seno derecho, al tocar su corazón, hizo que mi corazón latiera con golpes más rápidos. Pero aún no habíamos terminado. Él no quería que mi cabeza dejara de estar sobre su hombro, salvo para apoyar la suya en el mío. Luego de unos cinco minutos, me levanté, pero él tomó de inmediato mi cabeza entre sus manos y la estrechó contra sí. ¡Oh, qué exquisito! Casi no pude hablar, tan grande era mi placer. Con cierta torpeza, me acarició una mejilla y mi brazo, jugó con mis cabellos, la mayoría del tiempo con nuestras cabezas pegadas una a la otra. No puedo describirte, Kitty, la emoción que se apoderó de mí. Me sentía demasiado feliz y creo que él también.

Hacia las ocho y media nos levantamos. Me quedé mirando cómo Peter se ponía las zapatillas de gimnasia para hacer la ronda de la casa lo más silencioso posible. Aún no sé cómo pasó, pero antes de bajar él me besó repentinamente en la mejilla izquierda, entre los cabellos, junto a la oreja. Escapé como una cebra, sin mirar atrás, y hoy me siento llena de esperanza.

Tuya, Ana.

los dos más fuertes.

Tuya, Ana.

Lunes 17 de abril de 1944

Querida Kitty:

¿Crees tú que mis padres me permitirán estar besándome con un muchacho en un diván? ¿Un muchacho de diecisiete años y medio y una muchacha de casi quince? La verdad es que creo que no, pero este pequeño asunto es una cuestión exclusivamente mía. ¡Me siento tan tranquila y tan segura en sus brazos con todos mis ensueños! ¡Qué sensación la de tener su mejilla junto a la mía! ¡Y qué delicia saber que alguien me espera! Pero –desde luego hay un pero– ¿se contentará Peter con eso? En ningún caso ha olvidado su promesa, pero... ¡es un muchacho!

Me dirás que empiezo demasiado pronto. No haber cumplido quince años y ser ¡tan independiente! Para los otros esto podría ser incomprensible. Estoy casi segura de que Margot jamás besaría a un muchacho si no estuviera de novia o se tratara de matrimonio; pero ni Peter ni yo hemos hecho proyecto alguno. Seguramente mamá tampoco tocó a ningún hombre antes de conocer a papá. ¿Qué dirían mis amigas si supieran que estoy en los brazos de Peter, mi corazón contra su pecho, mi cabeza sobre su hombro, o con su cabeza junto a la mía?

¡Vamos, Ana, es una vergüenza! Pero la verdad es que yo no lo encuentro vergonzoso para nosotros que estamos faltos de todo, excluidos del mundo y agobiados de preocupaciones y de angustias, especialmente en los últimos tiempos. ¿Por qué nosotros, que nos amamos, habríamos de guardar la compostura? ¿Por qué esperar hasta la edad conveniente? ¿Por qué pedir tanto?

Me he propuesto responsabilizarme de mí misma. Jamás él querría causarme daño. Razón de más para escuchar sólo nuestros corazones y ser felices. ¿Por qué no? Sospecho, Kitty, que tú adviertes que tengo dudas. ¿Piensas que debo contarle a papá lo que hago? ¿Debe un tercero compartir nuestro secreto? ¿Qué te parece? Perdería su magia; pero, además, al contarlo, ¿obtendría tranquilidad moral? Voy a preguntarle a él qué opina.

Así, sí. Tengo aún muchas cosas que decirle pues las caricias no lo son todo. Confiar nuestros pensamientos... Para eso hay que ser el uno del otro. Reconocer esta base de confianza nos hará a

Martes 18 de abril de 1944

Querida Kitty:

Todo anda bien aquí. Papá acaba de decir que seguramente se esperan, para antes del 20 de mayo, operaciones en gran escala tanto en Rusia como en Italia y en todo el Occidente. La idea de dejar este escondite y de recuperar la libertad me parece cada día más lejana.

Ayer tuve con Peter una conversación que esperábamos tener hace por lo menos diez días. Le expliqué todo acerca de las muchachas y le hablé sin escrúpulos de las cosas más íntimas. La velada terminó con un beso recíproco, muy cerca de mi boca: qué sensación tan maravillosa.

Uno de estos días llevaré mi Diario de bella prosa para que profundicemos juntos ciertos pasajes. No veo satisfacción alguna en estar diariamente el uno en los brazos del otro y me gustaría saber que él piensa igual.

Tras nuestro suave invierno hemos tenido una primavera maravillosa; el mes de abril ha sido estupendo, ni muy caluroso ni muy frío, con algún pequeño chaparrón de vez en cuando. El verdor de nuestro castaño va en aumento y aquí y allá hasta se ven pequeños frutos.

El sábado, una encantadora atención a Elli: cuatro ramilletes de flores; tres ramos de narcisos y un ramo de jacintos silvestres, este último para mí.

El álgebra me espera, Kitty. Hasta pronto.

Tuya, Ana.

Miércoles 19 de abril de 1944

Querida Kitty:

¿Existe algo mejor en el mundo que mirar la naturaleza por una ventana abierta, oír cantar a los pájaros, calentarse las mejillas al sol y tener en los brazos a un muchacho que se quiera?

Con su brazo en torno mío, pegada a él sin decir palabra, me siento bien y segura. No es posible que esté mal porque esta paz hace bien. ¡Ah, con tal de que nadie venga a estorbarnos, ni siquiera Mouschi!

Tuya, Ana.

Viernes 21 de abril de 1944

Querida Kitty:

Ayer tarde permanecí en cama porque me dolía la garganta, pero como me aburrí mucho y no tenía fiebre hoy ya estoy levantada. Es el decimoctavo cumpleaños de su Alteza Real la princesa Isabel de York. La B.B.C. comunicó que todavía no se la declara mayor de edad pese a que eso es lo acostumbrado entre los hijos de reyes. Nos hemos preguntado con qué príncipe se casará esta belleza, pero no hemos hallado ninguno que nos pareciera bien. Talvez su hermana, la princesa Margarita Rosa, contraiga matrimonio algún día con el príncipe Balduino de Bélgica.

Aquí estamos con un problema tras otro. En cuanto se reforzaron las puertas de calle, reapareció el empleado del depósito. Talvez fue él quien se robó las papas y ahora quiere culpar a Elli. Como es lógico, todos los habitantes del Anexo están furiosos. Elli nunca había estado tan indignada.

Me gustaría mandar lo que escribo a algún periódico; a lo mejor me publican un cuento, con seudónimo, desde luego.

Hasta luego, darling!

Tuya, Ana

Lunes 24 de abril de 1944

Querida Kitty:

Hace diez días que Dussel no le habla a Van Daan, solamente porque desde el día en que intentaron entrar los ladrones se tomaron varias medidas de seguridad con las que él no estuvo de acuerdo. Argumenta que Van Daan le ha faltado el respeto.

–Aquí las cosas se hacen a mis espaldas –me dijo–. Voy a hablar con tu padre sobre ello.

Se supone que no debe estar más en la oficina de abajo durante la tarde y los domingos, pero sigue haciéndolo. Van Daan está muy molesto y papá bajó a hablar con Dussel. Como es lógico, éste continuó inventando motivos sin lograr convencer a Pim. Actualmente papá casi no le habla pues Dussel lo insultó. Nadie sabe qué le dijo pero debe ser algo grave.

Escribí un hermoso cuento que he titulado *Blurr, el explorador*. A todos los que se los leí les gustó mucho.

Aún no se me pasa el resfrío y se lo he contagiado a Margot, y también a papá y a mamá. ¡Ojalá que a Peter no se lo pegue! Me insistió en que lo besara y me llamó su "El Dorado". ¡Eso no es aplicable a mí, pobre muchacho! ¡Pero lo quiero igual!

Tuya, Ana

Jueves 27 de abril de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana la señora Van Daan ha estado de mal genio, quejándose todo el tiempo. Primero, por el resfrío: no tiene píldoras y está agotada de sonarse. Además, odia el sol que no brilla, al desembarco que no se produce, a la ventana camuflada, etc., etc. Nos ha dado tanta risa que hemos terminado riendo los tres.

En este momento estoy leyendo *Keizer Karel V*[20], escrito por un gran profesor de la universidad de Gotinga; demoró cuarenta años en escribir este libro. En cinco días apenas he podido leer cincuenta páginas. El volumen tiene quinientas noventa y ocho. Ya puedes calcular el tiempo que tendré que dedicarme, y existe un segundo tomo. Pero... es interesante.

Es increíble lo que una escolar puede aprender en un solo día. Hoy, por ejemplo, empecé traduciendo del holandés al inglés un fragmento sobre la última batalla de Nelson. Luego continué con mi historia de los países nórdicos, la guerra de 1700-1721, Pedro el Grande, Carlos XII, Stanislas Leczinsky, Mazeppa, Von Götz, el Brandeburgo, la Pomerania y Dinamarca... ¡Todo, incluidas las fechas!

Después he abordado el Brasil: lectura acerca del tabaco de Bahía, la abundancia de café, los habitantes (un millón y medio) de Río de Janeiro, de Pernambuco y de San Pablo, sin olvidar los del Amazonas. Sus negros, mulatos, mestizos, blancos, con más de 50% de analfabetos, y la malaria. Y todavía me quedó tiempo para recorrer un árbol genealógico: Juan el Viejo, Guillermo Luis, Ernesto Casimiro I, Enrique Casimiro I..., hasta llegar a la pequeña Margriet Franciska, nacida en 1943, en Ottawa.

Mediodía: en el desván ha continuado mi programa con la historia de las catedrales..., hasta la una. ¡Uf!

Después de las dos, la pobre muchacha (hum, hum) retoma sus estudios comenzando por los monos de nariz aplastada o puntiaguda. ¿Serías capaz de decirme cuántos dedos tiene un hipopótamo?

Más tarde viene el turno de la Biblia: el Arca de Noé. Luego, Carlos V; en el cuarto de Peter: Henry Esmond, de Thackeray, y por último, comparar el Mississippi con el Missouri.

Tuya, Ana

Viernes 28 de abril de 1944

Querida Kitty:

Jamás me he olvidado de mi sueño sobre Peter Wessel (ver comienzos de enero). Hoy mismo, al pensar en ello, siento su mejilla junto a la mía y tengo la maravillosa sensación de que todo es bueno.

Con este otro Peter de aquí a veces llego a sentir lo mismo, pero nunca con la misma fuerza, hasta... anoche, cuando nos encontramos en el diván como siempre. De repente la pequeña Ana de todos los días se transformó y, en vez de ella, surgió la segunda Ana, una que no es audaz, ni bromista y que sólo quiere tener ternura y cariño.

Me encontraba acurrucada junto a él y, al sentir cómo la emoción se apoderaba de mí, las lágrimas se agolparon en mis ojos; una cayó sobre su overall, mientras la otra resbalaba por mi nariz. ¿Se habrá dado cuenta él? Ningún movimiento pareció traicionarlo. ¿Sentiría mi misma emoción? No dijo casi nada. ¿Habrá notado que tenía ante sí a otra Ana? Preguntas que permanecerán sin respuesta.

A las ocho y media me levanté para acercarme a la ventana donde siempre nos despedimos. Yo temblaba aún. Seguía siendo la Ana 2 cuando se me acercó. Le eché los brazos al cuello y le besé la mejilla, y cuando iba a besarle la otra nuestros labios se encontraron y su boca se apretó a la mía. Poseídos por una especie de vértigo nos apretamos uno contra el otro y nos besamos como si aquello no fuera a terminar nunca.

Peter necesita ternura. La muchachita se le ha revelado por primera vez en la vida; por primera vez él ha visto que la más bromista de ellas oculta un corazón y es capaz de transformarse si se encuentra sola junto a él. Por primera vez en su vida él ha entregado su amistad, se ha liberado. Hasta ahora jamás había tenido un amigo o una amiga. Hoy nos hemos encontrado; tampoco yo lo conocía, nunca había tenido un confidente y éstas son las consecuencias...

La misma pregunta no me deja: "¿Es correcto? ¿Es correcto ceder tan luego, con la misma intensidad y el mismo deseo de Peter? ¿Tengo derecho yo, una muchacha, de dejarme arrastrar así?" Sólo hay una respuesta. "Yo quería hacerlo... desde hace mucho tiempo. Me siento muy sola y por fin he encontrado consuelo".

Durante la mañana nos mantenemos como siempre, muy bien; durante la tarde, bastante bien, excepto alguna rara caída; es por la noche cuando el deseo del día entero se desquita con el gozo y la felicidad de todas las veces anteriores, ambos pensando sólo el uno en el otro. Cada vez, después del último beso, querría escapar, no mirarlo más a los ojos, estar lejos, lejos de él, en la oscuridad, sola.

¿Pero dónde me encuentro después de haber bajado los catorce escalones? En la luz cruda, en medio de las risas y las preguntas de los otros, tratando de no exteriorizarles nada. Mi corazón es aún demasiado sensible para cortar de golpe una sensación como la de anoche. La pequeña Ana tierna es muy rara y no deja que la cacen tan fácilmente. Peter me ha conmocionado más profundamente de lo que jamás había estado, excepto en sueños. Peter me ha inquietado, me ha dado vueltas como un guante.

¿No tengo después de aquello el derecho de reencontrar el descanso necesario para situar nuevamente el fondo de mi ser?

¡Oh, Peter! ¿En qué me has transformado? ¿Qué quieres de mí? ¿En qué va a terminar todo esto? ¡Ah!, con esta nueva experiencia comienzo a entender a Elli y a sus dudas. Si yo fuera mayor y él me pidiese que me casara con él, ¿qué le contestaría? Sé honesta, Ana. No podrías casarte con él, pero también te es difícil dejarlo. Peter aún tiene poco carácter, muy poca voluntad, muy poco valor y fortaleza moral. Moralmente es sólo un niño, no mayor que yo; no pide otra cosa que felicidad y paz.

En realidad, ¿es que yo no tengo más que catorce años? ¿Soy todavía una escolar inmadura? ¿Una muchachita sin experiencia desde todo punto de vista? No. Yo tengo más experiencia que los demás; tengo una experiencia que poseen pocas personas de mi edad. Me temo a mí misma; temo que mi deseo me arrastre y temo que no pueda mantenerme en el camino recto, más tarde, con los demás muchachos. ¡Oh, qué difícil es! Existen el corazón y el cerebro, siempre el uno y el otro; cada uno habla en su momento, pero ¿cómo saber si he elegido bien el momento?

Tuya, Ana.

Martes 2 de mayo de 1944

Querida Kitty:

La noche del sábado le pregunté a Peter qué le parecía el que yo le contara algo a papá; aceptó, tras cierta vacilación. Ello me alegró, pues era la prueba de un sentimiento puro. Cuando volví a mi alojamiento me ofrecí para ir inmediatamente a buscar el agua con papá. En la escalera le dije:

–Papá, seguramente comprenderás que cuando me encuentro con Peter no permanecemos sentados a un metro de distancia el uno del otro. ¿Qué te parece? ¿Lo encuentras malo?

Papá no contestó en seguida.

–No, yo no lo encuentro malo, Ana –dijo luego–, pero aquí, en este espacio tan reducido, considero que sería mejor que fueras prudente.

Agregó algo más acerca de lo mismo durante nuestros estudios. El domingo por la mañana me llamó para decirme:

–Ana, he meditado sobre lo que me preguntaste.

Yo empezaba a tener miedo.

–Nuestra estadía en el Anexo no es la más indicada para el flirteo. Yo los creía buenos amigos. ¿Qué sucede? ¿Se ha enamorado Peter?

–Nada de eso, en absoluto –repuse.

–Sí, desde luego yo los comprendo perfectamente a ambos, pero es mejor guardar las distancias; no vayas tan seguido a su cuarto, aléjate un poco, es mejor para él. En estos asuntos el hombre es activo y la mujer puede resistirlo. En una vida normal, cuando se circula libremente las cosas son muy distintas: tú estás obligada a ver a otros muchachos y amigas, puedes irte, practicar deportes, estar al aire libre; pero aquí, encontrándose a cada rato, puede ocurrir que desees irte y no seas capaz de hacerlo. Si no me equivoco, se ven a cada momento. Sé prudente, Ana, y no lo tomes demasiado en serio.

–No lo tomo en serio, papá. Peter es muy correcto y muy amable.

–Sí, pero no tiene mucho carácter. Se deja influir fácilmente tanto por lo bueno como por lo malo. Espero que no pierda su corrección porque en el fondo es bueno.

Seguimos conversando un poco y acordamos con papá que él hablaría también con Peter.

El domingo por la tarde, en el desván, Peter me preguntó:

–¿Qué, Ana?, ¿conversaste con tu padre?

–Sí –dije–, iba a contártelo. Papá no ve en lo nuestro nada malo, pero dice que aquí, donde estamos amontonados, ello nos puede conducir fácilmente a algún equívoco...

–Convinimos, ¿verdad?, en que nunca tendríamos problemas. ¡Yo estoy firmemente decidido a cumplir con lo dicho!

–Yo también, Peter. Pero papá no sospechaba nada, nos creía sólo buenos amigos. ¿No crees que esto es lo que somos?

–Claro que sí. ¿Y tú?

–Yo también. Le dije a papá que tengo plena confianza en ti. Porque es verdad, Peter. Tengo tanta confianza en ti como en papá. Te estimo como a él. No me equivoco, ¿verdad?

–Espero que no.

Se sintió intimidado y enrojeció ligeramente.

–Yo creo en ti, Peter –continué–; estoy segura de que tienes carácter y de que te abrirás paso en la vida.

Conversamos sobre toda clase de cosas; después le dije:

–Sé que cuando salgamos de aquí tú ya no pensarás en mí.

Él dio un respingo:

–¡No es cierto, Ana! ¡Oh, no! ¡No tienes ningún derecho a pensar eso de mí!

Me llamaron.

Papá le habló. Peter me lo contó hace un momento.

–Tu padre creía que esta amistad podía transformarse perfectamente en amor, pero yo le contesté que ambos nos cuidaríamos de esto.

Papá ha vuelto a decirme que me aleje un poco y que espacie mis visitas nocturnas al cuarto de Peter; pero yo no pienso lo mismo. Repuse que no solamente me siento a gusto en compañía de Peter, sino que confío en él; para probárselo, quiero estar con él; de lo contrario, mi ausencia sería

una prueba de desconfianza.

Y desde luego que lo hago.

Entretanto, el drama Dussel también amainó. El sábado en la tarde, durante la comida, se disculpó en excelente holandés. Van Daan se condujo como un caballero. Dussel debe haber pasado un día completo aprendiéndose la lección.

El domingo, día de su cumpleaños, transcurrió sin novedad. Recibió una botella de un buen vino por parte de los Van Daan, un pote de legumbres en escabeche y una caja con hojas de afeitar. Kraler le obsequió un tarro de mermelada, Miep un libro y Elli una planta. Él nos regaló a cada uno un huevo.

Tuya, Ana.

Miércoles 3 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Empiezo por las pequeñas noticias de la semana. La política ha tomado vacaciones; nada, absolutamente nada que comentar. Poco a poco empiezo a creer que habrá un desembarco, imposible dejar que los rusos se las arreglen solos; por lo demás, tampoco ellos están activos actualmente.

¿Te conté que nuestro Boschi ha desaparecido? Desaparecido sin dejar rastros desde el jueves último. O está ya en el cielo de los gatos o ya un aficionado a la carne hizo con él un plato delicioso. Tal vez alguna muchacha se adornará con su piel. Esta idea entristece a Peter.

Desde el sábado almorzamos a las doce y media; por economía, el desayuno consiste sólo en una taza de avena. Aún cuesta encontrar legumbres: en el almuerzo comimos ensalada cocida podrida. Ensalada cruda o cocida, espinacas..., ése es nuestro menú; no hay otra cosa excepto las papas podridas: ¡una invención deliciosa!

No se necesita gran imaginación para comprender esta eterna letanía de la desesperación: "¿Para qué sirve esta guerra? ¿Por qué los hombres no pueden vivir en paz? ¿Por qué esta destrucción?"

Pregunta comprensible pero nadie ha dado con la respuesta. En realidad, ¿por qué se fabrican en Inglaterra aviones cada vez mayores con bombas cada vez más potentes y, simultáneamente, habitaciones comunitarias para la reconstrucción? ¿Por qué se gastan millones en la guerra y no hay un centavo para la medicina, los artistas y los pobres?

¿Por qué hay hombres que padecen hambre mientras en otras regiones del mundo los alimentos se pudren porque sobran? ¿Por qué los hombres se han vuelto locos? Jamás creeré que los responsables de la guerra sean únicamente los poderosos, los gobernantes y los capitalistas. Al hombre de la calle también le gusta hacerla. Si no fuera así, hace rato que los pueblos se habrían rebelado. Los hombres han nacido con el instinto de destruir, de masacrar, de asesinar y de devorar. Hasta que toda la humanidad, sin excepción, no sufra un cambio enorme, la guerra imperará; las reconstrucciones, las tierras cultivadas serán nuevamente arrasadas y a la humanidad sólo le quedará empezar una vez más. A menudo me he sentido agobiada pero nunca aplastada; nuestra estadía aquí la considero como una aventura peligrosa que el riesgo la hace romántica e interesante. Cada una de nuestras privaciones la considero como algo divertido para registrarlo en mi Diario. He decidido, de una vez por todas, hacer una vida diferente de la de las simples dueñas de casa. Mis comienzos son buenos, son interesantes y sólo por eso puedo reírme de una situación cómica que se produce en momentos de gran peligro.

Soy joven, muchas de mis cualidades están aún sin desarrollar, soy joven y lo suficientemente fuerte para vivir esta gran aventura que ya forma parte de mí, y no acepto quejarme todo el santo día. He sido favorecida con un carácter optimista por mi alegría y mi fortaleza. Cada día siento que estoy creciendo interiormente, siento que se acerca la libertad, que la naturaleza es hermosa; siento la bondad de quienes me rodean ¡y siento cuán interesante es esta aventura! ¿Por qué he de desesperarme?

Tuya, Ana.

Viernes 5 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Papá no está contento conmigo; esperaba que yo dejara espontáneamente de subir cada noche al cuarto de Peter. Empieza a parecerle mal esta junta. No me gusta oír esa palabra. ¿No fue lo suficientemente poco convencional al hablar de eso? ¿Por qué entonces me envenena? Hoy lo discutiré con él. Margot me ha dado buenos consejos. Esto es, más o menos, lo que pienso decirle:

"Papá, creo que tú esperas que te dé una explicación. Aquí la tienes: tú estás defraudado porque hubieras querido que yo guardara distancias; seguramente quieres que a mi edad yo sea una muchacha correcta, tal como tú la has formado. Pero te equivocas.

"Desde que estamos aquí, es decir desde julio de 1942, y hasta hace muy poco, mi vida no ha sido nada de fácil. Si tú supieras cuántas lágrimas he derramado de noche, cuán desgraciada me sentía completamente sola, comprenderías mejor por qué quiero estar con Peter.

"Ello no se produjo de la noche a la mañana. Logré vivir sin el apoyo de mamá o de quienquiera que fuese, a costa de luchas, de muchas luchas y lágrimas. Me costó caro llegar a tener la independencia que ahora tengo. Puedes reírte y no creerlo, pero ello no me importa. Tengo conciencia de haber crecido sola y no me siento responsable hacia ustedes. Si te digo todo esto es porque no quiero que pienses que me hago la misteriosa; con respecto a mis actos, me siento responsable de mí misma.

"Cuando me encontraba completamente sola, todos ustedes, y tú también, cerraron los ojos y se taparon los oídos. No me ayudaron; por el contrario, sólo recibí retos porque era demasiado bulliciosa. Al llamar la atención en esa forma yo pensaba acallar mi pena, me empecinaba en hacer callar mi voz interior. Durante más de un año y medio interpreté la comedia, día tras día, sin lamentarme, sin apartarme de mi papel, sin desfallecer. Ahora la lucha terminó. Gané, me tomo mi desquite. Soy independiente física y espiritualmente, ya no necesito una madre; me he hecho fuerte a fuerza de luchar.

"Y ahora que estoy segura de haberme desquitado, quiero seguir sola mi camino, el camino que creo que es el correcto. Tú no puedes, no debes considerarme una niña de catorce años porque todas estas miserias me han hecho madurar; voy a actuar según mi conciencia y no me arrepentiré de mis actos.

"Sé que puedes prohibirme que me junte con Peter. O me lo prohíbes por la fuerza o confías en mí en todo y para todo, ¡y déjame en paz!"

Tuya, Ana.

Sábado 6 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Ayer, antes de la comida, eché en el bolsillo de papá una carta con lo que ya te he contado. Estuvo inquieto la noche entera, según Margot. (Yo estaba arriba, lavando los platos). ¡Pobre Pim! ¡Qué impresión debe haberle producido la carta! ¡Es tan sensible! Puse inmediatamente en guardia a Peter para que no le dijera ni le preguntara nada. Pim no ha intentado discutir el asunto conmigo. ¿Partida ganada?

Todo anda como sobre algodones. Las noticias del exterior son increíbles: un cuarto kilo de té cuesta 350 florines; medio kilo de café, 80 florines; la mantequilla, 35; cada huevo, 1,45. ¡Se pagan 14 florines por cien gramos de tabaco búlgaro! Todos trafican en el mercado negro. Cada niño tiene algo que ofrecer. El muchacho del panadero nos ha conseguido unos hilitos de seda para zurcir a 0,90 florines; el lechero fabrica tarjetas de racionamiento falsas y un empresario de pompas fúnebres trafica con el queso. Diariamente hay un asalto, un asesinato o un robo; los agentes de la policía participan en ellos como profesionales pues cada uno quiere llenar su estómago en una u otra forma; como el alza de salarios está prohibida, la gente se ve empujada a cometer delitos. A la policía le sobra trabajo con la búsqueda de niños perdidos; cada día desaparecen muchachas de quince, dieciséis y diecisiete años.

Tuya, Ana.

Domingo por la mañana, 7 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Larga conversación con papá ayer por la tarde; lloré terriblemente y él lloró conmigo. ¿Sabes qué me dijo, Kitty?

–He recibido muchas cartas en mi vida, ¡pero ésta es la más hiriente de todas! Tú, Ana, a quien tus padres quieren tanto, unos padres que siempre han estado dispuestos a defenderte y que siempre lo han hecho, ¿tú pretendes no tener responsabilidad alguna con nosotros? Pretendes que te abandonamos, que te dejamos sola, que somos injustos contigo... No, Ana. Eres tú quien comete un grave error al ser tan injusta. Tal vez no querías decir eso. Pero lo has escrito. ¡No, Ana! ¡No merecemos esos reproches!

¡Oh, fue horrible el haber cometido ese error! Es lo más bajo que he hecho en mi vida. Para que él me respetara yo no he hecho más que engreírme hablando de mis lágrimas y de mi pena con la petulancia de una persona mayor. He pasado muchas penas, es cierto, pero acusar así al bueno de Pim, a él que lo ha hecho todo por mí y sigue haciéndolo, fue más que bajo.

Si me ha hecho salir de mi torre de marfil, tanto mejor. Tanto mejor si mi orgullo ha recibido un pequeño golpe. Porque yo era demasiado petulante. ¡Señorita Ana, lo que usted ha hecho está lejos de ser perfecto! ¡Causar intencionalmente una pena semejante a alguien a quien se dice querer, no es más que una bajeza, una gran bajeza!

Lo que me da más vergüenza es la forma en que papá me ha perdonado; va a quemar la carta y está tan amable conmigo que uno creería que el culpable es él. ¡No, Ana! ¡Te falta mucho por aprender todavía! ¡En vez de encarar a los demás y acusarlos, sería mejor que volvieras a empezar!

Es cierto que he tenido penas. Pero todos los de mi edad pasan por ello, ¿verdad? Yo interpretaba una comedia antes de tener conciencia de qué estaba haciendo; me sentía sola, pero rara vez vencida. Debo avergonzarme de ello y me avergüenzo terriblemente.

Lo hecho, hecho está; pero uno puede corregirse. Quiero volver a empezar desde el principio, quiero hacerlo y no debe resultar tan difícil pues tengo a Peter. ¡Con su ayuda podré hacerlo!

Ya no estoy sola en el mundo. Él me quiere, yo lo quiero, tengo mis libros, los cuentos que escribo y mi Diario; no soy muy fea ni muy tonta; soy de naturaleza alegre... y debo tratar de tener buen carácter. ¡Ese es mi objetivo!

Sí, Ana. Ya te diste cuenta. Tu carta fue demasiado dura y un grave error; y, como si fuera poco, ¡estabas orgullosa de haberla escrito! Tomando como ejemplo a papá, conseguiré corregirme.

Tuya, Ana.

Lunes 8 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Aún no te he contado nada acerca de mis orígenes, ¿verdad? Creo que no; es una razón para comenzar en seguida. Los padres de papá eran muy ricos. Su padre había hecho fortuna solo y su madre provenía de una familia acaudalada y distinguida. La juventud de papá fue una vida de "hijito de papá". Cada semana había una fiesta, un baile, residencias suntuosas, lindas muchachas, banquetes, etc. Toda esa riqueza se perdió con la primera guerra mundial y la inflación. Papá, con su esmerada educación, debe haberse reído ayer, cuando por primera vez en sus cincuenta y cinco años de vida tuvo que rasquetear a fondo la estufa.

Mamá también tuvo padres ricos. Muchas veces escuchamos boquiabiertos sus relatos de fiestas de matrimonios con doscientos cincuenta invitados, comidas y bailes de sociedad. Ahora ya no puede decirse que somos ricos, pero confío en que después de la guerra nos reharemos.

Al revés de mamá y de Margot, estoy segura de que yo no me contentaría con una vida llena de restricciones. Me gustaría estar un año en París y un año en Londres para estudiar idiomas y la historia del arte. ¡Comparado con Margot, que aspira a ser matrona en
Palestina! Tengo la imaginación llena de vestidos hermosos y de personas interesantes. Como ya te he dicho, quiero ver algo del mundo, adquirir experiencias. Para ello un poco de dinero no vendría mal.

Hoy en la mañana conversamos con Miep acerca de una fiesta de compromiso a la que estuvo invitada. Tanto el novio como la novia pertenecen a familias adineradas; la fiesta fue extraordinariamente elegante. Miep nos ha dejado con la boca abierta con la descripción del menú: sopa de legumbres con albóndigas, queso, pancitos, ensaladas con huevos, rosbif, torta de moka, vinos y cigarrillos, todo a discreción (mercado negro).

Miep se tomó diez vasos de aguardiente. No está mal para una antialcohólica, ¿no? Si ella bebió tanto me pregunto cuánto habrá bebido su marido. Naturalmente todos los invitados estaban un poco achispados. Entre ellos había dos policías militares que fotografiaron a los novios. Pareciera que Miep no puede olvidar ni un instante a sus protegidos clandestinos: sabiendo que ellos eran de los "buenos", anotó inmediatamente el nombre y la dirección de ambos hombres por si alguna vez los necesita.

Miep logró que se nos hiciera agua la boca. Nosotros, que nos contentamos con dos cucharadas soperas de avena como desayuno y que tenemos el estómago vacío gran parte del tiempo ya que comemos únicamente espinacas medio cocidas (para no perder sus vitaminas) y papas podridas, ensalada cruda o cocida, y nuevamente espinacas. Nos morimos de hambre con la esperanza de llegar a ser fuertes como Popeye..., ¡aunque nadie tenga la menor prueba de ello!

Si Miep nos hubiera podido llevar a esa fiesta de compromiso, te aseguro que no le habríamos dejado un solo pan a los demás invitados. Te cuento que estábamos literalmente pegados a ella, sacándole las palabras de la boca como si nunca hubiéramos oído hablar de buenas comidas y de personas distinguidas.

Y esto le pasa a las nietas de un millonario. ¡Qué extrañas vueltas tiene la vida!

Tuya, Ana.

Martes 9 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Mi cuento Ellen, el hada madrina está terminado. Lo he copiado de nuevo en un lindo papel de carta con adornos en tinta roja y lo he cosido todo. No quedó mal, pero ¿no es demasiado poco para el aniversario de matrimonio de papá? No estoy segura. Margot y mamá han compuesto, por su parte, una felicitación en verso.

Esta tarde apareció el señor Kraler con la noticia de que la señora M., que antes trabajaba en el negocio haciendo demostraciones, ha dicho que desea venir a prepararse su café a la oficina, todos los días, a las dos. ¿Comprendes? Nuestros protectores no podrán subir a nuestra casa y tampoco podrán entregarnos las papas, habrá que suprimir el almuerzo de Elli, nos prohibirán usar el W.C., no podremos movernos, etc.

Todos nos hemos devanado los sesos para encontrar pretextos que la disuadieran de su idea. El señor Van Daan sugirió ponerle en su café un laxante fuerte.

–¡Ah, no! –repuso el señor Koophuis–. Cualquier cosa menos eso porque no saldría nunca de la incubadora.

Carcajadas.

–¿De la incubadora? –preguntó la señora–. ¿Qué significa eso? –y agregó ingenuamente:

–¿Puede usarse esa palabra?

–¡Qué esperanza! –contestó Elli, riendo–. Si usted entra en un gran almacén y pregunta dónde queda la incubadora, nadie le comprenderá.

Hace buen tiempo, Kitty. Un tiempo estupendo. ¡Ah, si pudiera salir!

Tuya, Ana.

Miércoles 10 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Anteayer estábamos estudiando en el desván nuestra lección de francés, cuando de pronto oí que caía agua. Iba a preguntarle a Peter qué era pero él ya había corrido al sitio donde se hallaba el origen del desastre. Mouschi, encontrando que su "incubadora" estaba demasiado llena, hacía sus necesidades al lado, mientras Peter, con mano firme, intentaba poner al gato en el sitio indicado. Se produjo un estrépito y el culpable, una vez que terminó, huyó por la escalera.

Mouschi había intentado usar en parte su recipiente con aserrín. Sus orines se deslizaron desde la buhardilla, por una rendija, hasta el techo del desván, desgraciadamente justo encima de las papas. Y como el techo del desván tiene una cuantas rendijas, unas gotas amarillas cayeron sobre un montón de medias y algunos libros que se encontraban sobre la mesa. Yo estaba muerta de la risa porque el incidente era realmente cómico: Mouschi oculto debajo de una silla, Peter con el cloro y un trapo, y Van Daan calmando a todo el mundo. El desastre fue arreglado rápidamente pero nadie ignora que el pipí de gato tiene un olor atroz. No sólo las papas de ayer lo testificaron sino que también el aserrín que papá quemó.

Tuya, Ana.

P.D. Ayer y hoy por la noche, transmisión de nuestra bien amada reina, que toma vacaciones para regresar a Holanda con nuevas fuerzas. Habló de su regreso en un futuro cercano, de liberación, de heroísmo y de pesadas cargas.

Luego, un discurso del ministro Gerbrandy. Finalmente un sacerdote imploró a Dios para que vele por los judíos y por todos los que se encuentran en los campos de concentración, en las cárceles y en Alemania.

Tuya, Ana.

Jueves 11 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Puede parecerte raro, pero estoy tan ocupada en este momento que me falta tiempo para acabar con todo el trabajo que se me ha juntado. ¿Te cuento todo lo que debo hacer? Pues bien, mañana tendré que terminar la biografía de Galileo porque hay que devolver el libro a la biblioteca. Sólo comencé ayer pero me las arreglaré para terminarlo.

Durante la próxima semana tengo que leer *Palestina op de Tweesprong*[21] y el segundo tomo de *Galileo*. Ayer terminé la primera parte de la *Vida de Carlos V* y tengo que ordenar todas las notas y los árboles genealógicos. Tengo, además, las notas de otros libros, un total de tres páginas de palabras extranjeras para pasar en limpio y que después deberé aprenderme de memoria. Está también mi colección de artistas de cine, que se ha transformado en un tremendo revoltijo y necesito absolutamente clasificarla; pero este caos me ocuparía algunos días y temo que por el momento tendrá que quedar abandonada a su suerte, pues la profesora Ana, como ya te dije, se siente ahogada.

Teseo, Edipo, Orfeo y Hércules me esperan; esperan que mi cabeza se ordene porque sus aventuras se han metido en ella como un tejido de hilos enredados y multicolores. Mirón y Fidias también tienen urgente necesidad de ser estudiados, pues si no corren el riesgo de desaparecer del cuadro. Igual cosa ocurre con la Guerra de los Siete Años y la de los Nueve Años; se me confunden terriblemente.

¡Cómo arreglármelas con una memoria tan mala como la mía! ¡Prefiero no pensar qué me pasará a los ochenta años!

Y me olvido de la Biblia... me pregunto cuánto tiempo me demoraré en llegar a Susana en el baño. ¿Y qué significan los pecados de Sodoma y Gomorra? ¡Cuántas preguntas y cuántas cosas por aprender! He abandonado completamente a *Liselotte von der Pfalz*. Ya ves, Kitty, que me siento ahogada.

Otra cosa aún. Ya sabes desde hace tiempo cuál es mi mayor deseo: llegar a ser periodista y más tarde escritora famosa. ¿Seré capaz de realizar mi anhelo? ¿O es mi manía de grandeza? Habrá que verlo, pero hasta aquí los temas no me faltan. En todo caso después de la guerra me gustaría publicar una novela sobre el Anexo. No sé si lo lograré, pero mi Diario me servirá de fuente. Además del Anexo se me han ocurrido otros temas. Cuando hayan tomado forma te hablaré de ellos largamente.

Tuya, Ana.

Sábado 13 de mayo de 1944

Mi muy querida Kitty:

Ayer, por fin, fue el cumpleaños de papá, que coincidió con sus diecinueve años de matrimonio. La empleada no estaba en la oficina y el sol brillaba como aún no lo había hecho en 1944. Nuestro castaño está en plena floración de arriba abajo; sus ramas están cargadas de hojas y mucho más lindas que el año pasado.

Koophuis le regaló a papá una biografía de Lineo. Kraler, un libro sobre la naturaleza. Dussel, *Amsterdam te Water*[22], Van Daan apareció con una caja enorme envuelta muy artísticamente; contenía tres huevos, una botella de cerveza, una botella de yogurt y una corbata verde. Comparado con esto nuestro pote de dulce parecía insignificante. Mis rosas huelen deliciosamente bien y los claveles de Miep y de Elli, aunque no tienen olor, son muy lindos. Pim ha sido muy festejado. Trajeron cincuenta pastelitos: ¡exquisitos, fantásticos! Papá regaló galletas y cerveza a los caballeros y yogurt a las damas. Todo el mundo lo ha pasado bien.

Tuya, Ana.

Martes 16 de mayo de 1944

Mi muy querida Kitty:

Para variar un poco, tras un tiempo en el que no he tratado el tema te cuento la pequeña discusión que hubo anoche entre el señor y la señora Van Daan.

Señora: Los alemanes deben de haber reforzado el Muro del Atlántico en forma increíble. Harán cuanto esté en su poder para impedir que los ingleses desembarquen. A pesar de todo, ¡es formidable la fortaleza de los alemanes!

Señor: ¡Sí, sí! Colosal.

Señora: Si...

Señor: A la larga ganarán la guerra. ¡Son demasiado fuertes estos alemanes!

Señora: Es muy posible. Pero aún no estoy convencida de lo contrario.

Señor: Prefiero no continuar respondiéndote.

Señora: No puedes impedirlo. Es superior a tus fuerzas.

Señor: ¿Qué quieres?, te contesto sin decir nada.

Señora: Pero de todos modos me contestas, aunque sólo sea para tener razón. Sin embargo tus pronósticos están siempre lejos de realizarse.

Señor: Hasta ahora no me he equivocado.

Señora: ¡Mentira! Opinabas que el desembarco sería el año pasado, que Finlandia ya habría firmado la paz, que Italia quedaría aniquilada en el invierno, que los rusos se apoderarían de Lemberg. ¡Oh, no! Tus pronósticos valen muy poco.

Señor (levantándose): Bueno, ¿por qué no cierras la boca? ¡Cuando tenga razón te la demostraré! Ya estoy hasta la coronilla con tus tonterías y espero el momento de restregártelo todo por la nariz.

Fin del primer acto.

Yo estaba por estallar de risa y mamá también. Peter se mordía los labios. ¡Oh, la incapacidad de los mayores! Antes de lanzar sus opiniones delante de los hijos, sería mejor que empezaran por aprender algo.

Tuya, Ana.

Viernes 19 de mayo de 1944

Querida Kitty:

He vomitado y no me siento bien desde ayer. He tenido dolor de estómago y todas las calamidades imaginables. Hoy amanecí algo mejor. Tengo bastante hambre pero prefiero no comer los porotos colorados de esta noche.

Entre Peter y yo todo sigue bien. El pobre muchacho necesita mucho más que yo algo de ternura. Todavía se ruboriza cada noche con el beso de adiós y jamás deja de mendigar otro. ¿Seré lo suficientemente buena para consolarlo por la pérdida de Boschi? Esto no le importa mucho porque está feliz desde que sabe que alguien lo quiere.

Luego de mi difícil conquista domino un poco la situación. Pero no hay que pensar que mi amor ha disminuido. Peter es un encanto, pero en lo que se refiere a mí, en lo que se relaciona con el fondo de mí misma, me he cerrado nuevamente. Si él quiere romper la armadura una vez más necesitará una lanza mucho más fuerte.

Tuya, Ana.

Sábado 20 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Anoche, cuando regresaba del cuarto de Peter y entraba en casa vi que el florero de los claveles estaba en el suelo, mamá de rodillas con un trapo y Margot intentando recoger mis papeles.

–¿Qué pasa? –pregunté inquieta, quedándome inmóvil.

Mi carpeta de árboles genealógicos, mis cuadernos, mis libros, ¡todo flotaba! Estuve a punto de llorar y me trastorné tanto que hablé a tontas y a locas; no recuerdo qué dije, pero Margot me ha contado que pronuncié exageraciones tales como "irrevocablemente perdido, horroroso, atroz, irreparable", y sabe Dios qué otras cosas. Papá soltó la risa y también Margot y mamá; pero yo, yo tenía lágrimas en los ojos viendo perdido todo mi trabajo y mis minuciosas anotaciones.

Visto de cerca, el "daño irreparable" no era tan serio. En el desván separé cuidadosamente unos papeles de otros y los colgué para que se secaran. Viéndolos, yo también me reí. María de Médicis colgaba al lado de Carlos V y Guillermo de Orange al lado de María Antonieta, cosa que hizo exclamar a Van Daan: *Rassenschande!*[23]. Dejé a Peter vigilando mis papeles y me fui.

–¿Qué libros se han estropeado? –pregunté a Margot, que revisaba mi tesoro.

–El de álgebra –dijo Margot.

Fui en seguida a verificarlo, pero lamento decir que ni siquiera mi libro de álgebra se había echado a perder; nunca he detestado tanto un libro como aquel mamotreto. En su portadilla aparecen los nombres de al menos veinte propietarios anteriores; está ajado, amarillento, lleno de garabatos y de correcciones. ¡Cualquier día me volveré vándala y haré pedazos aquel innoble libraco!

Tuya, Ana.

Lunes 22 de mayo de 1944

Querida Kitty:

El 12 de mayo papá perdió una apuesta con la señora Van Daan y ha tenido que darle cinco potes de yogurt. El desembarco no se ha efectuado aún; puedo afirmar con seguridad absoluta que en toda Amsterdam, en toda Holanda, sí, en toda la costa occidental de Europa hasta España, nadie hace otra cosa que hablar y discutir sobre el desembarco, apostar y... esperar.

La atmósfera de espera no puede ser más tensa. Gran parte de aquellos que incluimos entre los "buenos" holandeses ya no creen en los ingleses; a nadie convence el famoso bluff inglés –¡oh, no, lejos de eso!–; hay quienes ahora necesitan pruebas, acciones grandes y heroicas. Nadie mira más allá de la punta de su nariz, nadie piensa en los ingleses como personas que se defienden y luchan por su país; todo el mundo cree que están obligados a salvar a Holanda lo más rápido y mejor posible.

¿Qué obligaciones tienen los ingleses con nosotros? ¿Qué han hecho los holandeses para merecer la ayuda generosa que esperan con tanta seguridad? Aunque sea triste decirlo, los holandeses deben prepararse para las decepciones; a pesar de todo su bluff, Inglaterra sólo tiene reproches que hacer a los otros países grandes y pequeños actualmente ocupados. Indudablemente los ingleses no vendrán a pedirnos disculpas, porque si podemos culparles de que se hayan dormido durante los años en que Alemania se armaba, no podríamos negar que todos los otros países, y en especial los limítrofes con Alemania, se durmieron igual. De nada nos serviría la política del avestruz. Inglaterra y el mundo entero lo saben muy bien. Por eso los aliados, todos y cada uno, y sobre todo Inglaterra, tendrán que hacer duros sacrificios. Ningún país querrá sacrificar a sus hombres por el interés de otro país. Inglaterra no va a ser la excepción. El desembarco, la liberación y la libertad llegarán un día, pero la hora la fijarán Inglaterra y Norteamérica y no un conjunto de países ocupados.

Con un dolor que nos tiene consternados hemos sabido que muchas personas se han vuelto en contra de los judíos. Nos han dicho que el antisemitismo se ha apoderado de ciertos círculos donde jamás antes alguien hubiera pensado en ello. Los ocho nos sentimos hondamente, muy hondamente apesadumbrados. La causa de este odio contra los judíos es entendible, incluso humanamente, pero es inadmisible. Los cristianos culpan a los judíos de tener, ante los alemanes, la lengua demasiado larga, traicionando a sus protectores y haciendo sufrir a los cristianos, por culpa de los judíos, la muerte horrible y la tortura de tantos de nosotros.

Todo ello es cierto, pero hay que mirar el reverso de la medalla. ¿Los cristianos, en nuestro lugar, actuarían de otra manera? ¿Un hombre, sea judío o cristiano, es capaz de callar ante los medios que usan los alemanes? Todo el mundo sabe que es prácticamente imposible. ¿Por qué exigir, entonces, lo imposible a los judíos?

En los grupos de la Resistencia se rumorea que los judíos alemanes que antaño emigraron a Holanda y que están actualmente en los campos de concentración de Polonia, no podrían, tras la derrota de Hitler, volver a Holanda, donde tenían derecho a asilo; se les obligaría a regresar a Alemania.

Cuando uno oye eso, ¿no es lógico preguntarse por qué sostenemos esta guerra tan larga y dolorosa? ¿Se nos ha repetido continuamente que combatimos juntos por la libertad, la verdad y el derecho! Si en pleno combate ya se habla de división, ¿el judío saldrá perdedor en este combate una vez más? ¡Oh! Qué triste es tener que admitir el antiguo dicho: "De la mala acción de un cristiano responde él mismo; la mala acción de un judío recae sobre todos los judíos".

La verdad es que en eso no puedo comprender a los holandeses, un pueblo bueno, honesto y leal que si nos juzga así, juzga al pueblo más oprimido, al más desventurado y quizás al más digno de compasión del mundo entero.

No me queda otra que confiar en que esta ola de odio contra los judíos sea pasajera, en que los holandeses se mostrarán muy luego tales como son, manteniendo intactos su sentido de la justicia y su integridad. Porque el antisemitismo es injusto.

Y si este espanto llegara realmente a suceder, el pobre puñado de judíos que queda en Holanda tendría que dejarla. También nosotros tomaríamos nuestras cosas y recomenzaríamos la marcha, abandonando a este bello país que nos recibió tan cordialmente y que, sin embargo, nos vuelve la espalda.

Amo a Holanda. Había confiado incluso en que me serviría de patria, a mí, apátrida, y sigo confiando en ello.

Tuya, Ana.

Jueves 25 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Cada día pasa algo. Esta mañana arrestaron a nuestro proveedor de legumbres; tenía a dos judíos en su casa. Es un terrible golpe para nosotros no sólo porque otros dos pobres judíos están al borde del abismo, sino porque el proveedor se encuentra también en el mismo problema.

El mundo está loco; personas decentes son enviadas a los campos de concentración, a las prisiones, o tiemblan aún en celdas solitarias, mientras la hez gobierna a jóvenes y viejos, a ricos y pobres. A uno lo detienen por mercado negro, a otro por haber alojado a judíos o a rebeldes; el que no está en contacto con la N.S.B. jamás sabe qué puede sucederle mañana.

¡Que falta nos hará nuestro proveedor de legumbres! Miep y Elli no van a poder traernos esas enormes bolsas de papas sin llamar la atención; sólo nos queda comer menos. Te cuento qué es lo que vamos a hacer; no será divertido. Mamá ha propuesto que suprimamos el desayuno, que comamos avena en el almuerzo y papas salteadas por la noche, y una o dos veces por semana, a lo sumo, alguna legumbre o ensalada. Esto significa hambre. Pero todas estas renuncias no son nada comparadas con el espanto de que nos descubran.

Tuya, Ana.

Viernes 26 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Al fin tengo un poco de tranquilidad para escribirte serena, sentada ante mi mesita, frente a una ventana entreabierta apenas.

Estoy de un mal humor como no lo había estado desde hace meses; ni siquiera después del robo me sentí así, completamente fuera de mi centro. Por una parte, el proveedor de legumbres, el problema de los judíos –del que todo el mundo habla sin parar–, el desembarco que no llega, la mala alimentación, la tensión nerviosa, la atmósfera depresiva, la decepción que me ha producido Peter; y, por otra parte, hechos como para soñar: el noviazgo de Elli, recepción el día de Pentecostés, flores, etc.; luego, el cumpleaños de Kraler, con pasteles, salidas a los cabarets, cines y conciertos. ¡Esta diferencia, este gigantesco contraste!... Un día nos da risa lo cómico de nuestra vivienda forzosa; otro –es decir gran parte de los días-, tiritamos de miedo; la angustia, la espera y la desesperación se ven en cada rostro.

El peso de nuestra vida en el Anexo es más notorio en Miep y Kraler, que en los demás. Miep, con su trabajo interrumpido, y Kraler, aplastado por la gran responsabilidad contraída; aún es dueño de sus nervios, demasiado tensos, pero hay momentos en que apenas puede pronunciar una palabra. Koophuis y Elli todavía se ocupan muy bien de nosotros, pero tienen más respiro: algunas horas de ausencia –un día, a veces dos días– que les permiten olvidarse del Anexo. Tienen sus propias preocupaciones. Koophuis acerca de su salud y Elli, que acaba de comprometerse, en días no precisamente rosas... Aparte de eso, pueden hacer excursiones, visitas, una vida completa de personas libres. Pueden alejarse de la atmósfera sombría, aunque sólo sea por poco tiempo. Para nosotros la tensión va siempre en aumento. Ya hace años que dura esto. ¿Cuánto tiempo más seremos capaces de resistir esta presión insoportable que aumenta diariamente?

Como se taparon los desagües, tenemos que hacer correr el agua con gotario; vamos al W.C. provistos de un cepillo y conservamos el agua sucia en un recipiente enorme. Por hoy, esto es aguantable, ¿pero qué haremos si el gásfiter no puede arreglárselas solo? El Servicio de Higiene no viene hasta el martes.

Miep nos envió un pan de centeno con la inscripción: "Feliz Pentecostés". Suena casi a burla. ¿Cómo ser "feliz" en el estado en que estamos? Tras el arresto del proveedor de legumbres el miedo reina con toda su intensidad. ¡Chis, chis!, por todos lados. Todo se habla a media voz. ¡Si la policía ha forzado la puerta del proveedor de legumbres estamos en igual peligro que él! Si nosotros... No. No tengo derecho a escribirlo, pero esta preocupación no quiere abandonarme; al contrario, todas las angustias pasadas se apoderan de mí con mayor fuerza que nunca.

Esta noche, al ir al W.C. alrededor de las ocho, he tenido que dejar el piso de los Van Daan, donde se hallaban todos reunidos alrededor de la radio; quería ser valiente, pero era difícil. Junto a los demás todavía me siento segura, relativamente segura; pero completamente sola, sé que la casa es grande y que está abandonada; los ruidos de arriba, amortiguados, son misteriosos; además están los bocinazos de afuera. Tiemblo cuando eso no me resulta rápido y nuestra situación se me hace presente en mi espíritu.

Más de una vez me he preguntado si para todos nosotros no habría sido mejor el no habernos ocultado y estar muertos a la hora presente, antes de sufrir todas estas calamidades; especialmente por nuestros protectores, quienes, al menos, no pasarían peligro. Pero ni siquiera este pensamiento nos hace retroceder: aún amamos la vida, no hemos olvidado la voz de la naturaleza, y pese a todo continuamos esperando. Que pase algo pronto, que lleguen las bombas si es necesario, porque ellas no podrían destruirnos más que esta angustia. Que llegue el fin, aunque sea duro; al menos sabremos si al fin de cuentas hemos de vencer o morir.

Tuya, Ana.

Miércoles 31 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Hizo un calor tan horrible el sábado, el domingo y el lunes, que me fue imposible sujetar la lapicera en mi mano. No pude, pues, escribirte. La cañerías volvieron a taparse el viernes y las arreglaron el sábado.

El domingo apareció Elli para saber si habíamos recibido alguna visita indeseada y se quedó a desayunar con nosotros. El lunes de Pentecostés Van Santen estuvo como guardián del Anexo; por fin el martes pudimos abrir nuevamente las ventanas.

Raras veces hemos tenido un Pentecostés tan agradable, cálido y podría decirse que hasta caluroso. En el Anexo hace un calor horrible. Te describiré brevemente estos días sofocantes con ejemplos de las quejas que se oyen:

Sábado: "Qué lindo día, qué buen tiempo hace", nos dijimos todos por la mañana. "¡Ah, si no hiciera tanto calor!", exclamábamos al atardecer, cuando cerramos las ventanas.

Domingo: "Hace un calor realmente insufrible. La mantequilla está derritiéndose; no hay un solo sitio fresco en toda la casa, el pan se está poniendo duro, la leche se vuelve agria, está prohibido abrir las ventanas y nosotros, infelices proscritos, estamos aquí sofocándonos mientras otros gozan del feriado de Pentecostés".

Lunes: "Me duelen los pies, no tengo ropa más delgada. Soy incapaz de lavar los platos con este calor", se queja la señora Van Daan. Fue muy desagradable".

Me es imposible tolerar este calor, así es que me alegro de que hoy esté corriendo un buen vientecillo sin que el sol deje de brillar.

Tuya, Ana

Lunes 5 de junio de 1944

Querida Kitty:

Nuevo altercado en el Anexo: Los Frank han peleado con Dussel por una insignificancia: el reparto de la mantequilla.

Capitulación de Dussel. Gran amistad entre este último y la señora Van Daan; flirt, besitos y dulces sonrisas. Dussel necesita mujer.

Roma ha caído en poder del 5º Ejército, sin destrucción ni bombardeos.

Pocas legumbres, pocas papas. Mal tiempo. El paso de Calais y la costa francesa están bajo las bombas continuamente.

Tuya, Ana.

Martes 6 de junio de 1944

Querida Kitty:

"Hoy, D-Day", ha transmitido la B.B.C. a mediodía, y con motivo: *This is the day*. ¡El desembarco ha comenzado!

Esta mañana, a las ocho, la B.B.C. anunció bombardeo a gran escala en Calais, Boloña, El Havre y Cherburgo, y también del paso de Calais (como habitualmente). Medidas de precaución para los territorios ocupados: todos los habitantes de la zona que se extiende a 35 kilómetros de la costa están expuestos a los bombardeos. Si es posible, los aviones ingleses lanzarán bengalas una hora antes.

Según la transmisión alemana, tropas inglesas se habrían lanzado en paracaídas sobre la costa francesa. Combate entre los barcos de desembarco y la marina alemana, según la B.B.C.

Opiniones en el Anexo, a partir de las nueve, durante el desayuno: ¿se trata de una maniobra de desembarco, como la de Dieppe, hace dos años?

Transmisión inglesa en alemán, holandés, francés y otros del "verdadero" desembarco. Transmisión inglesa en alemán, a las once: discurso del comandante en jefe, el general Dwight Eisenhower.

A mediodía, en inglés: *Stiff fighting will come now, but after this the victory. The year 1944 is the year of the complete victory. Good luck!*[24]

La B.B.C. en inglés, una hora más tarde: once mil aviones dejan caer constantemente tropas en paracaídas detrás de las líneas. Cuatro mil navíos, además de pequeñas embarcaciones, aseguran el servicio fluido de transporte de tropas y de material entre Cherburgo y El Havre. Las operaciones de las tropas inglesas y americanas han comenzado. Discursos de Gerbrandy, del primer ministro de Bélgica, del rey Haakon de Noruega, de De Gaulle para Francia, del rey de Inglaterra, sin olvidar el de Churchill.

El Anexo es un volcán en erupción. ¿Se acerca realmente la libertad tan largamente esperada? Esa libertad de la que tanto se ha hablado, ¿no es demasiado hermosa, demasiado fantástica para que se transforme en realidad? Este año, 1944, ¿nos dará la victoria? Todavía no lo sabemos, pero la esperanza nos hace renacer, nos devuelve el valor, nos restituye la fortaleza. Porque vamos a tener que soportar valientemente muchas angustias, privaciones y sufrimientos. Hay que permanecer tranquilos y resistir. Desde ahora, y como nunca, deberemos enterrarnos las uñas en la carne en vez de gritar. Le llegó el momento a Francia, Rusia, Italia y también a Alemania, de hacer oír su miseria; con respecto a nosotros, todavía no tenemos derecho.

¡Oh, Kitty! Lo más hermoso del desembarco es la idea de que podré juntarme con mis amigos. Después de haber tenido el cuchillo en la garganta, de haber estado tanto tiempo oprimidos por esos horribles alemanes, no podemos dejar de sentirnos llenos de confianza, pensando en la salvación y en los amigos.

No sólo se trata de judíos. Ahora se trata de Holanda entera y de toda la Europa ocupada. Margot dice que tal vez yo pueda ir a la escuela en septiembre o en octubre.

Tuya, Ana.

P.D. Te tendré informada de las últimas noticias.

Durante la noche y la mañana siguiente los aliados lanzaron monigotes llenos de explosivos tras las líneas alemanas. También gran cantidad de paracaidistas pintarrajeados de negro como camuflage. A las siete de la mañana tocaron tierra las primeras lanchas de desembarco. Esa noche se habían dejado caer 5 millones de kilos de bombas sobre ese borde costero.

Hoy actuaron veinte mil aviones. Cuando el desembarco se produjo las baterías alemanas ya habían sido completamente acalladas. Se había logrado construir una pequeña cabecera de puente. Todo anda bien pese al mal tiempo.

El ejército aliado y la zona ocupada tienen *one will and one hope*[25].

Viernes 9 de junio de 1944

Querida Kitty:

El desembarco sigue viento en popa. Los aliados están en Bayeux, un puerto pequeño de la costa francesa y se lucha por Caen. El objetivo estratégico consiste en rodear la península de Cherburgo. Cada noche las transmisiones de los corresponsales de guerra hablan de las dificultades, del valor y del entusiasmo del ejército, citando ejemplos realmente increíbles. También algunos heridos, trasladados a Inglaterra, han hablado ante el micrófono. Pese al mal tiempo, la R.A.F. no interrumpe sus vuelos. Supimos por la B.B.C. que Churchill quiso participar del desembarco junto a sus hombres, pero que tuvo que abandonar su proyecto por consejo de Eisenhower y otros generales. ¡Que valor el de este anciano de setenta años!

Aquí ya nos hemos repuesto algo de la emoción, confiando en que la guerra termine antes de finalizar el año. ¡Ya es hora! La señora Van Daan nos latea con sus tonterías; como ya no puede volvernos locos con el desembarco, las arremete contra el mal tiempo durante todo el santo día. Deberíamos meterla en una bañera llena de agua fría y abandonarla en la buhardilla.

Todos los del Anexo, salvo Van Daan y Peter, han leído la trilogía Rapsodia húngara, que trata sobre la vida del gran músico y niño prodigio que fue Franz Lizt. Es un interesante libro, pero en él se habla demasiado de mujeres. Lizt no sólo fue el mayor y más famoso pianista de su tiempo, sino también el mayor don Juan hasta los setenta años de edad. Convivió con la duquesa Marie d'Agould, la princesa Carolina Sayn-Wittgenstein, la bailarina Lola Montez, la pianista Agnes Kingworth, la pianista Sophie Menter, la princesa Olga Janina, la baronesa Olga Meyendorff, la actriz Lilla no-sé-cuánto, etc., etc. La lista no tiene fin. Las partes más interesantes del libro son las que tratan sobre música y arte. Aparecen Schuman, Clara Wieck, Héctor Berlioz, Johannes Brahms, Beethoven, Joachim, Richard Wagner, Hans von Bülow, Anton Rubinstein, Fredéric Chopin, Victor Hugo, Honoré de Balzac, Hummel, Czerny, Rossini, Cherubini, Paganini, Mendelsson, etc.

Personalmente Lizt era un hombre agradable, muy generoso y modesto en cuanto a sí mismo, pero muy superficial. Ayudaba a todo el mundo y su arte lo era todo para él. Lo enloquecían el coñac, las mujeres y no soportaba las lágrimas; era caballeroso, jamás habría dejado de hacer un favor, no le importaba el dinero y era partidario de la libertad religiosa y política.

Tuya, Ana.

Martes 13 de junio de 1944

Querida Kitty:

De nuevo pasó mi cumpleaños. Tengo quince años. Recibí bastantes regalos.

La *Kunstgeschiedenis*[26], de Springer, en cinco tomos; además, un collar, dos cinturones, un pañuelo, dos potes de yogurt, un frasquito de mermelada, una gran torta y un libro sobre botánica, de papá y mamá. Una pulsera de Margot, un libro (*Patria*) de los Van Daan, arvejitas de Dussel, chocolates y cuadernos de Miep y Elli, y la mayor sorpresa, un libro: *María Theresa*, y tres tajadas de queso verdadero, de Kraler. Y un magnífico ramo de peonías de Peter. ¡Pobre muchacho! Hizo tantos esfuerzos por encontrar algo, pero no le resultaron.

El desembarco continúa a pedir de boca, pese al mal tiempo, las tormentas, las lluvias torrenciales y el mar tempestuoso.

Churchill, Smuts, Eisenhower y Arnold visitaron ayer, en Francia, los pueblos conquistados y liberados por los ingleses. Churchill hizo el cruce en un submarino que torpedeó la costa. Debemos creer en que ese hombre, como otros muchos, no conoce el miedo. ¡Envidiable!

Desde el Anexo no es posible pulsar la moral de los holandeses. Sin duda la gente se alegra de haber visto a la Inglaterra "incapaz" (!) levantarse por fin. Los holandeses que aún se atreven a hablar despectivamente de los ingleses, que continúan calumniando a Inglaterra y a su gobierno de ancianos señores, llamándoles cobardes aunque odien a todos los alemanes, deberían ser sacudidos como sus almohadas: al cerebro extraviado hay que reacomodarlo mejor.

Hacía dos meses que no me llegaba la menstruación, pero finalmente me llegó el sábado. Me alegro, pese a la molestia que me causa.

Tuya, Ana.

Miércoles 14 de junio de 1944

Querida Kitty:

Ansias, deseos, pensamientos, acusaciones y reproches acosan mi cerebro como un ejército de fantasmas. Yo no me hago muchas ilusiones como los demás. Conozco mis innumerables defectos mejor que cualquiera; pero hay una diferencia: yo sé que tengo la firme voluntad de cambiar y de lograrlo, ya que compruebo un progreso evidente.

Entonces, ¿cómo es posible que todos sigan hallándome tan demasiado presuntuosa e inmodesta? ¿Soy, en verdad, tan presuntuosa? ¿Lo soy realmente yo, o acaso lo son los otros? Esto no conduce a nada, lo comprendo, pero no voy a borrar la última frase, aunque suene rara. A la señora Van Daan, mi principal acusadora, todos le conocen su falta de inteligencia y, puedo decirlo tranquilamente, su estupidez. Por lo general, los tontos no pueden soportar a alguien más inteligente o más perspicaz que ellos.

La señora me cree tonta porque soy más rápida que ella para comprender las cosas; cree que soy inmodesta porque ella lo es mucho más; encuentra mis vestidos demasiado cortos porque los suyos son aún más cortos. También me juzga presuntuosa porque ella es doblemente más presuntuosa que yo cuando habla de cosas de las que no tiene la menor idea. Escucha este, uno de mis proverbios preferidos: "Hay algo de cierto en cada reproche". Y estoy dispuesta a aceptar que soy presuntuosa.

Por otra parte, tampoco tengo muy buen carácter y te aseguro que nadie me reta y me critica como lo hago yo misma. Entonces, si mamá sigue atosigándome con sus buenos consejos, las prédicas se acumulan y se hacen tan insoportables que al desesperarme por no poder salir de ese círculo me vuelvo insolente y empiezo a contradecirla. Y recurro, por último, a la misma frasecita: "¡Nadie quiere comprenderme!"

Es una idea que tengo clavada en mí y por discutible que parezca tiene, pese a todo, su pizca de verdad. Todas las acusaciones que se me hacen toman a menudo proporciones tales que siento sed de una voz alentadora que cure esas heridas y se interese algo por lo que pasa en mi interior. ¡Ay! Por mucho que busque, todavía no hallo esa voz.

Sé que esto te induce a pensar en Peter, ¿verdad, Kitty? Sí, Peter me quiere. No como enamorado, sino como amigo. Su devoción aumenta con los días. Sin embargo, no comprendo qué nos estanca a los dos, qué misterio nos separa. A veces pienso en que aquel deseo irresistible que me empujaba hacia él era exagerado, pero debo estar equivocada porque si decido no juntarme con él por un par de días seguidos, mi deseo es mayor que nunca... Peter es bueno y amable, pero no puedo negar que muchas de sus cosas me decepcionan. Le echo en cara, especialmente, que reniegue de su religión; además, sus conversaciones acerca de la alimentación y otras cosas que me desagradan muestran que tenemos varias divergencias. Pero continúo convencida de que no debemos pelear nunca. Peter es pacífico, tolerante y muy indulgente. No permitiría que su madre le dijera las cosas que yo le digo y hace grandes esfuerzos por mantener sus cosas en orden. Sin embargo, se mantiene como único dueño de su alma. ¿Por qué no logro llegar a ella? Su naturaleza es mucho más cerrada que la mía, cierto, pero hasta las naturalezas más herméticas sienten en algún momento la necesidad irresistible de abrirse, y mucho más que las otras. Estoy en condiciones de saberlo.

Peter y yo hemos pasado nuestros años de formación en el Anexo. Conversamos una y otra vez del futuro, del pasado y del presente; pero como ya te dije, me falta lo esencial, aun sabiendo tácitamente de que existe.

Tuya, Ana.

Tuya, Ana.

Jueves 15 de junio de 1944

Querida Kitty:

Tal vez es la nostalgia del aire libre, al estar privada de él por tanto tiempo, la que me hace añorar más que nunca la naturaleza. Aún recuerdo todavía perfectamente que antes jamás me sentía tan fascinada por un cielo azul deslumbrante, por los pájaros cantores, por un claro de luna, por las plantas y las flores. Aquí he cambiado.

El día de Pentecostés, por ejemplo, hacía mucho calor y me sentí con ganas de permanecer despierta hasta las once y media para mirar completamente sola, aunque fuera una vez, la luna a través de la ventana. ¡Pero ay! el sacrificio no sirvió de nada, pues la luna brillaba tan intensamente que yo no podía arriesgarme a abrir la ventana. En otra ocasión –hace varios meses de ello–, había subido casualmente al cuarto de los Van Daan una noche en que su ventana estaba abierta. Estuve ahí hasta que la cerraron. Noche oscura y lluviosa, tormenta y nubes huidizas. Por primera vez, en un año, frente a frente con la noche, estaba bajo el imperio de su hechizo. Desde entonces, mi deseo de revivir un momento semejante se hizo superior a mi miedo por los ladrones, por las ratas y la oscuridad. Una vez bajé sola a mirar por la ventana de la oficina privada y por la de la cocina. Muchas personas encuentran hermosa a la naturaleza. Muchos pasan la noche a campo raso; los de las cárceles y de los hospitales esperan el día en que podrán gozar nuevamente del aire libre; pero hay pocos como nosotros, enclaustrados y aislados con su nostalgia de algo accesible tanto a los pobres como a los ricos.

Mirar el cielo, las nubes, la luna y las estrellas me apacigua y me devuelve la esperanza; no es, en verdad, imaginación. Es un remedio mucho más eficaz que la valeriana y el bromuro. La naturaleza me da humildad y me entrena a soportar los golpes con valor.

Se diría, ¡ay!, que estaba escrito que al mirar –en raras ocasiones, desde luego– la naturaleza, tenga que hacerlo a través de vidrios sucios o de visillos llenos de polvo. Mi gozo se esfuma pues la naturaleza es la única cosa que no aguanta ser deformada.

Viernes 16 de junio de 1944

Querida Kitty:

La señora Van Daan está desesperada y habla de cárcel, de ahorcarse, de suicidio y de meterse una bala en el cráneo. Está celosa porque Peter se confía a mí y no a ella. Se siente vejada porque Dussel no corresponde a sus insinuaciones. Tiene miedo de que su marido se fume el dinero completo de su abrigo de pieles. Se pasa el día peleando, insultando, llorando, quejándose y riendo, para recaer en las peleas.

¿Qué hacer con una chiflada que pasa lloriqueando? Nadie la toma en serio. No tiene carácter, se queja de todo el mundo, provoca la insolencia de Peter, la irritación del señor Van Daan, ya molesto, y el cinismo de mamá. Es algo lamentable. Sólo queda una cosa por hacer: tomarlo todo a la broma y no preocuparse de los demás. Esto parecerá egoísmo, que es en esencia el único medio de defensa cuando una sólo puede contar consigo misma.

Kraler fue llamado nuevamente para un trabajo forzado de cuatro semanas. Intentará librarse mediante un certificado médico y una carta comercial. Koophuis piensa en si se opera o no de su úlcera. Ayer, a las once, todas las líneas telefónicas privadas fueron cortadas.

Tuya, Ana.

Viernes 23 de junio de 1944

Querida Kitty:

Nada especial que anotar. Los ingleses comenzaron su gran ofensiva contra Cherburgo. Pim y Van Daan están seguros de que nos liberarán antes del 10 de octubre. Los rusos toman parte en las operaciones; ayer comenzaron la ofensiva contra Witebsk; es decir, tres años después de la invasión alemana.

Estamos ya casi sin papas; en el futuro, cada uno vigilará su parte durante el reparto.

Tuya, Ana.

Martes 27 de junio de 1944

Mi muy querida Kitty:

La moral se ha elevado. Todo va bien y hasta bastante bien. Cherburgo, Witebsk y Slobin cayeron hoy. Numerosos prisioneros. Gran botín. Ahora los ingleses pueden desembarcar lo que quieran, material y todo, porque tienen un puerto. Tienen el Cotentin entero, tres semanas después del desembarco. ¡Esos ingleses! ¡Qué increíble éxito! Durante las tres semanas, contadas desde el día D, no ha habido ni un solo día sin lluvia o tormenta tanto aquí como en Francia. Pese a esta mala suerte, los ingleses y los americanos han demostrado su fuerza, ¡y cómo! Aunque la V2, la famosa arma secreta, haya entrado en acción, ello significa únicamente destrozos en Inglaterra y material publicitario para la prensa nazi. Por lo demás, los nazis tiritarán más fuerte cuando se den cuenta de que el "peligro bolchevique" no está lejos.

La totalidad de las mujeres alemanas de la región costera que no trabajan para la Wehrmacht son evacuadas a Groninga, Friesland y la Gueldre. *Mussert* [27] ha declarado que en caso de desembarco en nuestra tierra se pondrá el uniforme de soldado. ¿Va a pelear el gordiflón? Debería haber comenzado algo antes, en Rusia. Finlandia, que había rechazado el ofrecimiento de paz, ha roto nuevamente las conversaciones; tendrán de qué arrepentirse esos idiotas. ¿Serías capaz de decirme dónde estaremos el 27 de julio?

Tuya, Ana.

Viernes 30 de junio de 1944.

Querida Kitty:

Mal tiempo y la radio dice: *Bad weather at a stretch to the 30th of June*[28].

¡Qué sabihonda! ¿he? Puedo ya jactarme de mis progresos en inglés; la prueba es lo que estoy leyendo: *An Ideal Husband*[29], con diccionario. Noticias excelentes: Bobroisk, Mogilef y Orsja han caído. Numerosos prisioneros.

En casa las cosas van all right, la moral muchísimo mejor. Nuestros optimistas transforman en triunfo todos los acontecimientos. Elli ha cambiado de peinado. Miep tiene una semana de licencia. Estas son las últimas novedades.

Tuya, Ana.

Jueves 6 de julio de 1944

Querida Kitty:

Se me aprieta el corazón cuando Peter empieza a decir que más tarde podría perfectamente transformarse en un ladrón o hacerse especulador. Aunque sepa que está bromeando, no por ello dejo de tener la impresión de que se asusta de su propia debilidad de carácter. Tanto Margot como Peter me repiten a menudo: "¡Ah, si uno pudiera ser tan fuerte y valeroso como tú, tan perseverante! ¡Si tuviéramos tu energía y tenacidad!..."

Me pregunto si es una cualidad esto de no dejarse influir. Yo sigo el camino que me indica mi conciencia; quién sabe si tengo o no razón.

En realidad me es difícil comprender al que dice: "Yo soy débil", y sigue siendo débil. Si se tiene conciencia de ello, ¿por qué no remontar la corriente y corregir el propio carácter? A esto Peter contesta: "Porque es mucho más fácil", lo que me desalienta un poco. ¿Fácil? ¿Quiere decir que una vida perezosa y deshonesta equivale entonces a una vida fácil? No. Me niego a creerlo; no es posible dejarse seducir tan fácilmente por la debilidad y... el dinero.

He meditado largamente sobre la forma de contestarle y de incitar a Peter a que tenga confianza en sí mismo, sobre todo a corregirse; pero no sé si mi razonamiento es justo.

Yo me imaginaba que tener la confianza de alguien era maravilloso, y ahora que lo he conseguido empiezo a ver cuán difícil es identificarse con el pensamiento de otro, encontrar la palabra justa para responderle. Tanto más cuando los conceptos "fácil" y "dinero" son totalmente nuevos y extraños para mí. Peter comienza a depender, en cierto modo, de mí y yo no lo permitiré, pase lo que pase. Una persona como Peter ya hace bastante al sostenerse sobre sus propias piernas, pero le será más difícil hacerlo como hombre consciente de la vida. Como tal, es doblemente duro cerrarse un camino a través del océano de los problemas, sin dejar de ser recto y perseverante. Esto me vuelve pensativa; durante días enteros busco y rebusco cómo curarle radicalmente de esa palabra terrible: "fácil".

Lo que cree tan fácil y tan hermoso lo arrastrará a una nada donde no hay apoyo ni cosa alguna vinculada con la belleza; un abismo del cual es casi imposible salir. ¿Qué hacer para que lo comprenda?

Todos vivimos sin saber por qué ni para qué y buscamos siempre la felicidad; vivimos juntos pero de manera distinta cada uno. Los tres fuimos educados en un buen ambiente, estamos capacitados para el estudio, tenemos la posibilidad de realizar algo y muchas razones para esperar la felicidad, pero... el merecerla depende de nosotros. Realizar algo fácil no exige ningún esfuerzo. Hay que practicar el bien y trabajar para merecer la felicidad, y no se llega a ella a través de la especulación y la flojera. La flojera seduce, el trabajo satisface.

No entiendo a las personas que desprecian el trabajo, aunque no es el caso de Peter. Lo que le falta es un objetivo determinado; se considera poco inteligente y demasiado mediocre para lograr éxito. ¡Pobre muchacho! Jamás ha sabido lo que es hacer felices a los demás y eso yo no se lo puedo enseñar. La religión no significa nada para él: habla de Jesucristo burlándose y blasfema; yo tampoco soy ortodoxa pero me da pena cada vez que noto su desdén, su soledad y su pobreza de alma.

Quienes tienen una religión deben alegrarse, porque no a todo el mundo se le ha dado el don de creer en lo celestial. Ni siquiera es necesario temer el castigo después de la muerte; no todos aceptan el purgatorio, el infierno y el cielo, pero una religión, sea cual sea, mantiene a los hombres en el camino recto. El temor a Dios hace que uno estime su propio honor, su propia conciencia. ¡Qué hermosa sería la humanidad, y qué buena, si, por la noche, antes de dormirse, cada uno examinara qué le sucedió durante el día y qué hizo, tomando en cuenta cuándo actuó bien y cuándo actuó mal! Inconscientemente y sin dudarlo cada uno se esforzaría por mejorarse, y es probable que pasado un tiempo se encontrara frente a un buen resultado. Todo el mundo puede ensayar este recurso simple, que no cuesta nada y que sirve indudablemente para algo. "En una conciencia tranquila radica nuestra fuerza". Quien no lo sepa puede aprenderlo y hacer la prueba.

Tuya, Ana.

Sábado 8 de julio de 1944

Querida Kitty:

El apoderado M.B. ha vuelto del campo con una enorme cantidad de frutillas polvorientas, llenas de arena, pero frutillas. Unas veinticuatro cajitas para la oficina y para nosotros. De inmediato comenzamos la tarea y esa misma noche tuvimos la satisfacción de contar con seis potes de conservas y ocho frascos de mermelada. A la mañana siguiente Miep propuso que preparáramos la mermelada para los de la oficina.

A las doce y media, como el campo estaba libre en toda la casa y cerrada la puerta de entrada, subimos el resto de las cajitas. En la escalera, desfile de papá, Peter y Van Daan. La pequeña Ana quedó a cargo del calentador del baño y del agua caliente. Margot, de traer los frascos. ¡La tripulación en pleno trabajando! Yo me sentía ahogada en aquella cocina de la oficina, llena hasta reventar, y esto en pleno día, con Miep, Elli, Koophuis, Henk y papá. Parecía la quinta columna del reaprovisionamiento.

Es evidente que los visillos de las ventanas nos aíslan, pero nuestras voces y los portazos me ponen la carne de gallina. Hasta llegué a pensar que ya no estábamos ocultos. Tuve la sensación de que teníamos derecho a salir. Una vez llena la cacerola, a subirla en seguida... El resto de la familia se encuentra en nuestra cocina, alrededor de la mesa, limpiando frutillas, llevándose más frutillas a la boca que a las vasijas. Muy pronto hubo que pedir otro pote y Peter fue a buscar uno a la cocina de abajo..., desde donde oyó llamar dos veces. Deshaciéndose del pote, se precipitó detrás de la puerta-armario y la cerró cuidadosamente. Nos mantuvimos impacientes ante los grifos cerrados y las frutillas sin lavar, pero debíamos respetar la consigna: "En caso de que hubiera alguien en la casa, cerrar todas las llaves para evitar el ruido del agua escurriéndose por las cañerías".

Henk apareció a la una y nos informó que se trataba del cartero. Peter bajó nuevamente... para oír una vez más el timbre y volver a girar sobre sus talones. Yo me puse a escuchar, primero junto a la puerta-armario; luego avancé despacio hasta la escalera. Peter se me unió y ambos nos detuvimos para a oír las voces familiares de los nuestros. Peter bajó algunos peldaños:

–¿Elli? –llamó.

Ninguna respuesta... De nuevo:

–¿Elli?

El ruido de la cocina ahogaba la voz de Peter. De un salto, echó a correr hacia abajo. Con los nervios en tensión, yo me quedé en el lugar, y escuché:

–Ándate, Peter. Ha venido el contador. No puedes continuar aquí.

Era la voz de Koophuis. Peter volvió dando suspiros de alivio y cerramos la puerta-armario. A la una y media, Kraler apareció por casa, exclamando:

–¡Caramba! Por donde paso no veo otra cosa que frutillas: frutillas en el desayuno, Henk come frutillas, ¡huelo frutillas en todas partes! Vine acá para librarme de esos granos rojos ¡y ustedes los están limpiando!

El resto de las frutillas se dejó en conserva. Durante la noche saltaron las tapas de dos frascos; de inmediato, papá transformó en mermelada a las frutillas de ambos frascos. A la mañana siguiente, otros dos frascos abiertos, y por la tarde cuatro, pues Van Daan no los había esterilizado bien. Papá hace mermelada cada noche.

Comemos la avena con frutillas, el yogurt con frutillas, el pan con frutillas, frutillas de postre, frutillas con azúcar y frutillas con arena. Durante dos días bailamos el vals de las frutillas. La reserva se acabó muy luego, salvo la de los frascos guardados bajo llave.

–Ven a ver, Ana –me llamó Margot–. El vendedor de legumbres de la esquina nos ha enviado arvejas frescas. Nueve kilos y medio.

–¡Qué amable! –contesté.

–Sí, muy amable; pero ahora nos toca pelarlas... ¡Puah!

–Mañana por la mañana todo el mundo a trabajar: hay que pelar las arvejas –anunció mamá.

Y así fue; a la mañana siguiente, la cacerola grande de fierro enlozado apareció sobre la mesa después del desayuno y pronto se llenó de arvejas hasta el borde. Quitarles la vaina es una lata y sacar la piel interior de las vainas, un verdadero arte; pocas personas saben lo deliciosas que son las vainas de arvejas cuando se les ha sacado la piel. Su sabor no es lo único; está, además, la gran

ventaja de disponer de una buena cantidad para comer.

Sacar esa piel interior es un trabajito muy preciso y minucioso, más indicado para los dentistas pedantes y los burócratas aficionados a la precisión; para una impaciente como yo es un suplicio. Empezamos a las nueve y media; a las diez y media me levanto; a las once y media vuelvo a sentarme. Cortar las puntas, quitar los hilos, sacar la piel y separarla de la vaina, etc., etc. La cabeza me da vueltas. Verdor, verdor, gusanito, hilito, vaina podrida, vaina verde, verde, verde.

Se convierte en una obsesión. Hay que hacer algo. Y yo me pongo a charlar despreocupadamente de todas las idioteces imaginables. Hago reír a todo el mundo y estoy casi a punto de desmayarme por el embrutecimiento. Cada hilo que saco me reafirma, mejor que cualquier otra cosa, que nunca seré únicamente dueña de casa.

A mediodía almorzamos por fin, pero después se reanuda el trabajo hasta la una y cuarto. Cuando terminamos siento una especie de mareo; los otros también. Dormí hasta las cuatro y todavía me siento embrutecida por las arvejas.

Tuya, Ana.

Sábado 15 de julio de 1944

Querida Kitty:

... Leímos un libro de la biblioteca con el atrayente título de *Hoe Vindt U Het Moderne Jonge Meisje*?[30]. Me gustaría hablarte del tema.

La autora (pues es mujer), que critica a fondo a la "juventud de hoy" sin desaprobarla por completo, opina que si la juventud quisiera podría ayudar a construir un mundo mejor y más hermoso, puesto que dispone de los medios; en lugar de ello, dice, la juventud prefiere dedicarse a cosas superficiales, sin mirar lo que es esencialmente hermoso.

Algunos párrafos me dan la impresión de ser atacada personalmente por la autora, y por ello quiero defenderme abriéndome ante ti.

La característica más acusada de mi carácter –así lo admitirán quienes me conocen mejor– es el conocimiento de mí misma. Puedo mirar todos mis actos como si fueran cometidos por una extraña. Yo me encuentro, delante de esta Ana de todos los días, sin prejuicio y sin querer disculparla de manera alguna, con el objeto de observar si lo que hace está bien o está mal. Esta "conciencia de mí misma" no me abandona jamás; no puedo decir nada sin que ella acuda a mi espíritu. "Debiera haber dicho esto otro"; o bien: "Eso es, está bien". Me acuso de innumerables cosas y cada vez estoy más convencida de esta frase de papá: "Cada niño se da su propia educación". Los padres sólo pueden aconsejarnos e indicarnos el camino a seguir, pero la formación profunda de nuestro carácter está en nuestras propias manos.

Agrega a eso que yo tengo un gran valor para vivir, que me siento siempre muy fuerte, muy dispuesta a enfrentar lo que venga, ¡y que me siento muy libre y muy joven! Cuando por primera vez me di cuenta de esto me sentí feliz porque creo que no sucumbiré fácilmente bajo golpes de los que nadie está libre.

Pero ya te he hablado varias veces de ello. Preferiría detenerme en el capítulo "Papá y mamá no me comprenden". Mis padres me han regaloneado siempre, han sido siempre amables conmigo, siempre me han defendido y han hecho cuanto podían como padres. Pese a esto, me he sentido espantosamente sola durante mucho tiempo; sola, excluida, abandonada e incomprendida. Papá ha hecho todo lo posible por suavizar mi rebeldía, pero no ha servido de nada; me he curado yo misma reconociendo mis errores y aprendiendo de ellos.

¿Cómo es posible que nunca, durante mis dificultades, papá haya podido ser un apoyo para mí, y que, al tenderme una mano de socorro no haya acertado? Papá no ha recapacitado lo suficiente: me ha tratado siempre como a una niña que pasa por la edad del pavo. Es algo que parece raro, porque papá es el único que ha confiado en mí y el único, también, que me ha hecho sentir que soy inteligente. Lo que no impide que se le haya ido una cosa: mis problemas por ir contra la corriente –eran infinitamente más importantes para mí que todo el resto–, y en esto no pensó. Yo no quería oír hablar de "edad del pavo", de "otras muchachas" y de que "eso ya pasará"; yo no quería ser tratada como una muchacha-igual-que-las-otras, sino única y exclusivamente como Ana-tal-cual-es. Pim no lo comprende. Yo sería, por otra parte, incapaz de confiarme a alguien que no se abriera completamente conmigo, y como sé demasiado poco de Pim no puedo aventurarme enteramente sola en su intimidad.

Pim se pone siempre en el punto de vista del padre, una persona mayor que ya conoce esta clase de problemas porque pasó por ellos, y los juzga, por lo tanto, triviales; de manera que es incapaz de compartir mi amistad aun cuando la busque con todas sus fuerzas.

Todo eso me ha llevado a la conclusión de no hacer partícipe a nadie, salvo a mi Diario y rara vez a Margot, de mi concepto de la vida y de mis teorías sobre las que he reflexionado mucho. Todo cuanto me conmovía se lo he ocultado a papá; jamás compartí con él mis ideales y me aparté voluntariamente de él.

Me ha sido imposible actuar de otro modo; me he dejado conducir íntegramente por mis sentimientos y he actuado de acuerdo con mi conciencia para encontrar la paz. Mi tranquilidad y mi equilibrio los he construido sobre una base inestable y los perdería completamente si tuviera que aguantar críticas sobre esta obra aún inconclusa. Por duro que parezca, ni a Pim le permitiría inmiscuirse, pues no sólo no le he dejado participar de mi vida interior sino que a menudo lo molesto con mi mal genio, alejándolo aún más de mí.

Esto me da mucho qué pensar: ¿cómo es posible que Pim me moleste hasta ese extremo? No aprendo casi nada cuando estudio con él y sus caricias me parecen poco naturales; me gustaría estar tranquila y, sobre todo, me gustaría que me dejara más en paz... hasta cuando vea ante él a una Ana mayor, más segura de sí misma. ¿Es ésta la razón? Porque el recuerdo de su reproche sobre mi maligna carta me sigue doliendo. Es muy difícil ser verdaderamente fuerte y valeroso desde todos los puntos de vista.

Pero ésta no es la causa de mi mayor decepción. No. Peter me preocupa mucho más que papá. Tengo claro que soy yo quien le conquistó y no viceversa: lo idealicé, viéndolo aislado, sensible y amable, como un muchacho que necesitaba afecto y amistad. Había llegado al punto en que necesitaba alguien en quien descargar mis sentimientos, un amigo que me mostrara el camino que debía seguir, y atrayéndole lenta pero sostenidamente hacia mí lo conquisté, no sin dificultad. Finalmente, luego de haber despertado en él su amistad por mí, hemos llegado, a pesar nuestro, a relaciones íntimas que, si lo pienso bien, ahora creo inadmisibles.

Hemos hablado de los asuntos más secretos pero hasta ahora hemos callado sobre lo que llenaba y sigue llenando mi corazón. Continúo sin formarme una imagen exacta de Peter. ¿Es superficial? ¿O lo defiende su timidez, incluso conmigo? Pero, dejando esto de lado, he cometido el grave error de alejar todas las otras posibilidades de asegurar nuestra amistad al tratar de acercarme a él mediante esas relaciones íntimas. Él sólo desea amar y yo le gusto cada día más; me doy cuenta muy bien de ello. En cuanto a él, nuestros encuentros le bastan. A mí, en cambio, me significan un nuevo esfuerzo, un volver a empezar cada vez, sin que pese a todo pueda decidirme a abordar las materias que tanto me agradaría aclarar. He atraído a Peter a la fuerza, mucho más de lo que él puede sospechar. Él se ata a mí pero todavía yo no he encontrado una forma radical de desatármelo para que pise con sus propios pies. Cuando me di cuenta –muy rápidamente, desde luego– de que no podía ser el amigo que participara de mis pensamientos, no he dejado de aspirar a elevarlo por sobre su horizonte limitado y a magnificarlo en su juventud.

Porque, "en el fondo, la juventud es más solitaria que la vejez". Esta frase, leída en ya no recuerdo qué libro, se me ha quedado en la memoria porque la encuentro exacta.

¿Es posible que nuestra permanencia aquí sea más difícil para los mayores que para los jóvenes? No. Desde luego que eso no es cierto. Las personas de edad ya tienen su opinión sobre todo y no vacilan de este modo antes de emprender sus actos. Nosotros los jóvenes tenemos que esforzarnos doblemente para mantener nuestras opiniones, en una época en que todo idealismo ha sido aplastado y deshecho, en que los hombres revelan sus peores defectos, en que la verdad, el derecho y Dios son cuestionados.

Quien piense que los mayores del Anexo llevan una vida mucho más difícil no comprende seguramente hasta qué punto nosotros somos acosados por los problemas... Problemas para los cuales tal vez seamos demasiado jóvenes, pero que igual se nos imponen hasta que, tras largo tiempo, creíamos haber hallado la solución, generalmente una solución que no parece resistir a los hechos, pues éstos terminan por destruirla. He aquí la dureza de nuestra época: apenas los ideales, los sueños, las bellas esperanzas han tenido tiempo de germinar en nosotros, son repentinamente atacados y totalmente destruidos por la cruel realidad.

Es asombroso que yo todavía no haya abandonado todas mis esperanzas, pues parecen absurdas e irrealizables. Sin embargo, me aferro a ellas, pese a todo, porque sigo creyendo que la bondad es innata en el hombre. Soy absolutamente incapaz de construirlo todo sobre una base de muerte, de miseria y de caos. Veo que el mundo se transforma cada día más en un desierto: oigo, cada día más fuerte, el retumbar del trueno que se acerca y que probablemente anuncia nuestra muerte; me compadezco del dolor de millones de personas; pero cuando miro el cielo pienso que todo ello cambiará y que todo volverá a ser bueno, que hasta estos días despiadados tendrán fin y que el mundo volverá a conocer el orden, la tranquilidad y la paz.

Mientras aquello llega, debo poner mis pensamientos al abrigo y cuidar de ellos por si en el futuro puedan llegar a ser todavía realizables.

Tuya, Ana.

Viernes 21 de julio de 1944

Querida Kitty:

Cada día hay más razones para confiar. Esto marcha. ¡Sí, realmente marcha muy bien! ¡Noticias increíbles! Tentativa de asesinar a Hitler, no de judíos, comunistas o capitalistas ingleses, sino de un general de la nobleza germánica, un conde y joven, además. La Divina Providencia ha salvado la vida del Führer, que sólo ha sufrido, ¡lástima!, algunos rasguños y quemaduras. Varios oficiales y generales de su séquito murieron o quedaron heridos. El cabecilla de los criminales ha sido fusilado.

Una buena prueba, ¿cierto?, de que muchos oficiales y generales están cansados de la guerra y verían con alegría y voluptuosidad descender a Hitler a los abismos más profundos. Tras la muerte de Hitler, los alemanes intentarían establecer una dictadura militar, un medio, según ellos, de hacer la paz con los aliados, la que les permitiría rearmarse y recomenzar la guerra veinte años después. Quizás la Providencia haya de adrede retardado algo el que nos libremos de él, pues será mucho más fácil para los aliados y también más ventajoso si los germanos puros y sin manchas se encargan de matarse entre sí. Mucho menos trabajo para los rusos y los ingleses, que podrán iniciar antes la reconstrucción de sus propias ciudades.

Todavía no hemos llegado a eso. ¡Cuidado con anticiparse! Sin embargo, lo que arriesgo ¿no es una realidad tangible, una realidad bien plantada sobre sus dos pies? Por excepción no tengo ganas de divagar acerca de idealismos imposibles. Hitler tuvo nuevamente la bondad de hablar a su fiel y abnegado pueblo, diciéndole que desde hoy todos los militares deberán obedecer a la Gestapo; además, cada soldado que sepa que uno de sus superiores está comprometido con este atentado miserable y cobarde, tiene el derecho de meterle una bala en el cuerpo sin más proceso que ése.

Qué hermoso va a ser. A Fritz le duelen los pies tras una marcha demasiado larga y su oficial lo reprende. Fritz toma su fusil y grita: "¡Tú has querido asesinar al Führer! ¡Cerdo! ¡Ten tu recompensa!" ¡Pum! Y el orgulloso jefe que tuvo la audacia de llamarle la atención al pequeño Fritz ha desaparecido para siempre en la vida eterna (o en la muerte eterna). ¿En qué otra forma quieres que la cosa termine? Los señores oficiales se van a ensuciar en sus calzoncillos del susto cada vez que vean a un soldado o tomen el mando y oigan que sus presuntos inferiores tengan la audacia de gritar más fuerte que ellos. Me entiendes, ¿o es que estoy loca? No puedo remediarlo. Me siento demasiado alegre para ser lógica, demasiado contenta al sentir renacer la esperanza de que podré sentarme de nuevo, en octubre, en los bancos de la escuela. ¡Oh, oh! ¿No dije hace un minuto que jamás hay que anticiparse? ¡Perdón, perdón! Por algo me llaman "amasijo de contradicciones".

Tuya, Ana.

Martes 1 de agosto de 1944

Querida Kitty:

"Amasijo de contradicciones" son las últimas palabras de mi carta anterior y las primeras de ésta. "Amasijo de contradicciones". ¿Puedes explicarme lo que es, con exactitud? ¿Qué significa "contradicción"? Como muchas otras palabras, tiene dos sentidos: contradicción exterior y contradicción interior.

El primer sentido es fácil entenderlo: no dejarse llevar por las opiniones ajenas, saber más que el otro, decir la última palabra; en fin, todas las desagradables características por las cuales se me conoce perfectamente. Pero con respecto al segundo, soy desconocida y ése es mi secreto.

Te he dicho ya que mi alma está, por así decirlo, dividida en dos. Una parte alberga mi alegría y mis burlas por cualquier motivo, mi alegría de vivir y, sobre todo, mi inclinación a tomarlo todo a la ligera. Oigo por aquí: no me molestes con tus flirteos, con un beso, con un abrazo o con un chiste inconveniente. Esta parte está siempre en acecho, deteniendo a la otra, que es más hermosa, más pura y más profunda. La parte hermosa de la pequeña Ana nadie la conoce, ¿cierto? Por eso hay tan pocos que me quieren verdaderamente.

Durante una tarde yo puedo hacer de payaso divertido, y con eso tienen todos para un mes. Es lo mismo que les pasa a las personas profundas con una película de amor: es una simple distracción para divertirse una vez y que se olvida pronto. No está mal. Pero si se trata de mí, sobre el "no está mal". Está todavía peor. Me molesta decírtelo. Pero ¿por qué no he de hacerlo si digo la verdad? Esta parte mía que toma la vida a la ligera, la parte superficial, se impondrá siempre a la parte profunda y, por lo tanto, será siempre la vencedora. Podrás imaginarte cuántas veces he tratado de rechazarla, de darle golpes, de ocultarla. Y eso que sólo se trata de la mitad de todo lo que se llama Ana. Pero no ha servido de nada y yo sé por qué.

Tirito de miedo cuando pienso que todos cuantos me conocen, tal como me veo, descubran que tengo otra parte, la más hermosa y la mejor. Temo que se burlen de mí, que me encuentren ridícula y sentimental, que no me tomen en serio. Estoy acostumbrada a que no me tomen en serio; pero es "Ana la Superficial" la que está acostumbrada y la que puede soportarlo; la otra, la "seria y tierna", no lo aguantaría. Cuando he logrado mantener a la fuerza a "Ana la Buena", durante un cuarto de hora, ella se crispa y se contrae como una santita apenas haya que levantar la voz y, cediendo la palabra a Ana número uno, desaparece antes de que yo me dé cuenta.

"Ana la Tierna" jamás ha aparecido en público; pero en la soledad su voz domina casi siempre. Sé perfectamente cómo me gustaría ser puesto que lo soy... interiormente. Pero, ¡ay!, soy yo la única que lo sabe. Y ésta es quizás, no, lo es seguramente, la razón por la cual yo llamo dichosa a mi naturaleza interior, mientras que los demás juzgan dichosa a mi naturaleza exterior. En mi interior, "Ana la Pura" me indica el camino; fuera de mí, soy sólo una cabrita que ha cortado su cuerda, alocada y petulante.

Como ya te lo dije, veo y siento las cosas de modo totalmente distinto a como las expreso hablando; por eso me llaman, alternadamente, volada, coqueta, pedante y romántica. A "Ana la Alegre" le da mucha risa, responde insolente, se encoge de hombros con indiferencia, demuestra que no le importa; pero ¡ay!, "Ana la Dulce" reacciona en forma contraria. Para ser absolutamente franca, te confesaré que aquello no me deja indiferente, que hago terribles esfuerzos por cambiar pero lucho siempre contra fuerzas superiores a mí.

Esa, a la que no se oye, llora dentro de mí: "Ya ves, ya ves a dónde has llegado: malas opiniones, rostros burlones o afligidos, rechazos, y todo ello porque no escuchas los buenos consejos de tu propia parte buena". ¡Ah, cuánto me gustaría escucharla! Pero tampoco me sirve de nada. Cuando me muestro seria y tranquila doy la impresión a todo el mundo de que interpreto una nueva comedia y recurro entonces a una pequeña broma para librarme. Ni siquiera hablo con mi propia familia que, convencida de que estoy enferma, me hace tragar píldoras contra las jaquecas y los nervios, me ausculta la garganta, me toca la cabeza para ver si tengo fiebre, me pregunta si no estoy resfriada y termina criticando mi mal genio. Es que no puedo soportarlo: cuando se preocupan demasiado de mí empiezo por volverme discutidora, luego triste, haciendo girar mi corazón una vez más para mostrar la parte mala y esconder la buena, y sigo buscando cómo llegar a ser la que tanto me gustaría ser, la que yo sería capaz de ser si... no existieran otras personas en el mundo.

Tuya, Ana.

[1] Las vacaciones de Daisy en la montaña (N. del E.)

[2] Iglesia que se encuentra en la misma calle, a unos 100 metros del edificio del Anexo. (N. del E.).

[3] Hanuka: Fiesta religiosa judía de la "dedicación" o inauguración del santuario, con el rito especial del encendido de las velas. (N. del E.)

[4] Ana está fuera del Anexo, mirando hacia el canal por una ventana de las oficinas del segundo piso. Allí el canal tiene unos 20 ó 30 metros de ancho y no es raro que haya una embarcación detenida junto a uno de sus bordes. (N. del E.)

[5] La llamada a la puerta (N. del Ed.)

[6] Esta festividad religiosa judía cae generalmente cerca de las de San Nicolás y de Navidad. Los holandeses festejan más San Nicolás que la Navidad. La Hanuka celebra, además, la resistencia de los macabeos a los dominadores del pueblo judío. (N.del E.)

[7] El hombre tiene un gran espíritu ¡pero cuán pequeños son sus actos! (N.del E.)

[8] Verso de Goethe: En el gozo celestial y en la tristeza mortal (N.del E.)

[9] Amanecer sin nubes. (N.del E.)

[10] La música inmortal de los maestros alemanes (N. del E.)

[11] Literalmente: Yo lo hago bien. (N.del E.)

[12] Literalmente: Cuerpo puro, alma pura. (N.del E.)

[13] Tradición judía: el viernes por la tarde se encienden dos o más velas (N. del E.)

[14] Papas, patatas (N. del E.)

[15] ¡Por la voluntad de Dios! (N.del E.)

[16] El sueño de Eva.(N.del E.)

[17] La vida de Cady.(N.del E.)

[18] Pequeña Serenata Nocturna. (N.del E.)

[19] N.S.B.:Informantes al servicio de la Gestapo. (N.del E.)

[20] El emperador Carlos V. (N.del E.)

[21] La encrucijada de Palestina (N.del E.)

[22] Amsterdam bajo el agua.(N.del E.)

[23] ¡Qué atentado racial! Vocablo usado por los nazis. (N.del E.)

[24] Ahora empieza la lucha dura, pero tras de ella, la victoria. El año 1944 es el año de la victoria total. ¡Buena suerte! (N.del E.)

[25] Una sola voluntad y una sola esperanza. (N. del E.)

[26] Historia del Arte. (N.del E.)

[27] Mussert: cabeza del Movimiento Nacional Socialista Holandés. (N. del E.)

[28] Habrá mal tiempo hasta el 30 de junio. (N.del E.)

[29] Un marido ideal. (N.del E.)

[30] ¿Qué piensa acerca de la muchacha moderna? (N.del E.)

EPÍLOGO

El 4 de agosto de 1944 el Servicio de Seguridad (SD) alemán irrumpió en el Anexo. Todos sus habitantes, además de Kraler y Koophuis, fueron arrestados y enviados a campos de concentración.

Los del SD saquearon el Anexo, dejando revueltos en el suelo viejos libros, revistas y periódicos, etc., entre los cuales Miep y Elli encontraron el Diario de Ana Frank. Salvo algunos párrafos que no ofrecen interés público, el texto original se publicó completo.

De todos los habitantes del Anexo, el único que volvió fue el padre de Ana. Kraler y Koophuis también resistieron a las privaciones de los campos de concentración holandeses y regresaron a sus hogares.

En marzo de 1945, Ana murió en el campo de concentración de Bergen-Belsen, dos meses antes de que Holanda fuera liberada.